



Como una extraña
RACHEL ABBOTT



Lectulandia

Dicen que nunca debes fiarte de quien no conoces. Tal vez tengan razón.

Cuando Emma Joseph conoció a su marido, David, este era un hombre destrozado. Su primera mujer había muerto al salirse su coche de la carretera y su hija de seis años desapareció misteriosamente del lugar del siniestro. Ahora, seis años después, Emma cree que aquellos dolorosos tiempos han quedado atrás para siempre. Su esposo y ella han construido una nueva vida juntos, y tienen un bebé precioso. Pero de pronto, cuando una extraña de doce años irrumpe en sus vidas, todo parece tambalearse.

En paralelo, el inspector de policía Tom Douglas, recién llegado a Manchester desde la ciudad de Londres, tendrá que vérselas con un caso en el que su oscuro y no resuelto pasado se entremezcla con una agónica investigación a contrarreloj que cambiará la existencia de todos.

Lectulandia

Rachel Abbott

Como una extraña

ePub r1.0
Titivillus 10.10.16

Título original: *Stranger child*
Rachel Abbott, 2015
Traducción: Eva Cruz
Fotografía de cubierta: Eleonora Grasso

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Al,
con veinte años de retraso,
pero ¿tal vez mejor que una orca asesina?*

Prólogo

Diez minutos más y estaría tranquila en casa.

Caroline Joseph sintió un escalofrío de alivio al pensar que el largo viaje pronto habría terminado. Nunca le había gustado conducir de noche y siempre se sentía un poco fuera de control. Cada par de faros que se le acercaba parecía atraerla hacia sí, con esa luz blanca iluminando el interior del coche mientras ella se aferraba al volante, esforzándose por mantener recto el rumbo del automóvil.

Pero ya quedaba poco. Le apetecía darle a Natasha un baño tibio, una taza de chocolate caliente y meterla en la cama. Luego le dedicaría a David lo que quedara de la noche. Algo lo tenía preocupado, y Caroline pensó que, tal vez si se sentaban delante de la chimenea con una copa de vino cuando Natasha estuviera dormida, podría ser capaz de sonsacarle el problema. Debía de ser algo relacionado con el trabajo.

Echó un vistazo por el retrovisor para mirar a su querida hija. Tasha tenía seis años, o seis y tres cuartos, como le gustaba presumir, aunque como era menuda parecía más pequeña. Su pálida melena rubia le caía en suaves ondas hasta los hombros, y sus delicadas facciones se veían bañadas intermitentemente en la luz amarilla de cada farola que pasaban. Tenía los ojos cerrados, y Caroline sonrió al verla tan plácida.

Hoy Tasha se había comportado con su dulzura habitual, jugando alegre con sus primitos mientras los adultos corrían de acá para allá haciendo lo que mandara el padre de Caroline. Había promulgado uno de sus edictos: esta vez había declarado que Caroline, junto con sus hermanos y sus familias, debían acudir a una cena prenavideña. Como era habitual, todos habían obedecido. Es decir, todos menos David.

El desvío hacia los caminos que conducían a su casa estaba ya muy cerca, y Caroline echó un último vistazo a Natasha. Una vez que abandonaron la calle principal y se alejaron de los escaparates bien iluminados y de la luz ámbar de las farolas, el asiento trasero del coche quedaría a oscuras. Había estado durmiendo la mayor parte del trayecto, pero ahora empezaba a moverse.

—¿Estás bien, Tasha? —preguntó Caroline.

La niña se limitó a responder con un murmullo, no lo bastante despierta como para contestar, frotándose los ojos con los nudillos. Caroline sonrió. Frenó ligeramente y cambió de marcha para trazar la curva. Lo único que tenía que hacer era superar el último par de millas que le quedaban de viaje por los estrechos caminos

bordeados de altos setos, profundamente oscuros, y entonces se podría relajar. Sintió un foganazo de irritación contra David. Él sabía que odiaba conducir de noche, y podría haber hecho un esfuerzo, aunque solo fuera por Natasha, no por ella. Esa noche las dos lo habían echado de menos.

Por el rabillo del ojo vio un movimiento repentino a su izquierda, y giró la cabeza de prisa hacia él, con el corazón golpeándole el pecho. Un búho planeó muy bajo sobre los setos, y la luz de sus faros rebotó contra su blanca pechera, centelleando contra el negro cielo. Caroline suspiró despacio.

No había luna, y la escarcha relucía contra el asfalto negro de los caminos que llevaban hasta su casa. A su alrededor todo parecía perfectamente quieto, como si el mundo se hubiera detenido, y ahora que el búho se había marchado ella era lo único que seguía moviéndose. Caroline sabía que si abría la ventanilla no oiría otro ruido que el sordo rugir del motor. No había ninguna luz ni delante ni detrás, y por un momento su miedo innato a la oscuridad amenazó con dominarla.

Se inclinó hacia delante y encendió la radio bajito, sintiéndose más segura por la jovialidad de los previsibles villancicos. Pronto estaría harta de oírlos, pero en aquel momento que fueran alegres y populares le resultó tranquilizador.

Sonrió cuando el teléfono que tenía en el asiento del copiloto empezó a sonar. Segura de que sería David preguntando cuándo llegarían, apenas miró la pantalla, pero en el último momento vio que la llamada era de un número oculto. Fuera quien fuese, podía esperar hasta que llegara a casa. Condujo con una sola mano por una curva cerrada mientras volvía a poner el teléfono sobre el asiento, y el coche patinó un poco sobre la carretera helada. Sintió un pequeño sobresalto de temor. Pero el coche mantuvo la trayectoria, y volvió a respirar.

Caroline tomó con cuidado las siguientes curvas, pero sus hombros tensos se relajaron al llegar a una recta corta con setos que tapaban profundas zanjas a cada lado. Caroline se inclinó para estar más cerca del parabrisas, escudriñando la noche. Sus faros iluminaban una sombra más oscura, algo que había en mitad del camino. Pisó un poco el freno y redujo una marcha, desacelerando para anticiparse al obstáculo.

Puso segunda para acercarse a lo que por fin, horrorizada, descubrió que era un coche, cruzado en mitad de la carretera, con las ruedas delanteras hundidas en la zanja del lado derecho. Creyó ver dentro una sombra, como si alguien estuviera echado sobre el volante.

Mientras se acercaba muy lentamente, con el corazón latiéndole de repente muy fuerte, apretó el botón para bajar la ventanilla. Parecía que alguien necesitaba ayuda.

El teléfono volvió a sonar.

Su primer pensamiento fue no hacerle caso, pero si había habido un accidente tal vez tuviera que pedir ayuda. Cogió el teléfono y respondió la llamada, dándose cuenta entonces de que le temblaba la mano.

—¿Hola?

—Caroline, ¿estás ya en casa?

Era una voz que reconocía vagamente, pero no era capaz de identificarla del todo. Sus ojos no abandonaron el obstáculo que tenía delante mientras detenía el coche y se quitaba el cinturón de seguridad.

—Todavía no. ¿Por qué? ¿Quién habla?

—Tú solo escúchame. Hagas lo que hagas, no detengas el coche. Pase lo que pase, bajo ningún concepto, detengas el coche. —El hombre hablaba en voz baja, de prisa—. Vete a casa. Vete directamente a casa. ¿Me estás escuchando?

El pánico en la voz que le hablaba por teléfono reflejaba la ansiedad cada vez mayor que ella misma sentía. Caroline vaciló.

—Pero hay un coche en mitad de la carretera, y parece que hay alguien dentro. A lo mejor el conductor está indispuerto, o ha tenido un accidente. ¿Por qué no me puedo parar? ¿Qué está pasando?

—Tú solo haz lo que te pido, Caroline. No salgas del coche. Acelera ya y adelanta a ese vehículo y no te vuelvas a detener por nada ni por nadie. Hazlo.

En la voz había tensión, urgencia. Caroline sintió cómo el miedo le subía por la garganta. ¿Qué era aquello? Echó un vistazo al retrovisor y tomó una decisión. Tiró el móvil al asiento del copiloto y agarró el volante con ambas manos. El coche parado era alargado y bajo, y ocupaba la mayor parte del ancho de la calzada, con las ruedas traseras ligeramente separadas del suelo y el capó cayendo en ángulo sobre la zanja. No había mucho espacio para pasar por detrás del maletero, pero podría hacerlo. Tenía que hacerlo.

Pisó el acelerador hasta el fondo. Los neumáticos patinaron sobre la carretera helada, pero al final se agarraron al suelo, y Caroline giró el coche hacia la izquierda. Las ruedas de su lado se levantaron sobre la orilla de la zanja y el coche se levantó peligrosamente. Giró el volante con fuerza otra vez a la derecha y su coche aterrizó de golpe, mirando el lado contrario de la carretera. Caroline giró el volante a la izquierda para enderezarlo y el motor rugió al acelerar.

De repente sintió que empezaba a patinar. Dio vueltas de manera enloquecida al volante en una dirección y luego en la contraria, pero hiciera lo que hiciera, el coche no respondía. Hielo negro, y demasiada velocidad. Recordó que una vez le dijeron que había que dirigir el coche en la dirección en la que patinaba, pero no sentía que esa fuera la acción correcta.

Un nombre apareció de repente en su cabeza. Cayó en quién era quien la había llamado. Pero ¿por qué? Dijo su nombre en voz alta, pero en ese momento ya supo que no había nada que él pudiera hacer. Su mirada fue hacia el espejo, hacia la penumbra del asiento trasero del coche, donde lo único que pudo ver fue el blanco de los ojos grandes y aterrorizados de Natasha.

Pisó el acelerador con fuerza, pero no ocurrió nada. El coche se deslizó de lado, golpeó de nuevo el montículo de la orilla de la zanja, se levantó en ángulo y se dio la vuelta, girando una y otra vez, chocando contra el seto y cayendo al arroyo. El cuerpo

roto de Caroline descansó al fin con una mitad fuera de la ventanilla abierta.

El policía conducía por los estrechos caminos disfrutando de un raro momento de paz en los días que precedían a las Navidades. Una llamada anónima había informado de que un coche se había salido de la carretera por aquella zona, pero, según el agente encargado de recibir las llamadas, el denunciante no había podido dar ningún detalle. El policía esperaba que solo se tratara de algún idiota deshaciéndose de su coche porque se había quedado sin gasolina o se había averiado. Ya se había tenido que enfrentar a suficientes borrachos en esta temporada festiva, y un inofensivo cochecito abandonado lo mantendría fuera de la circulación un rato, incluso tal vez hasta el final del turno.

Poco a poco se fue dando cuenta de que su optimismo era infundado. Fueron las luces lo que lo convencieron. Nadie abandonaba su coche con las luces encendidas, y sin embargo, allí delante, él veía una luz blanca inmóvil, muy brillante, iluminando los árboles desnudos junto al camino. Al acercarse, los deslumbrantes haces de luz del par de faros lo cegaron. Se protegió un poco los ojos con el dorso de la mano, acercándose con tanta cautela como pudo, por si acaso hubiera algún cuerpo tirado en el suelo que no pudiera ver. Se detuvo a unos veinte metros del vehículo y apagó el motor.

Supo de inmediato que aquello era fatal. El coche estaba del revés, con el morro apoyado sobre el montículo a un lado del camino. Pero fue el ruido lo que le dio escalofríos. Cortando el silencio del campo circundante, el suave ronroneo de un motor caro ofrecía un fondo sutil al sonido inconfundible de *White Christmas* de Bing Crosby. La dulce melodía se escapaba hacia la noche helada desde una ventanilla abierta, a través de la cual sobresalía la cabeza de una mujer en un ángulo tan inverosímil que al policía no le hizo falta acercarse al coche para saber que estaba muerta.

Se aproximó despacio al lado levantado del automóvil para apagar el motor, y con él la música. Pudo volver a respirar. Ahora aquello no era más que un accidente de tráfico de un solo vehículo, aunque fuera una tragedia. Cogió la radio.

Mientras esperaba a que llegaran los paramédicos, sabiendo que no había nada que pudieran hacer más allá de confirmar lo que él ya sabía, el policía organizó el acordonamiento de la carretera, llamó al equipo de especialistas para que investigaran el accidente y pidió al equipo informático de la policía un análisis para determinar la propiedad del vehículo. Cogió una potente linterna que tenía en el maletero e iluminó con ella el camino, las zanjas, los arceños, buscando a alguien que pudiera haber salido a rastras del coche y estar herido, o cualquier cosa que pudiera haber en la carretera que hubiera hecho dar un volantazo a la conductora. No había nada. La calzada estaba desierta.

Para el policía fue un alivio que el silencio se viera roto por el ruido de las

sirenas, cada vez más cercanas, y en pocos minutos apareció una ambulancia, y sus faros iluminaron a un ciclista solitario que se acercaba vacilante a la escena del accidente.

El hombre se bajó de la bici y se quedó parado a cierta distancia. El policía se le acercó.

—Lo siento, señor. Tiene usted que mantenerse alejado.

—De acuerdo, agente. Solo intento llegar a mi casa.

—Lo comprendo, pero no puedo dejarlo pasar por esta zona de la carretera en estos momentos. Se hace usted cargo, sin duda.

—¿Ha habido algún herido? Parece el coche de Caroline Joseph. ¿Estoy en lo cierto? —preguntó el ciclista.

—Eso no puedo confirmarlo de momento, señor.

El hombre rodeó al policía para ver mejor el automóvil.

—¿Es ella eso que estoy viendo? Oh, Dios mío. Está muerta, ¿verdad? —Miró al policía, con la boca entreabierta de la impresión—. Pobre David. Es su marido. Va a quedarse destrozado.

El policía no hizo ningún comentario. Lo único que podía hacer era mantener al hombre lo más lejos posible hasta que llegaran los refuerzos, pero incluso desde aquella distancia la cabeza de la mujer se veía perfectamente.

—¿No estaría Natasha con ella, verdad? —preguntó el ciclista, con un temblor en la voz—. ¿Su hija? Una monada de niña.

El policía sacudió la cabeza, con cierto alivio.

—No, señor. La silla de la niña está en el asiento trasero, pero afortunadamente está vacía. No había nadie más en el coche.

DISMINUYE LA INTENSIDAD DE LA BÚSQUEDA DE LA NIÑA DESAPARECIDA

Un portavoz de la Policía ha confirmado que, a partir de hoy, los efectivos dedicados a la búsqueda de Natasha Joseph se reducen.

La jefa de Detectives, Philippa Stanley, del Departamento de Policía del condado de Manchester hizo la siguiente declaración: «Equipos formados por profesionales y voluntarios llevan dos semanas peinando la zona. Creemos que se ha cubierto cada centímetro del campo que rodea el escenario del accidente. Además de los equipos sobre el terreno que han buscado en cada uno de los escondrijos en los que una niña pequeña podría haberse refugiado buscando calor, hemos empleado perros de rastreo y helicópteros con sensores de infrarrojos. Siento decir que no hemos encontrado nada».

Natasha Joseph, a quien su familia llamaba Tasha, desapareció tras el accidente sufrido por el coche de su madre cuando volvían de una reunión familiar. Caroline Joseph iba al volante, y no se vieron involucrados más vehículos. Cuando la policía llegó al escenario del accidente, no había ni rastro de Natasha. La señora Joseph fue

declarada muerta por los paramédicos.

La Policía sigue ahora otras líneas de investigación. En concreto, siguen pidiendo a cualquier ciudadano que pudiera estar cerca de la zona del accidente que se presenten voluntariamente ante la Policía.

«Aunque no estén seguros de saber algo, siempre sorprende que incluso la información más nimia (haber visto determinado coche o a una persona comportándose de un modo sospechoso) puede resultar clave, especialmente en combinación con las informaciones que hemos ido recabando. Estamos haciendo uso del sistema ANPR (Reconocimiento Automático de Número de Matrícula), y también tenemos las grabaciones de las cámaras de seguridad de las zonas exteriores de las gasolineras y de otras cámaras del pueblo cercano. Pero urgimos a cualquiera que estuviera en la calle esa noche en las zonas cercanas que se ponga en contacto con nosotros. Nuestro equipo de experimentados interrogadores los ayudarán a reconstruir cada momento de esa noche, y tenemos la esperanza de que el detalle clave que nos falta está por llegar».

La Policía ha confirmado que, aunque el rastreo físico de la zona circundante se ha reducido, el equipo de investigadores que trabaja en el caso sigue al más alto nivel.

David Joseph, el marido de Caroline y padre de Natasha, un próspero empresario de Manchester, lanzó un emotivo llamamiento por televisión la semana pasada: «Alguien tiene que saber dónde está mi pequeña. Ha perdido a su madre, y debe de estar destrozada, mi pobre Tasha, confundida, y tan, tan aterrorizada. Por favor, ayúdenme a encontrarla. Necesito a mi hijita. Lo he perdido todo».

Para hablar con alguien confidencialmente, por favor, llamen al 0800 6125736
o al 0161 7913785.

Seis años después

El inspector jefe de Policía Tom Douglas se descubrió tarareando una melodía mientras caminaba por el pasillo camino de su despacho. Siempre disfrutaba del primer día de regreso al trabajo tras unas vacaciones, de manera muy parecida a como le había gustado siempre, cuando era niño, volver al colegio tras la larga pausa del verano. Era por la idea de la anticipación, de saber que el día iba a traer desafíos que le apetecía afrontar. Disfrutaba de la camaradería de su equipo, que no estaba formado exactamente por amigos, pero sí por aliados que lo apoyaban, y que él sabía que le cubrirían las espaldas. No era el trabajo más fácil del mundo, pero no solía aburrirse muy a menudo, y eso ya era decir mucho.

Abrió de un empujón la puerta de su despacho y fue a colocar con el pie izquierdo el tope en su lugar. Su pie no se encontró más que con aire. Bajó la mirada: ni rastro del cerdo gordo que usaba para mantener la puerta abierta. Colgó la chaqueta del perchero y se agachó para buscarlo debajo de la mesa.

Oyó una breve llamada a la puerta y dijo:

—Adelante.

La puerta se abrió y escuchó una voz que reconoció perfectamente, intentando controlar cierto nivel de hilaridad.

—¿Todo bien por ahí abajo?

—Estoy bien, pero alguien me ha birlado el maldito cerdo. —Tom se puso de pie, sacudiéndose las rodilleras de los pantalones del traje para limpiarlo del polvo de un suelo sin aspirar—. De verdad, uno hubiera pensado que en una central de Policía lo razonable sería encontrar ciudadanos honrados y respetuosos con la ley, ¿no? Pensaba que a lo mejor lo habían metido ahí debajo de una patada, pero no lo veo por ninguna parte.

—Creo que si alguien le ha dado una patada a tu cerdo te encontrarás al culpable antes o después cojeando por ahí con un dedo roto. Y nadie le roba al inspector jefe a no ser que sea muy idiota; aunque también es verdad que basándonos en eso tendríamos que tener en cuenta a varios candidatos. Haré averiguaciones por ahí.

Tom sacó la silla y se sentó, haciendo un gesto para que Becky hiciera lo mismo.

—¿Qué tal te ha ido, Becky? ¿Pasó algo emocionante mientras estuve fuera?

—Las cosas de costumbre, en general —contestó Becky, cogiendo una silla—.

Excepto por una violación especialmente violenta, que pensábamos que había sido cometida por un desconocido, pero resultó que no.

—¿Y entonces quién fue?

—El cabrón de su novio. Se puso una máscara y todo, la estaba esperando cuando volvió del trabajo. Le dio una paliza que la dejó hecha papilla, la violó de la manera más cruel, y luego la dejó allí tirada.

—¿Cómo lo descubristeis?

—Lo descubrió ella. Para empezar, cuando recobró la conciencia en el hospital nos dijo que no tenía ni idea de quién era, pero vimos que estaba ocultando algo. Resultó que estaba aterrorizada puesto que si nombraba a su novio, él la mataría. Al final se rindió y nos lo contó, pero nos dijo que no lo iba a denunciar porque no había más pruebas que su palabra contra la de él.

Becky se echó hacia atrás y cruzó los brazos.

—Pero lo cogimos. Había tenido el buen juicio de usar condón, pero el muy estúpido fue y lo tiró recién usado en una papelera a cincuenta metros. Nos dijo que su novia se lo había ganado por cómo había estado coqueteando con otros tíos en el *pub* en el que trabaja.

Becky hizo una mueca de asco, y a Tom se le apareció brevemente una imagen mental de la helada determinación con la que habría interrogado a este tío. A pesar de su vulnerabilidad personal, su inspectora tenía una inquietante habilidad para sacarle la verdad a la gente.

—Bueno, a todo esto, ¿qué tal tus vacaciones? —preguntó Becky.

—Bien, gracias. Leo y yo pasamos unos días en Florencia, y luego fuimos a mi casita de Cheshire. Tenía un montón de papeles de mi hermano que organizar, y Leo tenía que estudiar para un examen, así que fue una de esas semanas fáciles que parecen desaparecer y quedar atrás en nada de tiempo.

En general, Tom procuraba mantener su vida personal en el ámbito de lo privado, y solo recientemente había empezado a mencionar a Leo ante sus colegas. Le divirtió descubrir que uno o dos de ellos no habían caído en que Leo era el diminutivo de Leonora, y había podido ver alguna que otra expresión de sorpresa, hasta que Becky los sacó de su error.

Solo un puñado de personas sabían de la casa en Cheshire que Tom había comprado al dejar la Policía Metropolitana de Londres. Tampoco solía mencionar a su hermano Jack, aunque sabía que Becky conocía la historia del trágico accidente que había truncado su vida hacía unos años, igual que sabía que Jack le había dejado a Tom una herencia millonaria por la venta de su empresa de seguridad cibernética. Pero ella nunca sacaba el tema, a no ser que lo hiciera Tom.

El teléfono de Tom interrumpió la conversación sobre las vacaciones.

—Tom Douglas —respondió. Escuchó a su jefa, la inspectora jefe Philippa Stanley, darle ese tipo de noticia que detestaba más que ninguna otra. Su alegre humor se disipó en un instante. Colgó el teléfono—. Coge el abrigo, Becky. Tenemos

un cadáver, y siento decirte que es una chica joven, según todos los informes apenas una adolescente.

Por una vez Tom cedió y accedió a que Becky condujera hasta la escena, pero se arrepintió de haber tomado esa decisión a los pocos minutos de emprender el viaje. Que moviera el volante con una sola mano y pareciese no tener en cuenta al resto de los conductores era un tema de discusión entre ellos desde el día que se conocieron, y ahí nada había cambiado. Él había intentado apuntarla a un curso de conducción avanzada, pero Becky no veía ninguna necesidad de hacerlo. Como ella decía, nunca había tenido un accidente, y a Tom solo se le ocurría pensar que era porque todo el mundo la veía venir y sencillamente se quitaba de su camino.

Ahora, al dar un sonoro frenazo en una larga recta, detrás de varios vehículos policiales más, lo alivió salir del coche.

La carretera estaba flanqueada por árboles bien crecidos que resguardaban de las miradas varias propiedades independientes situadas en el lado derecho. A la izquierda, una densa zona boscosa se hallaba separada de la acera por un sólido muro. A unos cincuenta metros, un oficial de uniforme hacía guardia frente a una anticuada tranquera desde la que salía un estrecho sendero de tierra que se adentraba en el bosque. Ya habían colocado una estrecha tira de precinto policial.

Sin cruzar palabra, se pusieron los trajes de protección y echaron a andar hacia el sendero.

Después de intercambiar unas pocas palabras con el policía para identificarse, Tom y Becky caminaron en fila india por el camino embarrado, con las zarzas enganchándose a las perneras de sus trajes, hasta llegar a un túnel en forma de arco. Tom supuso que por encima correría una vieja línea de ferrocarril en desuso, y vio que Becky arrugaba la nariz al entrar en aquel espacio oscuro y lúgubre. A juzgar por el olor y por la basura esparcida por el suelo, seguro que aquel túnel solo se usaba para actividades decididamente poco salubres, y al avanzar esquivando las botellas rotas y las latas de cerveza, manteniéndose en el centro del camino para evitar parte del desagradable detritus que se acumulaba cerca de las paredes, Tom miró a su alrededor. Si la chica había sido asesinada, ¿por qué matarla a la intemperie y no aquí dentro, donde había menos posibilidades de ser visto? El lugar tenía escena del crimen escrito por todas partes, y si no de este crimen en concreto, seguro que aquel túnel había sido testigo de no poca depravación.

Más allá del túnel otro oficial los esperaba para indicarles la dirección, y delante pudo ver dos tiendas de campaña blancas, levantadas a cada lado de un roble, y unidas con cinta para incluir el grueso tronco del árbol. De pie justo por fuera del

precinto policial de la escena, Tom vio la corpulenta figura de Jumoke Osoba, más conocido como Jumbo. Lo alivió ver que, por la razón que fuera, a esta chica le habían asignado el mejor jefe de forenses que Tom hubiera conocido nunca. Por una vez, en el rostro de Jumbo no había ni rastro de su sonrisa amplia y contagiosa. Tom le hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo.

—¿Qué sabemos, Jumbo?

—Una niña, yo diría que de unos doce años, aunque podría ser un poco mayor. Afortunadamente, ya había en la zona un patólogo del Ministerio del Interior, así que no hemos tenido que esperar. Está con ella ahora, y él te contará más cosas. Se llama James Adams, por cierto, y sabe lo que se hace, gracias a Dios. Antes de montar las tiendas pude deducir que la niña llevaba allí por lo menos unos días, así que la cosa no es bonita de ver. —Miró a Tom comprensivamente—. ¿Vas a entrar?

Tom asintió, y al levantar la cinta para agacharse por debajo y entrar, se giró hacia Becky.

—Creo que no hace falta que entremos los dos, Becky. Tú habla con Jumbo. Él te pondrá al corriente de lo que sabemos por el momento.

Becky no pudo disimular una expresión de alivio. Había visto un buen número de cadáveres, pero con una cría siempre era distinto, y más si llevaba muerta un tiempo.

Al entrar en la tienda de campaña, sus ojos se vieron atraídos hacia el cuerpo que yacía ante él. Desde donde él estaba pudo ver que estaba en avanzado estado de putrefacción. Dado que corrían los primeros días de marzo y hacía frío para esa época del año, podía concluirse que la chica llevaba allí una temporada, echada contra el roble, medio enterrada en la basura de hojas podridas, sin más ropa que un fino camisón blanco. En los pies calzaba zapatillas de deporte, grisáceas, viejas, con la suela casi despegada. Algo que parecía un anorak azul estaba apelotonado a pocos metros del cuerpo, y el cuello del camisón estaba rasgado.

Tom miró a su alrededor, pero no había nada más que le llamara la atención. Le iba a tocar a Jumbo, a su equipo y a James Adams recoger las pruebas, y a Tom averiguar lo que le había ocurrido a la niña. Habló brevemente con el patólogo y se fue para dejarlo trabajar.

Al salir de la tienda Tom aspiró profundamente el aire frío y limpio, cerrando los ojos un segundo mientras pensaba en la familia de la chica. Si habían denunciado su desaparición, podrían identificarla más temprano que tarde.

Desanduvo el sendero, con cuidado como siempre de no desviarse de las pisadas marcadas para no contaminar la escena. Por el lenguaje corporal de Becky se dio cuenta de que necesitaba hablar con él. Esperaba que el equipo de comisaría hubiera hecho su trabajo y encontrado el nombre de aquella chica.

—¿Qué has averiguado, Becky? —preguntó.

—Nada. Cero patatero. Me acaban de llamar para decirme que en las últimas dos semanas no se ha denunciado la desaparición de ninguna niña de diez a catorce años. Por ahora estamos en blanco. Vamos a tener que revisar qué niños llevan más tiempo

desaparecidos y se ajustan mejor al perfil, y ampliar la búsqueda a zonas cercanas.

—No puede llevar desaparecida mucho tiempo porque creo que no ha estado viviendo en la calle —argumentó Tom, sacudiendo la cabeza—. Viste un camisón blanco, por el amor de Dios. ¿Cuántos niños de la calle se ponen camisón para irse a la cama? ¿Tú qué opinas, Jumbo?

Este estaba de pie junto a ellos, escuchando la conversación.

—No hemos encontrado efectos personales, pero hasta que no movamos el cuerpo no podemos buscar en la zona que tiene inmediatamente alrededor. En los bolsillos del anorak no hay identificación. Pero estoy con Tom. No es una niña de la calle.

—¿El anorak estaba en el suelo, lejos del cuerpo? —quiso saber Tom.

—Justo ahí donde lo viste —contestó Jumbo—. Se tomaron fotografías de todo, obviamente, pero lo devolví a su sitio tras mirar en los bolsillos para que lo vieras *in situ*.

La radio de Becky sonó y se apartó para dejar que Jumbo y Tom hablasen entre ellos, mientras ella sacaba su bloc y atendía la llamada.

—Si se fue de casa en la última semana o así, es evidente que nadie se ha molestado en comunicárnoslo. Me enferma pensar en todos los niños que se escapan de casa y sus familias ni siquiera lo denuncian —dijo Tom—. Los padres o tutores probablemente esperan que regresen a casa después de pasar un par de noches en la calle.

—Sí, y la mayoría de estos chavales no tienen ni idea de la cantidad de depredadores que hay por ahí, esperando que se les brinde la oportunidad que representa el hecho de que se queden aislados.

Los dos hombres pararon de hablar al oír que Becky elevaba el tono. Se giró y vino hacia ellos.

—¿Está clara su etnicidad? Hicieron una búsqueda de todas las chicas, y tenemos unas cuantas desaparecidas que podrían ajustarse a lo que tenemos. Todo depende de la etnia.

Tom miró a Jumbo.

—James tenía claro que era blanca, aunque no sé cómo lo ha podido saber. ¿Tienen a alguien en mente?

Becky volvió a hablar con su interlocutor en el *walkie* y los tres oyeron la respuesta.

—Hemos estado mirando viejos casos, chavales que llevan meses o incluso años desaparecidos. Han aparecido tres posibilidades: Amy Davidson, Hailey Wilson y Natasha Joseph.

El buen humor posvacacional de Tom se había evaporado por completo para cuando Becky y él regresaron a la central. La visión de la bolsa del cadáver trasladada desde la tienda de campaña lo había alterado más de lo que esperaba. Siempre resultaba traumático que hicieran daño a un crío, pero la imagen de una niña en camisón, apoyada contra un árbol, con las delgadas piernas estiradas era particularmente perturbadora. Tom pensaba en su hija Lucy y se preguntó qué estaría haciendo en ese momento.

El patólogo, James Adams, había llamado para dar su informe preliminar.

—Era una niña blanca, yo diría que de unos doce años. No llevaba identificación, y no pude ver ninguna marca que la distinguiese. Pelo rubio natural, muy menuda pero no malnutrida. Le envolvimos las manos en bolsas en la escena, pero aun así creo que será difícil hallar huellas dactilares. Sacaremos los fragmentos que podamos cuando le haga la autopsia. Mi estimación inicial es que llevaba allí alrededor de una semana, pero ha hecho mucho frío, especialmente de noche, así que es posible que necesite revisar ese dato. En este momento no soy capaz de daros una causa de la muerte, pero seréis los primeros en saberlo. ¿Me imagino que asistiréis al *post mortem*?

Tom acordó asistir y estaba colgando el teléfono cuando Becky abrió la puerta empujándola con la cadera, haciendo malabarismos con dos tazas de un café muy necesario, al tiempo que intentaba que no se le cayera un montón de ficheros que llevaba sujetos bajo el brazo.

—Aquí tienes, jefe. Creo que los dos lo necesitamos —dijo, colocando las tazas sobre la mesa y acercando una silla—. Están preparando la sala de investigaciones ahora mismo, pero he traído algunas notas sobre las niñas desaparecidas.

El inspector cogió el café y dio un sorbo, sin importarle que el líquido hirviendo le escaldara la lengua.

—Vale, echemos un vistazo, pero podría haber una cantidad indeterminada de chavalas que se hubieran escapado de casa en las últimas semanas sin que nadie las denunciara —aclaró Tom—. Así que no nos limitemos a analizar estas tres. Sigo sin ser capaz de explicar lo que me preocupa de ese camisón. Es como si la hubieran sacado de la cama. Pero ¿cuántas chicas de esas edad usan camiones blancos, abotonados hasta el cuello? Tampoco me gusta el hecho de que el cuello esté desgarrado. Los botones estaban abrochados, así que tiene que haber sido una mano metida por dentro del cuello del camisón que tirara con bastante fuerza de la tela.

Será interesante ver si James es capaz de encontrar pruebas de agresión sexual, pero esto me produce muy malas sensaciones.

Becky asintió y repasó sus notas.

—James dijo también que no había señales evidentes de malnutrición. Así que, o bien se escapó de casa recientemente y de alguna manera se vio envuelta en algo, o la cogió alguno de esos hijos de puta que abusan de niños desprotegidos. O bien es una de esas niñas que llevan mucho tiempo desaparecidas y que han pasado por Dios sabe qué cosas. Pero podemos descartar a una de ellas. Hailey Wilson es morena. Esto nos deja a Amy Davidson y Natasha Joseph. Amy Davidson era una niña de acogida. Empezó a escaparse cuando tenía unos ocho años, pasaba una noche fuera y ya está, pero esas noches empezaron a ser más frecuentes, y hace unos dieciocho meses dejó de volver a casa, a los once años. No tenemos ADN para comprobarlo, y no estoy segura de cuál es el historial de sus padres, tendremos que mirarlo. —Becky puso una de las carpetas en el suelo junto a su silla y cogió la siguiente—. Natasha Joseph, ¿sabes algo de ella? ¿Estabas aquí en Manchester entonces, no?

Tom asintió.

—Recuerdo el caso, pero no estuve involucrado. —Decidió no compartir el dato de que en realidad se había cogido una baja por la defunción de un familiar pocos días después de que la niña desapareciera—. Su madre murió en un accidente de coche, y Natasha tendría que haber estado en el asiento trasero, pero no estaba. Nunca encontraron rastro de ella. Y tampoco una razón verosímil que explicase por qué se había producido el accidente.

—Jumbo también recuerda el caso —añadió Becky—. Lo llamaron cuando se dieron cuenta de que era algo más que una colisión, pero dice que no había nada de interés que comunicar. Ninguna señal de que la niña hubiese resultado herida en el accidente; de hecho ni siquiera había señales de que se encontrara en el coche en el momento del accidente. Tienen ADN en los archivos, pero dice Jumbo que hay que tratarlo con cautela. Era de un cepillo de pelo, y podría haberse contaminado muy fácilmente con el pelo de otra persona, aunque el padre insistía en que nadie más lo había usado.

—¿Por qué no buscas al padre y le explicas la situación, Becky? Consigue una muestra de ADN para compararlo, pero déjale claro que lo único que queremos es descartar a Natasha. Y con Amy Davidson lo mismo. En su caso habrá que notificar a Servicios Sociales, pero mira a ver si consigues localizar a su padre o a su madre para sacarles una muestra. Y deberíamos informar a la familia de Hailey Wilson de que sabemos que no es ella, para que no se queden consternados cuando la noticia salga a la luz. Hablando de eso: quiero que se mantenga el secreto mientras no hayamos informado a todas las personas relevantes. La verdad es que no sabemos nada sobre esta niña, y no podemos arriesgarnos a comprometer la investigación poniéndonos a rastrear un montón de informaciones fruto de la histeria si lo hacemos público antes de estar preparados.

Día uno

—Venga, don Gruñón. Ya estás limpito y vestido otra vez, así que a ver esa sonrisa.

Emma le hizo cosquillas a Ollie en la barriguita y él empezó a reírse: para ella este era el mejor sonido del mundo. Siempre había odiado que le vistieran. De bebé lloraba, y a Emma le preocupaba que tuviera algún problema, una de esas enfermedades terribles que hacen que no se pueda tocar a los niños porque se les rompen los huesos a la mínima. Durante semanas lo vistió sintiéndose amedrentada, hasta que se dio cuenta de que en cualquier otro momento no tenía ningún problema con que le manipulasen los miembros. Lo que odiaba era ponerse ropa. Ahora a veces oponía resistencia físicamente cuando Emma intentaba meterle las piernas por las perneras de sus monísimos petos, y gritaba indignado con todas sus fuerzas, truco que había aprendido de uno de los obreros que habían venido a instalar la cocina nueva. El jefe de la cuadrilla gritaba «¡Ey!» cada vez que quería algo. «Ey, Bill, pásame ese martillo», o «Ey, señora, ¿qué pasa con ese té?», y Ollie lo había copiado, y adoptado como su sonido preferido. Podía hacer un «ey» malhumorado, como diciendo «deja de hacer eso», pero lo más habitual era decirlo solo para llamar la atención. Emma esperaba que se le fuera pasando a medida que su vocabulario se ampliara más allá de las diez palabras más o menos que sabía por el momento.

Tumbada junto a él en la cama, apoyándose sobre el codo, usó la otra mano para ir reptando por el cuerpo de Ollie, cantando «la araña patas flacas se metió en el canalón». Ollie gritó «Lluvia, lluvia». Ya sabía lo que venía a continuación.

—Qué listo es Ollie. —Emma le hizo una pedorreta en la tripa. Sintió un subidón de felicidad de pensar que esta preciosidad de bebé era suyo. Se había casado con el padre de Ollie a los treinta y siete años, y no se había atrevido a desear niños, no fuera a decepcionarse—. Venga, deja que mamá te ponga los calcetines —dijo sonriendo para sí. Siempre había jurado que nunca se referiría a sí misma en tercera persona, le parecía una cosa extrañísima. Pero ahora lo entendía.

Diez minutos más tarde, Emma llevó a Ollie en brazos al piso inferior, parándose al pie de la escalera, como hacía siempre que estaba sola en casa, para mirar el retrato que tenía delante, al fondo del recibidor.

La primera mujer de su marido había sido una belleza. De eso no cabía ninguna duda. Sus delicadas facciones y su piel pálida, casi traslúcida, estaban capturadas a la

perfección en un cuadro encargado por el padre de ella con motivo de su vigésimo primer cumpleaños. Emma hacía todo lo posible por no hacer comparaciones entre la frágil belleza de aquella mujer y sus propios rasgos más prosaicos, aunque también atractivos. Pero era difícil. A pesar de todo, nunca podría pedir que retiraran aquel retrato.

Irritada por ser incapaz de sacudirse de encima aquellos últimos vestigios de inseguridad, abrió la puerta de su fabulosa cocina nueva. Le había llevado algunos meses salirse con la suya respecto a las obras en esa parte de la casa. David llevaba siete años viviendo allí antes de que Emma entrara a compartir su casa, y decía que le encantaba tal y como estaba. Pero Emma le había explicado las ventajas prácticas de echar abajo la parte de atrás de la casa para añadir una extensión a todo lo ancho y crear una gran habitación de espacio abierto, con zona de cocina, comedor y sala de estar.

Desde que se marcharon los obreros ese lugar se había convertido en el mundo diurno para Ollie y para ella. Había sitio de sobra para que su hijo jugara sobre una alfombra en la zona de estar, y el suelo térmico hacía que estuviese calentito incluso en lo más crudo del invierno. Lo cierto era que no podía negar que había querido imprimir algo de su propia personalidad en la casa. Tenía que dejar de sentirse como una visita. Sentía que esta nueva extensión era su espacio.

—El puente de Londres se va a caer, se va a caer, se va a caer —cantó al entrar en la cocina, encendiendo la luz y girándose hacia el fregadero, donde la esperaban los platos del almuerzo. Ollie empezó a botar en sus brazos, palmeándola en el hombro.

—Ey, ey —gritó.

Emma rio.

—¿Te sumas a la canción, cariño? —Le colocó con suavidad en su trona, pero él no la estaba mirando—. Eres un tío muy gracioso, ¿verdad? —Dándole un beso en la cabeza, sobre el escaso pelito rubio.

Echó un vistazo al exterior, donde hacía un día horrible. Las negras nubes repletas de lluvia creaban tal oscuridad que las luces de la cocina se hacían necesarias incluso a aquella hora tan temprana de la tarde.

Sus ojos se posaron sobre el jardín, que necesitaba desesperadamente un poco de atención. Los obreros no habían tenido ningún reparo en pisotear el césped ni se habían preocupado de proteger las flores yendo de un lado a otro con sus pesadas botas, pero a ella no le importaba. Imaginaba los días de primavera que quedaban a la vuelta de la esquina, afuera, al sol, con Ollie jugando en la gran colchoneta impermeable. Iba a planificar y a diseñar un verdadero jardín de casita inglesa con un montón de rosas. Siempre le habían encantado las rosas.

Por un momento Emma se quedó en trance, mirando a las musarañas, porque en su cabeza lo que veía eran los días de verano, cuando el jardín estuviera terminado, y los bancos de tierra rebosaran de flores recién plantadas. Podía casi hasta oler la lavanda que iba a cultivar en los bordes.

No estaba segura del momento en que había sucedido. No fue un instante en el tiempo, sino más bien un irse dando cuenta gradualmente, pero con la mirada fija y ciega en la ventana negra, soñando con los meses felices que tenía por delante, de que algo se movía en el extremo de su visión periférica. Sus ojos volvieron a enfocar, pasaron del jardín a la superficie del cristal, y las luces brillantes de la cocina contra el oscuro cielo exterior crearon un espejo perfecto.

Cada una de las terminaciones nerviosas de su cuerpo cosquilleó, y contuvo el aliento mientras su cerebro registraba por completo lo que estaba viendo.

Era un par de ojos. Un par de ojos a su espalda, mirándola.

Muy cerca de ella.

En su cocina.

Un rayo de sol se abrió paso de repente entre las nubes negras, dando de lleno en la ventana de la cocina y borrando el reflejo como si nunca hubiera estado ahí. Los dedos de Emma se agarraron al borde del fregadero. ¿Lo había imaginado? Pero el sol se escondió tan deprisa como había aparecido, perseguido por las nubes de tormenta, y la imagen del espejo regresó.

Con la mirada fija en los ojos fantasmales del reflejo que iba y venía conforme la luz de fuera pasaba de negra a gris, los dedos de Emma buscaron a tientas un arma. No había otra cosa que un cuenco de plástico. Alargando la mano hacia el bote de los cubiertos, sintió un dolor agudo y el fluir de líquido caliente al apretar la hoja de un afilado cuchillo de trinchar, y bajó la mano por el acero hasta agarrar el mango con dedos húmedos y pegajosos.

Con miedo de perder el frágil contacto visual por un solo segundo, no fuera a ser que la persona se moviera, se acercara a ella o a Ollie, saliera de su campo de visión o se fuera al recibidor, adonde estaría obligada a seguirla, Emma respiró profundamente y se dio media vuelta deprisa, apoyándose con pesadez en el fregadero, cuando le fallaron de repente las piernas.

Con el corazón dando saltos y la garganta tan apretada por la tensión que no podía ni gritar, miró a la persona que tenía delante mientras la adrenalina le recorría el cuerpo, preparándolo para luchar o para escapar.

Era una chica, poco más que una niña.

Era menuda, con una melena rubia y enmarañada que le caía sobre los hombros de una trenca de lana gris, estropeada, y tenía las manos metidas hasta el fondo en los bolsillos. Los ojos que Emma había visto reflejados en la ventana eran cautivadores. Grandes, ovalados y de un profundo verde grisáceo, como un océano tempestuoso, se sobresaltaron ligeramente cuando Emma blandió el cuchillo. Pero la chica no se movió.

Emma bajó el cuchillo y lo posó sobre la isla de la cocina, pero no lo soltó. No tenía ni idea de lo que la chica quería, pero, por joven que fuese, Emma no se fiaba de ella.

—¿Qué haces en mi cocina? —preguntó—. Sal de aquí ahora mismo, antes de que llame a la policía.

La chica no se movió. Solo le devolvió una mirada intensa, sin que sus ojos abandonaran los de Emma ni por un momento. Emma creyó leer hostilidad en ellos, pero tal vez fuera confusión, o miedo.

—Ey, ey —gritó Ollie, que no estaba acostumbrado a que no le hicieran caso. Ninguna pareja de ojos se dirigió a él ni por un momento.

—No te lo voy a volver a preguntar. O te vas ya, o me dices quién eres y qué demonios estás haciendo en mi cocina —repitió Emma.

Silencio.

La chica se quedó parada donde estaba, pero sus ojos la escudriñaron, como tomándole la medida. Por un instante dirigió la mirada al cuchillo que Emma sostenía en la mano.

—¿Estás asustada? —preguntó Emma. No podía imaginarse qué había llevado a aquella niña a entrar en su casa, que estaba en mitad de ninguna parte, pero se le ocurrió que tal vez tuviera miedo de algo o de alguien. ¿Estaría escapándose? A lo mejor si Emma se relajaba, la niña le explicaría por qué estaba ahí.

Emma respiró profundamente varias veces y sintió que los latidos de su corazón se espaciaban. Si la chica tenía pensado atacarla, ¿no tendría que haberlo hecho ya?

Alargó la mano y empujó el cuchillo hacia el interior de la isleta. Se llevó el dedo a la boca y se lo chupó, luego cogió un pañuelo de papel que tenía metido en la manga y se lo envolvió alrededor de la herida, que escocía. Pero no le quitó a la niña los ojos de encima.

—Me llamo Emma. Nadie va a hacerte daño.

No sabía por qué había dicho eso, pero, a pesar de su mirada impasible, solo era una niña. No querría hacerle ningún daño, ¿no?

La chica sacó las manos despacio de los bolsillos, y Emma vio que tenía los puños muy apretados, y los brazos rígidos y rectos. Y llevaba guantes. El cuerpo de Emma se tensó: igual los guantes querían decir que la chica no quería dejar huellas de que había estado allí.

—Por favor, dime qué es lo que quieres.

Todo lo que Emma decía obtenía el silencio por respuesta.

La chica miró a Emma durante un momento más, y luego sus ojos dieron una vuelta rápida por la estancia, como buscando algo. Emma utilizó el breve respiro de la hipnótica mirada de aquellos ojos fríos para mirar a la niña con más cuidado. Vio que a la trenca le sobaban dos tallas por lo menos, como si se la hubiera prestado una hermana mayor, o incluso un hermano. Le caía por debajo de las rodillas, y las mangas le colgaban tapándole las manos. Llevaba vaqueros oscuros, que se arrugaban por encima de unas sucias zapatillas blancas. Pero a pesar de eso poseía una belleza frágil que no casaba con la hostilidad de su actitud.

—Mira, no sé quién eres ni por qué estás aquí, pero a no ser que me lo digas me temo que voy a tener que llamar a la policía. Alguien te estará echando de menos, preguntándose dónde estás.

La chica giró la cabeza hacia Emma, abriendo mucho los ojos. Echó un vistazo a la puerta de atrás y de repente a Emma le preocupó que fuera a echar a correr. Hacía dos minutos le hubiera aliviado verla marcharse, pero algo tenía que haberle pasado a

la niña para que apareciese allí. ¿A lo mejor había tenido un accidente y había venido andando? A lo mejor estaba perdida.

—¿Por qué no te sientas? ¿Me dices cómo te llamas? Yo soy Emma, y este —giró la cabeza, dedicándole una sonrisa a su hijo para tranquilizarlo— es Ollie.

Los ojos verdes no revelaron ninguna calidez al mirar a Ollie, que estaba observando a la niña con curiosidad y golpeando la bandeja de su trona con su cuchara de plástico.

El móvil de Emma estaba en el piso de arriba, en su bolso, y la niña ocupaba el espacio entre ella y el teléfono fijo de la cocina. Aunque Emma había dejado el cuchillo, seguía sin querer estar a una distancia a la que la chica le pudiera coger, por si acaso no la hubiera juzgado bien.

—Por favor, siéntate.

Emma levantó el brazo y señaló la mesa de comedor al otro lado de la habitación. La chica no se movió y Emma fue avanzando despacio a su alrededor, sin acercarse demasiado, esperando poder llegar hasta el teléfono. Mantuvo la voz tranquila, estable.

—De acuerdo. Ahora voy a llamar a la policía. Nadie va a hacerte daño, y no les estoy llamando porque quiera que te detengan por haber entrado en mi casa. Solo quiero que estés a salvo y que te lleven de vuelta a tu casa. Ni siquiera sé si comprendes lo que te estoy diciendo.

La niña voló hacia el teléfono, lo arrancó de cuajo y lo lanzó al otro lado de la habitación. Giró sobre sus talones y cruzó la cocina, cogiendo el cuchillo de la isleta donde Emma lo había dejado. Se puso de espaldas a la pared, con un puño apretado contra el cuerpo, la otra mano aferrada al cuchillo, preparada para atacar.

Emma contuvo un grito de terror. No debía asustar a Ollie. Se secó en los vaqueros las palmas de las manos, que de repente estaban húmedas, y dio la vuelta hasta el otro lado de la isleta, colocándose entre el cuchillo y su niño, con los ojos fijos en los de la cría. Cualquier pensamiento compasivo sobre el bienestar de esta niña desapareció de su mente al darse cuenta de que estaba atrapada. No podía abandonar la cocina para coger su móvil. Incluso si lograra sortearla, no podía dejar aquí a Ollie.

—¡Fuera de aquí! Sal de mi casa ahora mismo. Estás asustando a mi bebé —ordenó Emma con toda la confianza que fue capaz de reunir. No es más que una niña, se dijo. Eres tú quien tiene el control.

Emma se arriesgó a echar un vistazo a Ollie, que efectivamente parecía confundido. Su mirada iba de su mamá a la chica, sus profundos ojos azules llenándose de lágrimas a medida que la tensión del ambiente chisporroteaba a su alrededor. Emma alargó una mano y le acarició la cara con el dorso de un dedo.

—Shh. No pasa nada, corazón.

No quería volver a gritarle a la chica, pero sí ansiaba que se marchara. Alerta ante el menor de sus movimientos, cogió la taza con agua de la encimera y se la pasó al

niño. La chica ahora no miraba a Emma. Sus ojos recorrían la habitación, fruncía el ceño ligeramente. ¿Estaría buscando una escapatoria?

Emma miró a Ollie, que seguía sentado en su trona mirando a la niña, y sintió cómo su ira iba creciendo al contemplar sus escasos rizos rubios y sus mofletes gordinflones, húmedos a causa de sus lágrimas momentáneas. Nadie iba a hacerle daño a su bebé. Le vino a la mente con fuerza la idea de que si esta niña se acercaba aunque fuera un poquito a Ollie, lucharía contra ese cuchillo con las manos desnudas sin vacilar ni un segundo.

No tenía ni idea de qué hacer. Faltaban horas para que volviera David, pero a lo mejor no hacía falta que la chica supiera eso.

—Mira, no sé por qué estás aquí ni qué quieres, pero mi marido estará de vuelta en cualquier momento. Y te lo advierto... —Emma se detuvo. No quería amenazarla. No sabía si aquella niña sería una enferma mental y hablar de violencia podría hacerla estallar—. Por favor, háblame.

La mente bajo presión de Emma repasó todo lo que había ocurrido. Si la chica hubiera querido atacarla, había tenido oportunidades más que suficientes antes de que Emma se diera cuenta de que estaba dentro de la habitación. Se había mantenido en silencio, inexpresiva, hasta que creyó que Emma iba a ponerse en contacto con la policía. Parecía querer algo de Emma, pero no tenía ni idea de qué podría ser.

—Sé que no quieres hablar conmigo, pero si te doy un trozo de papel y un boli, ¿me escribirás tu nombre? —preguntó Emma con un repentino fogonazo de inspiración. Se le ocurrió pensar que a lo mejor la chica no podía hablar.

Echando suavemente hacia atrás la trona de Ollie, bien lejos del alcance de la chica, cogió un cuaderno y un bolígrafo de una estantería que había sobre la encimera y los empujó sobre la isleta hacia la chica.

—Por favor, escíbeme tu nombre. No sé cómo llamarte, y si voy a ayudarte tengo que saber quién eres.

La niña le devolvió la mirada a Emma, ignorando el papel y el boli que tenía delante.

Emma cerró los ojos con frustración. A lo mejor David tendría más suerte, y si no tendría que ser la policía la que se encargara del asunto.

Como si pensar en su marido lo hubiera hecho aparecer de la nada, el rugido de un poderoso motor invadió el agobiante silencio al entrar el Range Rover de David por el camino. Sintió alivio, pero no tenía ni idea de por qué había llegado tan pronto a casa.

Unos segundos después se oyó un portazo y Emma deseó desesperadamente poder correr al recibidor a darle la bienvenida. Pero de alguna manera tenía miedo de que si se daba la vuelta la chica desaparecería, y nadie creería que había estado allí.

Su alivio se vio templado por la sorpresa cuando la chica arrojó el cuchillo sobre la encimera, llevó el cuaderno hacia sí y empezó a escribir. Solo unas pocas letras, entonces giró el papel para que Emma lo viera.

—¿Emma? —Oyó cómo David dejaba caer las llaves en el cuenco de la entrada y escuchó sus pasos yendo hacia ellas—. ¿Emma? Ha pasado algo terrible. ¿Dónde estás? —La llamó en voz alta. Identificó la ansiedad en su voz mientras caminaba hacia la cocina.

Se quedó mirando las cinco letras como si no tuvieran sentido. Pero lo tenían. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y la piel de los brazos se le puso de gallina.

«Tengo que advertírselo a David». Pero era demasiado tarde. Abrió la puerta y sus ojos fueron directos a Emma.

—Em. Me han dado una noticia brutal... —comenzó. Sus ojos se vieron atraídos de repente hacia la esquina de la cocina. Miró a la chica, y sus cejas se arrugaron. Volvió a mirar a Emma mientras cruzaba la habitación, con la cabeza ladeada como si le estuviera haciendo una pregunta muda. Sabía que debería hablar, pero por un momento no fue capaz de encontrar las palabras.

—Ey, papá. Ey —gritó Ollie.

Pero David no respondió a su hijo. Se giró hacia la chica y se detuvo en seco, boquiabierto. La miró fijamente, atónito, y su rostro palideció.

La chica le devolvió la mirada, y dos marcas rojas aparecieron sobre sus mejillas, revelando una emoción que seguía ausente de sus ojos. El silencio resultaba denso, y Emma tuvo la repentina certeza de que desde ese momento su vida nunca volvería a ser la misma.

Finalmente David habló, con una voz que era poco más que un susurro.

—Tasha —dijo.

En cuanto David pronunció esas dos sílabas, el hechizo de silencio se rompió. De su garganta surgió un grito ahogado mientras cruzaba la habitación casi corriendo. Emma observó con impotencia cómo su marido se plantaba delante de su hija, acariciándole los brazos con las palmas de las manos abiertas, con una expresión que se debatía entre el desconcierto y el júbilo. Las lágrimas brotaron de sus ojos y corrieron sin control por sus mejillas mientras intentaba atraer el rígido cuerpo de Tasha hacia el suyo.

Emma estaba segura de que estaría pensando en Caroline, en cómo solían ser las cosas cuando estaban juntos él, Tasha y Caroline. Podía imaginar la escena si hubiesen estado aquí ambos progenitores para ser testigos del regreso de su hija perdida; cómo lo hubieran celebrado juntos. Se dio cuenta de que las lágrimas también surcaban su rostro, y se las enjugó rápidamente. Qué cruel era que David y Tasha hubieran estado perdidos el uno para el otro durante tanto tiempo.

Nunca encontraron una explicación para el accidente de Caroline, y no hubo rastro de Natasha desde aquel día hasta el de hoy. David le había contado a Emma cómo el pueblo entero había salido a recorrer una y otra vez los campos alrededor del escenario del accidente. Los helicópteros zumbaban sobre sus cabezas. Se habían emitido por televisión llamamientos urgentes, se habían publicado anuncios en prensa. Sin embargo no había ninguna señal de que hubiera habido nadie más en el coche. Solo Caroline.

Y ahora Natasha estaba allí. En su cocina.

David se había culpado por negarse a ir a aquella fiesta familiar. Aunque sabía que Caroline no era una conductora confiada, en especial de noche, había hecho oídos sordos a sus peticiones y se había quedado en casa, fingiendo que el problema era que tenía mucho trabajo. Eso no era verdad. Fue sencillamente que no le gustaba pasar tiempo con el padre de Caroline. Emma había empleado todo su amor y toda su paciencia para conseguir que empezara a aceptar que él no era responsable de lo que había ocurrido.

Ahora estaba hablándole a su hija sin parar, y los ojos de Emma se dirigieron hacia Natasha, que no parecía en absoluto conmovida por nada de lo que decía, su mirada inexpresiva, los ojos apartados de su padre.

—Tasha. Oh, cariño. —David sacudió la cabeza como si no tuviera ni idea de qué decir—. Esto es increíble. Te he echado de menos... Más de lo que nunca podrás saber. Eres tan bonita, te pareces tanto a tu madre, ¿lo sabes?

Temblando de emoción intentó de nuevo atraerla en un abrazo, pero Emma observó que Natasha se ponía todavía más rígida y entornaba los ojos. Podía ver que la niña tenía la mandíbula tensa.

Con retraso, Emma vio el parecido con Caroline: la curva de su pómulo, sus largas pestañas oscuras a pesar de su pelo rubio y el delicado rosa de sus labios. Caroline había sido morena, pero era una diferencia superficial. Bajo esa melena castaña del retrato del recibidor, la primera mujer de su marido los observaba con la misma mirada impenetrable que tenía Tasha en aquel momento.

David seguía murmurando palabras de amor, intentando conseguir que Natasha le respondiera.

—David —dijo Emma en voz baja. Se acercó a él y posó la mano sobre su espalda—. Sé que esto te sonará extraño, pero Tasha probablemente no se acuerde muy bien de ti. Creo que a lo mejor está algo asustada.

David giró la cabeza bruscamente hacia Emma.

—Claro que no está asustada. Sabe que soy su padre. ¿Por qué si no iba a estar aquí?

Emma podía ver el dolor del rechazo de Tasha en los ojos grises de David y casi no lo reconocía como el hombre relajado y lleno de confianza que había salido de su casa esa mañana. Ahora tenía el cuerpo rígido por la tensión, y la piel enrojecida a causa de la ansiedad.

Su rostro se relajó y sonrió al girarse de nuevo hacia Tasha, y levantó una mano para apartarle con delicadeza el pelo de la cara, pero ella sacudió la cabeza de forma que la melena volvió a caerle hacia delante mientras seguía mirando la mesa fijamente, sin expresión.

—¿Por qué no nos sentamos todos —propuso Emma—, y hablamos con Tasha, y descubrimos cómo ha encontrado la manera de volver a casa contigo y dónde ha estado todos estos años?

—Ha vuelto. Eso es lo único que importa. Dónde haya estado es algo que puede esperar.

Emma se quedó mirando a su marido. Por supuesto que no podía esperar. ¿Y si la habían tenido prisionera? ¿Y si habían abusado de ella? Había alguien allí fuera culpable de retener a aquella niña, y no se podía hacer como si los últimos seis años no hubieran ocurrido.

David condujo a Tasha hacia la mesa del comedor en el otro extremo de la habitación y sacó una silla para que la niña se sentara.

—Ojalá estuviera aquí tu madre, Tasha. Ella nunca supo que yo te había perdido, claro, pero hoy se alegraría tanto por nosotros...

Tasha aún no había hablado, pero Emma se sintió sobresaltada por la mirada que la niña lanzó a su padre. ¿Era ira aquello que veía en sus ojos?

—David, lo siento, pero ¿te importaría que hablásemos tú y yo un momento? —Sonrió a Tasha, pero solo obtuvo una pétrea mirada a modo de respuesta.

La cocina de repente le pareció opresiva y oscura, aunque estuvieran todas las luces encendidas. Siempre había sentido que era como un refugio de calidez incluso en los días más fríos y apagados, pero el cielo oscuro por fin había dado paso a una lluvia intensa, que golpeaba los tragaluces de cristal que recorrían el techo de lado a lado.

David giró la cabeza y le dirigió a Emma una mirada algo perpleja, pero la conocía lo bastante bien para saber que no iba a pedir hablar con él de no tener un motivo. Se inclinó sobre la mesa y acarició el brazo de Natasha.

—Vuelvo en un momento, corazón.

Mientras él daba la vuelta a la isla de la cocina hasta donde Emma lo esperaba de pie, ella fue meditando cuáles serían sus palabras.

—Si Tasha va a quedarse, vamos a tener que ir pensando en conseguirle ropa y en prepararle una habitación. De eso puedo ocuparme yo. ¿Qué opinas?

Emma tuvo un momento de bochorno por sentir aquella desesperada necesidad de escapar de la asfixiante atmósfera de la cocina, de llevar a Ollie a algún lugar seguro donde pudieran relajarse y respirar más fácilmente.

—¿Qué es eso de si va a quedarse?

—David, por supuesto que queremos que se quede. Pero no sé cómo funcionan estas cosas, y tú tampoco. Ni siquiera sabemos cómo ha llegado hasta aquí. No sé lo que van a opinar de esto los de Servicios Sociales, no es más que eso.

—¿Has llamado a los Servicios Sociales?

—No. —Emma se tragó su irritación—. No he llamado a nadie. Iba a llamar a la policía, pero...

—¿La policía? —David se giró hacia Emma, y su tono hizo que se estremeciera ligeramente—. ¿Por qué ibas a llamar a la policía?

Emma cerró los ojos un segundo.

—Había una niña en mi cocina. Una chica a la que no conocía, que se negaba a dirigirme la palabra. Pensé que se habría perdido, o que había tenido un accidente, pero no me decía nada. Claro que pensé que debía llamar a la policía, pero Tasha cogió el teléfono, así que no pude.

—¿Que Tasha hizo qué?

Emma no se sentía capaz de contarle lo del cuchillo, posado ahora inofensivamente sobre la encimera. ¿Habría sobreactuado?

—Eso ahora da igual. Pero sí que los tenemos que llamar. Tiene apenas trece años. No sabemos si le han hecho daño. No sabemos cómo ha llegado hoy hasta aquí, dónde ha estado viviendo, o lo que le pasó aquella noche horrible de hace seis años.

David se pasó los dedos por el pelo, apartándoselo de la frente, un gesto clásico de tensión que Emma reconocía perfectamente en su marido.

—Solo necesito pasar con ella un poco de tiempo, Em. ¿Es mucho pedir?

Emma no sabía qué pensar. Tal vez si Natasha hubiera sido su hija se sentiría como se sentía David. A lo mejor era cierto que estaba dándole demasiada

importancia a comprender todo lo que había ocurrido, en lugar de celebrar el regreso de Natasha, pero el caso es que para la policía seguía siendo una menor en paradero desconocido.

—Cariño, es una niña, y la policía tiene que saber que está en casa. Nos ayudarán a descubrir lo que le pasó, a comprender lo que tenemos que hacer para ayudarla.

David extendió los brazos y atrajo a Emma hacia sí.

—Sé que tienes razón. Es solo que tengo miedo de que se la vuelvan a llevar. Pero no los dejaré. ¿Harás tú la llamada? Yo quiero estar con Tasha.

—Por supuesto que lo haré. —Abrazó con fuerza a su marido y sintió cómo su cuerpo se relajaba contra el de ella—. Lo haré ahora.

Emma soltó suavemente a David y se dio media vuelta.

Tasha, cruzada de brazos, se apoyaba contra la puerta que daba al recibidor.

—Nada de policía —pidió, con los ojos como canicas, duros y brillantes.

—Nada de policía —dijo de nuevo—. Si llamáis a la policía, me piro de aquí.

Aquellas eran las primeras palabras que le oían decir a Natasha, y Emma podía ver el miedo en los ojos de David de que lo decía completamente en serio. Tenían que contárselo a la policía.

Desde que Tasha se había pronunciado, Emma había conseguido convencerla de que se sentara otra vez a la mesa, pero no de que se quitara el abrigo, aunque en aquella cálida habitación tenía que estar asfixiada. Era como si todavía no estuviera del todo segura de que fuera a quedarse.

—Tengo que ponerme a hacerle la cena a Ollie —dijo Emma, inclinándose para besar a su hijo en la mejilla—. Vamos, hombrecito, te voy a preparar tu comida preferida, ¿vale?

Le acarició el cuello con la nariz, queriendo escucharlo reír. El niño sonrió, pero fue una respuesta mucho más leve de lo normal. Pobrecito Ollie. No estaba acostumbrado al desasosiego en aquella casa, donde solía reinar la calma.

Se acercó al iPod que tenía enchufado a las altavoces y lo encendió. Cuando los primeros acordes de *Pop Goes the Weasel* comenzaron a llenar la habitación, Ollie empezó a dar botes en su trona. David y Tasha podían pensar lo que les diera la gana. Era hora de concentrarse en lo que necesitaba su hijo.

—¿Me echas una mano con una cosa, David, por favor? —pidió Emma. Tenía que hablar con él. Tenían que decidir qué hacer.

Por la mirada que David le dirigió estaba claro que había comprendido su estratagema, pero con la música sonando y Tasha sentada al otro lado de la habitación, deberían ser capaces de hablar en privado. David se acercó y dejó caer un brazo sobre los hombros de Emma, aferrándola brevemente.

—Las cosas serán más fáciles dentro de un día o dos, te lo prometo.

Emma sonrió ante la típica respuesta de David. Si haces como que un problema no existe, desaparecerá.

—Tenemos que contárselo a la policía ya, David.

Él asintió.

—En realidad es peor de lo que piensas. Por eso he vuelto a casa tan temprano. Hay una cosa que tengo que contarte. Pero aquí no, Em. No quiero que Tasha lo oiga.

—Pues yo no pienso dejar a Ollie solo con ella.

—Por el amor de Dios, Emma, ¿qué te pasa? ¿Qué piensas que le va a hacer? Es su hermano.

Emma no sabía cómo explicárselo a David, pero no estaba dispuesta a dejar que sucediera. No iba a dejar a Ollie con Tasha.

—Gírate hacia mí, habla bajito y Tasha no te oirá.

David se apoyó contra los armarios de la cocina y habló tan bajo que Emma apenas lo oía.

—Me vino a ver la policía. Encontraron el cuerpo de una chica joven esta mañana, y pensaron que podría ser Tasha. Se llevaron una muestra de mi ADN para comprobarlo.

Emma se lo quedó mirando con incredulidad.

—¿Cómo? Ay, cariño, tiene que haber sido horrible para ti. —Se inclinó hacia delante y le dio un abrazo, luego se echó hacia atrás, con las manos aún alrededor de la cintura de su marido—. Así que es todavía más importante que llamemos a la policía, para decirles que no puede ser Tasha, porque está sentada en nuestra cocina. Hay otros pobres padres que acaban de perder a su propia hija, y la policía tiene que concentrarse en quién es esa niña en realidad en lugar de perder el tiempo comprobando si es Tasha.

David cerró los ojos y asintió brevemente.

—Mira, ¿por qué no le das la cena a Ollie y yo pasaré otros diez minutos con Tasha, y después los dos juntos le explicaremos por qué tenemos que llamar a la policía? ¿Te parece bien eso, Em?

Volvió a deslizar los brazos por su espalda y lo estrechó contra sí. Sintió la calidez de su piel a través de la camisa, pero su delgado cuerpo parecía vulnerable, insustancial, y lo apretó más fuerte.

El trayecto en coche desde la oficina debería haberle llevado a Tom unos veinte minutos, pero aquella noche era un maratón de paradas y puestas en marcha. Todo se basaba en calcular bien los tiempos, y esa noche lo había hecho mal. No sabía qué banda de pop de chicos estaba tocando en el Manchester Arena, pero las calles estaban ocupadas por hordas de niñas, mareadas de emoción, andando prácticamente a saltos hacia el recinto, arrastrando una desconsolada estela de padres tolerantes. Observó sus rostros felices, riendo, y la imagen de otro rostro joven, distorsionado por los estragos de la muerte, se colocó por fuerza en primer plano en su mente. Fuera lo que fuese que le hubiera ocurrido a la niña que habían encontrado por la mañana, iba a cazar al hijo de puta que se lo había hecho.

Becky se había ofrecido voluntaria para el horrible trabajo de visitar a las familias de las dos niñas que encajaban con el perfil de edad. Había sido fácil encontrar a David Joseph, y Becky lo había visto en su despacho de las oficinas de su empresa esa mañana. Amy Davidson, sin embargo, llevaba desde los dos años en hogares de acogida, y nadie sabía quién era su padre. Su madre estaba en la prisión de Styal, y se había encogido de hombros cuando le dijeron que la policía estaba comprobando si una niña a la que habían encontrado muerta en circunstancias sospechosas podría ser su hija. No había visto a la niña desde que se hicieron cargo de ella los Servicios Sociales y nunca había mostrado el menor interés por ella. A pesar de eso, el suyo era el único ADN que podrían usar para la identificación.

Lo de David Joseph había sido diferente. Había suplicado poder ver el cuerpo, para comprobar por sí mismo si era su hija, pero Becky, por supuesto, se había negado. Le habían prometido agilizar al máximo el proceso de comparación del ADN, pero le había costado explicarle que había muchas posibilidades de que se tratara de otra niña. Con todo, cuanto antes pudieran tranquilizar a ese hombre, mejor.

Si la niña resultaba ser Natasha Joseph, no obstante, conduciría la investigación en una dirección completamente diferente, porque cuando desapareció, con seis años, no era en absoluto alguien que se hubiera escapado de su casa, y no le gustaba imaginar lo que le podría haber pasado en los siguientes seis años.

Mientras Becky estaba fuera, Tom había hecho una llamada.

—Jumbo, perdona que te moleste. Estoy seguro de que estás hasta arriba, pero Becky me ha dicho que trabajaste en el caso de Natasha Joseph hace seis años. He leído el informe, pero pensé que merecería la pena sondear tu enciclopédica memoria.

—No sé si enciclopédica es la palabra, pero sí que recuerdo bien aquel caso. El

hombre perdió a su mujer y a su hija en una misma noche. Nos llamaron para examinar el vehículo cuando supieron que había desaparecido una niña. Pero no estoy seguro de poderte ayudar, Tom, porque no había nada que encontrar allí; desde luego nada de sangre, quitando la de la madre, claro. Y sus heridas eran mortales. Se había roto el cuello.

—Lo que me estaba preguntando es cómo saldría la niña del coche, porque lo normal sería que estuviera puesto el seguro de niños. ¿A qué conclusión llegasteis?

—Para serte sincero, nunca conseguimos verdaderas respuestas. La puerta al lado del asiento de la niña sí tenía puesto el seguro antiniños, pero el otro lado no, así que pudo salir por allí. Sí que nos planteamos si alguien la habría rescatado y tal vez se quedara con ella, pero no encontramos ninguna prueba que apoyase esa teoría, así que llegamos a la conclusión de que debió de salir del coche para intentar buscar ayuda y luego simplemente se marchó.

Jumbo no había sido capaz de contarle nada más, cosa que era más o menos lo que Tom esperaba. Si hubiera habido algo más, lo habría visto en el informe.

Así que ¿adónde demonios fue la niña?

Seguía sin tener respuestas al entrar en el camino de su casa, donde se dio cuenta con un pellizco de decepción de que el coche de Leo no estaba allí. Debía de andar liada. Tom cogió sus cosas del asiento trasero, caminó deprisa hacia la puerta y metió la llave en la cerradura, esperando a oír el pitido de la alarma. Se acercó a la panel de control y la apagó.

Desde que entraron a robar en la casa de Cheshire el verano anterior, Tom se había vuelto más cauteloso. En aquel momento, le pareció que los ladrones andaban detrás de alguna cosa que había entre los papeles de Jack, y ahora esos papeles estaban allí, en su casa.

Tom sabía que nunca estaría del todo relajado hasta que no cogiera el toro por los cuernos y revisara los documentos para ver si averiguaba por qué alguien querría robarlos; a no ser, claro, que llegara demasiado tarde y el verano pasado hubieran encontrado ya lo que estaban buscando.

Fue al armario de la cocina y cogió un vaso, se echó una generosa medida de Glenmorangie y se lo llevó al salón. Se sentó en el sofá, pero abandonó pronto la comodidad de los blandos cojines y se deslizó hasta quedar sentado en la alfombra, con la espalda apoyada en el asiento que acababa de dejar libre. Alargó la mano hasta la mesita para alcanzar el mando a distancia y apretó un botón para elegir una canción al azar.

Tom tenía que agradecerle a Jack su ecléctico gusto musical. Desde el principio de su adolescencia hasta el día en que Jack murió, los dos hermanos habían disfrutado una buena cantidad de acaloradas discusiones sobre qué género musical era el mejor. Tom recordaba con claridad la primera noche que Jack lo llamó a su dormitorio para recibir «educación». Se había sentado con las piernas cruzadas sobre la cama intentando argumentar que Jack tenía un gusto musical horrible, hasta que al final

Jack sacó un par de latas de cerveza de debajo de la cama y le dio una a Tom.

—Bébetelo, relájate y escucha —le pidió a un Tom algo sorprendido, y encantado, de trece años.

Fue una costumbre que mantuvieron durante el resto de la vida de Jack. Un par de veces al año se reunían, bebían cerveza y escuchaban música. Tom raramente bebía cerveza en ninguna otra ocasión. Era un ritual que relacionaba con Jack, y de alguna manera el sabor iba con el acontecimiento.

Tomó un sorbo de su whisky. No solía permitirse un rato para pensar en Jack, y tenía miedo de que estudiar los papeles de su hermano abriera una especie de caja de Pandora. Los documentos llevaban años en el despacho del abogado de Jack, mientras Tom seguía haciendo como si no existieran, y le asustaban los recuerdos, porque no todos eran positivos. Lo más duro era lidiar con los recuerdos.

Lo cierto era que Jack obedecía solo su propia ley. Siempre aborreció cualquier clase de disciplina o de control, y su mente, asombrosamente astuta, estaba de continuo a la caza del siguiente desafío, hasta que al final encontró lo único que no pararía nunca de crecer en complejidad y capacidad de estimular su fértil cerebro. El ordenador. A medida que se fue haciendo mayor, se convertiría en una obsesión. Desde el día que se compró un Spectrum ZX Jack apenas salió de su habitación.

Tom se sentía intimidado por él. Un chaval con aquella salvaje melena oscura recogida en algo parecido a una coleta, con ojos azul pálido que parecían quemar cualquier superficie sobre la que se posasen, era nada menos que su hermano. Jack solo tenía tres años más que Tom, pero parecía a años luz en actitud. Siempre llamaba a Tom «hermanito», casi como si no se acordara de su nombre. Pero nunca olvidaría aquellas noches especiales, cuando Tom ganaba acceso al mundo secreto del dormitorio de Jack, en el que la ropa yacía en montones sobre el suelo y desde unos altavoces caseros atronaba AC/DC.

Tom bebió otro trago de whisky, forzando su mente a alejarse de Jack y a ocuparse de las otras cosas que eran importantes ahora, como una niña que había sufrido Dios sabe qué espantos y a la que habían dejado morir en un bosque frío y húmedo.

Sacó el teléfono del bolsillo del pantalón y pulsó una tecla.

—¿Lucy? Soy papá. Solo quería darte un toque para ver cómo andabas.

Ollie estaba calladito en su trona, masticando sus tostadas con queso favoritas; por ahora no era consciente de la tensión que lo rodeaba.

Tasha no había vuelto a decir palabra, pero de alguna manera tendrían que conectar con ella.

—Cuéntale la verdad —pidió Emma—. Explícale a Tasha por qué tenemos que decirle a la policía que está en casa.

David ladeó la cabeza como diciendo «¿de verdad tengo que hacerlo?». Pero sabía que no le quedaba otra opción.

—Tasha, hoy la policía vino a verme, para preguntarme por ti.

Los ojos de Tasha de inmediato se dilataron por el miedo, saltando entre David y Emma.

—Se supone que no debo contarle a nadie nada de esto, porque no van a hacer pública la noticia hasta mañana, pero han encontrado el cuerpo de una chica esta mañana en un bosque. La policía creyó que podrías ser tú.

Tasha agachó la cabeza. El pelo le cayó cubriéndole la cara, pero Emma estaba segura de haber vislumbrado algo que parecían lágrimas en los ojos de la niña. Hizo un ruido parecido a un siseo.

—Eh —dijo Emma—, no pasa nada, Tasha. Es solo que no sabían quién era, y la chica tenía más o menos tu edad, así que quisieron ponerse en contacto con tu padre. Eso es todo.

Tasha no levantó la mirada.

—Tasha, ¿qué pasa, cariño? —preguntó David, poniéndose en pie y acercándose a ella.

Al inclinarse hacia delante para ponerle el brazo suavemente sobre los hombros, Tasha se echó hacia el otro lado.

—No me toques —dijo. Mantuvo el cuerpo en escorzo, alejado de su padre hasta que él retiró el brazo. Aunque hubiera tenido hacía un instante lágrimas en los ojos, ahora no había ni rastro de ellas.

Emma sintió el dolor de David como si fuera propio, pero su mayor preocupación era Ollie. No debería estar allí pasando por aquello. Pareció sobresaltado por un momento, y luego su carita se arrugó y los extremos de su boca se inclinaron hacia abajo y gruesas lágrimas empezaron a caerle por los mofletes enrojecidos. Hacía horas que debería estar en la cama, pero Emma no había querido separarse de él ni por un momento.

—Tasha, siento mucho que estés disgustada, pero voy a tener que sacar a Ollie de aquí. Todo esto le está perturbando y no lo está llevando bien. Parece que le está subiendo un poco de fiebre. No voy a llamar a la policía. ¿De acuerdo? No llamaré mientras no hayamos llegado a un acuerdo contigo. Te lo prometo. Y yo no rompo mis promesas.

Sin esperar a que nadie le diera permiso, Emma levantó a Ollie de su trona y lo estrechó contra sí.

—Vamos, hombrecito. Vamos a meterte en la cuna. Está todo bien. Shhh, cariño.
—Emma besó su piel caliente.

Al girar hacia la puerta, Tasha se puso en pie de un salto.

—Yo también voy —dijo.

Emma estaba a punto de objetar, pero con una mirada a la cara de Tasha supo que no podía. La chica estaba decidida a acompañarla. Emma se sacudió de encima la ansiedad y se dijo a sí misma que Tasha no era más que una niña.

¿Qué haría Caroline en su lugar?

—¿Por qué no vamos todos? Te podemos enseñar dónde vas a dormir, y puedes echar un vistazo por la casa con tu padre mientras yo pongo a Ollie a dormir.

—Buena idea —dijo David, aparentemente agradecido por hacer algo que pudiera darle a la presencia de Tasha cierto sentido de permanencia.

Hubo un momento complicado cuando llegaron a lo alto de la escalera. El cuarto de invitados en el que Tasha iba a dormir era la primera puerta a la derecha, pero cuando Emma la abrió con una sonrisa diciendo «aquí está, Natasha», la niña siguió caminando por delante de ella hasta la siguiente habitación, que ahora era la de Ollie. Empujó la puerta y se quedó parada, contemplando el interior.

David se pasó la mano por el pelo otra vez, la culpa impresa en la cara.

—Deberíamos haber puesto a Ollie en otro sitio, y dejado su cuarto como estaba —susurró—. Fue un error, Em. Va a pensar que me olvidé de ella.

Emma no dijo nada. Qué típico de David. En lugar de ofrecerle a su hija una explicación racional por el cambio de habitación, lo que le preocupaba es que ella sintiera resentimiento por ello, resentimiento contra él.

Ahora no era momento de discutir, así que se dirigió a Natasha.

—Ahora ese es el cuarto de Ollie, corazón. Entra y echa un vistazo si quieres, pero es un poco pequeño para una adolescente, así que tu habitación va a ser esta otra. Podemos cambiarla, por supuesto, pero esta tiene una cama doble y es mucho más grande. ¿Qué te parece?

Natasha se giró hacia ellos, sin expresión alguna en la cara, entró en su habitación y cerró la puerta tras de sí.

A la hora de acostarse, Natasha seguía sin salir de su cuarto. David había llamado a la puerta para decirle que iban a cenar, por si quería algo, pero ella no le había

contestado. Emma había subido también diez minutos después. Había intentado abrir la puerta, preocupada por que Natasha estaba allí dentro sola, y sin duda estaría alterada por todo lo que había ocurrido. Al fin y al cabo solo tenía trece años. Pero había puesto algún mueble contra la puerta y no se podía abrir.

Emma imaginó a Tasha en la cama, enroscada sobre sí misma, confusa y triste, y sintió que se le partía el corazón por aquella niña.

—Tasha, por favor, déjame entrar, o por lo menos dime que estás bien.

Como esperaba, no hubo respuesta. ¿Y si Tasha se había marchado? ¿Podría haber salido por la ventana? Emma creía que no, pero ¿y si de alguna manera se había hecho daño?

—Natasha, si no abres esta puerta o me dices algo, voy a tener que pedirle a tu padre que entre a la fuerza, ya sea por la puerta o, si es necesario, por la ventana. Así que dime si estás bien.

—Lárgate —llegó el grito del interior.

—Vale, cariño. Solo quería comprobar que no estabas enferma ni nada. Sé que esto debe de ser increíblemente duro, Tasha, y queremos ayudarte. ¿Te traigo algo de comer si no te apetece bajar?

—Te dije que te largaras.

Ya no era un grito, pero había una sensación de determinación en el tono que no dejaba lugar a discusión.

Emma apoyó la frente contra la puerta. No tenía ni idea de qué hacer, y Tasha todavía no les había explicado por qué estaba dispuesta a escaparse otra vez si llamaban a la policía.

—Vale, me voy abajo. Si quieres cenar algo, que sepas que hay pastel de carne y patatas al horno.

David había cenado en silencio, decepcionado porque Tasha no se hubiera sentado con ellos, y Emma no encontraba palabras de consuelo que no sonaran como tópicos vacíos. ¿Cómo iba ella a comprender cómo se estaba sintiendo él? Su sonrisa fácil aquella noche parecía un recuerdo lejano, y ella quería compartir su dolor, su júbilo, su confusión. Pero no podía acceder a él. Él estaba en otra parte, en un lugar que la excluía a ella.

Una cosa sí sabía, no obstante. Había algo en todo aquello que estaba muy mal. ¿Por qué no les contaba Tasha dónde había estado viviendo? ¿Por qué tenía miedo de la policía?

Emma no tenía respuestas, y después de terminar de cenar y de recoger la mesa le había subido un trozo de pastel de chocolate y un gran vaso de leche, y los había dejado en la puerta de la habitación de Tasha.

Quería decirle a David que al día siguiente iba a llamar a la policía, le pareciera bien o mal a Tasha. Alguien la había mantenido alejada de su familia todo aquel tiempo, y no había garantías de que fuera la única. ¿Y si había otras niñas como ella, escondidas de sus familias? ¿Cómo había conseguido regresar? Vivían a casi cuatro

kilómetros del pueblo más cercano, y hasta allí no llegaban autobuses.

Emma no podía evitar sentir que no estaban haciendo las preguntas adecuadas.

—Subamos —propuso Emma con voz queda, cogiendo a David de la mano.

David retiró su mano con suavidad.

—¿Te importa que me quede aquí abajo un rato, Em? Voy a ponerme una copa de brandy y tomarme un momento para mí. ¿Te parece bien?

Emma estaba segura de que David necesitaba tiempo también para pensar en Caroline, y no podía culparle por ello, menos aún en un día como aquel.

—Claro. Seguiré despierta cuando subas a la cama por si quieres que hablemos un poco más.

La besó con delicadeza en la boca y ella se volvió para subir la escalera.

Al pasar por delante de la habitación de Tasha la decepcionó ver que el pastel y la leche seguían encima de la mesita del descansillo, pero para su sorpresa vio que la puerta estaba entreabierta. Llamó flojito con los nudillos.

—Tasha —dijo con una voz que era prácticamente un susurro, por si la niña estaba dormida. No hubo respuesta. Empujó la puerta un poco más para comprobar que su nueva hijastra estaba bien. La habitación se encontraba vacía.

Emma dio media vuelta a toda velocidad. La puerta del baño estaba abierta de par en par; evidentemente allí no estaba. Y había algo más. La puerta de la habitación de Ollie estaba cerrada. Y nunca se cerraba.

Voló por el pasillo y abrió de golpe la puerta del cuarto de su hijo. La luz nocturna arrojaba imágenes leves de estrellas, burbujas y peces por la habitación, proyectando una pálida luz verdosa sobre las oscuras paredes, y sobre la figura que se inclinaba hacia el bebé, a los pies de la cuna.

Día dos

El cielo fuera de la habitación de Ollie resplandecía con el sol de la mañana, aunque ya se arremolinaban nubes de lluvia, una oscuridad llena de pesadumbre se cernía, malévolamente, en el horizonte.

Emma tenía la mirada fija en el jardín sin ver nada. Aquel día, decidió, iba a ser mejor, aunque sentía el cuerpo pesado y letárgico por la falta de sueño. Pero contra aquello iba a tener que luchar. Su familia la necesitaba.

Había pasado la noche en la butaca de la habitación de Ollie, aterrorizada por dejarlo solo. O al menos había empezado la noche en la butaca. Al final, sin embargo, se había echado en la alfombra que había delante de su cuna. Si se dormía, no quería que nadie le pasara por delante y llegara hasta su pequeño.

Cuando encontró a Tasha asomada a su cuna la noche anterior, le había gritado a la niña, de puro miedo.

—¿Qué haces? ¿Por qué estás aquí?

Natasha se le había quedado mirando, inmóvil, durante unos minutos, con los ojos inexpresivos. Luego había apartado a Emma de un empujón y se había marchado tranquilamente a su cuarto, donde se volvió a encerrar, erigiendo una barricada contra la puerta. Durante el resto de la noche, Emma se mantuvo alerta ante el más mínimo sonido, pero aquel aterrador momento no se había repetido, y el bebé había dormido plácido hasta hacía un momento.

Emma se giró para coger a Ollie en brazos y sacarlo de la cuna, y se lo llevó al asiento que había junto a la ventana, acurrucando su cálido cuerpecito contra sí. Lo abrazó un poco más fuerte y le besó la coronilla. ¿Qué pensaría él de todo aquello? Ollie estaba acostumbrado a una vida libre de tensiones, pero ahora seguramente fuera capaz de sentir la ansiedad de su madre, que se le salía por los poros. Emma notó que se le llenaban los ojos de lágrimas y se sacudió, enfadada consigo misma. Alterarse no iba a ser de ayuda para nadie.

Se forzó a relajar los hombros, movió los dedos de los pies en un esfuerzo por relajar los músculos de las piernas y respiró profundamente varias veces.

—Sé positiva —susurró.

A pesar de los acontecimientos de la noche anterior, tenía que intentar actuar como si no pasase nada. Estaba segura de haber sido presa del pánico sin necesidad.

La chica probablemente no quería más que mirar a su hermanito. Emma necesitaba arreglar las cosas, por el bien de todos.

Abandonó por fin el asiento de la ventana y llevó a Ollie en pijama hacia la escalera.

—¿Y qué nos va a traer el día de hoy, chiquitín? —le preguntó, ofreciéndole su mejor sonrisa.

Hizo una pausa fuera de la habitación de Natasha y llamó a la puerta.

—Tasha, Ollie y yo vamos a bajar a desayunar. Tu padre está en la ducha. ¿Quieres unos huevos revueltos?

Esperó en silencio y se sorprendió cuando la puerta se abrió y la niña salió. Verla llevando exactamente la misma ropa que lucía el día anterior le recordó que tendría que comprarle algo, y tal vez algún que otro detalle para animar su habitación.

En la cara de Natasha no había expresión, pero tenía los ojos cansados e irritados. ¿Habría estado llorando?

Y es culpa mía. Es porque le grité.

Emma sintió que enrojecía y se giró hacia Ollie para enmascarar su desconcierto culpable.

—Dile buenos días a Tasha, Ollie.

—Tassa, Tassa, ey, ey —dijo Ollie, sonriendo de oreja a oreja a su hermanastra y agitando los brazos en el aire. Ella apartó la cara.

Emma sintió que fruncía el ceño ante la indiferencia de la niña y se forzó a actuar con naturalidad, emprendiendo el camino a la cocina.

—Lo siento, no es capaz todavía de pronunciar la sh. Venga, zumo para Ollie, y me imagino que a ti también te apetecerá un poco —propuso Emma, tomando la decisión de que por ahora su política iba a ser no exigir respuestas.

Sirvió zumo en la taza de Ollie y en un vaso para Natasha.

—Ve y siéntate a la mesa, Tasha. Te llevaré el desayuno cuando esté listo.

Fue hacia la nevera, sacó unos huevos y metió dos rebanadas de pan en la tostadora, todo ello completamente en modo piloto automático, con la cabeza en otra parte.

Emma había vuelto a hablar con David sobre la policía, y por fin había conseguido convencerlo de que había que llamarlos. Nada más despertarse, David le preguntó dónde había pasado toda la noche. Sabía que si le decía la verdad sobre por qué había dormido en la habitación de Ollie, él le habría dicho que estaba exagerando, así que le contó que le preocupaba que Ollie tuviera fiebre, y le parecía más fácil que estar molestando a David cada vez que se levantaba para comprobar que el niño estuviera bien.

Era mentira. Nunca antes le había mentado a su marido.

Sintió la mirada de Tasha sobre ella y de alguna manera tuvo la sensación de que aquella niña era capaz de leer cada uno de sus pensamientos. Sus ojos se entrecerraron ligeramente como si odiara a Emma con todas las células de su cuerpo.

¿Le guardaba rencor por haber ocupado el lugar de su madre? Emma sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal. Si la detestaba tanto, ¿por qué estaba aquí?

David escogió ese preciso momento para entrar en la cocina, haciendo lo posible por mostrar una animosa sonrisa, y se dirigió directamente a Natasha.

—Hola, cariño —saludó, sonriéndole de oreja a oreja—. Qué maravilla verte levantada y desayunando. ¿Dormiste bien?

Le pasó el brazo por los hombros, apretándola ligeramente contra él para poder darle un beso en la coronilla. Natasha se resistió con todas sus fuerzas, y cuando David la soltó, la fuerza de su resistencia la hizo tambalearse un poco hacia un lado, y con el brazo dejó caer el vaso de zumo.

Natasha se levantó de la mesa de un salto.

—Deja de tocarme —se quejó con voz queda, los ojos incendiados y la mandíbula tensa—. No me gusta.

Tiró con saña la silla al suelo de una patada, abandonó la cocina dando un portazo.

Emma no sabía qué hacer, pero le resultaba insoportable lo que veía en los ojos de David. Sabía que estaba agobiando a la niña, pero ¿cómo iba a culparle por ello? Esperó unos instantes.

—¿Quieres que vaya a por ella? —preguntó, con voz baja y tranquila—. Prometimos que no nos pondríamos en contacto con la policía, pero va a dar muy mala impresión si no lo hacemos. ¿Tú qué quieres hacer, amor?

David sacudió la cabeza.

—Tienes razón, por supuesto. Iré a decírselo. Pero voy cerrar con llave la puerta de la entrada, de forma que si decide escapar, tendrá que pasar por aquí. Y la detendré. No sé qué más hacer, pero no puedo volver a perderla ahora.

La sala de incidencias zumbaba cuando llegó Tom. Becky parecía tenerlo todo controlado y la prensa ya había recibido la información sobre el hallazgo del cuerpo de la niña. La inspectora jefe Philippa Stanley había decidido hacer de portavoz. A Tom no lo sorprendía. Philippa estaba muy interesada en darse a conocer, y, desde el punto de vista de Tom, podía obrar como le apeteciese en ese sentido.

Él sabía lo que iba a suceder ahora. Todas aquellas niñas cuya desaparición no había sido denunciada se convertirían en la máxima prioridad a ojos de sus padres, cuya fe en que su cría volvería «cuando estuviera preparada» se desmoronaba.

Tom no había dormido bien. Pensar en Jack y en la niña muerta era suficiente para perturbarle el sueño, pero encima Leo y él habían descubierto algo la noche anterior entre los papeles de su hermano, y no podía quitarse de la cabeza la idea de que podría ser significativo.

La noche anterior no quería revisar los documentos de Jack, pero cuando Leo llegó a casa, lo animó a dejar de posponer la tarea indefinidamente.

—La procrastinación, Tom.

—Sí, lo sé. La ladrona del tiempo.

Leo le había dirigido una mirada petulante.

—No iba a decir eso. Iba a decir que hacer que las cosas fáciles se hagan difíciles, y las difíciles aún más.

—¿Eso te lo acabas de inventar? —le preguntó él con una sonrisa.

—No, pero la amenaza de estos documentos siempre está ahí, cerniéndose sobre ti. Hasta que no sepas si hay algo que merezca la pena encontrar, o alguna prueba de que se han llevado algo, se van a convertir en una carga más y más pesada. Venga, yo te ayudo. Vamos a dejar una cosa hecha.

Había mirado a Leo, vestida con uno de sus atuendos monocolor de vaqueros negros y una blusa suelta a rayas blancas y negras, y pensó en cierta actividad a la que preferiría dedicar la velada. Pero al final, sin embargo, se había rendido.

—Vale, tú ganas. Traeré las cajas.

Al principio parecía una tarea bastante ordinaria, nada más emocionante que una serie de documentos detallando las presentaciones de Jack ante clientes potenciales. No se hizo realidad ninguno de los temores de Tom de que lo asaltasen los recuerdos, hasta que Leo descubrió una tarjeta de memoria atrapada bajo una de las solapas de cartón al fondo de la caja. Ella había querido cargarla en el portátil allí mismo, pero Tom vaciló, temiéndose que pudiera ser un vídeo de Jack tocando mal la guitarra y

cantando canciones de Def Leppard. No estaba seguro de poderlo aguantar, así que sugirió que ya habían hecho bastante por una noche y puso la tarjeta a un lado.

Pero no sirvió de nada. Aquel condenado objeto le quemaba en el bolsillo del pantalón. Lo mejor con diferencia iba a ser echarle un ojo en aquel momento, en la privacidad de su despacho y enfrentarse de una vez a lo que contuviera. Sacó la tarjeta y la metió en la rendija del lateral de su portátil.

Había un solo archivo. SILVERSPHERE.xls. Tom se quedó mirando la pantalla. Una tabla de Excel. Y reconocía muy mucho el apodo Silver Sphere.

Era el alias de Jack como *hacker*. De adolescente Jack había empezado a *hackear* como un juego, por demostrar que era capaz de vencer al sistema. Sinceramente creía que nada podía derrotarlo.

Tom hizo clic sobre el archivo para abrirlo. Durante un segundo no pasó nada. Luego apareció un recuadro.

«Por favor, escriba su contraseña».

Tom se quedó mirando la pantalla durante un momento, y luego con un suspiro de decepción extrajo la tarjeta y se la volvió a meter en el bolsillo.

Tom iba por el segundo café de la mañana cuando levantó la mirada y vio a Becky vacilando cerca de su puerta. Su ánimo se levantó ligeramente, y no por primera vez le chocó ver lo mucho que había cambiado. No había comparación entre la persona que tenía ahora delante y la que había llegado a Manchester unos meses antes. Ni rastro del rostro pálido y demacrado de una joven que luchaba por recuperar la confianza tras una relación fracasada. Ahora tenía las mejillas sonrosadas, y sus ojos resplandecían con verdadero interés por la vida. Había recuperado toda su efervescencia natural. Hoy su atuendo estaba acorde a su personalidad aguda y descarada; su traje pantalón negro estaba bien cortado, con una chaqueta que resaltaba su esbelta cintura, y debajo de la chaqueta llevaba una blusa verde esmeralda y una fina cadena de oro al cuello. Su melena corta había crecido, y el cabello le caía, brillante, sobre los hombros.

—¿Te importa que pase? —preguntó—. Es que parecías estar en otra parte. Anda, ya veo que has encontrado tu cerdo.

Tom tuvo que pensar un momento. ¿Qué cerdo? Y entonces siguió la mirada de Becky hasta el tope de la puerta.

—Ah, sí. El cerdo perdido. Nuestro buen amigo el detective Tippetts se lo había llevado prestado.

—¿Y qué demonios quería Tippetts con tu cerdo? —quiso saber Becky.

—No preguntes. No me creí su excusa ni por un momento. ¿Alguna novedad de interés en las llamadas acerca de la niña desaparecida?

Becky se sentó haciendo una mueca.

—La verdad es que no. Como podrás imaginar hay un montón de nombres que

contrastar porque hay gente diciendo que su hija de dieciséis años aparenta solo doce, o que si estamos seguros de que la chica era blanca, y tal y cual. Pero Jumbo sí nos ha proporcionado una información. Está redactando el informe ahora, pero quería darme un adelanto.

Tom empujó las estadísticas sobre crimen que había estado mirando a un lado con poco interés y se echó hacia delante.

—¿Qué tiene?

—Hicieron una búsqueda de huellas dactilares en el montón de hojas húmedas que había alrededor de donde la encontramos y descubrieron una jeringuilla.

—Oh, no —exclamó Tom, sintiendo que se le llenaba el pecho de pena por aquella chica—. ¿Piensan que la pobre se lo hizo a sí misma, o que algún hijo de puta se la llevó allí y le metió demasiado?

—No están seguros. Puede incluso no tener nada que ver. No lo sabremos hasta que recibamos el informe toxicológico, e incluso si les metemos prisa van a tardar un par de semanas. Sin embargo, como tal vez notaras, ese hermoso túnel contenía todo tipo de delicias, incluyendo alguna que otra jeringuilla, si mal no recuerdo. Podría ser simple coincidencia que hubiera una cerca del cuerpo. En cualquier caso, el equipo de Jumbo está recogiendo pruebas también del túnel.

Tom torció el gesto.

—Les va a costar descubrir huellas en el cuerpo, pero hay alguna en la jeringa. Por ahora no han hallado coincidencia con nadie. No encontraron ninguna huella de pisada, pero es que tampoco encontraron las de la propia chica. El viento y la lluvia lo habían borrado todo en los últimos días.

—¿Sabes lo que había en la jeringuilla? —preguntó Tom.

—Ketamina.

—¿Ketamina? Eso no me lo esperaba. Entonces, ¿qué teorías tenemos? ¿Algún cabrón la dejó *KO* de forma que ya no solo se había agenciado una menor, sino encima a una menor comatosa?

Becky se estremeció.

—La keta es una elección que se sale de lo normal, estoy de acuerdo. Pero incluso si se la inyectaron, tal vez solo le produjera un sueño profundo. De modo que es igual de probable que muriera de hipotermia. Tenía cero grasa corporal, por lo que puedo ver en las fotos. Tú la semana pasada no estabas, pero antes de que llegara este viento y esta lluvia hizo un frío que pelaba. Piensan que ha sido el marzo más frío en Manchester desde 1962, y por la noche la temperatura descendía a menos seis.

Se oyó un golpecito en la puerta y Tom levantó la mirada para ver al agente Ryan Tippetts esperando en el umbral.

—Jefe —saludó—. Es Natasha Joseph.

Tom miró el gesto de desagrado en la cara de Becky al pensar en tener que pasarle la información al padre de la niña.

—Gracias, Ryan. ¿Está confirmado?

El detective pareció confundido por un momento, y luego se le aclaró la expresión.

—Ah. Ya entiendo lo que queréis decir. No, el cuerpo no es el de Natasha Joseph. Lo que ocurre es que Natasha Joseph ha aparecido en su casa. Por lo visto entró por la puerta sin más. Ayer.

—¡Ayer! —La palabra salió de los labios de Becky mientras se daba media vuelta para mirar al detective Tippetts—. ¿Y por qué diablos no nos lo dijeron?

—No dispaes al mensajero —se quejó Ryan, levantando las manos—. Es todo lo que sé. Bueno, y que la niña se niega a hablar con la policía. Dice que si nos involucramos se vuelve a escapar.

Becky sacudió la cabeza con incredulidad.

—Ah, pues fantástico. Gracias, Ryan. —Volvió a girarse hacia Tom—. Que me aspen. Menudo giro en los acontecimientos. ¿En qué estás pensando?

—Me pregunto de dónde demonios aparece esa niña de repente después de todo este tiempo. ¿Encontramos un cadáver que pensamos que podría ser el suyo y entonces de pronto reaparece? ¡Menuda coincidencia!

Nada de todo aquello le daba a Tom buenas vibraciones. La pequeña Joseph llevaba desaparecida desde los seis años, de manera que alguien la había tenido retenida. ¿Por qué la habían soltado ahora?

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Becky.

—Tienes que ir a hacer una visita a casa de los Joseph. Necesitamos estar seguros de que es quien dice ser. Si se niega a hablar contigo, dile a los Joseph que les darás un par de días para que se aclimate, pero que luego vamos a tener que hablar con ella. Y llévate a un agente que esté bien entrenado en el interrogatorio de niños. Necesitamos saber dónde diablos ha estado, quién la ha tenido escondida todos estos años y por qué.

Ahora que había colocado una cómoda a modo de barricada contra la puerta se sentía segura en la habitación. No sabía si iba a ser lo bastante fuerte como para mover un mueble tan grande, pero de algún modo lo había conseguido, y cada vez se volvía más fácil. Había encontrado un lugar donde esconder cosas, pero seguía sin poder arriesgarse a que entraran en la habitación cuando les diera la gana.

David (él quería que le llamara papá, pero ya podía seguir soñando) le había dado un antiguo móvil suyo para que «llamara a sus amigos». Eso casi la había hecho sonreír. Era un viejo cacharro bastante chungo, pero él parecía muy satisfecho consigo mismo por estar en todo.

Ojalá no se empeñara en tocarla. Le daba tanta grima que se le ponían los pelos de punta.

Sabía que Emma había rebuscado en los bolsillos de su trenca cuando por fin se la quitó la noche anterior. Había cerrado la puerta del dormitorio de un portazo, pero luego salió de puntillas para ver a Emma con aspecto culpable vigilando por encima del hombro mientras sus manos se hundían hasta el fondo de los bolsillos del abrigo colgado en el perchero de la entrada. Emma probablemente esperaba encontrar un móvil. Como si Natasha fuera tan estúpida de traer uno el día anterior a la casa.

Sin embargo Emma no le contaría a David lo que había hecho. Él pensaría que se trataba de algo horrible por parte de su mujer. Pero la mujer no se fiaba de ella. Y eso podría ser un problema.

La noche anterior, cuando todo el mundo estaba en la cama, Natasha había bajado las escaleras sin hacer ruido. Había encendido una lámpara y contemplado el retrato que había en la entrada. Se había olvidado de la cara de su madre.

¿Cómo podía haberse olvidado?

Era muy guapa. Y había querido tanto a Tasha. Tasha apenas era capaz de recordar cómo aquello la había hecho sentir, pero sí sabía que no se había sentido así en mucho tiempo.

Ahora David había llamado a la policía y ella iba a tener que improvisar. Se suponía que eso no iba a pasar. Sabía que había policías que trasladarían cualquier información que obtuvieran, y sabía que ello se traduciría en problemas. Había intentado todos los trucos que se le ocurrían para que David cambiara de opinión, pero Emma no había dado su brazo a torcer.

David hubiera sido más fácil de manipular de haber estado solo. Era un hombre con una culpa que se cernía sobre él, que le pesaba. Podría haberlo convencido de

mantener a la policía alejada de ellos. Emma era mucho más dura. Decía que tenían que contárselo a la policía por una chica, por la chica muerta. Tasha ahogó un sollozo. ¿Podría ser...? No. Eso no tenía ni que pensarlo.

Y Emma había ganado la batalla, convenciendo a David de hacer la llamada. Emma pensaba que conocía la diferencia entre el bien y el mal.

Puede que conociera el bien, pero del mal no sabía nada. Del mal no tenía ni la más remota idea.

Tasha sonrió para sí. Solo era cuestión de tiempo.

Becky contempló los campos abiertos que rodeaban la casa de David Joseph. La casa en sí, de ladrillo rojo, era bonita, una de aquellas edificaciones sólidas, pero a ella no le gustaría vivir a las afueras. La idea de vivir en el campo no la seducía en absoluto, e incluso si alguna vez cambiaba de opinión tendría que ser por una casa con vistas alucinantes. Aquello era todo un poco plano y anodino para su gusto. Y como era una chica de ciudad esa vaga peste a estiércol tampoco le hacía ninguna gracia.

El jardín delantero de la Casa Prado Azul tenía el mismo aspecto que casi cualquier jardín en marzo, en general bastante parduzco, pero con algunos alegres narcisos amarillos ofreciendo promesas de los meses más cálidos por venir. A pesar de las alegres explosiones de color, al contemplar las sombras arrojadas por las oscuras nubes que habían alejado al breve sol de la mañana, parecía, en aquel momento, que un nombre más apropiado podría haber sido Casa Prado Gris. Al menos había parado de llover.

Becky apretó el timbre, mirando de soslayo el perfil silencioso y seguro de Charley Hughes, una joven detective especializada en interrogar a niños. Tenía el pelo rubio, corto, y sus facciones parecían cuidadosamente esculpidas, los pómulos marcados, grandes ojos castaños y una boca generosa. Era una de esas caras que a primera vista parecen solo atractivas pero que con el tiempo se volvían cada vez más interesantes.

—Tengo muchas ganas de ver cómo te ocupas de esto, Charley. Es difícil de creer que Natasha Joseph lleve más de seis años desaparecida, y que nadie le haya visto el pelo en todo este tiempo.

—Haré lo que pueda —respondió Charley—. Pero por lo que sé ni siquiera quiere hablar con nosotros, así que puede que no lleguemos más allá de comprobar que de verdad es quien dice ser.

Toda conversación quedó suspendida al abrir la puerta una mujer de cara pálida que parecía tener unos cuarenta años. Tenía en la mirada la sombra típica de una persona bajo una gran tensión.

—Buenos días —saludó Becky—. ¿La señora Emma Joseph? Soy la inspectora Becky Robinson, y mi compañera es la agente Charlotte Hughes.

La mujer asintió.

—Pasen, por favor.

Mantuvo la puerta abierta para que Becky y Charlie pudieran entrar en el amplio recibidor. En un extremo había una hermosa mesa antigua, con un cuenco de flores

frescas que añadía un toque de color a una triste pared beis. Pero fue el cuadro que colgaba encima de las flores lo que captó la atención de Becky. Era el retrato de una preciosa joven, poco más que una niña en realidad, tumbada en una *chaise longue*. Emma Joseph interceptó la mirada de Becky.

—Es la primera mujer de mi marido, Caroline. La madre de Tasha.

Becky echó un vistazo a la mujer que tenía delante en el recibidor, buscando algún rastro de resentimiento por que el retrato de la antigua esposa siguiera colgado en un lugar de honor, pero no vio ninguno. Solo una cierta tristeza.

—Tasha está con su padre. Las llevaré con ellos. —Becky no se movió—. Antes de conocerla, señora Joseph, ¿me podría contar qué sucedió ayer? ¿Tengo entendido que se la encontró en la cocina, sin más?

Emma Joseph levantó la mano para recogerse detrás de las orejas algunos mechones sueltos que se le habían escapado de una coleta floja.

—Fue muy raro. Yo estaba en el piso de arriba con Ollie, mi bebé. Bajé a la cocina, y allí estaba. De pie, sin decir palabra.

—¿Cómo cree usted que pudo entrar, señora Joseph?

—Debió de dar la vuelta a la casa y entrar por la puerta de atrás. Cuando me paso el día entero dentro de casa, nunca cierro esa puerta con llave. Puede que no sea la decisión más inteligente, aquí a las afueras, tan aislada, pero... —Se encogió de hombros como diciendo «así son las cosas».

—¿Y qué le ha contado a usted sobre cómo llegó aquí, sobre dónde ha estado?

—Nada. No somos capaces de sacarle nada, más allá del hecho de que no quiere que la policía esté involucrada. —La mujer sacudió la cabeza y miró a Becky a los ojos—. Simplemente apareció, de la nada. ¿Cómo pudo abrirse paso hasta nosotros?

—¿No se lo ha contado?

—Ni una palabra. Ni siquiera quiere hablar con su padre.

—De acuerdo, señora Joseph. Una cosa más, si no le importa. Antes de que usted bajara la escalera y se encontrara a Natasha en la cocina, ¿recuerda haber oído algún ruido fuera de lo normal que viniera del exterior?

Durante un momento Emma Joseph pareció perpleja, pero era un señora lista.

—Ah, ¿se refiere usted a un coche o algo así?

—Bueno, está usted situada muy lejos de cualquier ruta de autobús, y con todos estos senderos me cuesta entender cómo consiguió llegar hasta aquí ella sola.

—A mí también —respondió Emma—. Pero es que no escuché nada de nada. El tractor de la finca de al lado estaba haciendo tanto ruido que no hubiera oído acercarse ni un tanque Sherman, para ser franca. Pero si piensa que alguien la trajo hasta aquí, ¿por qué retenerla durante seis años y luego traerla de vuelta?

Becky suspiró profundamente.

—No tengo ni la menor idea. No tiene ningún sentido, hasta donde yo alcanzo a comprender.

Emma Joseph empujó la puerta de la cocina y Becky pudo enseguida ver una cocinacuarto de estar de aspecto maravillosamente acogedor, algo que hubiera esperado ver en una revista de decoración, antes de fijarse en un hombre que les daba la espalda, con las manos en los bolsillos del pantalón, contemplando el jardín trasero a través de una puerta de cristal que iba del techo al suelo. Aunque era de altura media y complexión delgada, sus hombros encorvados le daban un aire de persona mucho mayor que el hombre atractivo y con confianza en sí mismo que le habían presentado a Becky el día anterior.

Menudas veinticuatro horas había pasado. Becky aún recordaba cómo el color se había desvanecido de su rostro mientras se reclinaba en el asiento ante la noticia de que se había encontrado el cuerpo de una niña. Ahora debería ser un momento de celebración, pero Becky solo percibía a su alrededor confusión y decepción.

El único movimiento de la habitación provenía del bebé en la trona. Giró la cabeza al entrar ellas y su carita se iluminó al ver a su madre. Estaba jugando con unos huevos de plástico de colores, y golpeó uno en la bandeja por la alegría que le producía su aparición. Becky miró a Emma y vio cómo su ceño de preocupación se aligeraba al sonreír brevemente a su hijo, antes de girarse hacia su marido.

—David —anunció—, han llegado las agentes.

Apartando su mirada del jardín, David Joseph giró la cabeza y luego, con una última ojeada fuera, caminó hacia Becky y Charley, alargando la mano para estrechársela a ambas.

—Gracias por venir. Sé que deberíamos haberlas llamado antes, pero Tasha parece tan frágil, y estaba empeñada en que no había que comunicar a la policía que estaba aquí. Nos dijo que volvería a desaparecer si lo hacíamos.

—¿Pero sigue aquí? —preguntó Becky.

David asintió.

—Cerré todas las puertas mientras hablábamos con ella y le explicábamos por qué teníamos que llamarlos. Le contamos lo de la chica, la que encontraron ayer. Eso pareció alterarla un poco. Le prometí que solo querían comprobar que realmente es mi hija, aunque yo no tenga ni la más mínima duda, para poder cerrar el caso.

Becky sabía que no era el momento de discutir, pero si David Joseph pensaba que aquel caso estaba cerrado, no podía estar más equivocado. Dondequiera que hubiese estado su hija, durante más de seis años había sido el secreto de alguien. Becky sabía por experiencia que eso dibujaba imágenes de una vida que no quería ni imaginar para la niña.

—Por hoy nos limitaremos a lo más sencillo, señor Joseph, si eso le ayuda. ¿Dónde está Natasha ahora? —preguntó Becky.

Él se dio media vuelta y caminó hacia la ventana, con las tres mujeres detrás. A través del cristal contemplaron los bancos de flores pisoteadas y un césped tan embarrado que parecía que el equipo de fútbol local acababa de jugar allí un partido. Sin embargo, había un trozo de césped intacto en un extremo del jardín, en medio del

cual había un columpio infantil. Becky vio a una niña delgada, encorvada, empujándose adelante y atrás con un pie en el suelo y los brazos enroscados en las cadenas. Parecía estar contemplando el horizonte, con la mirada perdida y la cabeza completamente en otra parte.

—Lleva ahí fuera desde que le dijimos que les íbamos a llamar. La he estado vigilando para asegurarme de que no echaba a correr. Cuando era pequeña, solía pasar horas subida a ese columpio. Decía que una noche iba a columpiarse tan alto que podría tocar una estrella.

—¿Podemos hablar con Natasha? —preguntó Becky.

Antes de que pudiera responder, Emma intervino.

—David, si no te importa, creo que debería llevarme a Ollie a otro lugar. Debe de estar preguntándose qué es lo que está pasando.

Echó un vistazo a su mujer sin verla y se encogió de hombros con cierta perplejidad.

—Sí, claro. Creo que aquí no se te necesita. —Miró alternativamente a Becky y a Charlie—. ¿Verdad?

Becky vio la expresión en el rostro de Emma y percibió la sensación de rechazo que estaba sintiendo aquella mujer.

—Creo que no pasa nada —dijo Becky—. Pero vamos a tener que hablar con usted de nuevo para cerciorarnos de haber anotado bien todos los datos. Y creo que más adelante va a resultarnos usted vital, de modo que si en algún momento su hijo se echa una siesta, por favor, vuelva y acompáñenos.

En la cara de Emma destelló fugazmente una sonrisa breve y agradecida antes de abandonar la habitación con Ollie, que gritaba de indignación porque se lo llevaran de allí.

David abrió la puerta corredera y salió al jardín, dando pasos cuidadosos en el barro para acercarse a su hija. Becky y Charley le concedieron un momento a solas con ella. Él se agachó para estar a la altura de su cara; podían ver que hablaba pero no escuchaban lo que decía. Natasha no lo miró. Vieron que él alargaba la mano para tocarla en el brazo y no se les pudo escapar que ella se estremeció y apartó el brazo con violencia.

—¿Cómo lo ves, Charley? —preguntó Becky.

—Para ser sincera, no lo entiendo. Ha regresado, pero rechaza a todo el mundo, en especial a su padre, por lo que parece. Hasta que no sepamos por qué ha vuelto de repente ahora, no creo que vaya a tener ningún sentido.

—Venga. Este hombre está librando una batalla perdida. Veamos si conseguimos una muestra de ADN y sigamos el consejo de Tom; dejémoslos en paz con todos los números de contacto que necesitan. Al menos durante uno o dos días.

Las dos mujeres siguieron a David y cruzaron el jardín. Al acercarse a la niña que estaba en el columpio, Becky se concentró en Natasha, que parecía demasiado pequeña y delgada para una niña que acababa de cumplir trece años. Como los brazos

sobresalían de las mangas del jersey, Becky vio que tenía las muñecas tan finas que parecía que se quebrarían con un solo apretón. Pero luego la miró a los ojos y encontró una historia completamente distinta. No eran los ojos de una niña. En su dura mirada había una sombra de amargura, una especie de sabia resistencia. A pesar de aquello, tenía las pupilas algo dilatadas: un síntoma clásico del miedo.

¿De qué tiene miedo?

—Hola, Natasha. Yo me llamo Becky, y esta es Charley. Sabemos que no quieres hablar con nosotras. Nos lo ha explicado tu padre, y no te vamos a presionar.

Natasha había encontrado un hilo suelto en la manga de su jersey rojo y algo sucio y estaba tirando de él, observando con fascinación cómo se deshilachaba.

—Esto es muy tranquilo, ¿verdad? —dijo Charley—. Se oye a los pájaros ahora que la lluvia ha cesado. ¿Se oían pájaros donde tú vivías antes?

Becky percibió un leve movimiento de la boca, pero no era para hablar. Era una sonrisita de escarnio. Charlie sonrió levemente.

—Supongo que esa expresión significa que no, ¿verdad?

La niña permaneció muda.

—¿Crees que podrías contarme algo sobre el lugar donde estuviste viviendo?

Ninguna respuesta. David hizo amago de poner el brazo alrededor de su hija, pero ella se apartó.

—Cariño, estas señoritas quieren ayudarte. No te has metido en ningún lío. Solo tienen que comprender algunas cosas sobre dónde has estado y cómo llegaste hasta aquí.

Los ojos de Natasha pasaron de Becky a Charley y de nuevo a Becky. Por un instante Becky creyó que estaba a punto de contarles algo, algo importante. Pero David alargó la mano para tocarla una vez más y el hechizo se rompió. Colocó ambas manos en el asiento del columpio y se bajó, girándose hacia su padre.

El tono bajo de la voz de Tasha pareció crear eco en aquel silencioso jardín.

—Te dije que no llamas a la policía. Deberías haberme escuchado.

Cuando la niña se giró para caminar de vuelta a la casa, Becky levantó una mano y se frotó la nuca, recorrida por un escalofrío.

Emma se miró en el espejo del vestidor y se sintió desalentada por la imagen que su mirada le devolvía, por lo pálida que estaba y por lo irritada que tenía la piel. Estaban todos hechos un desastre. David parecía aún más hundido por las emociones desde el comportamiento de Tasha en el jardín. Tenía dos líneas profundas cinceladas en las mejillas, y los ojos hinchados e inyectados en sangre. Pobre David. Su ánimo debía de estar alternando entre la alegría de tener a su hija de vuelta y la agonía de su rechazo, pero Emma no tenía ni idea de cómo ayudarlos. Les estaba fallando.

Hasta Ollie estaba afectado. Se mostraba fascinado por su nueva hermana, pero la sensación constante de que estaban todos al borde de un precipicio convertía a su hijo de un bebé plácido y feliz a un niño algo irritable. Estaba más dispuesto al llanto y parecía demasiado consciente de la angustia de la propia Emma.

Después de que la policía se marchara, sin haber sacado más que una muestra de ADN de Tasha, Emma intentó hacer lo correcto. Salió a toda prisa, llevándose a Ollie con ella, para comprarle algo de ropa a su hijastra, tratando de pensar en el tipo de cosas que les gustaba llevar a las niñas de aquella edad. No iba a arriesgar, se limitó a unos vaqueros ajustados y unas camisetas anchas, hasta que Tasha, tal vez, quisiera acompañarla para elegir por sí misma.

Cuando le llevó la ropa a la niña, que una vez más se había aislado en su cuarto, intentó hablar con ella de la ropa que había elegido, y de cómo irían de compras juntas en el futuro. Nada consiguió sonsacarle una respuesta, entonces Emma se preguntó si a lo mejor la niña estaba resentida por que Emma se hubiera inmiscuido en sus vidas. A ojos de Tasha, aquella era la casa de Caroline, no la de Emma.

Se había sentado en el borde de la cama, pero Tasha inmediatamente pasó las piernas al otro lado, dándole la espalda a Emma.

—Ya sé que tiene que parecerme raro, Tasha, encontrarme a mí en esta casa, casada con tu padre. Pero no nos enamoramos hasta mucho después de la muerte de tu madre.

A pesar de no mostrar interés alguno en lo que Emma estaba diciendo, tampoco se había precipitado fuera de la habitación, así que Emma siguió hablando, esperando poder derribar alguna barrera.

—Conocí a tu padre a través de mi prometido —le contó a Tasha—. Estaba haciendo un trabajo para la empresa de tu padre, y fuimos juntos a algunas fiestas benéficas. Tu madre también estaba. Era muy guapa, Tasha. Me caía muy bien. Siempre acabábamos en la misma mesa, y lo pasamos genial en varias ocasiones.

Hablaba mucho sobre ti, me dijo que eras lo mejor que le había pasado.

Emma se arriesgó al echarle una ojeada a Tasha. Tenía la espalda rígida. Pero estaba escuchando.

—No supe nada del accidente durante mucho tiempo. Mi prometido y yo habíamos roto, y yo me marché a vivir con mi padre a Australia. No quise saber nada de nada ni de nadie en bastante tiempo. Cuando regresé a Manchester, vi un artículo sobre ti en la prensa. Había pasado un año exacto desde tu desaparición, y tu padre volvía a solicitar la ayuda ciudadana para intentar encontrarte. Yo me puse en contacto con él para ofrecerle mi apoyo. No sabes cuánto se esforzó en encontrarte. Estaba destrozado, Tasha.

Decir esto último resultó un error. Tasha no se había dado la vuelta, pero su voz sonó dura, como si le arrancaran las palabras de lo más profundo de su ser.

—Va a ser cierto que no tienes ni idea, ¿verdad? Te crees del todo lo que estás diciendo.

Emma se sintió descolocada. Cada palabra que había dicho era la verdad. Intentó interrumpir, pero Tasha negó con la cabeza.

—Pase lo que pase de ahora en adelante, es todo culpa suya. Tienes que recordar eso.

¿Qué quería decir?

Tasha se negó a explicarse.

Aquello había sido hacía tres horas, y ahora se sentían como una familia dividida. David estaba en el salón, que apenas usaban, Emma y Ollie en la cocina, y Tasha había vuelto a encerrarse en su habitación.

A la profunda sensación de fracaso que sentía Emma, se añadían sus propios sentimientos sobre la extraña que había aparecido en sus vidas como una explosión. Lo que más deseaba era volver a la paz y armonía de las que había disfrutado hacía solo unos días, y al tiempo se odiaba a sí misma por pensar aquello.

Respiró profunda pero entrecortadamente y pestañeó para apartar la sensación de quemazón de sus ojos. No pensaba llorar. Ollie no podía volver a verla alterada; no era justo para él. Cogió en brazos a su hijo, que estaba jugando en el suelo, pasó por alto su «ey» contrariado, y abrazó su cuerpo cálido y pequeño contra sí, escondiendo los ojos enrojecidos al apretar su cabecita contra su pecho.

Lo llevó al salón que había en la parte delantera de la casa, limpiándose rápidamente las mejillas con la palma de la mano. Podría aguantar un momento más. Pero cuando vio a David sentado en el sofá, con la mirada fija en la pared, su compostura forzada casi se quebró. Él se giró esperanzado, pero al ver a su mujer y a su hijo volvió a darse la vuelta, decepcionado. Ella lo entendía. Sabía con toda su alma que no era falta de amor por ellos, era solo que, más que ninguna otra cosa, quería que su hija se acercara a él.

Puso a Ollie sobre la alfombra, sabiendo que gatearía hasta David. Tal vez con el tiempo, su hijo sirviera de algo, y Emma sabía que tenía que estar sola un momento,

para dar rienda suelta a las emociones que tenía encerradas en su interior.

Sin decir palabra, se marchó de la sala, conteniendo el aliento hasta llegar al santuario de su dormitorio. No quería que Tasha viera su angustia del mismo modo que no quería que la viera Ollie, aunque la puerta del dormitorio de la niña seguía cerrada.

Entró en la habitación y cerró la puerta, mordiéndose el labio para no sollozar. Sentada en el borde de la cama, abrió el cajón de su mesilla, buscando pañuelos de papel. Allí no había.

Emma se limpió las lágrimas con una esquina del edredón, y escudriñó el interior del cajón. Los pañuelos sí que estaban allí, pero en el otro extremo del cajón, no al lado de la cama, que era donde Emma siempre los ponía.

Qué raro, pensó, olvidando las lágrimas.

Se puso en pie y fue hasta la cómoda, sacando el cajón superior. Su contenido estaba desordenado, como siempre, pero pudo ver al instante que aquel no era su desorden. David decía siempre que no entendía cómo era capaz de encontrar nada en el follón de pintalabios sin usar, sombras de ojos y cremas nutritivas, y sin embargo ella sabía exactamente dónde estaba todo. No parecía que faltase nada, pero no había duda de que todas las cosas del cajón habían sido movidas.

Abrió todos los cajones de uno en uno. Todos estaban igual. No se habían llevado nada evidente, pero todos los objetos habían sido tocados, movidos, examinados. Y luego vueltos a colocar.

No podría haber sido más que una persona, y Emma no tenía ni idea de qué hacer al respecto.

¿Quién era esta niña? ¿En qué se había convertido?

Para cuando llegó el final de la jornada a Tom la cabeza le daba vueltas. Había cumplido con la tarea desagradable pero necesaria de asistir al examen *post mortem*, y no le había sorprendido en absoluto que la patóloga hubiera encontrado señales de trauma sexual, pero ningún rastro de semen. Desafortunadamente, por el estado en el que se encontraba el cuerpo, no estaba claro si la actividad sexual había tenido lugar en torno al momento de la muerte o en los días precedentes. Había multitud de condones usados en el túnel, pero quién podía saber si alguno de ellos pudiera estar relacionado con la muerte de la chica.

Seguía sin identificar, y la lista de candidatas había crecido desde la rueda de prensa de Philippa aquella mañana. Sin embargo parecía probable que Becky tuviera razón sobre la causa de la muerte, que podría ser la hipotermia.

—Siempre resulta problemático identificar la hipotermia como causa definitiva de la muerte —le había explicado el patólogo—. Pero he descartado prácticamente todo lo demás. Claro que no podremos estar seguros hasta que no lleguen los resultados de Toxicología. El hecho de que el anorak estuviera arrojado a un lado y la pechera del camisón rota respalda esta teoría. Lo que imagino es que se trata de un caso de desvestimiento paradójico, algo muy común en las muertes por hipotermia.

Tom no estaba muy seguro de la explicación que le había dado el patólogo. No era la primera vez que se topaba con aquel extraño efecto de la hipotermia, por el que las víctimas sienten que se están quemando y se quitan la ropa, pero había una teoría igual de verosímil.

—¿No sería también probable que la drogaran, la violaran, le rasgaran la ropa y la dejaran moribunda? ¿Y que al final fuera el frío lo que acabara con ella? —preguntó.

—Es posible, sí, pero esperemos y no lleguemos a ninguna decisión definitiva hasta que no estén los resultados de Toxicología. Puede que se haya inyectado la ketamina ella misma, todavía no tenemos respuesta a eso.

Afortunadamente, el suicidio es muy raro en niños de aquella edad en Inglaterra, y sin embargo no podían descartarlo. Parecía que la niña se había ido de su casa, hasta donde ellos podían comprobar, sin ropa ni dinero, lo que sugería que, o bien alguien la había sacado de la cama, a lo mejor a la fuerza, o se había escapado por su propia voluntad en mitad de la noche.

Becky se había puesto en contacto con la Unidad de Explotación Sexual Infantil para averiguar si tenían alguna información que pudiera estar relacionada con la chica, pero Tom no podía deshacerse de la idea de que alguien la había vestido con

aquel camión blanco. Le costaba creer que fuera ella quien hubiera escogido ponerse algo tan anticuado.

Estaba a punto de recoger sus archivos y apagar el ordenador cuando apareció la propia Becky en el umbral de su puerta.

—¿Te viene bien una puesta al día rápida? —preguntó, entrando y sentándose a esperar su respuesta—. Natasha Joseph: no dice ni palabra, y no tiene una buena actitud frente a la policía. Dicho esto, hubo un punto en el que pensé que nos estábamos consiguiendo comunicar con ella. Pero fue un momento fugaz. No tenemos ni idea de dónde ha estado ni de cómo consiguió volver.

—¿Qué opciones estás barajando? —quiso saber Tom.

—Dado que ahora mismo ella no nos está aportando nada, creo que tenemos que volver al accidente.

Tom asintió.

—Estoy de acuerdo. Continúa.

—Vale. He repasado los informes varias veces, y parece que Caroline Joseph condujo el coche hasta el otro lado de la carretera. No había señales de frenazo hasta después de bajarse del arcén. ¿Por qué llevaría el coche al otro lado de la carretera?

—Solo se me ocurren dos razones —contestó Tom—. O bien estaba evitando algo, tal vez un animal que hubiera en el camino, o bien se distrajo. Sabemos que recibió una llamada en el móvil segundos antes del impacto, así que a lo mejor perdió la concentración. Lamentablemente, la llamada procedía de un móvil sin registrar, así que no sabemos con quién hablaba, pero pasara lo que pasase, el coche terminó bocarriba.

Becky asintió.

—Todo el mundo ha dado siempre por hecho que Natasha salió del coche y corrió, asustada por lo que había pasado. Pensaron que debía de estar muerta en una cuneta en alguna parte, o que se habría caído en algún pozo que no conocemos, o que se metió en algún cobertizo en desuso, algo así. Se creía que todos los lugares posibles habían sido examinados, pero el cien por cien de cobertura no existe. Así que ahora que sabemos que no estaba tirada en ninguna cuneta, tenemos que asumir que alguien se la llevó. Tal vez alguien que quisiera una criatura (por lo visto era una niña preciosa), la encontró y se la quedó. Tuvieron que esconderla, porque no hay duda de que todo el mundo hubiera sabido quién era, dado el despliegue mediático que tuvo el caso.

—¿Consideramos el rapto en el lugar de los hechos? —preguntó Tom.

Becky se reclinó en el asiento y se pasó un mechón de su oscuro cabello por la cara, enrollándoselo en un dedo. Por un momento Tom pensó que se lo iba a meter en la boca, como hacía su hija Lucy cuando estaba pensando. Becky debió de ver su mirada divertida, porque soltó el pelo y volvió a inclinarse hacia delante.

—Ojalá lo supiera, pero parece muy improbable que se diera la circunstancia de que alguien que quisiera un niño con tanta ansia pasara por allí justo en el momento

adecuado. La situación es completamente extraordinaria. Lo único que se me ocurre es que Natasha fuera testigo de algo que ocurrió. A lo mejor fue un borracho quien provocó el accidente y, temiéndose que la niña pudiera ser testigo en un juicio, pensó que lo mejor sería llevársela. Si estuvieran realmente borrachos, la cosa tendría sentido.

—Resulta tan verosímil como cualquier otro escenario en este momento. ¿Qué ideas tienes para explicar que haya regresado ahora?

—Tal vez de pequeña no se acordara de dónde venía. A lo mejor algo se lo recordó, algo le devolvió el recuerdo de su casa. A lo mejor hizo autostop, pero es un lugar asilado, de forma que mucho tráfico no puede haber habido.

—O tal vez, más probablemente, alguien la trajo de vuelta; su atractivo se había agotado.

—Es posible. Eso podría tener sentido, puesto que está rechazando a su familia. Si fuera ella quien eligió volver, ¿a qué viene tanta hostilidad?

—¿Porque siente que no pertenece a su propia casa? Es una extraña para ellos, como ellos lo son para ella. A lo mejor no los está rechazando. A lo mejor lo que pasa es que tiene miedo de ser apartada. La única persona que nos lo podrá contar es Natasha. Y ella no dice nada.

El coche de Leo no estaba en la entrada cuando Tom llegó a casa, pero no creía que pudiera andar muy lejos. Por segunda noche consecutiva no tenía ganas de cocinar, y ella había estado de acuerdo en recoger la única comida a domicilio que le encantaba. *Fish and chips*.

Llevaba unos veinte minutos en casa cuando oyó que la puerta de la calle se cerraba con un portazo. Fue al recibidor, donde Leo se estaba quitando el abrigo.

—Maldita lluvia, otra vez —murmuró, colgando la chaqueta empapada en un perchero. Se giró y le dedicó a Tom una sonrisa deslumbrante, sosteniendo en alto una bolsa blanca de la que parecía emanar vapor.

La atrajo hacia sí y sintió que ella le recorría la espalda y los hombros con un brazo, sosteniéndole la nuca y acercando su boca a la de él. Podía sentir cada centímetro de su cuerpo apretado contra sí, y estaba a punto de relegar la idea de comer al final de su lista de prioridades cuando Leo se echó ligeramente hacia atrás, mordisqueándole el labio inferior.

—Comer primero. Venga. Nada sabe peor que unas patatas fritas mustias.

Tom gruñó.

—Eres una mujer muy dura, Leo Harris.

Ella levantó las cejas y lo miró, sin decir palabra. Él agarró la bolsa de pescado con patatas y lideró el camino hacia la cocina.

No está mal, pensó Tom devorando un trozo de crujiente merluza rebozada, aunque para él el sabor no había vuelto a ser el mismo desde aquellos tiempos en los

que todo se cocinaba con manteca de cerdo. Uno de los sabores de su infancia. Una imagen de Jack saltó a su mente. El *fish and chips* había sido su comida preferida, y lo único que garantizaba que saliera de su dormitorio.

—Tom, estás a miles de kilómetros de aquí. ¿Estás preocupado por el trabajo? —preguntó Leo.

Tom sonrió.

—No, es la comida; el *fish and chips* me trae un montón de recuerdos de cuando Jack y yo éramos pequeños. Era la única comida que nos dejaban comer delante de la tele, cuando ponían *Los siete de Blake*. Los dos estábamos enganchados.

—¿A las patatas o a *Los siete de Blake*?

—A ambas cosas —contestó Tom con una sonrisa.

—Nunca has hablado mucho de Jack, ¿sabes? —comentó Leo—. Puede que no quieras hablar de cómo te sentiste cuando murió, pero como te he estado ayudando con los papeles, ¿me podrías contar al menos cómo empezó a meterse en el mundo de la ciberseguridad?

Tom tomó un sorbo de vino. Tras pasar años intentando evitar hablar de Jack, su hermano *nerd*, la costumbre era difícil de romper.

—La verdad es que es difícil saber por dónde empezar. Diríamos que él seguía sus propias leyes, pero una vez que se contagió del virus de la informática se convirtió en un fanático de los videojuegos, cuyo único deseo era *hackear* el código fuente para descubrir cómo se construía cada juego, para poder construir él algo más grande y mejor. Siempre pensamos que terminaría como programador de videojuegos, pero se aburrió de eso con dieciséis años. Luego sucedió algo que pareció devolverle la concentración. —Tom hizo una pausa, recordando el día en que todo pareció cambiar—. Conocía a ese chaval del colegio, aunque cómo consiguió hacer algún amigo cuando en aquella época ya solo iba a clase muy de cuando en cuando, es algo que no sé. Creo que se llamaba Ethan. Eso es, Ethan Bentley. Jack solía llamarlo Tío Pijo, porque tenía el mismo nombre que un coche pijo, y a diferencia del resto de los chavales del colegio tenía un padre rico que regentaba un hotel de reputación regular, que, obviamente, se llamaba Bentley's.

—¿Reputación regular? —preguntó Leo.

—Todo el mundo conocía el Bentley's. No es que alquilaran habitaciones por horas exactamente, pero era sin duda el hotel favorito de los ricos y poderosos de Manchester cuando tenían una aventura, o cuando les apetecía algo un poco distinto.

Leo arrugó la nariz en una mueca de desagrado, y Tom continuó.

—Creo que el señor Bentley proporcionaba varios servicios que nadie quería adquirir públicamente, no sé si me entiendes. Ethan vino a ver a Jack, a contarle que alguien había pirateado el programa informático de su padre y accedido a los registros de los clientes. Afortunadamente el *hacker* solo había conseguido dar con uno o dos datos, pero estaba chantajeando a su padre, pidiéndole dinero a cambio de no revelar aquellos nombres a la policía. Ethan le pidió el favor a Jack, y Jack

convirtió el ordenador en una fortaleza inexpugnable. Según él, estaba chupado. El padre de Ethan le contó a todos sus clientes importantes que ahora era capaz de garantizar su privacidad gracias a aquel nuevo sistema maravillosamente seguro, y entonces algunos de ellos se pusieron en contacto con Jack para solicitar sus servicios. A partir de ahí todo fue crecer y crecer. Después de aquello Ethan, o Tío Pijo, siempre andaba por casa.

—Has fruncido el ceño al decir eso, ¿sabes? ¿No te caía bien?

—Me resultaba bastante asqueroso. Me decía que me fuera a tomar por culo cada vez que entraba en el cuarto de Jack estando él.

—Qué encanto. ¿Y Jack qué hacía?

—No se le daba bien la confrontación. Se limitaba a poner cara de apuro, como si quisiera decir algo pero no pudiera. Solía murmurar «nos vemos, hermanito», o algo así para quitarle hierro al asunto.

—Pues bueno, a pesar de ir con tan malas compañías, a Jack sin duda no le fue nada mal, le salía la pasta por las orejas.

Tom se quedó callado. Aquel probablemente fuera el momento en que debería haberle contado a Leo lo del archivo en la tarjeta SD, y el hecho de que estuviera protegida por una contraseña. Por no mencionar el otro dato: que el nombre del archivo era el alias de Jack como *hacker*. Pero no podía. Al menos, no aún. Sabía que lo presionaría para comprobar qué contenía, y no estaba del todo seguro de querer revelarlo.

Día tres

A la mañana siguiente a Emma la cocina le parecía un lugar frío. David y ella habían discutido antes de que él se fuera a trabajar, y desde ese momento el calor se le había escapado del cuerpo. No recordaba haber tenido un desencuentro con su marido desde que se conocieron. El suyo era un matrimonio sin turbulencias ni tensión, y ambos habían acogido con ganas la paz de una relación poco exigente.

La noche anterior se habían abrazado fuerte mientras ella escuchaba a David hablar de cómo se sentía.

—Cada vez que miro a Tasha veo a Caroline, y me vienen oleadas de culpabilidad —le confesó.

Nadie podría haber sabido de antemano lo que iba a pasarles a Caroline y a Natasha aquella noche, y Emma llevaba años intentando convencer a David de que la vida era una serie de casualidades, unas buenas y otras malas. La decisión tomada, en una décima de segundo, de escoger un camino diferente para ir a casa podía tener como resultado que una persona conociese al amor de su vida, o que tropezase con un bordillo y terminase en el hospital. La vida se construía a través de estos senderos alternativos, y aquella noche en concreto David había decidido no ir con su familia por razones que eran válidas. Ahora parecía estar volviéndose a cuestionar aquella decisión una vez más.

Mientras yacían hablando en susurros en la habitación a oscuras, Emma acariciaba el pelo de David como sabía que a él le gustaba. Estaba empezando a relajarse camino del sueño cuando ella sintió que su cuerpo se tensaba. Había oído algo.

David murmuró, pero ella le volvió a acariciar el pelo, susurrando «shh», contra su oído mientras él se quedaba dormido.

La puerta abierta estaba iluminada por el débil resplandor de la luz nocturna del distribuidor, y Emma observó el espacio, hipnotizada. Nada. Pero siguió mirando, conteniendo el aliento.

Contó. Si no veía nada después de haber contado hasta diez, se podría relajar. Llegó a diez, y seguía sin haber nada. Contó otra vez.

David roncaba suavemente apoyado en su hombro, pero Emma estaba de lado, de cara a la puerta. Y entonces lo vio.

En silencio, una sombra, iluminada a contraluz por la lamparita del descansillo, llegó y se quedó de pie en el umbral de la puerta. Dio un paso, y luego otro, entrando en la habitación.

A pesar del holgado pijama, Emma reconoció la delgada silueta de su hijastra. Oía hasta su propio pulso, golpeando la almohada, pero, por alguna razón, esperó.

Tasha dio otro paso y Emma llegó a percibir el blanco de sus ojos, clavados en la espalda de David. Finalmente Emma habló, y su voz se oyó con un volumen innecesario en el silencio del dormitorio.

—¿Qué quieres, Natasha?

La niña se quedó quieta un segundo, luego se giró y salió tranquilamente de la habitación sin decir palabra.

Emma salió de la cama de un brinco y fue corriendo a coger a Ollie. Esta noche dormiría en la cama con ellos. Quería que toda su familia estuviera junta, en el mismo cuarto.

Cuando David se levantó por la mañana y encontró a Ollie con ellos, la acusó de tener un comportamiento ridículo.

—Eres una neurótica, ¿lo sabes? Entiendo que no es tu hija, pero sí que es hija mía, y la quiero. Lo único que te pido es que respetes eso y no la trates como si fuera una extraña que se ha colado en nuestro hogar. ¿Qué pasa si entró en nuestra habitación? Cuando Ollie tenga trece años, ¿va a darte miedo que entre en nuestra habitación, por lo que sea, en mitad de la noche? No, ya pensaba yo que no. Tendrías claro que tenía pesadillas o que no se encontraba bien. ¿Se lo preguntaste acaso?

Emma sintió un sofoco de culpa. Pero la cosa no había sido así. Natasha había hecho una avanzada hacia el interior de la habitación. Pero ¿cómo explicarlo? David no le dio la oportunidad.

—Échale un ojo por mí hoy, Emma. No quiero perderla otra vez. Y no la ahuyentes.

¿Qué se pensaba que iba a hacer? ¿Echar a Tasha mientras él estaba en la oficina? Pero algunas cosas de las que le dijo sí sonaban verdaderas, por inquietante que aquello fuera. Tal vez sí que estuviera hecha una neurótica. Tal vez sí que existiera resentimiento hacia la niña por alterar la paz de su vida.

Lanzó un gruñido y se frotó los ojos cansados. Ollie la observaba en silencio desde su trona. Podría decir que hasta esta semana, el niño nunca la había visto triste.

Emma oyó pisadas en el suelo de roble del recibidor y rápidamente modificó su expresión para que fuera neutra. En el reflejo de la ventana vio que la puerta de la cocina se abría. Natasha entró en la habitación y se quedó allí en pie sin más. A Emma solo se le ocurrió pensar en lo duro que tenía que ser para aquella pobre niña entrar en un cuarto de una casa que todavía no sentía como su hogar.

—Buenas, Tasha —saludó Emma, forzando la voz para imponerle un tono alegre, ocupándose de Ollie para no tener que mirar a su hijastra.

—¿Dónde está...? —Emma tenía claro que Natasha no sabía qué decir. Aún tenía

que dar el paso de llamar «papá» a David y aunque era capaz de ver que a él le dolía, le había dicho que podía llamarle David si así se sentía más cómoda. Pero la sensación era que aquello la había dejado sin saber cómo llamarle.

—¿Que dónde está tu padre? —ofreció Emma, servicial—. Le pareció que ya iba siendo hora de volver al trabajo. Fue a decírtelo esta mañana, pero estabas profundamente dormida y no te quiso molestar. Pero solo va a trabajar hasta la hora de comer. Volverá en un par de horas para almorzar con nosotros. ¿Hay algo que te apetezca hacer esta mañana?

Emma por fin miró a Natasha de frente, y ella negó con la cabeza.

—Muy bien. Desayuno. ¿Quieres hacer tostadas o ayudar a Ollie con el yogur? Le gusta usar la cuchara, pero normalmente la mayor parte de la comida acaba repartida por su cara.

Ollie estaba sonriendo de oreja a oreja mirando a Natasha.

—Ey, Tassa —gritó riendo, señalándola con la cuchara.

Emma observó con cuidado la cara de Natasha. Ella clavó los ojos en Ollie y por un momento su habitual expresión dura se relajó. Pero entonces fue como si se hubiera atado los machos, y con paso decidido fue a la panera y metió dos rebanadas de hogaza integral en la tostadora, dándole la espalda a un Ollie muy decepcionado. Estaba claro que el niño se había encariñado con su hermana, a pesar de que esta no le hiciera el menor caso y prefiriese quedarse mirando la tostadora, como si aquello le despertase más interés que cualquier otra cosa o persona de aquella habitación.

Emma le dio a Ollie las últimas cucharadas del yogur, le limpió la cara y lo puso en el suelo. Él se lanzó a gatear a toda prisa, directo hacia Natasha. Se agarró a su pierna y empezó a ponerse en pie. No le quedaba nada para empezar a andar.

Emma los observó con cuidado. Vio que Natasha echaba un vistazo rápido hacia abajo y en su rostro se dibujaba una fugaz sonrisa antes de seguir masticando la tostada, de espaldas todavía a la habitación.

—Tassa —dijo Ollie, tirando de los vaqueros de la niña y mirándola desde abajo. Rodeó su pierna con los brazos y pegó la cara a su gemelo—. Aaah —añadió, como si a ella le doliera algo y él la estuviera consolando con un abrazo.

¿Qué es Ollie capaz de ver que yo no veo?, se preguntó Emma. *¿Habré sido demasiado dura con la niña?* Vio a Tasha mirar hacia abajo con un gesto que Emma no supo interpretar. Luego vio cómo la niña cerraba los ojos y sacudía muy ligeramente la cabeza antes de volver a dirigir la atención hacia su tostada, pasando de su hermanito.

—Venga, Ollie, vamos a cambiarte ese pañal y a vestirte —dijo Emma, levantando a Ollie del suelo y soslayando su grito de contrariedad—. ¿Quieres venir, Tasha? Da bastante guerra.

Natasha no se giró, pero Emma la vio negar con la cabeza.

Estaba muy tentada de decirle «¿Puedes hacer el favor de responderme?», aunque solo fuera por derribar un trozo de la barrera que la niña había construido, pero sabía

que eso enfurecería a David. No sabía si su irritación era natural o si era solo porque ella era la madrastra de la niña. Tal vez si Tasha fuera su propia hija no se tomaría igual esos malos modales.

—Pues ponte más tostadas, entonces, si no vienes con nosotros. Tardaremos solo diez minutos. —Emma podía oír el tono de falsa jovialidad en su voz y supo con cada gramo de sentido común que poseía que lo estaba haciendo mal. Debería ser simplemente ella misma.

Cerró la puerta tras de sí no sin antes comprobar que Natasha la observaba, su delgado cuerpo en tensión, sus ojos moviéndose nerviosamente entre Emma y el reloj de la pared. ¿Sería esto una señal de que ansiaba que David volviera a casa? ¿O estaba calculando el tiempo que les quedaba a solas? Emma sintió un frío que le recorría la columna vertebral.

—Mamá está *tontam* —le susurró a Ollie mientras se lo llevaba en brazos.

Natasha se quedó de pie en la cocina, escuchando las suaves pisadas de Emma subiendo las escaleras. La oía cantándole en voz baja a Ollie mientras él gritaba para animarla.

No se le había escapado la mirada que Emma le había dirigido antes de salir por la puerta, y esperaba que su propia cara no trasluciera demasiado.

Miró rápidamente por la ventana. Aquello había funcionado mejor de lo que esperaba. ¿Sería ya la hora?

Natasha estaba nerviosa. Todo había parecido muy sencillo, pero de repente ya no lo era. De repente parecía una enormidad, como si un camión gigantesco avanzara hacia ella a toda velocidad y no pudiera esquivarlo.

Se había sentido tan confiada, tan segura de que era capaz de hacer esto. ¿Pero ahora?

Entonces recordó el porqué: por qué había creído que sería fácil; por qué era lo correcto. Y pensó en la alternativa. Sus nervios se calmaron un poquito.

Volvió a mirar el reloj.

Tasha sabía que Emma era perfectamente capaz de cambiarle a Ollie el pañal en cuestión de minutos, pero como acababa de terminarse el desayuno y seguía en pijama, tendrían la batalla de vestirlo. Sospechaba también que Emma podría tardar cuanto le fuera posible, para evitar tener que pasar demasiado tiempo en el piso de abajo. Con ella.

Eso estaba bien, ¿no? Era mucho mejor que Emma la odiase.

¿Ya era la hora?

Caminó de puntillas hasta la puerta y la abrió ligeramente. Del piso de arriba llegaban los gritos de protesta de Ollie, también la suave risa de Emma. Por alguna razón Tasha sabía que Emma estaría haciéndole a su hijo cosquillas en la tripa.

Cerró la puerta despacio y comprobó la hora en el reloj por última vez.

Con los brazos colgando rígidos a ambos lados, apretó los puños.
—Puedes hacerlo —murmuró—. Puedes hacerlo.

Desde que habían hecho pública la solicitud de información sobre la joven cuyo cadáver habían encontrado en el bosque, Becky y su equipo se habían visto desbordados por llamadas de gente que decía que llevaban días sin ver a tal o cual niña que conocían. A pesar del nivel de detalle sobre la edad, la etnia y el color de pelo, las investigaciones revelaban siempre que la niña a la que se referían era negra, o tenía diecisiete años, o incluso, en un caso, era un chico. Por desgracia, si de verdad algún niño había desaparecido, había que comprobarlo, no para contribuir a la resolución de este caso, sino porque algún otro niño podía estar en peligro. Inevitablemente, la gran mayoría de llamadas se convertían en una alocada misión imposible.

—No es un maldito juego —murmuró Becky, dirigiéndose a nadie en particular.

El problema era que no podían hacer pública una foto, sería demasiado duro para la sensibilidad de los espectadores. Esperaban que pronto les dieran los resultados de ADN de Amy Davidson, aunque solo fuera para descartarla, pero esta lista de posibles candidatas, tristemente, crecía con cada llamada que recibían.

Lo que sí habían podido hacer, sin embargo, era poner en circulación fotos de Natasha Joseph por las unidades policiales de la zona, por si acaso hubiera aparecido en el radar de algún compañero. Aún tenían que saber lo que le había ocurrido, y dónde había estado. Por una vez, parecía que había una noticia.

—Creo que en esta ocasión sí que tenemos una pista real. —Nic Havers agitaba un papel y miraba a Becky con expresión de satisfacción—. ¿Tienes un momento?

—Pues claro.

Desde que entró en la Unidad de Investigación Criminal, Nic lucía una sonrisa perpetua, y a Becky le daba la impresión de que era como un cachorro grande, con los pies gigantescos y la cara ansiosa y feliz de un niño en Navidad.

—He estado hablando con la Policía de Transporte^[1] —dijo Nic—. Creen que tienen a Natasha grabada con una de sus cámaras. De hecho, la han estado buscando, esperando que se subiera a uno de sus trenes para echarle un ojo, y posiblemente detenerla.

Becky pareció sorprendida.

—¿Qué creen que ha hecho?

—Quieren venir a explicárnoslo.

—Buen trabajo, Nic. Haré una llamada al subinspector Douglas para ver si quiere asistir a la reunión. ¿Cuándo vienen?

—Ya mismo, por lo visto.

Becky elevó las cejas con sorpresa y cogió su teléfono.

Mientras esperaba que llegaran Tom y la Policía de Transporte, Becky cruzó la sala de incidencias para charlar con Charley.

—Ahora que has tenido un poco de tiempo para pensar en ello, ¿cómo ves lo de Natasha, Charley?

La joven inspectora se mordió el labio inferior y sacudió ligeramente la cabeza.

—Creo que está confundida. Probablemente se sentía segura con la gente con la que estaba viviendo. Por malo que fuera el trato que recibiera, eso es lo que ahora a ella le parece normal. Yo apostaría a que preferiría volver a un sitio donde comprendiese las normas.

—¿Quieres decir que podría estar sufriendo una especie de síndrome de Estocolmo? ¿Ya sabes, una especie de versión infantil de Patty Hearst? —preguntó Becky—. No tengo edad para conocer esa historia de primera mano, pero a Hearst la secuestraron al final de la adolescencia. Pocas semanas después de que la raptaran, se unió a sus secuestradores e incluso participó con ellos en un atraco a un banco. De modo que si con unas semanas de control mental, encierro y abusos se consiguió que una chica de diecinueve años sintiera que pertenecía a sus captores, ¿qué impacto podrían tener seis años de esa vida en una niña tan pequeña como Tasha?

La mueca de repulsión que se formó en la cara de Charley ante tal idea no le pasó desapercibida a Becky. Su lema era espera lo peor y sorpréndete si no es tan malo como creías. De esa manera la gente dejaba de tener la capacidad de asombrar y horrorizarte.

Los pensamientos de Becky se vieron interrumpidos cuando se abrió la puerta de la sala de incidencias y entraron dos hombres uniformados de la Policía de Transporte. Los dos medían más de metro ochenta; uno de ellos tenía hombros de jugador de fútbol americano y una cara a juego, con la nariz aplastada y la frente ancha. A Becky le pareció que no le gustaría tener que discutir con él por no haber pagado un billete de tren.

Tom Douglas venía justo detrás, y ella cruzó la sala para saludar a sus visitantes.

Una vez terminadas las formalidades el policía grandullón, que se había presentado como inspector Mark Heywood, le pidió usar su ordenador para acceder a las grabaciones de las cámaras de seguridad que había colgado en la intranet. En pocos segundos Heywood le mostró unas imágenes con mucho grano. Le dio al icono de *Play*.

La secuencia duraba apenas unos segundos.

Es Tasha, pensó Becky. Una niña rubia con una trenca oscura caminaba por el tren. Un jovencito de pelo oscuro que parecía tener unos dieciséis años avanzaba hacia ella y se echó a un lado para dejarla pasar. La miró con media sonrisa, pero no

le dirigió la palabra, y salió de cuadro.

—¿Es esta vuestra chica? —Heywood preguntó a Becky.

—Sí. Estoy todo lo segura que pueda estar a partir de este vídeo de que esa niña es Natasha Joseph. Pero ¿por qué tenéis esta grabación?

—Hemos recibido una alerta de algo que está pasando en las rutas que se dirigen al norte de la ciudad, así que nos hicimos con las grabaciones de los trenes durante el periodo en cuestión. Ahí es donde encontramos a vuestra chica.

—¿Esto cuándo fue, y qué es lo que ha hecho? —quiso saber Tom.

—Se subió a un tren con destino Leeds en la estación Victoria de Manchester hace un par de semanas. Se bajó en Boswell Bridge, eso os lo podemos enseñar.

Volvió a hacer clic. Era una vista de una estación pequeña, de aspecto provinciano. Natasha estaba de pie en el andén, hablando con un chico un poco mayor, se quitó la mochila y la dejó en un banco. Unos minutos más tarde se marchó, el chico cogió la mochila y desapareció en dirección contraria.

Becky sabía exactamente lo que aquello significaba, realmente no necesitaba preguntar.

—¿Drogas?

El policía asintió despacio.

Estando embarazada, Emma no había querido saber si esperaba un niño o una niña, así que había decorado la habitación de Ollie en un tenue color laurel y había comprado un precioso troquelado en forma de gran árbol para pintarlo en blanco en una pared. Era una habitación cálida y acogedora, y a Emma no le apetecía nada abandonarla para aventurarse de nuevo a la fría atmósfera del piso inferior.

Añadir un banquito en la ventana había sido una inspiración, y pasaba mucho tiempo allí sentada con Ollie, señalando los pájaros y algún que otro avión, pero su asiento preferido era el butacón reclinable que había comprado para cuando tenía que darle de comer a Ollie en mitad de la noche. Era tan cómodo que muchas veces se había tapado con una mantita y se había quedado allí dormida después de darle el pecho.

Pero esconderse allí arriba era ridículo.

—Vamos, hombrecito, que aquí ya hemos acabado.

Emma terminó de ponerle a Ollie el segundo calcetín y contempló por un momento a su hijo. Ollie aún estaba un poco caliente, y parecía irritable e intranquilo. Tenía que encontrar la manera de volver a cierta normalidad, por el bien del niño.

Con un suspiro, lo cogió en brazos y empezó a bajar las escaleras, ensayando mentalmente el tono de voz y la manera de no enfrentarse con Natasha.

—De acuerdo, voy a hacer una tarta. ¿Te apetece ayudarme? —preguntó en tono jovial al abrir la puerta de la cocina. Sonrió a Ollie—. ¿Vas a ayudarnos a tu hermana y a mí a hacer una tarta, Ollie?

Emma caminó hacia la mesa, esperando encontrarse con Natasha allí, desayunando. Miró a su espalda al otro lado de la habitación.

Se quedó paralizada y se dio la vuelta. La cocina estaba vacía.

Natasha había desaparecido.

Ay, Dios, ¿dónde estará?, se preguntó Emma para sí, intentando ocultarle su ansiedad a Ollie, que descansaba sobre una de sus caderas mientras ella recorría todas las habitaciones del piso inferior.

—Debe de estar arriba. Debe de haber subido mientras yo te estaba vistiendo, Ollie.

Emma intentó subir deprisa las escaleras, pero llevar a cuestas los once kilos de Ollie empezaba a tener su efecto.

Abrió la puerta de la habitación de Natasha.

—Tasha —gritó con voz entrecortada—. ¿Estás ahí, cariño?

Ninguna respuesta. Pero por cómo se había desenvuelto Natasha en estos días eso no significaba nada, así que iba a tener que buscarla. Recorrió a toda prisa todas las habitaciones del segundo piso, mirando incluso en el baño de su dormitorio y en el vestidor. Ni rastro.

—¿Dónde estás, Natasha? —murmuró, bajando las escaleras todo lo deprisa que podía sin que Ollie corriera peligro.

Miró en los lugares que no se le habían ocurrido del primer piso, el cuarto de los abrigos e incluso el armario que había debajo de las escaleras. Pero Natasha no estaba allí. No estaba en la casa.

—Mierda —farfulló, mirando de soslayo a Ollie con preocupación. Pero estaba demasiado perplejo por todo ese corretear de acá para allá como para darse cuenta de nada de lo que decía. Pobre bebé.

Entró en la cocina y miró por la ventana. El jardín se encontraba vacío, quitando los escombros dejados allí por los obreros.

Agarrando la manilla de la puerta de atrás, sacó con fuerza el carrito del porche, lo metió en la cocina, y puso a Ollie dentro.

—Vamos a tener que salir a buscarla, tesoro. ¿Vale?

—Ale —sonrió Ollie. No sabía lo que estaba pasando, pero sentía que era emocionante.

Dejándole donde estaba, Emma volvió al porche a coger su forro polar rojo. No estaba.

—¿Qué coño he hecho con él? —se preguntó. Agarró el forro gris que usaba David para trabajar en el jardín y que tenía agujeros y manchas de pintura, y le puso a Ollie una mantita. Se embutió los pies en botas impermeables, regresó a la cocina y remetió los bordes de la manta alrededor de su hijo en su sillita de paseo.

—Quédate ahí dentro, bonito. No vamos a estar fuera mucho rato.

Abriendo la puerta de una patada con el talón del pie izquierdo, maniobró con el carrito para sacar a Ollie por el porche y bajar las escaleras que daban al jardín trasero.

Corriendo lo más deprisa que podía, recorrió el sendero lateral junto al alto e impenetrable seto que bordeaba una pista de tierra estrecha que discurría hacia los prados. Estaba a medio camino cuando oyó una voz que venía del otro lado del seto. Oyó cuatro palabras.

—No fue culpa mía.

Se detuvo a escuchar. Era la voz de Tasha. Ansiaba desesperadamente oír qué más se decía, pero Ollie también había oído la voz.

—Ey, ey, Tassa —gritó a todo lo que daba su vocecita.

Pararon de hablar y Emma empezó a correr. Quería saber quién diablos estaba con Tasha. A toda carrera recorrió el sendero, con Ollie botando arriba y abajo en su

carrito. Pero al llegar a la cancela apareció Natasha, con el forro polar de Emma, la cara roja y los ojos brillantes, ya fuera por un ataque de ira o por lágrimas no derramadas, Emma no pudo saberlo.

—¿Con quién hablabas, Natasha? —preguntó, intentando mantener un tono de voz lo más tranquilo posible.

—¿Qué? —contestó Natasha de malos modos, esquivando la mirada de Emma—. Debes de estar oyendo cosas.

Emma dejó a Ollie en su sillita y caminó hacia Natasha, con el objetivo de rebasarla para mirar con sus propios ojos. Pero Natasha se reclinó contra la cancela, con ambos codos apoyados en ella con displicencia.

—Quita —exigió Emma.

La boca de Natasha se convirtió en una raya dura y negó con la cabeza.

—Quítate, Natasha —repitió Emma.

La niña le devolvió una mirada desafiante.

Empujando a Ollie a un lado, donde aún podría verlo, Emma corrió por el sendero delantero de la casa, por la entrada de coches y cruzando la verja, sin dejar a Ollie nunca fuera de su vista. Para cuando llegó al camino, estaba desierto. Allí no había nadie.

Oyó tras de sí una risa carente de emoción.

—Venga, Ollie —dijo Natasha, haciéndose con el carrito y girándolo para regresar a la casa—. Vamos dentro.

—¡Déjalo! —gritó Emma—. No lo toques.

Emma se quedó en el sitio. ¿Por qué había dicho eso? No lo sabía, y le traía sin cuidado. Pero, de repente, no quería que Natasha estuviera sola con su bebé.

—¿Por qué la perdiste de vista? Ya sabes lo vulnerable que es en estos momentos. ¿En qué estabas pensando?

David daba zancadas por la cocina, levantándose repetidamente el pelo de la frente con la mano.

—Por el amor de Dios, David, tiene trece años. No es una niña pequeña que vaya a ponerse a deambular por una carretera, y además yo diría que lo último que le apetece es que la tratemos como a una prisionera. No sabemos cómo la han tratado en el pasado, pero a mí me parecería contraproducente si lo que queremos es incluirla en esta familia.

—¿Cómo que si queremos incluirla en esta familia? Ya está en esta familia.

David había dejado de pasear y clavaba los ojos en Emma con ira. Ella se maldijo a sí misma en silencio.

—Perdona. He elegido mal las palabras. Por supuesto que es parte de esta familia, lo que quería decir es si queremos que ella acepte que es parte de esta familia.

—Pues a lo mejor si dejaras de tratarla como si fuera una extraña conseguiríamos algo —dijo él, con petulancia en la voz.

Emma estaba a punto de embarcarse en su propia defensa cuando su frustración se evaporó. Por irritante e irracional que David se estuviera mostrando, no era capaz de imaginar cómo se estaría sintiendo en esos momentos. Y para ser completamente honesta no podía soslayar sus propios sentimientos negativos hacia su hijastra, por pasajeros que fueran.

Dio dos pasos hacia él y alargó la mano hacia la suya.

—Dejemos esto, y deberíamos intentar bajar la voz. Ollie está durmiendo —dijo, girándose hacia su hijo—. Estaba muy alterado por tanto grito. Me ha costado casi la hora entera desde que te llamé conseguir que se tranquilizase.

A Emma, incluso dormido, su hijo le parecía nervioso. No paraba de mover la cabeza de un lado al otro, y tenía las mejillas muy coloradas. Necesitaba que todo se calmase, aunque solo fuera por su bien.

—Lo importante es que Tasha volvió —añadió Emma, apretando suavemente la mano de David—. Dijo que quería tomar un poco el aire, así que salió a dar un paseo por el sendero.

—Me dijiste que estaba hablando con alguien. ¿Qué pasaría si la gente que se la llevó la volviera a coger? ¿Entonces qué? —dijo David.

Emma pudo sentir un ligero escalofrío recorriendo el cuerpo de su marido, y lo

atrajo hacia sí y posó sus brazos alrededor de su cintura.

—Esa es exactamente la razón por la que salí corriendo tras ella —le explicó—. Mira, he pensado mucho en esto. Alguien la tiene que haber traído. —Hizo una pausa ante su gesto de impaciencia, pero se obligó a seguir—: Piénsalo. ¿Cómo pudo llegar aquí ella sola? Esa tarde, cuando apareció en la cocina, no estaba mojada. No había parado de llover en todo el día, así que no pudo venir andando. En serio creo que deben de haber decidido soltarla por razones que aún no alcanzamos a comprender, pero que comprenderemos. Y sí, sí que creo que la oí hablar con alguien allí en el sendero, pero no fui lo bastante rápida como para ver quién era, y puedo estar equivocada.

Atrajo a David más cerca y él apoyó su mejilla contra la de ella.

—Hay tanto que no comprendemos. ¿Por qué se niega a hablar con nosotros? Es mi hija...

Mientras Emma buscaba unas palabras de consuelo, su momentáneo silencio se vio roto por el estridente timbrado de la puerta principal. Ella miró a David y elevó las cejas en señal de interrogación.

—Iré yo —propuso él—. Y me desharé de quien sea.

Le sonrió, la primera sonrisa normal que había visto en su cara desde hacía días, y sintió que una de las capas de ansiedad se desvanecía. Pero no consiguió erradicar el miedo subyacente, un miedo sin nombre que no era capaz ni de comunicarle a su marido.

Al oír las pisadas de David volviendo por el recibidor supo inmediatamente que no estaba solo.

La puerta se abrió.

—Es la policía —anunció David, dejando pasar a la habitación a Becky Robinson y a Charlotte Hughes—. Quieren volver a hablar con Tasha.

Becky percibió un ligero cambio en la atmósfera al entrar en la cocina de los Joseph. Emma y David parecían tenerlo todo un poco más controlado, ya no estaban desbordados por los acontecimientos. Estaba segura de que estaban a punto de interrumpir su frágil paz.

—Inspectora Robinson, ¿qué podemos hacer por usted? —preguntó Emma, con una expresión de perplejidad en el rostro.

—Siento que hayamos tenido que molestarlos. Sé que les prometimos que los dejaríamos tranquilos un par de días, pero ha surgido algo en relación con Natasha y necesitamos ponerlos al día. Y, por favor, llámenme Becky. Ella es Charley. Probablemente consigamos que Natasha se sienta más cómoda si dejamos atrás las formalidades.

—¿Te importa si pasamos a la otra habitación? —dijo Emma. Señaló a Ollie con un movimiento de cabeza, y Becky sonrió ante esa carita tan mona. Los bebés

estaban en su momento más adorable cuando se quedaban dormidos, a su humilde entender.

—Por supuesto. ¿Hay algún sitio que tenga una mesa? —preguntó.

David las condujo hacia un comedor formal que Becky no había visto antes. Imaginaba que no debían de usarlo demasiado, teniendo una mesa tan enorme en la cocina-sala de estar, pero igual un entorno menos relajado serviría bien a sus intereses.

David indicó que se sentaran y, despacio, con tanto detalle como pudo, Becky les explicó lo que habían visto en las grabaciones de las cámaras de seguridad del tren y de la estación, y las conclusiones que habían sacado.

—¿Están seguras de que era Tasha? —preguntó David.

—Sí, lo estamos, aunque evidentemente desearíamos su confirmación.

Becky abrió su maletín y sacó cuatro fotografías ampliadas, planos sacados de la grabación. Eran las mejores imágenes de la cara y del cuerpo de Tasha.

David miró las imágenes y luego levantó los ojos hacia Becky. No le hacía falta confirmar nada, su cara lo decía todo.

—Pero no entiendo por qué han asumido que esto guarde relación con las drogas. Tienen a una niña de trece años en un tren, algo que imagino que muchos niños cogen para ir al colegio, y se baja y habla con alguien y se olvida de la mochila. ¿Drogas, por qué?

Becky decidió no hacer ningún comentario sobre el hecho de que no había ninguna prueba que sugiriese que Natasha hubiera ido nunca a ningún colegio, ya fuera en tren o por ningún otro medio.

—Bueno, no quiero asustaros, pero al principio la Policía de Transporte pensaba que eran o bien drogas, o bien armas. Ahora tenemos la certeza razonable de que eran drogas, por el lugar al que se dirige y la estación en la que se baja. Llevan tiempo vigilando esa línea, y el patrón no varía. El problema es que no quieren detener a los chavales; en realidad, no les sirven de nada. Lo que quieren es pillar a los hijos de perra que controlan a los chavales, y eso es un poco más difícil de conseguir. — Becky miró las caras que tenía delante y no vio nada más que confusión. Se merecían una explicación—. Alguien la debe de haber estado usando de correo, tal vez de forma regular o tal vez solo en esta ocasión, no lo sabemos. Usan a críos como Natasha como mulas, pero eso no significa que ella estuviera dirigiendo personalmente ninguna operación de tráfico de drogas. Lo que sí sugiere, no obstante, es que dondequiera que haya estado viviendo se trata de un lugar que está relacionado con bandas, o incluso con algún grupo criminal organizado.

La piel de David estaba pálida y cerúlea.

—¿Por qué van a usar estas bandas a niños? Tasha cumplió solo trece años hace un par de semanas.

—Necesitan ser creativos, si no para nosotros es demasiado fácil pillarlos. Mirad, estamos intentando localizar al chaval al que le dejó la mochila, y estoy segura de que

lo conseguiremos. Entonces sabremos algo más.

Becky se fijó en la expresión de David. Debía de sentirse acosado por imágenes de la vida que había llevado su hija, de la vida de la que no había sido capaz de protegerla.

—¿Creéis que ahora podremos hablar con Natasha? Claro que esto significa, desgraciadamente, que ahora es sospechosa de un delito, así que deberías quedarte, David.

Emma se puso en pie.

—Le diré a Tasha que baje y luego iré a sentarme con Ollie. Os dejo tranquilos.

David extendió el brazo inmediatamente y tomó la mano de Emma.

—No, Em. Ya es hora de que Tasha empiece a vernos como una unidad; los dos la apoyamos, los dos estamos en el mismo bando. Si Ollie está despierto, tampoco me importa. —Becky vio dudas en los ojos de Emma, como también las vio en los de David—. ¿Emma, por favor?

Ella le dirigió una sonrisa tan llena de comprensión y calidez que Becky sintió una punzada de envidia.

David intentó darles conversación a Charley y Becky mientras esperaban. Estaba claramente distraído, con el oído pendiente de las señales de que su familia estaba bajando, pero ninguno de ellos oyó a Natasha entrar en la habitación. Era tan poca cosa, y encima iba descalza, que no había hecho un solo ruido, y de repente allí estaba, con su mirada pétrea, en el umbral de la puerta.

Por un momento la visión de aquella niña extraña les congeló el habla a todos, pero el trance se rompió cuando oyeron a Emma llegar por el recibidor detrás de Natasha, con Ollie medio dormido en brazos. De inmediato el niño se inclinó hacia un lado para intentar agarrarse del jersey de Natasha, intentando atraer su atención. Ella lo ignoró.

—Siéntate, Tasha, por favor —le pidió David—. Becky y Charley quieren charlar contigo. —David miró hacia su mujer, que se dirigía de nuevo hacia la puerta—. ¿Emma? ¿No vienes?

—Dame un segundo, solo voy a prepararles algo de beber a Ollie y a Tasha.

Becky sonrió y le dijo hola a Natasha, sin esperar recibir respuesta alguna. Al sentarse, Natasha se estiró las mangas del jersey para cubrirse las manos y, con la cabeza gacha, se puso a jugar con el mismo hilo suelto de la otra vez que la habían visto, observando cómo la manga se deshilachaba.

Becky dio la vuelta a las fotos de Natasha y se las pasó desde el otro lado de la mesa.

—Échale un vistazo a estas fotos, Tasha —dijo Charley, con la voz suave.

Natasha levantó la vista hacia Charley, y por un segundo Becky estuvo segura de vislumbrar vulnerabilidad, una súplica de comprensión, antes de que las persianas volvieran a cerrarse.

Bajó la cabeza para mirar las fotos, y a Becky no le hizo falta ningún psicólogo

infantil para reconocer la expresión que cruzó su rostro. Incluso con la cabeza agachada, vio que los ojos de Natasha se abrían de par en par por un segundo, y sus dientes superiores mordían el labio inferior. Entonces no fue capaz de mirar a nadie a los ojos, así que clavó la vista en una tetera que había en medio de la mesa.

—¿Quieres hablarnos de esto, Tasha? —preguntó Charley.

No hubo respuesta.

—Lo que había en la mochila. ¿Eso me lo puedes contar? —prosiguió Becky—. Te estamos pidiendo que nos cuentes la verdad, Tasha.

Habló David.

—Tasha, por favor, ¿puedes responder a la inspectora Robinson?

Becky no estaba segura de si estaba usando su rango para asustar a Tasha, pero no pareció tener mucho efecto. Todos se quedaron en silencio, y cuando David miró a Becky, esta sacudió ligeramente la cabeza. Él entendió el mensaje y resistió la evidente tentación que sentía de persuadir a su hija de que hablara.

Nadie habló durante dos minutos.

—Eran libros.

—¿Sí? ¿Qué tipo de libros? ¿Novelas, libros de texto?

—Solo libros.

—Vale. ¿Y por qué te dejaste la mochila?

—Se me olvidó.

—¿Denunciaste que se te había perdido?

Negación de cabeza.

—¿De quién eran los libros?

—Míos.

—¿Qué tipo de libros tenías, Tasha?

Encogimiento de hombros.

—¿Quién era el chico de la estación con el que estabas hablando? ¿Lo conocías?

—No.

—¿Y entonces de qué hablabais?

Encogimiento de hombros.

—Tasha, sabemos que cogiste el siguiente tren de vuelta. De hecho, ni saliste de la estación. Llegaste en un tren, hablaste con el chico, dejaste la mochila allí y cogiste un tren de vuelta quince minutos después. Así que, ¿para qué fuiste hasta allí?

—Se suponía que me iba a encontrar con una amiga.

—¿Cómo se llama esa amiga?

Hubo una pausa. Natasha pareció pensar en encogerse de hombros otra vez, pero aparentemente cayó en la cuenta de que debería conocer el nombre de su amiga. La pausa se prolongó durante algunos segundos.

—Se llama Serena.

—¿Serena tiene apellido?

—No sé, para mí es solo Serena.

Y así siguió la cosa. Dando vueltas y más vueltas en círculos. No le sacaron nada más. No sabía dónde vivía aquella tal Serena, no tenía forma de contactar con ella y, al sentirse presionada, contestó:

—Se ha mudado.

A Becky le quedaba una carta más que jugar. Metió la mano en su maletín y sacó otra foto.

—Entonces, ¿este quién es?

Natasha le dirigió una mirada indiferente, esperando claramente ver otra foto del chaval de la estación. Pero no era él. Era alguien del todo diferente.

La chica no levantó la vista, pero Becky vio que se le abría la boca ligeramente, y que todos los músculos de su cuerpo se ponían rígidos. Esperó, posada en el borde de la silla durante no más de diez segundos. Cuando levantó la mirada de su rostro, se había borrado toda expresión.

—No lo conozco —dijo.

Su capacidad para presentar una cara impasible era notable en alguien tan joven, pero hasta donde Becky alcanzaba a saber, nadie tenía capacidad para controlar la dilatación de sus pupilas.

—Bo, bo, bip, bip —decía Ollie con su voz cantarina mientras Emma le subía escaleras arriba para darle un baño y meterle en la cama. Ahora mismo parecía completamente despierto, balanceando la cabeza de un lado a otro, como si en algún lugar de su mente hubiera una melodía cuyas notas correctas aún no conociera. Por fortuna, Emma sabía que en cuanto metiera a Ollie en la cuna se quedaría dormido.

Y que dure, pensó, dado que ella y David llevaban días sin tener una noche de sueño decente.

En cuanto se fue la policía, tras soltar aquella bomba, David volvió a pedirle a su hija que bajara al comedor. Habían intentado hablar con ella sobre el tráfico de drogas, pero, una vez más, no consiguieron ningún avance.

—Tasha, nadie te está culpando por nada de esto. Sabemos que a veces la gente vive en entornos en los que las drogas son algo habitual, y que se obliga a los niños a hacer cosas que no harían si pudieran elegir. Tú no quieres contarnos nada sobre tu vida en estos últimos seis años, pero cualquier cosa que te obligaran a hacer no es culpa tuya en absoluto. ¿Lo entiendes?

David se había mostrado tranquilo y razonable con Natasha, sin embargo no había servido de nada. Al final había decidido volver a la oficina a trabajar en un informe que decía que le estaba costando terminar. Emma no lo creyó. Lo que quería era irse a un sitio tranquilo a lamerse las heridas. Volvería a la hora de cenar, pero durante un rato Emma se limitó a disfrutar de un tiempo que dedicó a jugar con su bebé y a fingir que todo era normal. Tasha, por supuesto, se quedó en su cuarto y no hubo forma de tentarla para que bajara.

Emma dejó a Ollie con ternura en la cuna y se agachó para darle un beso, respirando el aroma a talco de bebé y frotando la nariz contra su suave piel. Se sentó en su butaca, limitándose a mirar a su hijo mientras este se dormía. Para ella aquello siempre había sido la imagen de la felicidad, mirar cómo sus ojos pestañeaban un poco antes de cerrarse por completo y quedarse totalmente dormido. Pero la disrupción creada por la llegada de Natasha había abierto esa paz en canal. No era culpa de la niña, pero a pesar de eso, y odiándose por pensarlo, deseaba que se hubiera quedado escondida.

En la habitación de repente hacía mucho calor y parecía que faltaba el aire, sentía que se le incendiaban las mejillas de culpa ante su propio egoísmo. Se puso de pie y abrió la ventana ligeramente, corriendo la cortina para que no hubiera peligro de que a Ollie le llegara la corriente.

A través de la ventana abierta podía oír vagamente una voz, aunque apenas discernía alguna palabra. Quizá se había dejado la radio puesta abajo.

Entonces oyó una palabra.

—¿Cuándo? —Se quedó inmóvil, con los oídos aguzados para oír más. Hubo silencio durante unos segundos—. Por favor, que sea pronto.

Aunque la voz estaba usando un tono de súplica que nunca había oído, no hubo duda en su mente de que aquello no era la radio. Era Natasha.

—David, estaba hablando con alguien —susurró Emma usando el teléfono de la cocina, con pavor de que Natasha pudiera bajar y oírla informando a David de lo sucedido—. Sí, claro que estoy segura. Parecía alterada, luego llamé a su puerta y se negó a responder. No quería que supiera que la había oído, pero cuando intenté abrir la puerta había vuelto a colocar algo allí que me lo impedía. Le pregunté que si quería ayudarme a hacer una pizza, no hubo respuesta.

—Estaba esperando que pasara esto —dijo David, y Emma pudo oír la sonrisa en su voz—. No que algo la alterara, claro, sino que usara el teléfono que le di para ponerse en contacto con alguien de su otra vida.

—¿Para qué, para localizar la llamada? —quiso saber Emma, con esperanza en la voz.

—Sí, estoy registrando sus llamadas. Le puse una aplicación al teléfono antes de dárselo. Puedo ver a quién ha llamado, leer sus mensajes de texto y saber dónde está en cualquier momento.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Emma, dudando entre aplaudir a David por lo listo que había sido u horrorizarse ante la duplicidad mostrada con su hija.

—Porque no sabía si lo aprobarías. Si pensabas que estaba mal, no me extrañaría que se lo hubieras contado.

Emma se quedó sin habla.

—No me hagas el vacío, Emma. Si hubiera vuelto a desaparecer, yo hubiera querido saber dónde estaba. No la voy a perder otra vez, y no te olvides de que cuando se marchó, tú casi te vuelves loca de preocupación.

—Lo sé —afirmó Emma en voz baja.

Si alguien le hubiera quitado a Ollie querría cortarles la garganta con sus propias manos, así que comprendía cómo tenía que sentirse David.

Emma oyó que David tecleaba algo en su ordenador.

—Lo comprobé esta mañana, y hasta ahora no ha usado su teléfono para nada. Pero ahora debería aparecer. Ahí está.

Hubo una pausa.

—Humm. Qué raro. Emma, ¿estás segura de que la oíste hablando? ¿No sería la radio?

—Estoy completamente segura. ¿Por qué?

—Porque estoy mirando los registros y no ha hecho una sola llamada. No ha utilizado su teléfono en ningún momento desde el día que se lo dimos.

Todo va mal. La he cagado.

Natasha estaba mirando por la ventana de su dormitorio sin ver nada. Al principio le había parecido todo muy fácil. Cualquier cosa era mejor que la alternativa. Si se hubiera negado la habrían arrojado al Foso, durante el tiempo que tardara en hacer lo que le decían, y después hubiera seguido el mismo camino que las demás, para acabar como Izzy.

Sintió que le picaban los ojos, pero se resistió. Podía estar equivocada en lo de Izzy. A lo mejor el cuerpo que había encontrado la policía no era el suyo. Aunque nunca debió de contarle a Izzy lo del encargo. Había sido peligroso y estúpido. Pero había necesitado a alguien que le dijera que estaba haciendo lo correcto.

Ahora la policía tenía grabaciones de las cámaras de seguridad de ella en el tren. Qué idiota había sido por sonreírle de esa manera. Si alguna vez se enteraban, si se enteraban ellos, la matarían. Nunca volverían a confiar en ella.

Emma tampoco se fiaba de ella. Durante un horrible momento cuando Natasha había vuelto a casa esa mañana, creyó que Emma iba a registrarle los bolsillos. Pero se había negado a quitarse el forro y se había escapado a su habitación, con él todavía puesto. Había conseguido esconderlo todo, pero había sido por los pelos.

Esa noche iba a tener que bajar de puntillas cuando estuvieran todos dormidos y hacer lo que le habían encargado. La cocina y el salón. Esas eran las instrucciones. Sabía lo que tenía que hacer. Ya había arreglado el dormitorio de Emma y David, y todo parecía estar funcionando bien.

Natasha sabía que debía estar contenta: era la hora de la venganza. Pero ahora había venido la policía a meter las narices y se suponía que ella no debía dejar que eso pasase. La castigarían. Pero ¿no había sufrido ya bastante?

¿Y de quién es la culpa? Susurró una vocecita en su oído.

Conocía la respuesta. Sabía a quién culpar por todo aquello.

Se estaba ablandando, viviendo en este mundo en el que la gente jugaba a ser amable unos con otros. En realidad nadie era amable. Eso lo sabía, lo había visto toda la vida. En un momento más buenos que el pan, y al siguiente metiéndose de hostias.

Emma jugaba a ser amable, pero Tasha sabía lo que pensaba en realidad. Pensaba que Tasha había interrumpido su vida perfecta. Emma había sustituido a la madre de Tasha en aquella casa y ahora no quería tener que vivir con la hija, aunque fingiera lo contrario.

Si piensas que tu vida se ha jodido, Emma, todavía no has visto nada.

Pero la madre de Tasha sí que había sido amable, tenía que aferrarse a eso. Tenía que recordar que no estaba haciendo esto solo por ella misma. Lo estaba haciendo por su madre muerta.

No te merecías morir, mamá.

A Tom le estaba costando concentrarse en el trabajo y realmente necesitaba recuperar la concentración. No paraba de pensar en esa tarjeta SD y en esa hoja de Excel. Al final le había contado a Leo lo del archivo protegido con contraseña la noche anterior; no tenía ni idea de por qué le preocupaba tanto, pero no podía quitárselo de la cabeza, como un picor que no se pudiera rascar.

—Por el amor de Dios —murmuró, cogiendo el teléfono y apretando el botón de la extensión de Becky—. Becky, ponme al día, por favor. En mi despacho.

No tenía muy claro por qué la estaba pagando con Becky. Respiró profundamente.

El rostro por lo general alegre de Becky parecía preocupado cuando asomó la cabeza por el marco de la puerta.

—¿Correré algún riesgo si entro? —preguntó, enrojeciéndose un poco, como si se arrepintiera de haber usado aquel tono irónico.

Tom le ofreció una sonrisa ladeada de disculpa, y ella agarró una silla y se sentó.

—Bueno, te cuento dónde estamos —comenzó, consultando la carpeta que había traído consigo—. La local ha dado con el chaval con quien habló Natasha brevemente en la estación y no le han encontrado nada de nada. Le preguntaron por qué había cogido la mochila que ella se había dejado en el banco y les dijo que la había cogido para preguntarle a su madre qué hacer con ella. La estación es de las que no tienen personal, así que no tenía a quién dársela. Pero nos contó que de camino a casa vio a unos colegas, así que la tiró.

—Claro que sí. Y sin duda no recuerda exactamente dónde fue.

—La Policía Local cree que obedece órdenes de alguien, pero apuestan a que ni él sabe quién es. Piensan que los chavales han estado vendiendo maría cultivada en algún lugar de Manchester. Ah, y esto no es casualidad. Está organizado.

Las sospechas de Tom coincidían con aquello, y suspiró para sus adentros. El crimen organizado era una realidad cotidiana que estaba costándole billones cada año al país, provocando un daño inmenso en las comunidades y en los individuos, a través de la violencia, el consumo de drogas y la explotación sexual infantil. Lo odiaba de verdad, y odiaba a quienes estaban involucrados en ello.

Becky le estaba observando atentamente, y él adoptó una expresión neutra, haciéndole una señal para que continuara.

—Le enseñamos a Natasha una foto del otro chico que había en el tren, ¿te acuerdas de él? El chaval que parecía una versión gordita y más joven de Tom Cruise

antes de que se pusiera barbita. No solo lo reconoció, sino que el hecho de que tuviéramos su foto y que la hubiéramos visto sonriéndole pareció asustarla. En cualquier caso, la Policía de Transporte piensa que pueden tener una pista sobre él. Lo han visto antes. La sensación de que hubo un mensaje que se pasó entre él y Natasha se ve nítidamente. Si forma parte de la misma banda, esperamos poder encontrar un vínculo y descubrir cómo encaja Natasha en todo. Pero toda esta información me ha dado que pensar.

Becky se inclinó hacia delante y apoyó los brazos en la mesa de Tom.

—La interpretación más lógica de los acontecimientos que tuvieron lugar hace seis años es que a Natasha la encontraron inmediatamente después del accidente, era una niña monísima y decidieron quedársela. ¿Así que por qué dejarla marchar ahora? ¿Se escapó de quien fuera que la tenía, o es que querían deshacerse de ella? No paro de darle vueltas, pero las drogas le dan al rapto inicial un aspecto mucho más siniestro, ¿no te parece?

Tom inclinó la silla hacia atrás para escuchar las ideas de Becky, con la mirada fija en una zona en blanco de la inocua pared beis, con la mente puesta al cien por cien en Natasha Joseph.

—Siendo realistas, Tom, ¿qué probabilidades hay de que esta niña, en una oscura noche de invierno en un camino campestre, fuera raptada por simple casualidad por los miembros de una banda de crimen organizado? ¿Un equipo tan espabilado que es capaz de usar chavales como mulas para que su maría llegue a mitad de ninguna parte? ¿Qué? ¿Estaban todos de juerga esa noche y se la encontraron por azar? A mí me parece que habría más probabilidades de que te dé en la cabeza una tortuga voladora.

Tom sonrió.

—Tienes razón, pero también pudo haberla encontrado cualquier patán de la zona. ¿Alguien que ocupa el último lugar en la cadena alimentaria? A lo mejor pensó que podría usarla, pedirle dinero a su padre si quería volver a verla. Eso tendría sentido, aunque con toda la actividad policial que hubo en esos días, habrían tenido que esperar un tiempo si querían tener alguna posibilidad de éxito.

—Lo único que digo es que si ha estado viviendo con alguien vinculado con el crimen organizado, sea al nivel que sea, tiene que haber tenido una vida de mierda. Uno hubiera pensado que estaría más que aliviada de salir de allí, ¿no? Pero tal y como están las cosas, parece estar sujeta apenas por un hilo a la vida en su hogar familiar. —Becky hizo una pausa—. Sin embargo sigo volviendo a la noche del accidente. ¿Y si se nos está escapando lo obvio? ¿Y si el objetivo era ella?

—Esa idea ya se me había ocurrido, ¿pero un objetivo de qué?

Becky se encogió de hombros.

—Ahora mismo no tengo ni idea. Pasara lo que pasara y la cogiera quien la cogiera, necesitamos saber si la dejaron ir o si consiguió escapar. Si se ha escapado, la estarán buscando. Si ha estado trabajando de correo de drogas para ellos, es muy

probable que sepa demasiado. Necesitamos plantearnos en serio que esa niña está en peligro.

La discusión de Tom y Becky había terminado abruptamente cuando Becky se dio cuenta de que había llegado la hora de la puesta al día de todas las tardes. Tom fue con ella y se sentó al fondo de la sala de incidencias, observando cómo repasaba las pruebas sobre la chica muerta, dando al equipo instrucciones sobre los pasos a seguir.

Era buena. Concienzuda y dispuesta siempre a escuchar las ideas de los miembros de su equipo.

Tom abandonó la sala en silencio antes de que la reunión finalizara, dejándole a Becky su propio espacio. No podía hacer mucho más esa noche, así que cogió su abrigo y llamó a Leo para decirle que ya iba de camino.

A Tom le había llevado mucho tiempo armarse de valor para emprender una nueva relación después del fracaso de su matrimonio, pero entonces se mudó a su casita de Cheshire y se quedó prendado de Leo Harris, la hermana de su vecino de al lado. Tom sonrió ante aquel recuerdo. Sin duda, había escogido a la mujer más difícil y con más fobia al compromiso del norte de Inglaterra. Había veces en las que pensaba que jamás confiaría del todo en él, y no estaba seguro de poder vivir con eso, pero el padre de Leo había llevado una doble vida, con dos esposas, durante muchos años, y era comprensible que a ella le costara tener fe en un hombre.

Esa noche iban a reunirse en el apartamento de Leo porque estaba escribiendo un trabajo para su licenciatura en Psicología, de forma que Tom había quedado en ir a su casa a hacerle la cena, pasar con ella un par de horas y luego dejarla para que pudiera trabajar.

Paró en el supermercado de camino y compró los ingredientes para preparar un wok rápido, y al entrar en el piso pensó, no por primera vez, en lo bien que Leo había escogido su casa. Era un espacio grande de planta abierta en un viejo almacén restaurado, y todas las zonas, la de cocinar, la de comer, la de relajarse y la de trabajar armonizaban entre sí y contrastaban con las paredes de ladrillo visto y los suelos de madera pulida.

Leo estaba concentrada en la pantalla de su ordenador, pero se giró para dedicarle una sonrisa a Tom. Hizo amago de levantarse de la silla, pero él se acercó y se agachó para besarla.

—Sigue con lo que estás haciendo. Yo me pongo con la cena. ¿Quieres tomar algo?

Leo alargó el brazo y rodeó a Tom por las caderas, atrayéndolo hacia sí. Apoyó la sien contra su cintura.

—Eres mi salvador, lo sabes, ¿verdad? —le dijo.

—¿Por qué? ¿Porque he conseguido que te des cuenta de que no todos los hombres son malos?

Tom acarició suavemente su pelo.

—No. —Leo le dio una palmadita en el trasero—. Porque me das de comer. Sin ti sobreviviría a base de tostadas y yogur.

Leo apartó el teclado y se estiró.

—Creo que estoy lista para tomarme un descanso, además hay una cosa sobre la que quiero hablarte.

Tom elevó las cejas.

—Yo hablo. Tú cocina.

Leo se puso en pie y empezó a empujar a Tom hacia la zona de la cocina, sentándose ante la barra del desayuno.

Él cogió una cerveza de la nevera y le ofreció una, pero ella negó con la cabeza.

—Si bebo no seré capaz de terminar el trabajo. Pero quiero hablarte de Jack y de la tarjeta SD.

Los pensamientos que Tom había intentado echar a un lado empezaron a invadir su espacio mental, y por un momento se sintió irritado con ella por estropearle la noche. Casi deseaba no haberle dicho nada sobre el archivo.

—No pongas esa cara, Tom. Ya sé que estás intentando pasar esto por alto. Ahora que hemos encontrado algo potencialmente interesante vas tú e intentas meterlo en esa caja etiquetada como «zona infranqueable».

Tom abrió un armario y empezó a buscar la salsa de soja, pero no respondió.

—¿No lo entiendes? Hasta que no hayas resuelto este problema y descubierto lo que alguien estaba buscando entre los papeles de Jack, la idea te va a seguir agobiando. Necesitamos armar el puzle, descubrir la verdad, y solo entonces podrás enfrentarte a ello. Aplastarlo no es lo mismo que enfrentarte a ello.

—Joder, Leo, ¿me estás tratando ahora como a uno de tus casos clínicos? ¿Soy una especie de fenómeno psicológico?

—Vete a freír espárragos. Claro que no. Solo estoy pensando en ti. Lo sabes.

Tom podía sentir la exasperación de ella, y sabía que tenía razón. No dijo nada y esperó, sabiendo que no había terminado.

—De acuerdo. Háblame de contraseñas. ¿Sabes tú, o alguno de tus colegas técnicos, cómo descifrarlas?

Ante aquello, Tom sonrió. Si Jack hubiera querido hacer que algo fuera impenetrable, nadie habría sido capaz de romperlo. Pero estaba siendo injusto con Leo. Tenía una idea pasable de cuál podría ser la contraseña. Era solo que no estaba seguro de querer abrir el archivo, por razones que no era capaz ni de explicarse a sí mismo. Era algo que tenía que ver con el nombre Silver Sphere.

Leo estaba observándolo con atención.

—¿Qué es lo que no me estás contando? —le preguntó.

Tom apartó las zanahorias que estaba picando y apoyó las manos en la encimera.

—Jack tenía su propio método para elaborar contraseñas. Era sencillo pero eficaz. Me lo enseñó hace años, aunque perfectamente pudo cambiar su manera de hacerlo

antes de morir. Pero supongo que merece la pena intentarlo. Desde que él me lo explicó yo también he usado alguna versión de ese método, pero con algunas modificaciones propias.

Leo lo miró con la boca algo abierta y los ojos como platos, como diciendo, «¿es que nunca pensabas contármelo?».

—Vale —accedió Tom—. Te lo tendría que haber comentado antes, pero tenía que intentar acordarme de cómo funciona la versión de Jack.

Leo esperó unos diez segundos.

—Bueno, pues adelante entonces —dijo.

—Coges el nombre del archivo o del sitio web que te pide la contraseña, en este caso SILVERSPHERE, como una sola palabra. Luego sustituyes cada letra impar con un símbolo o un número. No estoy seguro de recordarlas todas, pero la contraseña empezaría con la letra original, en este caso una S mayúscula, y luego un símbolo para la letra I, que estoy casi seguro de que es una señal de exclamación. Luego una L mayúscula, y creo que para la V usaba la flecha hacia atrás. Pero no me acuerdo de qué usaba para la R. La H era la almohadilla seguro, ah, no, pero esa no la necesitamos, ¿verdad? Necesitamos la P. Creo que era la señal de la libra esterlina. La E era el símbolo del euro, aunque no me acuerdo de qué usábamos antes de tener euros.

—Me temo que me perdí en flecha hacia atrás —confesó Leo.

Tom se acercó al escritorio y cogió un bolígrafo.

—Bueno, allá vamos —dijo.

S!L<E?S£H€€

—Lo bueno de esto es que puedes tener una contraseña diferente para cada sitio, pero nunca te olvidas de cuál es, siempre que recuerdes los símbolos, claro.

—Entonces, ¿cuál es? —preguntó ella.

—Desgraciadamente no lo sé. No me acuerdo de lo que usaba para la R. Tiene que ser un símbolo estándar, o el sistema no lo reconocerá.

Tom se quedó mirando el teclado de Leo un momento, repasando mentalmente cada uno de los símbolos posibles.

Sacó la tarjeta SD del bolsillo del pantalón, la introdujo en el ordenador de Leo e hizo clic en el icono del archivo.

—Creo que sé cuál es —dijo, con voz lenta y vacilante—. Creo que la R podía ser el símbolo del paréntesis de cierre.

Tecleó la contraseña, le dio a ENTER y esperó.

No era la correcta. La contraseña fue rechazada.

—Mierda. Estaba seguro de que era un paréntesis —se quejó Tom tamborileando con los dedos sobre la mesa. Volvió a mirar el teclado.

—Tengo una idea —dijo cambiando rápidamente la contraseña. Le dio a ENTER y una tabla de Excel se abrió en la pantalla.

—Bingo. Era un corchete, no un paréntesis normal —murmuró, mientras en la

pantalla se abría el primer libro de la tabla.

Honegger, Wyss & Cie

Nº Cª 53696C76657220537068657165

Era una página de título, y no significaba nada para Tom. Pero había otra pestaña, en la que hizo clic. El segundo libro desplegaba tres columnas: fechas, nombres y cifras. Había un símbolo de libra esterlina sobre la columna de las cifras.

Leo estaba inclinada sobre el hombro de Tom.

—Baja un poco —le dijo. Él sabía lo que ella estaba buscando. El total.

Al final de la columna de cifras, debajo del símbolo de la libra, había una cifra algo superior a los cuatro millones. La última fecha de la lista era cuatro años antes de la muerte de Jack.

Leo miró a Tom y se encogió de hombros. Había perdido interés.

—Dado que ya has recibido todo el dinero de Jack, supongo que esto no es más que el registro de una parte. No es tan emocionante como pensábamos —confesó, marchándose hacia la cocina a por la cerveza de Tom.

Este abrió una ventana de un buscador y tecleó el nombre Honegger, Wyss & Cie. La respuesta no le sorprendió. Un banco suizo. Eso explicaba que no hubiera nombre de la cuenta, solo un número. Y según la experiencia de Tom, la gente solo tenía números de cuenta sin nombre cuando tenían algo que ocultar.

Además Leo se equivocaba en lo de la cuenta. Tom nunca la había visto antes. No estaba incluida en la herencia de Jack, así que ni siquiera su abogado la conocía.

¿Qué ocultabas, Jack?

Tom miró la lista de nombres y sintió que se le enfriaba la piel.

El primer nombre era Bentley. La cantidad, dos mil quinientas libras, la fecha, noviembre de 1982.

Tom supo de repente qué era exactamente lo que ocultaba Jack; ese era un secreto que su hermano había enterrado muy profundo.

Día cuatro

—Soy una burra egoísta —farfulló Emma empujando un carrito lleno por el supermercado.

Después de que David se mostrara escéptico ante el hecho de que ella hubiera oído a Natasha hablar y llorar la tarde anterior, Emma decidió que necesitaba escapar durante un par de horas de la opresiva atmósfera de su casa. David había aceptado no ir ese día a trabajar, entonces le dijo que podía cuidar de los dos niños, que ella se iba de compras.

Probablemente fuera una tontería, pero la paz había abandonado su hogar. Incluso con Natasha metida en su cuarto, Emma sentía que se limitaban a esperar la próxima revelación, o la siguiente negativa a colaborar. Era como si una nube negra se cerniera sobre la casa, esperando a descender y devorarlos. Incluso Ollie había empezado a mirarla con más seriedad en la expresión; esa mañana había alargado la mano y le había acariciado la cara, diciendo «ah», igual que le hacía ella a él cuando lloraba.

No obstante, se sentía mal por salir y dejar a David. A lo mejor debía llamarlo y preguntarle qué le apetecía cenar esa noche. Tenía que esforzarse más en que las cosas volvieran a la normalidad.

Emma empujó su carrito hacia una esquina silenciosa y sacó el teléfono del bolso. Primero comprobó que tenía cobertura, luego tocó la pantalla para llamar a David. No pasó nada. Tenía setenta y uno por ciento de batería, y mucha señal. Pero no conseguía que el teléfono respondiera a ningún botón.

—Mierda —dijo, ganándose una mirada reprobatoria de un anciano con sombrero Trilby.

Volvió a dejar el teléfono en el bolso y decidió comprar los ingredientes del curry de pollo preferido de David.

Tras meter las bolsas en el coche Emma condujo de vuelta a casa decidida a hacer mayores esfuerzos. El equilibrio de su relación con David había variado en los últimos días y Emma sentía que de alguna manera lo había perdido.

Nunca antes había sentido celos de Caroline: ¿cómo estar celosa de una mujer muerta? Pero ahora se descubría preguntándose si David alguna vez la amaría a ella tanto como evidentemente había amado a su primera mujer. Y Natasha le recordaba,

día tras día sin fallar uno, lo que había perdido.

Mientras entraba por el camino de la casa resolvió ser más comprensiva con Tasha, y también jugar más con su hijo. Ollie había salido perdiendo con la llegada de la niña, con tanta atención puesta en la confusión de todos los demás.

Con la sensación renovada de estarle dando un giro a su actitud, Emma cogió la compra del maletero del coche y fue andando por el camino para automóviles hasta la parte de atrás de la casa, abriendo de un empujón la puerta de la cocina.

—Hola —saludó a un David solitario, que parecía estar haciendo el crucigrama, con las gafas que apenas usaba posadas en la punta de la nariz. A ella le parecía que le quedaban muy bien, pero él las veía como una señal de que su edad avanzaba y se las quitó en cuanto ella habló. Por David, le decepcionó que Natasha no le estuviera haciendo compañía pero, tristemente, en lo que respectaba a ella, se sintió bastante aliviada.

—Hola —respondió David con una sonrisa—. Pareces un poco más relajada. Ya sé que no era nada más que una compra aburrida, pero me alegro de que tuvieras algo de tiempo para ti. Déjame que te prepare algo de beber. ¿Té, una copa de vino?

Emma estaba a punto de decir té cuando pensó: *que le den, vamos a relajarnos por una vez.*

—El vino me parece muy buena idea. Gracias, cariño. ¿Ollie está dormido? Es un poco tarde para que se eche la siesta, ¿no te parece?

David fue hacia la nevera y sacó una botella fría de vino. Se estiró para alcanzar una copa del armario alto que había al lado.

—No, no está dormido. Esta tarde ha sucedido un pequeño milagro. Pero no cantes victoria, puede que no dure.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Emma, sonriendo abiertamente ante el evidente placer que sentía David.

—Tasha no solo ha salido de su habitación, sino que se ha ofrecido a darme un respiro con Ollie durante un rato. Lo ha sacado de paseo. Dado lo que dijiste ayer de concederle algo de libertad, decidí que tenías razón y allá que se fueron.

Emma se quedó paralizada. Sintió diminutos pinchazos de dolor al ponerse piel de gallina en cada centímetro de su cuerpo tembloroso.

—¿Qué quieres decir? ¿Dónde se lo ha llevado?

Podía oír su propia voz, comedida y razonable. Pero debió de colarse en su tono algo que David identificó, porque se giró hacia ella con un destello de irritación que le torcía el labio.

—Por el amor de Dios, Emma, tiene edad suficiente como para llevar a Ollie de paseo en su carrito, ¿no crees? Lleva fuera una media hora, así que volverá pronto. Y ya sabes que Ollie la adora. Una relación entre esos dos es justo lo que necesitamos para atraerla a nuestro lado.

—¿Dónde fueron, David? —La voz de Emma seguía tranquila, pero por dentro sentía una extraña presión en el pecho.

—Por el sendero, nada más. Le dije que se quedara solo en la parte del sendero que tiene acera, y que no fuera a las zonas estrechas. Lo comprendió.

—¿Y entonces por qué yo no me la he cruzado? Volví por ese camino y no había ni rastro de ella. ¿Dónde están? —Su voz se estaba elevando y empezó a sentir debilidad en las piernas, como si ya no la pudieran sostener.

—Para ya, Em. Puede que se haya metido en una granja para enseñarle los animales a Ollie. Si en diez minutos no ha vuelto, iré a buscarla, ¿de acuerdo?

—No, y una mierda de acuerdo. Ve ya. Encuéntrala, David. Tú ve y encuéntrala.

La boca de David se abrió ligeramente y su ceño se frunció con incredulidad ante el tono elevado de Emma.

—Por Dios, Emma, ¿no estás exagerando un poquito?

David dio un paso hacia el respaldo de la butaca donde yacía arrugado su jersey, lo cogió y fue a ponérselo por encima de la cabeza. Pero entonces se giró hacia Emma y sonrió.

—¿Lo oyes? La verja lateral. Ah, y mira por la ventana. Ahí llega Tasha con el carrito. ¿Lo ves? Bien está lo que bien acaba.

Dirigió a Emma una sonrisita satisfecha y ella sintió que sus músculos en tensión empezaban a relajarse mientras David iba hacia la puerta y la abría.

—Hola, Tasha. Estaba a punto de salir a buscarte. Por si no habías encontrado el camino de vuelta a casa. —Emma vio que David se estremecía al darse cuenta de lo poco apropiadas que probablemente fueran aquellas palabras—. ¿Así que Ollie se durmió? —Se inclinó hacia delante para mirar en el carrito.

Levantó la cabeza y se giró hacia Natasha, con una expresión en el rostro que Emma no supo interpretar.

Y de repente lo supo.

Fue volando hacia la puerta, agarró el cochecito y bajó la capota.

Emma sintió que se iba armando un grito dentro de su pecho, pugnando por escapar de la cárcel de sus costillas, de sus pulmones.

—¿Dónde está? Natasha, ¿dónde está Ollie? —preguntó Emma con voz ahogada.

El miedo debilitaba sus músculos. Se agarró a la parte de atrás del carrito para sostenerse mientras miraba la cabeza gacha de Natasha, con una extraña media sonrisa apenas visible en el rostro. Quería zarandearla, abofetearla, lo que fuera, para obligarla a decir lo que había hecho con Ollie.

David llegó antes que ella. Fue hacia su hija y la agarró por los brazos.

—Está bien, Tasha. Solo tienes que decírnoslo para que vayamos a por él. Venga, cariño. Dinos dónde está.

Natasha levantó la mirada y clavó sus ojos en los de Emma. Su pálido rostro estaba limpio de expresión, y sus ojos eran como lagos vacíos.

—Se fue.

«Se fue».

El sonido de aquellas palabras reverberaba por la cabeza de Emma, creando eco, sin adquirir ningún sentido. ¿Qué quería decir con «se fue»? Se inclinó para volver a mirar en el cochecito, segura de que tenía que estar equivocada. Levantó los ojos hacia los de Natasha, que le devolvió la mirada. David estaba en pie, inmóvil, a un lado, mirando fijamente a su hija. Estaban todos quietos, como congelados, como si formaran parte de un espantoso belén viviente.

El silencio quedó roto por el grito gutural de dolor que Emma sabía que iba a salir de ella, y que no tenía capacidad para contener. Voló hacia Natasha, queriendo estrangularla hasta arrancarle la vida, pero Natasha se defendió con el carrito, girándolo hacia un lado para impedir que Emma la alcanzara en el umbral de la puerta abierta, mientras sus ojos fríos e inexpresivos de repente parecían arder.

David estaba clavado en el sitio, en trance, mirando aún a su hija con los ojos vacíos, ni intentando defenderla ni ayudando a Emma a alcanzarla.

—Siéntate —chilló la niña, por encima de los gritos de Emma—. Si quieres volver a ver a ese bebé tuyo, siéntate ahora mismo.

Emma no quería escucharla. Empujó a Natasha fuera de su camino y salió corriendo por la puerta de atrás, sus ojos recorriendo alocadamente el jardín por si Ollie estuviera allí. Se giró de prisa y echó a correr a toda velocidad por el sendero, volviendo la cabeza de lado a lado por si veía al niño escondido en algún arbusto.

—¡Ollie! —chillaba, desesperada por oír su vocecita gritando en respuesta.

Nada.

Fue a la carrera hasta la verja de la carretera. Nadie. No había ni un coche a la vista.

El camino, pensó. Debe de estar en el camino.

Corrió por delante de la casa, gritando el nombre del niño, sollozando entre gritos. El camino que bordeaba el jardín también estaba desierto.

Emma se arrodilló en medio de la carretera, abrazándose.

—¡Ollie! —gritó otra vez, conteniendo el aliento, intentando oír su respuesta.

Silencio.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí, agachada en el camino, cuando sintió los brazos de David a su alrededor. La levantó con suavidad y la condujo de vuelta a la casa, hacia Natasha.

—¿Qué ha hecho, David? ¿Qué es lo que ha hecho con Ollie?

David no tenía respuesta que darle.

Emma deseaba, más de lo que había deseado nunca nada en su vida, matar a la hija de su marido, y mientras David la conducía hacia la puerta, cayó sobre Natasha, las manos como garras. David la sujetó por los brazos mientras manoteaba y la atrajo hacia sí de nuevo, rodeándola con fuerza mientras ella gemía y gritaba.

—Shh, Em. Tenemos que escucharla. Si lo ha escondido en alguna parte, tenemos que escucharla, para poderlo encontrar lo antes posible. Por favor, Em, siéntate y escucha lo que tenga que decir. Por favor. Quiero encontrarlo tanto como tú. Vamos, cariño.

David la condujo, temblando, tiritando de repente de frío, hacia una butaca. Ella sintió que también el cuerpo de él se estremecía, y cayó en el asiento con los ojos llenos de lágrimas. Se mordió con fuerza el labio inferior, intentando desesperadamente controlarse hasta que Natasha le dijera dónde estaba su bebé. Entonces podría ir a buscarlo. ¿Esta pesadilla se acabaría en pocos minutos? Siguió mirando con horror a Natasha, una niña a la que no reconocía, esperando que todo fuera una especie de complejo juego.

David se sentó junto a Emma, agarrándole una mano con las dos suyas, y Natasha se trasladó al otro lado de la mesa, sus ojos pasando alocadamente de David a Emma y de nuevo a David, sin posarse sobre ninguno de los dos más de un segundo.

—¿Qué has hecho? —preguntó David, con voz tranquila, pero Emma pudo oír los tonos vacilantes que estaba intentando suprimir.

—Ollie está a salvo, David. Tu precioso hijo está bien. ¿Así es como te pusiste cuando me perdiste a mí? —Hizo una pausa, mostrando una sonrisa torcida—. Nah, ya decía yo que no.

Emma no pudo contener el gemido que se escapó de sus labios hinchados. Nunca habían oído tantas palabras salir de la boca de Natasha, y su voz suave, algo aguda, con su acento de Manchester, era una voz infantil. Pero sus palabras eran las de un abusón cualquiera.

—Dime que no le has hecho daño —pidió David con voz suave, suplicante—. Es solo un bebé. ¿Lo has escondido en alguna parte? ¿Qué necesitas que hagamos? Dímelo, Tasha, y podremos ir a buscarlo.

Natasha rio. Se rio, de verdad. Pero era un sonido que no traslucía ninguna emoción.

—No está fuera, David. Ya te lo he dicho. Se ha ido. Se lo llevaron.

—Llama a la policía —le suplicó Emma a David sin dejar de mirar a su hijastra.

—Natasha, soy tu padre. No soy solo David: soy tu padre. Sea cual sea el problema, cuéntamelo y lo arreglaremos. Pero por ahora lo que hay que hacer es encontrar a Ollie, así que voy a llamar a la policía. Me aseguraré de que tú no tengas ningún problema. ¿De acuerdo, cariño? Sabemos que lo has pasado mal, pero te prometo que lo arreglaremos.

Cogió el móvil, que estaba sobre la mesa, sin quitarle ojo a su hija.

Natasha no dijo nada mientras David pulsaba la pantalla de su móvil. Se quedó mirando el teléfono, y volvió a pulsar la pantalla, luego levantó la vista hacia su hija, a quien su ceño fruncido hizo sonreír ligeramente.

—No te va a funcionar, David. El tuyo tampoco, Emma. Sé de teléfonos, ¿comprendes? Llevo años robándolos, arreglándolos. Tu estúpida aplicación nunca hubiera funcionado conmigo. Soy una experta.

Emma miró en silencio a la extraña que tenía delante. Pero Natasha no había terminado.

—Y no pienses que puedes escaparte al dormitorio a llamar. Los fijos están inoperativos, excepto por este de aquí. Puedes cogerlo, por si llaman los policías, pero no puedes hacer llamadas. Mi tarea es asegurarme de que no llamáis a la pasma. ¿Lo coges?

La última esperanza de Emma se desintegró, rompiendo en pedazos la poca fe que tenía en aquella niña, pedazos que se clavaban como cristales en cada uno de los órganos de su cuerpo. Esto no era fruto de una decisión impulsiva, ni un ataque de celos de la hija pródiga: aquello era un plan concebido cuidadosamente.

—Yo soy ahora mismo la única que tiene teléfono —afirmó, sosteniendo en alto un móvil que Emma nunca había visto antes. ¿Era eso lo que llevaba ayer en el forro polar?

Pero Natasha aún no había terminado.

—Os diré lo que tenéis que hacer en cuanto ellos me lo digan a mí. Luego Ollie podrá regresar y yo podré irme a mi casa. ¿Lo has entendido, David?

David permaneció inmóvil. Puso el teléfono sobre la mesa y se quedó mirando a su hija, su rostro revelando todos sus ángulos bajo las fuertes luces de la cocina.

Emma cerró los ojos y se concentró en la imagen de su pequeño. Ollie. Por dentro estaba gritando por su hijo; el sonido y las imágenes a su alrededor se mezclaron y se hicieron una, girando, perdiendo el control, y sintió que caía contra su marido, enroscándose hasta convertirse en una bola compacta, mientras un grave gemido de desesperación reverberaba por la cocina.

No estaban llegando a ninguna parte. Durante veinte minutos habían gritado, rogado, suplicado, pero Natasha no decía más de lo que ya había dicho, y ya no les miraba a los ojos. Estaba sentada, acunando su móvil, como si la respuesta residiera allí. David había intentado arrebatárselo, para ver a quién tenía en la agenda de contactos, pero ella lo había mirado con desprecio por ser tan estúpido, y él se había echado atrás, con fuego en la mirada, dándose cuenta al parecer de lo cerca que había estado de hacerle daño a uno de sus retoños por salvar al otro.

Ahora Emma estaba de pie al otro lado de la cocina, y en su corazón y en su mente se disputaban el autocontrol, la ira, la desesperación y la agonía de haber perdido a su hijo. Nunca en su vida había deseado hacer daño físicamente a nadie,

pero Tasha no era hija suya y no sabía si sería capaz de controlarse. Quería tener a la niña a la vista, pero lo más lejos posible. Sentía un ansia arrebatadora por agarrar a Natasha del pelo y arrastrarla, aullando de dolor, a la calle, para buscar a Ollie, su bebé. ¿Qué estaría sintiendo ahora? ¿Sabría lo que estaba ocurriendo? Sí que sabía que su mamá no estaba con él. ¿Tendría miedo? Y había estado con fiebre... Tenía miedo de que estuviera incubando algo. ¿Les importaría?

—¡Ollie! —El grito estalló de su interior, un alarido de dolor tan intenso que no era capaz de contenerlo dentro de su cuerpo. Fue hacia Natasha y, doblándose por la cintura, empujó toda su mitad superior hacia la niña.

—¡Ollie te quiere, puta zorra! —chilló Emma: palabras que odió según salieron de su boca. Pero no eran nada, nada, comparadas con cómo se sentía. No había palabras lo bastante fuertes. Se acercó más, con los brazos extendidos hacia Natasha, las manos a punto de agarrarla.

—Em, para —dijo David—. No va a ayudar en nada. Mira esa cara. —No cabía mucha duda de que David tenía razón—. ¿Por qué nos odias, Natasha?

Por un momento su mirada titubeó, pero cuando volvió a mirar a David sus ojos volvieron a endurecerse.

—¿No lo sabes? —le preguntó. Una risa exenta de humor se escapó de sus labios.

—No, por supuesto que no lo sé. Dímelo, por el amor de Dios —rogó David.

Ella sacudió la cabeza.

—Podrás engañar a Emma, pero a mí no me engañas.

Emma se quedó quieta mirando a aquella niña, cuya actitud calmada y obstinada no concordaba con su juventud. ¿De qué estaba hablando?

No era capaz de leer la expresión de David. Tenía la frente arrugada, y le temblaba el rabillo del ojo.

—Tienes que hacerla hablar, David. Tiene que explicarnos qué demonios está pasando. Quítale ese puto teléfono que está protegiendo como si le fuera la vida en ello.

Natasha negó con la cabeza.

—Si me quitáis el teléfono, os arrepentiréis. Tengo que llamarles dentro de una hora para decirles que estoy bien y que no me habéis hecho daño ni habéis llamado a la pasma. Si no les llamo, no volveréis a ver a Ollie, así que aléjate de mí, Emma. Y tú también, David. No sabéis con quién os la estáis jugando.

Desgraciadamente, Emma sabía que tenía razón.

Pero no les había explicado por qué. ¿Por qué querría alguien hacerle daño a Ollie?

Emma no pudo soportarlo más y corrió hacia la puerta. Tenía que salir de allí.

—Déjala marchar, David —oyó que decía Natasha—. En cualquier caso no nos sirve para nada.

¿Quién, por Dios, era ese «nosotros» del que hablaba?

El único lugar en el que deseaba estar ahora mismo era la habitación de Ollie,

pero cuando entró por la puerta le pareció fría. Era casi como si la habitación la hubiera saludado con la expectativa de darle la bienvenida a su habitante habitual, pero cuando vio que era solo Emma pareció echarse hacia atrás con un suspiro.

Emma intentó pensar en todo lo que había ocurrido desde la llegada de Natasha, pero no era capaz de concentrarse ni dos minutos antes de que sus pensamientos regresaran a Ollie. Solo quería oírle gritar «Ey, ey» de nuevo, y apretar su cuerpecito calentito y gordito contra sí, sentir el terciopelo de su mejilla contra la cara.

Se sentó en su butaca de amamantar, abrazándose con fuerza, una mano en cada hombro, como para reconfortarse al tiempo que se sostenía, recordando todas las noches que había estado allí sentada junto a su hijo.

Tenía que hacer algo. No tenía ni idea de qué, pero no podía quedarse sentada sin conseguir nada, sabiendo que su bebé la estaría echando de menos tanto como ella a él.

David había dicho que tenían que escuchar a Natasha y hacer lo que ella dijera. Al final, aquel era el único camino. Pero no para Emma. No podía permanecer a un lado, ociosa, esperando que todo se resolviera por sí solo. ¿Qué podían querer ellos, fueran quienes fueran «ellos»? David y ella no tenían suficiente dinero como para pagar una fortuna en forma de rescate, pero si era dinero lo que querían ella lo encontraría en alguna parte.

Emma de repente se irguió en el asiento. Había una persona que ella conocía que tenía dinero, dinero que había intentado entregarle repetidas veces hacía años, pero al que ella se había negado, porque en aquellos momentos hablar con él hubiera sido demasiado doloroso y ella era demasiado orgullosa como para aceptar lo que le hubiera parecido un pago redentor.

Si pudiera ponerse en contacto con él. Pero ¿cómo?

Emma se reclinó en el asiento y cogió el koala que su padre le había enviado a Ollie por su primer cumpleaños. Quería mucho a aquel peluche y, a veces, se sentaba en el suelo y charlaba con él en su extraña y adorable media lengua de bebé.

A través del dolor un pensamiento se abría paso a punzadas en su conciencia. Miró al osito; había algo que debía recordar, algo que tenía que ver con su viaje a Australia con David poco después de casarse.

De repente ya estaba en pie, prácticamente corriendo hacia su dormitorio. No había cerrojo en la puerta, pero no podía arriesgarse a que entrara Natasha, y ni siquiera estaba segura de si David aprobaría lo que estaba a punto de hacer. Le daba igual. Se agachó y giró una vieja cuña de madera, apretándola bajo la puerta cerrada. La idea de que no iba a necesitarla para mantener abierta la puerta y oír a Ollie si lloraba, porque nunca se había fiado del todo del monitor de bebés, la golpeó como un martillazo. No había ningún Ollie a quien oír.

Se mordió las ganas de lanzar los aullidos de angustia que luchaban por escapar de su garganta. *Concéntrate, Emma. Recupéralo.*

Se subió a una silla y se estiró para alcanzar a lo más alto del armario y coger una

vieja caja de zapatos. Bajando de un salto, volcó la caja en la cama y ahí estaba: el móvil con tarjeta prepago que su padre le había dado para que pudiera llamarlo mientras estuviera en Australia sin que le costara una fortuna. No sabía si la tarjeta SIM seguiría activa, ni si le quedaba algo de saldo, habían pasado menos de tres años desde aquel viaje, y no podía creerse que hubiera usado hasta el último penique que tenía ahí. Apretó el botón, pero no sucedió nada.

Estúpida, estúpida. Claro que no tenía batería después de todo este tiempo. Rebuscó entre todos los cachivaches que tenía almacenados en aquella caja. En alguna parte tenía que haber un cargador. Si querían dinero, ella lo conseguiría. Ahora su orgullo no sería obstáculo. Solo le quedaba esperar y rezar porque mantuviera el mismo número de móvil.

El móvil de Tom estaba sonando cuando volvió de la sesión informativa de media tarde. No había sido una reunión especialmente productiva. Habían seguido todos los cabos sueltos que encontraron para perseguir a la chica muerta y aún no habían llegado a ninguna parte. El análisis de ADN de Amy Davidson había resultado negativo, así que, fuera quien fuera la niña muerta, no era Amy. Ella seguía desaparecida, y Tom había solicitado un aumento del número de efectivos dedicados a buscarla. Alguien tenía que saber quién era aquella niña. ¿Cómo podía no echarse de menos a una chica tan joven?

Cogió el teléfono.

—Tom Douglas.

—Tom, soy Leo. Espero que no pase nada por molestarte, pero quería comentarte una cosa sobre la cuenta esa de Jack. Esta mañana estuve mirando la lista de nuevo y estoy bastante segura de que algunos de los nombres coinciden con el listado de clientes que estuve repasando la otra noche. ¿Quieres que me pase por tu casa y comparemos las dos?

Tom se quedó en silencio. Él ya había establecido esa conexión, pero no estaba preparado para compartir eso con Leo todavía; tal vez nunca lo estuviese. La otra cosa que sabía era que todas las fechas de las transacciones de dinero de la cuenta suiza precedían a las fechas de los contratos de los clientes que coincidían.

—No te preocupes —le dijo—. Tú disfruta de tu día y yo le echaré un ojo cuando llegue a casa.

—¿Tuviste suerte con el banco? —preguntó ella.

—Sí. Van a devolverme la llamada. Me han advertido de que si resulta que la cuenta de verdad pertenece a Jack entonces, a no ser que se me mencione específicamente en los registros de la cuenta como beneficiario de su testamento, no tendré autorización para acceder a esos fondos. No es que los quiera, pero por lo menos los podría entregar a una ONG o algo así. Van a mirar a ver qué instrucciones tienen.

—Y otra pregunta, luego ya te dejo tranquilo. Esta niña que ha vuelto de la nada, es Natasha Joseph. ¿Es así, no?

—Sí que lo es. ¿Por qué?

—Su padre es David Joseph, ¿el dueño de Joseph and Son, en Manchester?

—Ese mismo. David es el hijo, pero creo que su padre lleva muerto ya unos años. ¿Por qué lo preguntas?

—Parece haber sido uno de los clientes de Jack, y aparece en las dos listas. Un depósito inicial de diez mil libras en la cuenta suiza. Pero recordé su nombre de la lista de clientes que miramos la otra noche por la historia de su hija.

Tom estaba a punto de responder cuando le sonó el móvil.

—Perdona, pero vamos a tener que hablar en otro momento. Tengo una llamada en espera y parece un número extranjero así que será mejor que lo coja. Te veo esta noche.

Tom le colgó a Leo y cogió el móvil. Era un número que no reconocía.

—Tom Douglas —dijo.

Una voz empezó a susurrar al otro lado de la línea, en un volumen tan bajo que Tom apenas la oía.

—Por favor, no hables. No tengo mucho tiempo y no sé cuánto saldo tengo en este móvil. Soy Emma. La Emma de Jack. Ya sé que han pasado muchos años, Tom, pero necesito tu ayuda, de verdad.

—De acuerdo, Tom, ya conoces los procedimientos. Ninguna comunicación a través de ordenadores abiertos, ninguna conversación en teléfonos públicos. Escoge a tu equipo encubierto y hazme saber a quién tienes. Pero antes de poner el balón en juego, cuéntame rápido de qué conoces a Emma Joseph y qué historia tenéis.

A Tom le alivió encontrar a Philippa Stanley en su despacho después de colgar el teléfono tras hablar con Emma. La instrucción «nada de policía» significaba que aquello lo tendría que gestionar un equipo especializado, y aunque le satisfacía poder incluir a Becky, iba a necesitar el apoyo de la comisaria para reunir a la gente adecuada.

Se inclinó hacia delante en el asiento, apoyando los antebrazos en los muslos, noqueado aún por la impresión de oír a Emma después de tantos años y de descubrir que era la madrastra de Natasha Joseph. Sentía que debía haberlo sabido. Había estado pensando en ella precisamente la noche anterior, mientras le hablaba a Leo acerca de Jack.

—No he visto ni he hablado con Emma desde hace años. Era la prometida de mi hermano Jack, hacían buena pareja. No sé qué les pasó. Todo parecía ir bien, y de repente Jack abandonó a Emma y no quiso explicarme por qué. Emma se largó a Australia a vivir con su padre.

—Y entonces Jack murió, ¿no es eso?

—Sí, en un accidente de lancha motora en el Adriático. Intenté ponerme en contacto con Emma, básicamente para entregarle parte del dinero de Jack porque, desde mi punto de vista, le pertenecía, pero ella no quiso ni tocarlo. Nunca volví a saber de ella. Nunca he conocido a David Joseph (el caso de Natasha Joseph lo lleva Becky), así que no tenía ni idea de que su mujer era la Emma de Jack.

—Bueno, por un lado eso es una buena noticia. Aunque solías tratarla, parece que

ahora la conexión no es cercana. Si puedes garantizarme que es una conocida lejana y que confía en ti, cosa que es clave, puedes seguir dirigiendo la investigación.

Tom se rascó la sien, haciendo todo lo posible por evitar la pregunta.

—Emma no se puso en contacto conmigo porque sea policía. Me llamó porque imagina que se va a producir una exigencia de dinero y quería saber si yo pagaría el rescate, cosa que haría encantado. Pero tal exigencia no se ha producido, y cuando le expliqué que, como policía, tenía que dar parte de esto, se puso hecha una furia. La calmé, pero no está del todo convencida de que la policía tenga que estar involucrada, así que necesitamos andarnos con pies de plomo. Y no le ha dicho a su marido que se ha puesto en contacto conmigo; al menos todavía no.

Para Tom lo ideal sería sacar a toda la familia de aquella casa y trasladarla a un lugar seguro. Una negociación por el pago de un rescate tenía muchas más probabilidades de realizarse con éxito bajo control policial, independientemente de lo que le hubieran dicho a la familia Joseph.

Pero Tom estaba convencido de que no se trataba de un simple pago. Había gente con muchísimo más dinero que David Joseph no muy lejos de Manchester, así que ¿por qué escogerlo a él?

—¿Qué crees que está pasando, Tom? ¿Qué te dice tu famoso instinto? — Philippa le ofreció una media sonrisa.

Tom sabía que no apostaba nada por el instinto, solamente por las pruebas, pero comprendía que para Tom, hablar de sus corazonadas daba como resultado a menudo ciertos pensamientos laterales que conducían a resultados; aunque ella nunca fuera a atribuirlo al «instinto».

El inspector le explicó sus dudas sobre que esto fuera un secuestro a cambio de un rescate, y Philippa asintió con aprobación.

—Podría estar equivocado —dijo—, y esto ni siquiera se lo he insinuado a Emma, pero tiene toda la pinta de ser el clásico secuestro tigre, y mi instinto me dice que le van a pedir a David Joseph que cometa un delito en nombre de esta banda. Natasha tiene que quedarse para asegurarse de que se cumplen las condiciones hasta el final, porque si nosotros apareciéramos y ella hubiese desaparecido, el plan, sea el que fuese, fracasaría.

Philippa se inclinó hacia atrás, cruzándose de brazos, como si de repente todo cobrara sentido.

—Ahora sabemos por qué Natasha dijo que no quería que llamaran a la policía. Eso debe de haber hecho enfadar a algunos. Pero parece que quienquiera que la cogiera la entrenó bien. Por lo poco que la señora Joseph te ha podido contar, suena como que la niña es fría como el hielo. ¿Qué estamos haciendo para mantener el contacto con Emma?

Tom había decidido involucrar a Gil Tennant, el técnico del que más se fiaba. Nadie sospecharía ni por un momento que era policía. Daba la impresión de que una brisa suave sería capaz de tirarle al suelo, y si se vistiera siendo fiel a su ser

probablemente llevara zapatillas de deporte rosas y un forro polar a juego.

—Gil va a averiguar cómo añadir saldo al móvil de Emma a través de la compañía telefónica australiana, y quiero que vaya a casa de los Joseph para comprobar si han puesto micros. Estoy rezando por que no hubiera uno en el baño de Emma. En todo caso es evidente que ha visto demasiadas películas, porque se había metido con el teléfono en el baño de la habitación, había abierto la ducha y me hablaba desde el mismo cubículo, así que estoy prácticamente seguro de que no la oyeron.

—¿Y su marido no sabe que se puso en contacto contigo?

Tom negó con la cabeza, pensando en el comentario de Emma.

—Ya ha sufrido el dolor de perder a una hija, así que creo que querrá hacer lo que le digan antes de arriesgarse a que le suceda algo a Ollie.

Philippa elevó las cejas.

—¿Será Emma Joseph capaz de enfrentarse a esto?

—Va a tener que hacerlo. Si queremos recuperar a su hijo, no le queda otra opción.

Los extremos del campo visual de Emma se oscurecían por una niebla gris que parecía volverse más densa hasta dejar visible un solo objeto iridiscente, a todo color: el rostro impasible y resuelto de su hijastra.

Natasha estaba sentada frente a Emma en la mesa de la cocina, indiferente, al parecer, a la tortura a la que los estaba sometiendo. David marchaba de un lado de la cocina al otro, pasándose una mano por el fino cabello.

—¿Por qué has hecho esto? —bisbiseó Emma a través de los dientes apretados, con la garganta en carne viva de tanto llorar.

David miró a su esposa con ansiedad.

Lo único que la estaba ayudando a no perder del todo el control era el hecho de que ahora Tom Douglas sabía lo que estaba pasando. Alguien fuera de aquellas cuatro paredes, más allá de los hijos de puta que tenían a su hijo, sabía del tormento que estaba sufriendo. Tom la ayudaría. Casi se pone a chillar cuando le dijo que iba a tener que hacerlo oficial, pero ahora se sentía aliviada. Ya no soportaba la sensación de que recuperar a su hijo fuera solo su responsabilidad. David, por supuesto, deseaba que volviera tanto como ella, pero su dolor poseía una dimensión diferente, confundido como estaba por las horripilantes acciones de su hija.

Había sido todo un logro resistirse a quedarse sentada junto al teléfono por si acaso Tom le devolvía la llamada, pero lo había escondido en la habitación de Ollie, un lugar donde dudaba que Natasha mirara, y había desconectado tanto el sonido como la vibración. Tom se había portado bien, como ella sabía que haría. Primero un mensaje de texto para decirle que ya tenía saldo de sobra en el móvil, y luego un segundo mensaje para preguntarle por el nombre de la empresa de su alarma de seguridad: ¿sabría David cuándo vinieron por última vez a hacer el mantenimiento?

Una hora más tarde más o menos, cuando sonó el timbre de la puerta, consiguió por los pelos que David fuera a abrir, segura de que se desharía de quien fuera. Un hombrecito trajeado estaba de pie en el umbral con un portapapeles y una bolsa de herramientas, y le dijo que solo tardaría quince minutos en hacer un chequeo rutinario de todo el equipo de alarmas. Les pidió a todos que abandonaran la cocina mientras él comprobaba los detectores de infrarrojos, y Emma pudo ver la mirada de incredulidad en el rostro de David mientras ella permitía que hiciera aquello precisamente entonces. Pero ella se encogió de hombros y agachó la cabeza como diciendo «no sé en qué estoy pensando». David se acercó a abrazarla y una calidez momentánea llenó la cavidad fría de su pecho.

El ingeniero ya se había marchado, y desde ese momento seguían atrapados en un combate mortal.

—Natasha, te he hecho una pregunta. ¿Por qué has hecho esto? —dijo Emma otra vez, en esta ocasión abriendo bien la boca y dejando que la emoción fluyera, saliendo de ella y rodeando a Natasha.

—Tu precioso bebé estará pronto en casa si hacéis lo que os dicen. Y luego me quitaré de en medio. Y ahora cierra la puta boca, ¿quieres?

David dejó de caminar.

—¡Natasha! —exclamó, con tal tono de horror que, bajo cualquier otra circunstancia, Emma hubiera sonreído. ¿Cómo podía espantarse ante cuatro letras del alfabeto puestas en determinado orden cuando estaban saliendo de la boca de la niña que había raptado a su hijo?

—Me voy arriba —anunció Emma—. Voy a sentarme en la habitación de Ollie un rato. Por favor, no me sigáis. No quiero hablar con vosotros, con ninguno de los dos.

Más que verla, sintió la mueca de dolor en la cara de David. Pero si no le dejaba claro que no quería estar con él, este querría acompañarla para ofrecerle consuelo, buscando al mismo tiempo excusas para disculpar el comportamiento de Natasha. No quería oír ninguna de las pobres defensas que David sería capaz de elaborar para justificar las acciones de su hija, y tampoco podía tenerlo delante si le llegaba cualquier comunicación de Tom.

Esperaba, rezaba por que eso ocurriera.

A menos de una milla de la Casa Prado Azul, el hogar familiar de los Joseph, Tom estaba sentado dentro de su coche, en un apartadero, esperando a Becky. La había mandado a comprobar todos los caminos de los alrededores, por si hubiera actividades poco habituales, antes de aproximarse más. Necesitaba encontrar un lugar al que Emma pudiera llegar a pie, puesto que estaba seguro de que Natasha habría recibido instrucciones para que impidiera que usaran sus coches.

Gil había llamado para decir que había encontrado micros en la cocina, en el salón y en el dormitorio de David y Emma. Tom no quiso que quitaran los micros; había que dejarlos en su sitio, como si todo estuviera saliendo según el plan previsto.

Según Gil eran micros GPS, activados por el sonido. En teoría, la policía tendría que ser capaz de controlar las señales que salieran de la casa hacia el receptor, permitiéndoles rastrear la localización del equipo de recepción. Pero no eran ningunos aficionados, y sin duda usarían sus propias técnicas de contraespionaje.

Necesitaba saber si el exterior de la casa estaba bajo vigilancia. Aunque los campos alrededor de la Casa Prado Azul no ofrecían demasiados lugares donde un vigilante pudiera esconderse, Tom sabía perfectamente que para un trabajo como aquel podrían tener a un tío tendido durante horas en un maizal para no perder ojo de un edificio, así que había puesto un helicóptero con detectores de infrarrojos a

sobrevolar la zona. Las noticias eran buenas. No había nadie escondido en aquellos campos.

El Golf negro de Becky entró despacio en el apartadero y aparcó detrás del BMW azul marino que Tom tenía desde hacía cinco años, era el coche que reservaba para el trabajo. Enseguida entró por la puerta del pasajero y se sentó junto a él.

—Menudo frío hace ahí fuera. Qué bien que es Emma y no yo la que tiene que salir caminando a reunirse contigo. ¿La vas a esperar en el coche?

—No tendré esa suerte —respondió Tom—. Si la ven metiéndose en un coche, la partida habrá terminado. Nos vamos a encontrar en el bosquecillo que hay bajando la carretera desde su casa.

—Ahí fuera está oscureciendo. Es valiente, ¿verdad? ¿Para meterse ella sola en un bosque oscuro?

—Más bien está desesperada. Dudo de que perciba ni la oscuridad ni el frío. En cualquier caso, ¿qué has averiguado?

—Nada. Los únicos coches de alrededor parecían estar haciendo su ruta normal, y tampoco había muchos. Tengo las matrículas de todos. Voy a comprobarlas ahora. Pero no había vehículos aparcados, nada alarmante. Evidentemente están usando la tecnología, y a Natasha, para mantener el control.

Becky lanzó una mirada a Tom y pudo ver la preocupación marcada en todos los rasgos de su cara.

—¿Llevas bien esto, Tom? Bastante malo es cuando no conocemos a las víctimas, pero para ti esto tiene que ser difícil. ¿Cómo es Emma?

Tom miró por la ventana lateral, apartando su cara de Becky.

—Era una influencia absolutamente estabilizadora sobre mi hermano, que estaba bastante chiflado. Y luego cogió y la dejó.

Tom no añadió lo mucho que lo había apoyado Emma cuando su propio matrimonio con Kate fracasó pocos meses antes de su propia ruptura con Jack, o cómo, durante los años que pasó con su hermano, Emma había empezado a parecerle la hermana que nunca tuvo.

—Es una persona que lo da todo, no sé si me entiendes. Siempre está dispuesta a ayudar a los demás, pero le cuesta mucho aceptar lo que la gente quiere darle a ella. Siento mucho que nos hayamos distanciado, especialmente ahora.

—Pero esta vez es ella la que te ha pedido ayuda a ti, ¿no? Me preocupa que no puedas analizar fríamente este caso, Tom. ¿Sabe Philippa lo íntimos que erais?

Tom se giró hacia Becky y entrecerró los ojos.

—No somos íntimos. Es una persona a la que yo solía tratar, lo que explica por qué pudo ponerse en contacto conmigo. No tengo ningún interés personal en este caso, más allá de asegurarme de que un crío vuelve con su madre. ¿Entendemos esto, Becky?

—Entendido —aclaró Becky—. Pero si tienes esta conversación con cualquier otra persona, vas a tener que mostrarte mucho más convincente.

La comodidad de la butaca de la habitación de Ollie no estaba haciendo nada por tranquilizar a Emma. Sacó el teléfono de los pliegues de la manta a la que se estaba aferrando, un lugar seguro por si alguien decidía seguirla hasta allí. La pantalla estaba en blanco. Pero claro, hacía probablemente unos diez segundos desde la última vez que la revisó.

Se quedó mirando la cuna vacía de su hijo. Ahora mismo estaría dándole su biberón, sintiendo cómo su cálido cuerpecito se acurrucaba contra ella mientras elevaba sus grandes ojos, empezando a mostrar las primeras señales de sueño. ¿Quién se estaría ocupando de él? ¿A que no sabrían que odia las manzanas pero le encantan las peras? ¿Estaría lo bastante abrigado? ¿Le pondría David el abrigo antes de que Tasha lo sacara a la calle?

Parecía que tenía un resorte automático en la mano, para extraer de la manta cada pocos segundos y volverlo a meter. Ahí salía de nuevo, y esta vez la pantalla se iluminó. Emma sintió que el corazón se le salía del pecho.

Hay un pequeño bosquecillo a media milla aproximadamente de tu casa, en la carretera que conduce a la granja Willow. Sal de la casa y reúnete allí conmigo cuando puedas. Puede que necesites una linterna. Te esperaré lo que haga falta. En tu casa hay micros. Cuidado con lo que dices. Tom.

Gracias a Dios.

Y gracias a Dios que había tomado la precaución aparentemente ridícula de hablar con Tom desde la ducha.

Pero ¿cómo iba a salir de la casa? Sabía que Natasha tendría algo que decir al respecto, lo mismo que David, probablemente. Tenía que hacerse fuerte y resistir. La idea de que alguien pudiera escuchar cada palabra que decía, cada matiz, la aterrorizaba. Incluso aunque pudiera convencer a su marido y a su hijastra, ¿convencería a quienes la estuvieran escuchando? Pero aquello lo hacía por Ollie. Tenía que conseguir que funcionara.

Emma apagó el teléfono y lo enterró en el fondo de la caja de juguetes de Ollie, intentando no quedarse mirando todos sus juguetes preferidos.

Se puso en pie apoyándose en un lado de la cuna, y respiró hondo para serenarse.
—Venga. Vamos allá.

Se fue con determinación escaleras abajo, agarrando su abrigo del perchero del

armario del recibidor.

Su resolución se debilitó al abrir la puerta de la cocina. David estaba de rodillas junto a la silla de Natasha.

—Natasha, por favor, cariño. Dinos dónde está. Te garantizamos que no te meterás en ningún lío. Yo te quiero, Tasha, siempre te he querido. Perdí a mi niña una vez y fue como si me hubieran arrancado el corazón de cuajo. Por favor, no dejes que vuelva a perderte a ti, y también a Ollie. Por favor, cariño.

Emma observó la cara de Natasha, y por un instante vio algo en ella. Un destello de incertidumbre, solo durante un segundo. Tentada como estaba de acercarse corriendo y sumarse a las súplicas, sabía que no iba a funcionar. Para Natasha ella no significaba nada, así que su única elección era hacer de poli malo.

—Estás perdiendo el tiempo, David. Es una cabrona sin corazón. —Se acercó a la mesa, se inclinó hacia delante, apoyando las manos sobre la superficie lisa, y se encaró con Natasha—. Tu hermanito te adora, lo sabes. Ollie gritaba tu nombre todo el rato. «Ey, ey, Tasa». ¿Te acuerdas? Te abrazaba la pierna con sus bracitos gorditos y te daba besos antes de acostarse. Esos deliciosos besitos de bebé. Te hubiera querido si le hubieras dejado, y así se lo pagas. ¿Cómo crees que se siente ahora mismo, con alguien que no lo conoce? ¿Alguien que no le está haciendo mimos, ni riéndose cuando cree que está siendo gracioso? Pero no solo va a estar llorando por su mamá y su papá, ¿a que no? Ya no. Ahora estará llorando también por ti, «Tasa», la que lo ha traicionado. Te estará echando de menos a ti también.

Emma vio un eco distante de su propia inquietud en los ojos de Natasha y no pudo decidir si empujar con más fuerza contra las defensas de la niña o dejarle tiempo para reflexionar. Pero Tom la estaba esperando. Más tarde volvería a por Natasha.

—Voy a salir —anunció Emma, metiendo los brazos por las mangas del abrigo.

Dos pares de ojos se dirigieron hacia ella con sorpresa. Natasha se levantó de un salto y recorrió el cuerpo de Emma con las manos a toda prisa.

Mierda, ¿pues no me está registrando? Y encima sabe cómo hacerlo.

Gracias a Dios que había dejado el teléfono arriba. Su corazón dio un brinco de pensar lo desastroso que habría sido que lo encontrara.

—No te vayas —dijo David, desolado, aún en postura suplicante—. Te necesitamos aquí, Em. Necesitamos hablar de esto para resolverlo.

—No, David, no va a escucharnos. Le han arrancado a martillazos todo sentimiento. En cualquier caso, ¿cómo sabemos que nos está diciendo la verdad? ¿Cómo sabemos que alguien se ha llevado a Ollie? ¿Cómo sabemos que no le hizo algo cuando se lo llevó de paseo, y que se ha inventado todo esto para despistarnos? Voy a salir a buscarlo.

Emma miró fijamente a Natasha.

—¿Le has hecho daño, Natasha? ¿Lo has dejado por ahí en algún sitio? ¿Le has hecho daño a tu hermanito?

Natasha le dio la espalda a Emma.

—No, nunca lo haría —dijo en voz baja—. Nunca le haría daño a Ollie. Está a salvo. Lo recuperaréis, haced solo lo que os decimos. No está ahí fuera. Lo prometo. —La voz de Natasha vaciló en la última palabra.

Oh, Dios mío, se va a echar a llorar.

David se colocó al lado de Natasha al instante, alargando los brazos para abrazarla, y el hechizo se rompió. Lo empujó lejos de ella, endureciendo el gesto una vez más.

—Tienes que quedarte aquí, Emma —dijo la niña—. No va a gustarles que abandones la casa.

—Que se jodan —dijo Emma, consciente de que David estaba sacudiendo la cabeza, como diciéndole que no se fuera—. No creo que nadie tenga a mi hijo. Creo que la única implicada en esto eres tú, Tasha. Así que voy a mirar, a ver si puedo encontrar a mi niño. Hace ya horas que debería haberlo hecho.

Tom oyó movimiento entre el follaje y supo que alguien se acercaba por el sendero cubierto de hojas. Era un bosquecillo, en realidad no mucho más que una arboleda, pero les ocultaba un poco de quien pudiera estar mirando desde la carretera. Pero Becky tenía razón. El tiempo era muy malo, y Tom se sopló los dedos, deseando haberse acordado de traer guantes.

Tapando la mayor parte del haz de su linterna, iluminó con luz difusa el final del camino, y allí estaba.

Querría haber dicho que apenas había cambiado, y sospechaba que una semana atrás esas podrían haber sido las primeras palabras en salir de su boca, pero hoy no era verdad. En su cara no había rastro de color, quitando los manchurrónes azules debajo de los ojos, y su coleta tirante hacía que su pálido rostro pareciera duro y anguloso, sin rastro de los suaves rasgos que Tom recordaba.

Corrió hacia Tom y él la rodeó con los brazos, apretándola contra sí. Los brazos de ella alrededor de su espalda parecían hechos de acero, como si agarrarle con fuerza fuera a aliviar su dolor. En su desolación por perder a Jack no había podido valorar lo mucho que había echado de menos a aquella mujer. Lo había ayudado a acercarse a su hermano, y por eso nunca podría estarle lo bastante agradecido.

—Siento todo esto, Emma. Para ti tiene que estar siendo un infierno, pero vamos a hacer todo lo que podamos para recuperar a Ollie —murmuró cerca de su oído.

Emma lo apartó de ella suavemente y, nerviosa, miró por encima del hombro hacia la oscuridad que se extendía más allá de la linterna.

—¿Crees que alguien me habrá seguido?

—No. Hemos mirado bien y no hay nadie vigilando la casa. Si acaso estarán mirando las salidas hacia los caminos que salen de aquí. Becky está haciendo una visita a David y a Natasha con informaciones nuevas inventadas sobre el chico del

tren. Los mantendrá ahí, y si hay algún problema llamará, así que no te preocupes.

Emma abrió mucho los ojos.

—¿Becky lo sabe? ¿Qué pasa si tenéis un topo o algo así dentro de la policía?

Tom tomó la mano de Emma con dulzura y clavó la mirada en sus ojos preocupados.

—Está todo bien. En estos casos seguimos un procedimiento. Casi todos los secuestros comienzan con las palabras «No le digáis nada a la policía», y sabemos exactamente lo que tenemos que hacer. Por el momento solo lo saben cuatro personas: mi jefa, Becky, yo y el tío que fue a comprobar los micros hace un rato. Estamos montando un equipo, pero hasta que no sepamos a qué nos estamos enfrentando será muy reducido, y solo sabrán lo imprescindible los imprescindibles.

Emma asintió y volvió a apoyarse sobre el ancho pecho de Tom, rodeándole nuevamente con los brazos. Él sintió que su cuerpo temblaba un poco, ya fuera de frío o de miedo, pero la apretó más fuerte, deseando poder pasarle parte de su fuerza.

Volvió a separarse, incapaz, al parecer, de quedarse quieta. Sintió que el frío le golpeaba en el lugar donde ella se había apoyado, y se arrebujó en el abrigo.

—Cuéntame todo lo que ha pasado.

—No hay mucho que no sepas ya. ¿Supongo que estás al día de la reaparición de Natasha? Ha estado increíblemente distante desde el minuto uno. Se ha negado a contarnos dónde ha estado viviendo, cómo regresó, si ha sido desgraciada... Es evidente que culpa a David por no estar con ellas aquella noche. Es como si quisiera hacerlo sufrir, como si no se hubiera castigado lo suficiente a sí mismo.

—¿Te ha dado alguna pista de lo que está pasando?

Emma negó con la cabeza.

—Dice que hay algo que tenemos que hacer, y que pronto nos lo van a comunicar. Entonces nos devolverán a Ollie. —Su voz se quebró en un sollozo—. Es solo una niña, Tom. ¿Cómo puede ser así?

No tuvo corazón para contarle la cantidad de jóvenes criminales a los que se tenía que enfrentar de forma habitual, la mayor parte de ellos tan duros como sus contrapartidas adultos. Y en cualquier caso, no era una respuesta lo que ella buscaba. Lo que quería era hablar, intentar encontrar una liberación compartiendo sus miedos.

—David le suplica. No quiere chillar y gritar, porque piensa que ella está traumatizada. Pero creo que yo he conseguido mellar su coraza un poco. Ollie adora a Natasha, y aunque ella ha intentado mantenerse distante, es un bebé encantador y vi cómo la cara de la niña se suavizaba un par de veces cuando él intentaba llamar su atención. Mi esperanza es que eso sea lo que la rompa. Dios sabe que algo tiene que pasar.

Tom asintió.

—Escucha, Emma, no sabemos cómo van a resolverse las cosas en las siguientes horas o días, y desde mi punto de vista lo que tenemos que hacer es llevaros a todos a un lugar seguro y negociar el regreso de Ollie sano y salvo.

Emma agarró a Tom del brazo.

—No, Tom. No. Sé que al contarte esto he roto sus normas, y ha sido un riesgo enorme. Pero necesito que crean que estamos aceptando sus condiciones. Eso es lo que David quiere que hagamos: decir que sí a todo y que esto pase cuanto antes, sin más.

—De acuerdo, pero es necesario que recuerdes que en la casa hay micros, en la cocina, en el salón y en vuestro dormitorio, de forma que si decides contarle a David en cualquier momento que estás en contacto conmigo tienes que asegurarte de que nadie te va a oír.

Emma asintió y soltó el brazo de Tom.

—¿Y entonces cómo vais a recuperar a Ollie? Todavía no nos han pedido ningún dinero. ¿Cuánto tiempo van a esperar?

A Tom no le pareció que aquel fuera el momento adecuado para decirle que podrían no estar buscando dinero. Eso la asustaría aún más.

—Tenemos algunas ideas y vamos a ir las comprobando con mucha cautela. Pero no estamos hablando de una banda cualquiera de oportunistas, así que tenemos que andarnos con cuidado. Estamos intentando localizar al chaval al que Natasha reconoció en el tren. Si forma parte de la misma banda, puede que nos conduzca a alguna parte.

—¿Qué puedo hacer? ¿Debería ir reuniendo algún dinero?

—No te preocupes por el dinero. Eso déjame a mí. Olvídalo y concéntrate en intentar conseguir que Natasha te cuente lo que sea. Cualquier información que puedas sonsacarle podría sernos útil. Cuéntamelo todo, por trivial que parezca. Hasta entonces, actúa simplemente como si siguieras sus instrucciones.

Tom puso las manos sobre los hombros de Emma.

—Sigue martilleando la conciencia de Natasha. Puede que consigas comunicarte con ella.

Emma asintió, se inclinó para darle a Tom un abrazo final y le susurró al oído:

—Gracias.

Se giró para marcharse, encorvada hacia delante, como si le costase andar por el dolor que le recorría el cuerpo.

—Emma —dijo Tom suavemente—. Siento muchísimo cómo te trató Jack. Nunca lo comprendí y siempre pensé que tendría tiempo de forzarlo a que me lo explicara. Nunca imaginé que el muy capullo fuera a morir así. ¿Tú comprendiste alguna vez por qué?

El cuerpo de Emma se enderezó, pero no se dio la vuelta.

—¿Por qué me dejó, o por qué murió?

Tom frunció el ceño. ¿Qué quería decir con por qué murió? Emma no esperó a oír su respuesta y se giró a medias, sin buscar sus ojos.

—¿Sabes que me dejó por correo electrónico? ¿Te contó eso alguna vez? Apuesto a que no. Habíamos alquilado una casa en Croacia por un año, no sé si lo recuerdas, y

Jack había vuelto a Inglaterra a trabajar en uno de esos proyectos raros que aceptaba después de vender la empresa. Entonces fue cuando conoció a Melissa, la mujer por la que me abandonó. Así, con una breve nota, adiós muy buenas.

—Joder. Qué horror. Nunca me hubiese esperado una cosa así de Jack. Vosotros dos me parecíais siempre muy unidos.

—Y lo estábamos. Teníamos nuestros problemas, ¿qué pareja no los tiene después de diez años? Pero nada que no pudiéramos haber arreglado con ceder un poco cada uno. De verdad que no me lo esperaba en absoluto.

—¿Volvió a ponerse en contacto contigo alguna vez?

—Oh, sí. —Emma levantó la cabeza, mirando más allá de Tom, como si pudiera ver algo en la distancia que solo se revelase ante ella—. Supe de él una vez más, el día antes de su muerte. Fue como perderle dos veces.

Esta vez la pausa fue más larga, y Tom supo de algún modo que sus palabras le iban a doler. Giró la cabeza hasta encontrar su mirada.

—La razón por la que no he sido capaz de verte desde entonces, Tom, la razón por la que no te he hecho ningún caso en todo este tiempo, es que no podía verte sin contártelo. Ahora creo que debo hacerlo. Jack me escribió el día antes de morir para decirme adiós. Lo siento, pero la verdad es que su muerte no fue un accidente. Jack se suicidó.

La carretera parecía extenderse interminable ante Tom, que caminaba deprisa, con la cabeza gacha, regresando adonde había dejado el coche. Al aire libre se sentía expuesto, incapaz de ordenar sus pensamientos mientras se esforzaba en asimilar todo lo que Emma le había contado. Sabía que en lo que tenía que concentrarse era en el bebé perdido, pero hizo un trato consigo mismo. Unos pocos minutos, eso era todo, para intentar ajustar y reconciliar con la verdad todo lo que siempre había pensado sobre la muerte de Jack.

Emma se había girado para marcharse después de darle la devastadora noticia, pero Tom había alargado la mano para agarrarle el brazo y la había mantenido allí, tal vez de forma injusta dado lo mucho que aquella pobre mujer estaba sufriendo.

—Ya sé que esta es la última de tus preocupaciones ahora mismo, Em, pero ¿hay algo más que puedas contarme? ¿Qué te dijo?

Tom pudo escuchar la desesperación que había en su propia voz. El suicidio era algo a lo que nunca le había resultado fácil enfrentarse en su trabajo. Indicaba un nivel de desesperanza que quedaba fuera de su comprensión. Incluso en los momentos de mayor desolación de su vida había conseguido mantener la esperanza de que cada día que pasara, las cosas mejorarían un poco.

Emma había posado su mano en la mejilla de Tom, adoptando, para vergüenza de él, el papel de quien ofrece consuelo, cuando su propia vida atravesaba semejante tempestad.

—Jack dijo que había cometido muchos errores en su vida y que el día de rendir cuentas al fin le había llegado. Había tomado una decisión que sabía que iba a causar dolor, pero desde su punto de vista era la única manera de salir de una existencia que se había vuelto insoportable. Lo siento muchísimo, Tom.

Lo que Tom había deseado más que nada era mantener allí a Emma y hacerle más preguntas, pero una sola mirada a su rostro, en el que la preocupación por él se mezclaba con la desesperación y el miedo por su bebé, le devolvió de golpe a la realidad.

—Gracias por contármelo —le dijo, cubriendo su mano con la suya propia y apartándola delicadamente—. Es mucho lo que tengo que asumir, pero ya tendré tiempo de hacerlo una vez que hayamos recuperado a Ollie. Ve, Em. Vuelve con David y mantenme al corriente. Vamos a encontrar a Ollie y a traerlo a casa. Ya sé que no está bien que un policía haga promesas, pero voy a mover cielo y tierra para devolverte a tu bebé.

Se habían separado dándose un abrazo rápido. Emma volvió a casa y Tom fue en dirección contraria para salir del bosquecillo por el otro lado, unos minutos más tarde.

Ya podía ver su coche, y su rápido caminar se convirtió en un trote lento hasta que fue capaz de apretar el mando a distancia para abrir las puertas del automóvil y sentarse en el asiento del conductor. Sintió como que llegaba a un santuario, un lugar donde reunir sus pensamientos.

Tom se inclinó hacia delante, apoyando la cabeza sobre los brazos, cruzados en el volante.

—¿Por qué, Jack? —murmuró.

Por más que el comportamiento de este hubiera sido insensato, su sentido del humor era delicioso, y le había «tomado el pelo a la vida», como él decía, sin desfallecer. A pesar de su éxito y de su evidente brillantez, Tom siempre supo que su hermano tenía un lado más oscuro y, aunque nunca lo comprendió, siempre pensó que a Jack le faltaba confianza en sí mismo. Siempre le había llamado burlonamente Sombrero Blanco, cuando no se limitaba a llamarlo «hermanito», porque siempre había pensado que Tom era uno de los buenos, el opuesto total a Jack.

Al darse cuenta de que comprender la motivación de Jack a la hora de quitarse la vida no iba a ser algo que le llegara de sopetón, Tom se echó hacia atrás, apoyando la cabeza contra el respaldo, y cerró los ojos.

Fuera lo que fuera, ¿por qué no vino a hablarme de ello?

No tenía sentido hacerse ahora esa pregunta. Nunca lo sabría.

Abrió los ojos, volvió a echarse hacia delante y puso la llave en el contacto. Era hora de pensar en el bebé. De concentrarse en los vivos y no en los muertos.

—¿Dónde has estado? —Las palabras salieron de la boca de David al entrar Emma en la cocina. Tenía profundas líneas de tensión grabadas en su frente, habitualmente lisa, y ella pudo ver que no había llevado bien su ausencia.

—Fui andando hasta el bosque. Hay un trozo de tronco que unos chavales deben de haber arrastrado hasta el claro para hacer de asiento, así que me senté allí un rato.

David parecía horrorizado.

—Pero ahí fuera está muy oscuro. ¿No te dio miedo quedarte a solas en el bosque?

Emma cerró los ojos.

—Han secuestrado a mi hijo. No puedo imaginar ninguna otra cosa que pudiera ser más terrorífica que eso. No estoy segura de que me vuelva a asustar nada normal nunca jamás, ni las ratas, ni los huracanes, ni las bandas de jóvenes maleantes que deambulan por ahí.

Estaba siendo dura con él, y eso no era justo.

—No deberías haber salido. Solo nos devolverán a Ollie si hacemos exactamente lo que nos dicen. Así que obedece las normas, Emma, por favor. Y entonces, cuando todo haya terminado, podremos buscar ayuda para Tasha. Solo hace falta que aguantemos.

A veces pensaba que David era como un avestruz, enterrando la cabeza en la arena y obligándose a creer que todo iría bien. Era una de las pocas características de él que le resultaban frustrantes. No era tanto optimismo como incapacidad para enfrentarse a la realidad, y tendencia a buscar la salida más fácil.

Esta vez no le iba a funcionar. No había salida fácil.

Caminando de regreso a casa después de su encuentro con Tom, Emma se había decidido por una actitud doble con respecto a Natasha, con el objetivo de confundirla. Sabía que David la estaría intentando engatusar, algo que estaba bastante segura de que Natasha sería capaz de resistir. Lo que tal vez le resultara más difícil de aguantar era la amabilidad, la sensación de un hogar en el que se la acogía. Y entonces, justo cuando tuviera la guardia un poco baja, Emma volvería a meter a Ollie en escena.

—De acuerdo —dijo—. Nadie en esta casa ha comido nada desde esta mañana. Pase lo que pase, no podemos andar desmayándonos por las esquinas, así que os guste o no, vamos a comer.

Sacó del congelador una salsa boloñesa que había hecho hace unos días y la metió en el microondas para descongelarla. Quería que la vida en aquella casa le resultara

agradable a su hijastra, como un hogar de verdad. Entonces tal vez sintiera menos ganas de abrirlo en canal.

David no dijo nada y se dispuso a poner la mesa. Vio que se dirigía hacia el vino.

—Lo siento, cariño, pero creo que es una idea muy mala. ¿Qué pasa si tienes que coger el coche esta noche para ir a alguna parte y nos para la policía?

Un gesto de irritación surcó el rostro de David.

—Será mañana —dijo Natasha. Era la primera información que ofrecía voluntariamente.

—¿Qué será mañana, Tasha? —preguntó David, empleando un tono despreocupado, como si esta fuera una conversación normal.

Pero ella se limitó a chasquear la lengua y a elevar las cejas.

David y Emma intercambiaron una mirada y siguieron con lo que estaban haciendo. Se comieron la cena casi en silencio total, los tres empujando la comida por el plato. Como estrategia había fracasado por completo, y pensar en comida en realidad le daba a Emma ganas de vomitar. Pero había una cosa más que quería probar.

En un extremo de la mesa estaba el portátil de Emma. Lo cogió y lo colocó asegurándose de que la pantalla era visible para todos los que estaban sentados a la mesa, y pulsó la barra espaciadora para encenderlo. Hizo clic en un icono de la pantalla y de repente la habitación se llenó de Ollie, riendo y gateando. Emma recordaba haber grabado ese vídeo en su teléfono. Sabía lo que iba a pasar después y se tragó el enorme bulto que acababa de subirle a la garganta. No podía llorar ahora. Estropearía el momento.

Primero aparecieron en la pantalla un par de zapatos, luego las piernas de alguien sentado en el sofá de cuero en un extremo de la cocina. Emma había agrandado el plano para capturar toda la imagen de Ollie agarrándose a los vaqueros de Natasha para ponerse en pie.

—Tasa, Tasa —exclamó con una enorme sonrisa cuando su cara se puso al nivel de la de la niña. Emma había logrado captar el único segundo en que Natasha se había permitido sonreír a Ollie, antes de que su cara adoptase su mueca de fastidio habitual.

Los tres observaban, casi hipnotizados, hasta que Natasha alargó el brazo y cerró la tapa del portátil de golpe.

—No va a funcionar, ¿sabes? No soy imbécil. ¿Crees que soy una niña normal que hace lo que le dicen, que tiene miedo a hacer algo mal y que la castiguen sin salir? —Emitió una fría risotada—. Cuando vienes de donde vengo yo, lo que te da miedo es que te arrojen al Foso, o a que te maten de hambre hasta que seas capaz de hacer cualquier cosa, sí, cualquier cosa, por un trozo de pan. O aún peor, tienes miedo de que uno de los tipos grandes, los verdaderos hijos de puta malvados, se ocupe de ti. ¿Sabes cómo llaman a esos hombres? No, apuesto a que no. Los llaman esbirros. Así que ya ves, con un poco de carne picada y una foto familiar no vas a conseguir

nada de mí. Pero nada.

Emma fue incapaz de apartar la mirada de los ojos de Natasha. Una imagen de la vida que había llevado esa chica durante los últimos seis años se estaba dibujando con mucha claridad en su mente, y de pronto sintió que no le quedaba esperanza alguna.

Solo con verle la cara a Tom mientras caminaba hacia ella, Becky supo que algo había pasado. Tom tenía lo que su madre habría llamado una cara abierta: grandes ojos azules que te miraban de frente, y una expresión relajada y confiada. Pero esa noche, no. Su cara parecía haberse estrechado, su mirada se dirigía hacia abajo y tenía una sombra de arruga entre las cejas. Su piel también parecía más pálida, y su boca generosa estaba fija en una línea recta, como si estuviera apretando los dientes. «Desolado» fue la palabra que le vino a la cabeza.

Era un tío guapo, desde cualquier punto de vista. Medía uno ochenta por lo menos, era ancho de espaldas, y normalmente tenía un aire que hacía que una se sintiera cómoda y segura a su lado. También es verdad que tenía genio. En más de una ocasión Becky lo había visto a punto de perder los estribos con algún sospechoso, especialmente cuando las víctimas eran niños. Y podía ser un poco rudo y directo cuando le daba por ahí. Pero, para ella, todo eso no hacía más que aumentar su atractivo. Tampoco es que pudiera permitirse tener ningún pensamiento en esa dirección. Después de todo, estaba Leo, que estaba estudiando la carrera de Psicología, nada menos. Lista además de guapa, al parecer.

—¿Un té? —le ofreció, sofocando la punzada de resentimiento irracional contra una mujer que no conocía.

Tom apenas se enteró de la pregunta, y le lanzó una mirada distraída cuando ella entró en su despacho. Tomándolo como un sí, se desvió hacia la cocina.

—Entonces, ¿cómo te fue con Emma? —le preguntó cinco minutos después, colocando una taza de té sobre su mesa.

—No tengo mucho que contarte, la verdad —le respondió bruscamente, clavando la mirada en la bebida que tenía delante.

—Yo estuve sentada con David y Natasha, como me pediste —dijo, pensando que si charlaba de forma banal un rato podría darle tiempo a salir de lo que fuera que lo estaba preocupando—. Claro, tuve que tener cuidado por lo de los micros, así que le hice preguntas sobre dónde había estado viviendo. Sabía que no iba a contarme nada. Se marchó de la cocina. La seguí y la acorralé en el recibidor, un lugar libre de micros. Le dije que teníamos información nueva y que quería darle una lista de nombres. Se lo tomó con bastante desdén, como diciendo «¿De verdad te crees que te voy a contar algo?», pero daba igual porque me los inventé todos. Sí que es cierto que vi un titubeo de algún tipo cuando mencioné el nombre de Rick o Richard Harvey. No sé si era el nombre o el apellido, pero si tuviera que apostar dinero, diría que fue

el nombre de Rick lo que la alteró. Solo lo hice para ponerla nerviosa, así que fue una ganancia inesperada.

Becky esperó. Tom la había estado mirando todo el tiempo, pero su mirada era distante, desenfocada.

—Bien. Buen trabajo, Becky.

Tom cerró los ojos un segundo y ella vio cómo sus hombros se movían hacia arriba y hacia abajo como si estuviera intentando ponerse a sí mismo bajo control.

—No tenemos una mierda con lo que trabajar, para ser sinceros —declaró—. ¿Qué es exactamente lo que sabemos?

Y así empezó, la operación de pesca de arrastre de toda la información sobre quién pudiera haberse llevado a Natasha en un primer momento, quién la había traído de vuelta y quién se había llevado a Ollie. No tenían prácticamente nada.

El teléfono de Tom zumbó en su bolsillo. Lo sacó y leyó lo que aparecía en la pantalla, echándose hacia delante de repente, incorporándose en el asiento por primera vez.

Levantó la mirada del móvil y clavó los ojos en Becky. La expresión de Tom lo decía todo.

—Un mensaje de Emma. Algo se mueve. Sea lo que sea lo que quieren, lo que tengan planeado, según Natasha, va a suceder mañana —dijo.

Solo en su despacho de nuevo, la frustración de Tom le corría por las venas. Ya había seleccionado y puesto al día a un equipo pequeño para que trabajaran en el secuestro, además estaban siguiendo toda las líneas de investigación que se les ocurrían, pero a él le daba la sensación de que trabajaban completamente a ciegas.

Sonó su móvil personal.

—Tom Douglas —respondió.

—Hola, Tom, soy Leo.

Tom respiró despacio. Se había olvidado de decirle a Leo que no iba a estar en casa esa tarde, y tal vez ni siquiera aquella noche. Se dio cuenta de que no tenía ni idea de cómo reaccionaría en las escasas ocasiones en las que tendría que andarse con secretos.

—Coño, Leo, lo siento, soy un inútil. Oye, te devuelvo ahora la llamada. Lo siento, pero no podemos usar mi móvil personal en estos momentos. Dame dos minutos.

Colgó. Este era el número que Emma usaría si lo necesitaba, y no podía estar comunicando mientras él hablaba con Leo si ella lo quería localizar.

Marcó rápidamente el teléfono de Leo en el fijo del despacho.

—Lo siento —se excusó—. Necesito tener libre la otra línea.

—¿Es por Lucy? —preguntó Leo con preocupación en la voz. Había visto a Lucy unas pocas veces, y en cada ocasión se llevaban mejor. Al principio Lucy mostró

cierta reticencia, pero Leo había sido sensible a cualquier posible manifestación de celos.

—No, no es nada de eso. Es una cosa de trabajo, pero no puedo contarte detalles.

Hubo un silencio breve, como si por un momento no lo creyese. Tom sintió una inesperada oleada de irritación, aunque las siguientes palabras de Leo no revelaban nada.

—Quería saber si debía poner a prueba mis limitadas habilidades y prepararte algo para cenar —le dijo. Era bastante inútil en la cocina, pero no quería socavar del todo su confianza.

—Me encantaría que me prepararas la cena, pero es muy improbable que vaya a volver a casa esta noche, ni a cenar ni a nada. Si vuelvo, será de madrugada.

—¿Qué ocurre? Pensaba que tenías todos los casos controlados.

—Ja. Desgraciadamente en Manchester el crimen no descansa. No existe eso de limpiar tu bandeja de entrada, te lo puedo asegurar. Puedes contar con que algún hijoputa haga algo que necesite tu atención en el mismo minuto en que te piensas que lo tienes todo bajo control. Pero esto es diferente. Necesito quedarme y arreglarlo. Lo siento —volvió a excusarse.

—¿Y no vas a contarme de qué se trata?

—No puedo.

—Ah, vale, tengo muchísimo que hacer de todas formas. La pregunta es: ¿me quedo aquí, que estoy en tu casa, o debería irme a la mía?

—Digamos que espero y deseo que en caso de volver a casa, y no es un caso que esté claro en absoluto, sea para encontrar tu cuerpo cálido y desnudo en mi cama. ¿Te parece bien?

Se oyó una risita suave al otro lado de la línea. *Así está mejor*, pensó Tom.

—Entonces despiértame cuando llegues. No me importaría probar un poco de tu cuerpo cálido y desnudo, ya que estamos hablando del tema.

Por un momento todo pensamiento relacionado con Emma y con Ollie desapareció y en su mente se creó una imagen de Leo, con su largo pelo oscuro extendido por la almohada y su hermoso y esbelto cuerpo tumbado esperándolo.

—¿Te he dejado sin palabras, Tom? —preguntó, con la risa aún evidente en la voz—. Me alegro de haberte animado. Sonabas de muy mal humor cuando te he llamado. Por cierto, y antes de que cuelgues, hay un mensaje en tu contestador. ¿Quieres que te lo reproduzca?

Con la mente firmemente puesta de nuevo en el trabajo, le dijo:

—Sí, por favor.

Escuchó las pisadas de Leo sobre los tablones de madera desnudos de su recibidor, antes de suavizarse al pasar por una alfombra. Luego un clic.

—Este es un mensaje para el señor Tom Douglas. Me llamo Raoul Charteris y llamo de Honegger, Wyss y Cie, de Suiza. Hemos recibido su solicitud respecto de la cuenta que empieza con las cifras y letras 53696C766. Al parecer usted es el

beneficiario de dicha cuenta. Existen, no obstante, ciertas irregularidades con ella que necesitamos comentar con usted antes de seguir adelante. Por favor, llámeme al 41 43 733 5360 cuanto antes. Me gustaría que habláramos lo antes posible, señor Douglas, así que a través de este número podrá contactar conmigo a cualquier hora.

La noche estaba muy tranquila, a través de las cortinas descorridas de la ventana de la habitación de Ollie, Emma podía ver una delgada luna creciente y unas pocas estrellas. Quería que la ventana y las cortinas estuviesen abiertas. Necesitaba ver el cielo y la luna que estarían contemplando a Ollie desde lo alto, oler el aire que él estaría respirando, dondequiera que estuviera. De alguna manera, al cerrar las cortinas era como si estuviera creando un capullo protector que excluía a su hijo, pero abiertas sentía que podía reflejar sus pensamientos y su amor desde lo alto de las estrellas hasta su bebé.

Había empezado la noche tumbada junto a David, esperando que pudieran apoyarse de alguna manera el uno al otro, pero era más difícil de lo que parecía. ¿Cómo podía ella compartir los sentimientos de él hacia su hija, la chica que le había robado a Ollie? Parecían separados por un abismo de kilómetros.

David finalmente se había quedado sumido en un sueño intranquilo. No sabía cómo era capaz de dormir, pero también sabía que estaba agotado, y sospechaba, por su aliento, que había recurrido al coñac para amortiguar su dolor. Desde que sabían que lo que fuera iba a ocurrir mañana, no había habido razón para que David se resistiese al alcohol. Pero ella no podía beber. ¿Y si Ollie la necesitaba?

Tenía que sentirse cerca de su pequeño. El dormitorio de Ollie era donde quería estar, y en cuanto se aseguró de que David estaba dormido, se escapó de la cama y fue corriendo al lugar donde se sentía más cerca de su hijo.

Emma se preguntaba qué le pasaba a Natasha por la cabeza en aquellos momentos. Era difícil reconciliar la niña pequeña, de aspecto frágil, con la adolescente que tenían delante, que les decía que nada de lo que pudieran hacer podría asustarla.

Luego se recordó a sí misma que niños mucho más pequeños que Natasha luchaban en Oriente Próximo, se los entrenaba para matar. Había visto un documental en la tele que decía que habían encontrado culpables de delitos violentos, y habían condenado, nada menos que a quinientos menores de catorce años en el Reino Unido tan solo en los últimos doce meses. Por mucho que le costara asumirlo, tal vez el comportamiento de Natasha no fuera tan increíble como parecía.

Emma se puso una manta sobre las piernas. Realmente no sabía ni para qué se había puesto el pijama. Aunque apenas si había dormido desde la llegada de Natasha hacía ya días, no soportaba la idea de cerrar los ojos. ¿Y si se perdía algo importante? ¿Y si traían a Ollie de vuelta y no podían entrar, o lo dejaban fuera, llorando, y ella

estaba dormida? ¿O si se ponía enfermo y ellos se ponían nerviosos? Quería estar despierta, alerta, preparada para cualquier cosa si eso significaba recuperar a Ollie.

Solo un fino muro la separaba de la causa de sus problemas. Una pared. No cabía duda de que Natasha habría erigido barricadas para encerrarse en su cuarto, pero Emma forjó pensamientos como dagas para romper el muro y penetrar en el cerebro de Natasha.

—¿Cómo pudiste hacerle esto a tu hermanito? —preguntó calladamente, dirigiendo el flujo de sus pensamientos por medio de la imaginación del cuerpo dormido de Natasha—. ¿Qué pudo hacer este bebé para hacerte daño? ¿Qué hicimos cualquiera de nosotros para hacerte daño?

Estaba tan concentrada que casi se le escapa.

¿Qué era aquello?

Era un ruido. Natasha se estaba moviendo por la habitación. Emma se quedó quieta, concentrando todas sus fuerzas en escuchar los sonidos del cuarto contiguo. Identificaba un zumbido que sonaba como si pudiera ser una voz, pero era tan bajo que no era más que un murmullo lejano.

Sí, era sin duda una voz, entonces Emma oyó una palabra, más alta que las demás, y con un nítido punto de desesperación: ¿por qué? Luego nada más. Solo el sonido del viento moviendo las hojas del acebo que había al otro lado de la ventana.

Emma reptó desde la butaca hacia la puerta. Aunque Ollie no estaba, había dejado la puerta abierta por costumbre. Cerrarla solo hubiera subrayado lo que ya sabía: que Ollie no estaba allí. Pero ahora se alegraba, porque creía que podría escuchar mejor. Se sentó en el suelo junto a la puerta abierta, llevando las rodillas al pecho y rodeándoselas con los brazos.

Los murmullos habían cesado. Hubo silencio durante unos momentos y luego Emma oyó un sonido diferente, el de un cajón que se abría despacio, con mucho cuidado.

¿Qué estaba pasando?

Sintió, más que oyó, movimiento en el dormitorio contiguo, sonidos tan sutiles que solo resultaban reconocibles porque ella estaba escuchando tan intensamente. Pero entonces hubo un ruido que oyó bien claro. El de la puerta de Natasha abriéndose.

Emma se arrastró deprisa lejos de la puerta, hacia las sombras del interior de la habitación, mientras Natasha iba de puntillas por el descansillo, deslizándose en silencio escaleras abajo.

Emma esperó detrás de la puerta del dormitorio, escuchando los sonidos de la casa. Estaba segura de que David no había puesto la alarma antes de acostarse. Le había pedido que no lo hiciera, por si acaso alguien entraba por la fuerza intentando devolver a Ollie.

Se decidió en menos de dos segundos: si Natasha iba a alguna parte, Emma la iba a seguir. No sabía si Tom podría estar equivocado y la casa estaba bajo vigilancia, pero ahora mismo le daba igual. Quería saber qué se traía Natasha entre manos.

¿Dónde demonios podía estar yendo? Oyó que se abría y luego se cerraba la puerta de atrás sin hacer ruido. Por favor, Natasha, no te lleves la llave y cierras la puerta principal por fuera, por favor, rezó para sí.

Echando una ojeada a sus pantalones de pijama azul marino y pensando que le iban a tener que bastar, entró corriendo en el dormitorio principal, cogió un jersey negro de donde lo había arrojado unas horas antes y corrió escaleras abajo, sin molestarse en disimular el sonido de sus pisadas. David no iba a despertarse. Parecía entrenado para dormir pasase lo que pasase, incluyendo las ocasionales noches malas que Ollie les daba, además Natasha ya se había marchado. A Emma solo le cabía esperar que la pudiera alcanzar.

Se detuvo a coger un par de zapatillas tipo mocasín con suelas de goma que no harían ruido en la carretera, abrió silenciosamente la puerta de atrás y salió, cerrando la puerta tras de sí. Hacía un frío cortante, pero Emma apenas lo notó.

A través de la hierba, en lugar de la gravilla de la entrada de coches, corrió hasta la verja y miró a ambos lados. La luna no brillaba mucho, pero pudo ver una sombra en movimiento a su izquierda, dirigiéndose al mismo bosquecillo donde ella se había reunido antes con Tom. Si la seguía por allí, quedaría expuesta. Pensó deprisa. El otro lado de la carretera tenía un empinado arcén de hierba y un seto alto. Si conseguía llegar a aquel lado, no sería un sitio evidente donde mirar si a Natasha se le ocurría comprobar si la seguían. Emma esperó un par de segundos, luego se la jugó al cruzar a toda velocidad la carretera y subirse al arcén, después permaneció quieta unos segundos.

Natasha aminoró el paso y miró por encima de su hombro izquierdo al lugar que Emma había ocupado hacía solo unos segundos. Emma contuvo el aliento. La niña se dio la vuelta otra vez y siguió caminando, y según ella avanzaba, Emma hacía lo mismo junto al seto, con la cabeza gacha. Natasha cogió el primer sendero que conducía al bosque.

Dándole a su presa un momento o dos para alejarse por la carretera, Emma esperó hasta que sintió que era seguro y luego echó a correr por la estrecha franja de asfalto negro hasta el borde del camino.

En el bosque todo estaba en completo silencio. No había viento y estaban demasiado lejos de la ciudad como para que se oyera el ruido de tráfico. Emma podía oír su propia respiración, sus inspiraciones breves e intensas, producto del miedo. El cielo estaba claro, con una cuña fina de luna como única luz, y las hojas que cubrían los caminos desde el otoño estaban quebradizas por la escarcha, y sin duda crujirían bajo sus pies. Sin más sonidos de la noche que pudieran disfrazar sus movimientos, Emma se quedó paralizada.

Adivinando que Natasha se estaría dirigiendo al pequeño claro donde Emma se

había reunido con Tom, se arriesgó y decidió rodear el bosquecillo, manteniéndose en el prado, donde la hierba suave absorbería el ruido de sus pisadas, esperando poder ver y escuchar todo tras la cubierta de los escasos árboles.

Siempre agachada, reptó hacia el prado, pegada al borde mismo de los árboles. Podía oír las pisadas de Natasha, crujiendo sobre el sendero. Emma se detuvo cuando el ruido se hizo más fuerte. La niña iba en dirección a ella. De repente tenía a Natasha delante, a no más de diez metros, quieta, mirando a su alrededor. Emma se agachó aún más, bajando la cabeza de modo que la débil luz de la luna no iluminara su cara blanca.

Natasha se movía de nuevo, esta vez con un propósito y una dirección clara. Estaba avanzando hacia el interior del bosque y Emma supo que la iba a tener que seguir. Oía voces. Una era sin duda la de la niña. La otra era la de un hombre.

Emma se acercó más, mirando el suelo para evitar los mayores cúmulos de hojas heladas. Las voces se hicieron más nítidas.

—Eres gilipollas, Shelley —soltó el hombre, con la voz tensa por la ira reprimida.

Emma se asomó desde detrás del tronco del árbol. No veía a nadie más que a Natasha. *¿Quién era Shelley?*

—Si la cagamos en esto, no vas a ser tú sola la que salga jodida, yo también, y no me gusta que me la líen. ¿Me estás oyendo? Necesito que me digas que lo tienes controlado. Y quiero verte la cara, porque será mejor que no me estés mintiendo.

Emma se acercó aún más. Ahora podía ver al hombre. No era alto, pero sí fuerte, con barriga, y llevaba vaqueros que le sentaban mal y una chaqueta de cuero marrón. Miró su cara. La poca luna que había le iluminaba las facciones; tenía el pelo graso y peinado hacia atrás, su cara parecía surcada de extrañas cicatrices, hasta que se dio cuenta de que los reflejos deslavazados de luz que reflejaba su cara se debían a marcas de acné, probablemente de juventud. La mueca de desagrado de su cara quería decir que Natasha, o Shelley, como la llamaba él, tenía un problema.

Natasha lo miró a los ojos con valentía, pero Emma pudo verle las manos, apretando y abriendo los puños.

—Te lo dije ayer, Rory, no es culpa mía que viniera la pasma. Le dije a David que no hablaría con ellos. Pero habían ido a verlo al trabajo por esa chica que encontraron muerta. Pensaban que era yo.

—Apuesto a que ahora sí que desea que lo hubiera sido. —El hombre lanzó una risotada gutural y escupió en el suelo.

—Dime que no era Izzy. No era, ¿verdad?

Emma notó un punto de angustia en la voz de Natasha. *¿Quién es Izzy?*, pensó.

—¿Cómo coño quieres que yo sepa quién era?

—O sea, que no la habéis encontrado, ¿no?

—No estoy aquí para hablarte de tu estúpida amiguita, Shelley. Esa no sabía cuándo tenía suerte, y tú no le deberías haber dicho que te ibas a llevar al bebé. Pensaba que eras más lista.

—No va a decírselo a nadie, lo prometo.

—Si está muerta está claro que no. —Se rio—. Olvídala. Estamos aquí para resolver cómo te las vas a apañar con la pasma si vuelven a venir a olisquear, y necesito saber por qué volvieron.

Emma había maniobrado hasta estar en una posición desde la que podía ver la cara de Natasha, y en ella un destello momentáneo de miedo que rápidamente intentó disimular. Pero no lo bastante rápido.

—Dios santo, estúpida de mierda. ¿Te crees que no sabemos cuándo vienen a hacer visitas? Por lo menos has puesto los micros y podemos oír lo que dicen, pero ¿ayer qué era lo que querían?

Natasha miró al suelo y dio unas patadas a unas hojas, hacia delante y hacia atrás.

—Lo de siempre —respondió—. Solo estaban intentando sonsacarme dónde había estado, cómo volví. Solo lo intentaban otra vez.

Estaba mintiendo. Emma no podía comprender por qué, pero Natasha no estaba contándole lo de las cámaras de seguridad del tren.

El hombre alargó las manos y agarró a Natasha por los brazos. Emma oyó un débil chillido de dolor, que sofocó rápidamente. Sacudió a Natasha con fuerza y puso su cara muy cerca de la de la niña.

—Necesito saber que tienes esto controlado, Shelley. Tú querías hacerlo, ¿recuerdas? Teníamos otras opciones, pero tú dijiste que nos lo ibas a poner fácil. ¿Qué está pasando por esa cabeza tuya?

Natasha lo miró, con la cara limpia de toda expresión.

—Nada. Mola ver sufrir a ese cabrón. Pero no es culpa de Ollie. Es un bebé muy mono. ¿Quién lo está cuidando?

—Como si te lo fuera a decir, incluso aunque lo supiera. Nosotros hacemos nuestra parte, y ellos la suya. —La volvió a sacudir, más fuerte—. ¿Y qué te he dicho sobre llamar al bebé por su nombre? Es solo «el bebé», ¿de acuerdo? Todo habrá pasado mañana por la noche, entonces podrás volver a casa. Pero si la jodes, soy hombre muerto, y entonces ya sabes lo que te pasará a ti, ¿no?

—No voy a cagarla. Sé lo que me hago.

—Bueno, pues recuerda: la única persona que saben que está en el ajo eres tú. Si cualquier cosa sale mal, yo estaré muy lejos antes de que tengas oportunidad de cantar, y será a ti a quien encierren. Y además se tragarían la llave: la condena por secuestro es perpetua, ¿lo sabías?

La soltó y le dio un empujón. Natasha trastabilló hacia atrás, pero no dijo nada, y el hombre siguió hablando.

—Este trabajo vale una fortuna, y ya vamos por la mitad. Mañana te dirán lo que va a suceder a continuación. Cuando haya terminado, te vas. No tendrás que volver a verlo, Shelley, y nunca te encontrarán.

¿De quién estaba hablando? ¿Quién era «él»? ¿Ollie? ¿David? ¿Otra persona?

Pero una cosa estaba clara para Emma. El cabrón al que Natasha quería ver sufrir

era David. ¿Cómo podía odiarlo tanto?

El hombre llamado Rory estaba hablando de nuevo, y Emma se acercó un poco más.

Una rama se rompió bajo sus pies, y se oyó un ruido que fue como un disparo en el bosque silencioso.

El hombre giró la cabeza a derecha y a izquierda. Tenía la mirada clavada en el árbol tras el cual se escondía Emma, sin embargo aquí estaba más oscuro que en el claro, y estaba segura de que no la podía ver. El hombre empezó a caminar hacia ella y por un momento pensó en ponerse de pie y echar a correr. No la cogería; estaba demasiado gordo. Pero revelaría que lo había visto, y a saber lo que eso podía significar para Ollie.

El hombre se estaba acercando más.

—Rory —lo llamó Natasha, en un susurro urgente—. Será mejor que vuelva.

Él dio media vuelta.

—He escuchado un ruido. ¿No lo oíste? —preguntó.

Natasha negó con la cabeza.

—Hay muchos ruidos. Esto es el campo. Es que tú no estás acostumbrado. Probablemente fuera un conejo o algo así. En todo caso, tengo que irme. Emma es superplasta. Se pasea por la casa en mitad de la noche, vigilando, y no quiero que sepa que no estoy.

Se volvió y fue andando hacia Natasha. Sacando una mano gordezuela, la cerró alrededor de su cuello y levantó su delgado cuerpo del suelo, clavándola contra un árbol.

Natasha manoteó a su espalda, intentando agarrarse a algo, estiró los dedos de los pies, pero no llegaban al suelo. Emma vio el pánico en sus ojos, luchando por respirar, oyó los ruidos de asfixia que le salían de la garganta. Iba a tener que hacer algo si no soltaba pronto a la chica.

—Hay algunos más arriba que yo que no tienen tan buen corazón: eso lo sabes —le dijo. Con la cabeza golpeando fuerte contra la dura corteza del árbol, Natasha evitaba mirar a su captor a la cara, como si tuviera miedo de ver la amenaza marcada en sus facciones—. No quieres tenerlos enfrente, ¿a que no? En comparación yo soy un gatito. Así que haz este trabajo, ni se te ocurra joderme, y hazlo bien.

Aflojó ligeramente la mano que le rodeaba el cuello y su cabeza quedó colgando hacia delante. Al instante la volvió a apretar y su cabeza chocó contra el árbol otra vez. Empujó su cara contra la de Natasha y luego quitó el brazo deprisa. La niña cayó al suelo, pero se puso en pie en cuestión de segundos, como una luchadora enjaulada alerta ante una bota repentina.

—Ahora pírate antes de que te echen de menos.

Natasha empezó a levantar la mano como para masajearse el cuello, pero pareció pensárselo mejor. Dirigiéndole al hombre una última mirada atribulada, se dio la vuelta y, con la cabeza gacha y los hombros encorvados, desapareció en la oscuridad

de la noche.

Emma esperó. El hombre se quedó de pie observando a Natasha marcharse, volvió a escupir en el suelo y luego se giró para marcharse en dirección contraria.

Lo que más deseaba Emma era coger una gran rama de árbol, perseguirlo, pegarle con ella lo más fuerte que pudiera y luego aplastarlo contra el suelo y forzarle a que le dijera dónde se encontraba Ollie. Pero no tenía ninguna oportunidad. Era el doble que ella en tamaño, y tenía la sensación de que no vacilaría a la hora de partirle el cuello si pensaba que podía acarrearle problemas. Pero había una cosa que sí podía hacer. Seguirlo y conseguir su matrícula, porque seguro que había venido en coche.

Bordeando el extremo del bosque, se dirigió hacia la carretera, con el plan de esconderse en una esquina del bosque hasta que el hombre llamado Rory la hubiera adelantado.

De repente oyó el rugido de un motor. Arrojándose al suelo para que no la vieran en el haz de un faro cegador, observó una potente moto que pasaba a su lado a gran velocidad, pero tenía las pupilas demasiado contraídas como para leer la matrícula mientras desaparecía en la distancia.

Natasha regresó en silencio hacia la casa, arrastrando los pies por el sendero, dándole vueltas a todo lo que Rory había dicho. Le dolía el cuello y la garganta, también la nuca. Pero el dolor no era nada en comparación con la sensación de náusea en la boca del estómago cuando pensaba en las cosas que le había ocultado.

No se había atrevido a hablarle a Rory de las fotos del tren. Había sido realmente estúpido por su parte mirar a Rick como lo había mirado, pero es que era guapo, y siempre le sonreía. En su mundo, las sonrisas eran como dones preciosos, y las retenía hasta que su calor se desvanecía. Pero si la policía pillaba a Rick, cosa que iban a hacer a causa de su propia estupidez, todo habría terminado.

Sabrán dónde vive, y entonces lo sabrán todo de mí.

Si se lo hubiese contado a Rory, podría haber evitado que Rick hiciera de correo de la maría, y estaría a salvo. Pero se había callado, y sabía lo cabreado que se pondría Rory. Estaba cabreado en cualquier caso, nada más que porque hubiese hablado con la policía y por contarle tantas cosas a Izzy, pero si descubría lo de las cámaras de seguridad del tren (y, peor aún, que ella no se lo había contado), sería el fin. La arrojarían al Foso.

Odiaba el Foso; después de aquellas primeras veces había hecho todo lo que le pedían para que no la tiraran ahí. Pero a veces no era un castigo por algo que hubiera hecho, sino por lo que querían que hiciera, o tal vez por que Rory estaba de un humor de perros. Pero si cometía un error como aquel, allí acabaría. Nada de comida, poca agua, nada de calor, nada de luz, hasta que estuviera rogando piedad.

No habría piedad si la cagaba con aquello. Izzy ni siquiera había hecho nada y aun así la habían castigado a dos semanas en el Foso, para hacerla más dócil, según

Rory, y luego la mandaron a convertirse en una de las chicas de Julie. Solo había durado allí una semana antes de desaparecer, ¿y quién podría culparla? Solo tenía trece años, igual que Tasha. Esos hijos de puta gordos y grasientos que pagaban a Julie por chicas como Izzy le daban ganas de vomitar.

Le propinó una patada a una piedra del camino. Se las podía apañar birlando teléfonos, pasando drogas y cosas así. Pero no quería ir adonde Julie.

Era una tontería pensar en escapar. A nadie se le permitía escapar de ese mundo. Una vez dentro, estabas dentro de por vida, era un tipo diferente de cárcel. Una en la que no había cerrojos en las puertas. Pero si escapaba no iba a ser de Rory Slater de quien tendría que preocuparse. Enviarían a Finn McGuinness a buscarla.

¿Era eso lo que le había pasado a Izzy?

Parecía tan normal, Finn. Hasta elegante. Pero todo el mundo conocía lo que era, y nadie se le cruzaba nunca. Rory le tenía pánico. Y Finn, incluso, tenía otro jefe ante quien rendir cuentas, un nombre que no se mencionaba jamás, un hombre al que Tasha no conocía. Tampoco quería conocerlo, nunca.

Finn y Rory habían hecho que aquel trabajo pareciera facilísimo: hacer que David sufriera por lo que había hecho; llevarse al bebé de paseo, no estaría fuera mucho tiempo. Era más fácil que la mayoría de sus trabajos. Solo tenía que asegurarse de que nadie llamara a la policía, eso estaba chupado. Y cuando todo hubiera terminado, podía salir de allí e irse a casa. Fácil.

Excepto porque no lo era. Poner cara de póquer ante la gente era muy sencillo, eso lo había hecho toda su vida, o al menos la parte de su vida que recordaba. Arreglar teléfonos, poner micros, ser respondona: chupado. Pero no se esperaba que Ollie fuera mono. No se esperaba que a él fuera a gustarle ella. Se sentía bien cuando la llamaba por su nombre y le ofrecía una de sus sonrisas. Y ahora todo el mundo estaba roto en pedazos.

Natasha estaba impactada ante el dolor que sus actos habían causado. David no paraba de llorar; nunca había visto antes llorar a un hombre, excepto por la tele. Una imagen de él llorando cuando la perdió seis años atrás se coló en su mente, pero la empujó fuera. No podía imaginarse a Rory llorando, ni siquiera a Rick. Ellos no llorarían. Rory siempre le había dado palizas brutales a ella y a los demás chicos si lloraban por nada.

—Ya te daré yo algo por lo que llorar —decía siempre.

Todos aprendían pronto, exactamente igual que había aprendido Natasha.

Pero aquella noche sí había llorado. Había llorado por la vida que debería haber vivido, la vida que le habían robado a ella y a su madre. Pero no había llorado como lloraba Emma. Emma sonaba como si alguien le estuviera dando hachazos, haciéndola añicos.

Y entonces Natasha lo comprendió. A lo mejor así era como una se sentía cuando amaba a alguien de verdad.

Ella eso no lo conocía.

—Mierda —maldijo Emma al intentar abrir la puerta de atrás. Natasha debió de entrar en la casa por aquella puerta y la había cerrado con llave. Era evidente que lo haría, si Emma se hubiera detenido a pensar en ello. Se sentó en una vieja y destartalada silla de jardín, esperando que el corazón dejara de golpearle el pecho para poder concentrarse en lo que tenía que hacer ahora.

¿Y si me hubiera visto?

Seguir a Natasha había sido arriesgado, pero ahora tenía un nombre. Sin apellido, pero Rory era un nombre poco común, y rezó porque a Tom le sonara de algo. Tenía que sonarle. Era la única pista que tenían.

Empezó a tiritar.

¿Dónde estás, mi Ollie, bonito? ¿Estarás calentito?

El sordo sufrimiento de la añoranza se convirtió en un dolor agudo, y se abrazó a sí misma con fuerza, balanceándose hacia delante y hacia atrás, intentando aliviar su agonía. Un gemido leve se le escapó de los labios resecaos. Repasó una y otra vez cada palabra que había escuchado, todo lo que sabía, preguntándose si se le habría pasado alguna pista, algo que pudiera conducirla a Ollie, hasta que finalmente la mente se le quedó en blanco, entumecida.

No sabía cuánto tiempo llevaba sentada allí fuera, pero no podía quedarse en el exterior hasta por la mañana. Ahora ya todo su cuerpo temblaba de forma incontrolable, y si se ponía mala no iba a servirle a Ollie de nada.

No tenía ni idea de cómo iba a volver a entrar en la casa. David le había dicho que había una llave extra escondida en alguna parte por si se quedaban encerrados por fuera, pero no se acordaba de dónde estaba.

Se vio invadida por una oleada de desesperación, y alargó la mano para intentar de nuevo abrir la puerta de la entrada. Se abrió de golpe en cuanto la tocó.

¿Cómo?

Había estado convencida de que estaba cerrada con llave. Con los dedos helados quizá no apretó la manilla con suficiente fuerza.

Abrió la puerta del todo y entró en su cálida cocina, quitándose las zapatillas para dejar que el suelo radiante le descongelara un poco los pies. No encendió ninguna luz. Los focos de techo arrojarían un haz de luz al jardín, y Natasha podría verlos.

Emma sabía moverse por la cocina solo con el tacto; se abrió paso hasta el hervidor de agua y lo encendió. El piloto emitía un resplandor azul, dando luz suficiente para que Emma pudiera ver las tazas, que reposaban en una balda encima

del aparato. Cogió una y se giró hacia la nevera.

La taza se le cayó de las manos, haciéndose añicos sobre el suelo de baldosa. De pie justo detrás de ella, a menos de un metro, estaba la niña. Sus ojos de color verde grisáceo reflejaban dos puntos gemelos de la brillante luz azul del hervidor. Natasha se llevó un dedo a los labios.

El corazón de Emma le dio un brinco dentro del pecho. El agua terminó de hervir y la luz del piloto se apagó, hundiendo la cocina de nuevo en la oscuridad. Una mano la alcanzó y agarró a Emma por la manga, sacándola de la cocina y llevándola al recibidor. La puerta de la cocina se cerró silenciosamente.

—Dios mío, Natasha, ¿qué haces aquí a oscuras? —farfulló Emma con voz ronca.

—¿Por qué me has seguido?

—¿De qué estás hablando? Quería tomar un poco el aire, así que salí un rato. ¿No esperarás que duerma cuando me has robado a mi hijo, no?

Natasha estaba parada a solo centímetros de la cara de Emma, y un hilo de luz de la escalera dibujaba pálidas sombras grises en los pómulos de la chica, dejando sus ojos y sus labios negros.

—¿Tienes idea de lo que hubiera ocurrido si te hubiera encontrado ahí fuera, observándonos, escuchando? ¿Sabes lo que hubiera hecho si te hubiera encontrado?

Emma sacudió la cabeza.

—¿Qué podría haberme hecho que pudiera ser peor de lo que me ha hecho ya?

Natasha acercó su cara más aún a la de Emma.

—Te hubiera matado, puta subnormal —susurró.

Emma se la quedó mirando.

—¿No tienes ni idea, eh? Esos hombres ordenan que eliminen a gente por insultar a sus mujeres, y le has oído admitir que secuestró al niño. ¿Qué te crees que habría hecho?

—¿Y eso a ti qué más te da, Tasha? —le preguntó Emma, dándose cuenta de golpe de la estupidez de su propio comportamiento.

—A mí me da igual. Pero si te hubiera matado, habría habido un testigo. Yo. Y no les gustan los testigos. Es mucho lío.

Emma se giró, porque no quería que Natasha viera el miedo reflejado en sus ojos. Habló dándole la espalda a la niña.

—¿Y qué pensaría si supiera que le has mentado? ¿Por qué no le contaste que la policía te tiene grabada en una de sus cámaras? Supongo que eso tampoco le hubiera gustado, ¿verdad?

Hubo un silencio, roto solo por el tictac del reloj del recibidor.

—Solo recuerda que te he salvado la vida. No volveré a hacerlo.

Emma sintió un ligero movimiento tras de sí y supo que Natasha se había ido.

Para cuando Tom metió la llave en la cerradura de su adosado de estilo eduardiano y subió en silencio las escaleras, ya eran las dos de la mañana. Abrió la puerta de la habitación principal y allí, como había deseado, yacía Leo, tumbada como siempre con el edredón hasta la axila, pero los brazos por fuera y los pies saliendo por un lado.

Decidió ducharse en el baño principal en lugar de en el dormitorio para no molestarla. Se vació los bolsillos dejando las llaves y los móviles con cuidado sobre la cómoda. A pesar de lo tentador que era desnudarse, meterse en la cama y despertar suavemente a Leo de su plácido sueño, quería una ducha caliente para limpiarse algunas de las marcas que el día le había dejado en el cuerpo, y después de veinte horas con la misma ropa una ducha era una necesidad tanto como un deseo.

No había tenido apenas tiempo en las últimas horas para pensar en otra cosa que no fuera el pequeño Oliver Joseph. Todo pensamiento sobre Jack que intentara emerger a la superficie había sido empujado firmemente al fondo de su conciencia. Además también tenía que pensar en el banco. ¿Qué irregularidades podía haber con la cuenta de Jack? En cualquier caso Tom pensaba donar el dinero que hubiera en esa cuenta a los pobres, de forma que probablemente no fuera más que un problema burocrático, pero tal vez le diera algunas respuestas más. Ya había enviado por mensajería al banco copias compulsadas de su pasaporte para probar que era quien decía ser, e intentaría encontrar un momento para llamarlos en los próximos días.

Con la mente bullendo y el cuerpo exhausto, Tom cerró el grifo, se secó y caminó desnudo por el distribuidor hasta el dormitorio. Retiró las mantas y se deslizó debajo. Necesitaba dormir, pero necesitaba aún más a Leo, y sabía que ella lo recibiría bien si la despertaba. Ella despejaría su mente de pensamientos sobre un bebé desaparecido y una niña muerta, solo por un momento, y relajaría la tensión de sus miembros.

Leo dormida era bellísima. Tenía el rostro girado hacia él, y un brazo estirado por encima de la cabeza. Se inclinó y la besó suavemente en la boca, serpenteando con la mano debajo de las mantas para encontrar su cuerpo, cálido y receptivo.

Sin abrir los ojos, ella bajó el brazo y rodeó a Tom, acercándolo a ella, rodó para ponerse de lado y enrolló una pierna alrededor del muslo de él.

—Hola —murmuró, recorriendo levemente su espalda con la mano, dejándola reposar sobre su cadera.

La mente de Tom se vació de todo menos de Leo, despertándola por completo, despacio, dándole tiempo para que regresara de donde quiera que sus sueños la

hubiesen llevado. Le acarició el pelo, se lo apartó de la cara y la volvió a besar, hundiendo luego la cara en su cuello, buscando su clavícula, un lugar que a ella le encantaba que él tocara, ella gimió suavemente en su oído.

Poco a poco el gemido adoptó un tono diferente, y sintió que los hombros de Leo se ponían rígidos.

—Mierda —murmuró al reconocer el sonido de su móvil vibrando sobre la cómoda—. Lo siento, Leo. No puedo dejarlo pasar.

Tom sintió que los ojos de Leo lo seguían mientras caminaba hacia el mueble, y oyó un gemido de frustración.

—Vuelve a la cama, Tom. No puedes dejarme ahora.

No tenía elección. Pero no era una llamada. Era un mensaje de texto.

Tasha ha estado viviendo con un hombre llamado Rory. Conduce una moto grande, no es una Harley. La llama Shelley. Ollie no está con él. Definitivamente va a suceder mañana, ahora hoy, me imagino. Natasha preguntó por chica muerta, preguntó si era Izzy. No sé nada más. Emma.

Se giró para mirar a Leo, mostrando las palmas de las manos en un gesto de impotencia.

—¿Quién es? —le preguntó Emma.

Tom negó con la cabeza.

—Lo siento, no te lo puedo decir. Pero tengo que irme.

La mueca de fastidio de Leo no duró más de uno o dos segundos.

—Vete —le dijo—, antes de que salga de la cama de un brinco y te atrape.

—Lo siento —volvió a decir Tom, mientras cogía algo de ropa y se dirigió hacia la puerta.

—Y deja de pedir disculpas —añadió Leo como despedida.

Tom cerró la puerta silenciosamente tras de sí e hizo una llamada.

—¿Becky? Perdona. En mi oficina, en media hora. Por favor, avisa al resto del equipo también si puedes. Necesitamos trabajar deprisa.

Día cinco

El otro lado de la cama se hundió un poco cuando Emma se fue dando cuenta de que la luz del sol entraba inundando la habitación a través de las cortinas abiertas. El sopor de la madrugada se escapó dejando paso al horror de ayer, que le recorrió las venas y la hizo sentarse abruptamente. Las horas pasadas no habían hecho amainar el dolor que le recorría las venas.

Ollie. Te echo de menos, tesoro.

David estaba sentado en el borde de la cama, y se fijó en que había una taza de té en su mesilla de noche; su superficie moteada le indicaba que estaba frío.

—Así que conseguiste dormir al final —dijo David.

Era verdad. No podía creerse que después de todo lo que había ocurrido hubiera dormido. A lo mejor saber que Ollie no iba a volver a casa pronto la había liberado de la carga de esperarlo durante el suficiente tiempo como para conseguir unas pocas horas de sueño inquieto. Pero ahora el niño llenaba de nuevo su mente y su corazón.

Ollie.

El cuerpo entero de Emma ansiaba el tacto de su piel suave, el sonido de sus gritos y de su risa, su aroma cálido y lechoso después del último biberón del día. ¿Cómo podía dolerle tanto una herida que no estaba infligida por ningún ataque físico? ¿Cómo podía una aflicción emocional convertirse en aquel agónico vacío? Podía tocar las partes de sí que le dolían, pero no conocía analgésico alguno que aliviara ese dolor.

No tenía que decirle nada de todo aquello a David. Sabía que él también lo estaría sintiendo. Eso y muchas cosas más.

—No tenía intención de dormir tanto rato, pero a las cuatro y media seguía despierta y luego me imagino que el agotamiento pudo conmigo. ¿Tú cómo estás?

—Bastante hecho mierda, como me imagino que estarás tú también. Debo de haberme despertado cuando te dormiste tú. Me despertaron tus pies. Eran como bloques de hielo, debes de haberlos tenido fuera de las mantas o algo así. Después de eso ya no pude volverme a dormir; pensé que te molestaría dando vueltas en la cama, así que me fui abajo.

Emma recordaba llegar a la cama, todavía tiritando, todo su cuerpo reaccionando no solo al frío, sino también a la desoladora advertencia de Natasha. Ansiaba

desesperadamente contarle a David lo ocurrido, de lo que se había enterado y cómo se había pasado a hurtadillas al cuarto de Ollie para mandarle un mensaje a Tom antes de acostarse, pero de repente se acordó de lo que Tom le había dicho. Tenían un micrófono en el dormitorio, y cualquier cosa que dijera sería escuchada por alguien en algún lugar.

Emma retiró las mantas.

—Me voy a dar un baño. Necesito aclararme la cabeza. ¿Te vienes a hablar conmigo?

—Iré a prepararte un té y te lo llevo.

Se inclinó hacia ella y se envolvieron el uno al otro en un fuerte abrazo. Una fracción del dolor se desvaneció del cuerpo de Emma, solo para regresar nada más soltarse.

El agua de la bañera estaba hirviendo, pero Emma agradecía la sensación de escozor sobre la piel. Pensó en esa gente profundamente religiosa que se dedicaba a la autoflagelación, una actividad que siempre le había parecido estúpida. Casi era capaz de comprenderlo ahora: a lo mejor el dolor físico ayudaba a aliviar algún dolor emocional interno que nadie más podía comprender.

Se abrió la puerta de un suave empujón.

—Por Dios, esto es como un baño turco. ¿Puedo abrir la ventana, Em? Ni te veo por el vaho.

—No, por favor, no lo hagas. Perdona. Si tienes demasiado calor, quítate el jersey o algo.

Emma no sabía si el sonido de sus voces saldría por la ventana, pero no estaba dispuesta a arriesgarse.

—Entonces dejaré la puerta abierta.

—No, por favor, ciérrala. Por si acaso Tasha entra y nos oye.

Estaba segura de que eso no iba a ocurrir, pero sus voces podrían llegar al micro del dormitorio.

En su cabeza, tenía cien cosas de las que hablar con David. Pero no estaba segura de que él fuera capaz de asumir el hecho de que ella hubiera involucrado a la policía. No merecía la pena correr el riesgo de contárselo.

—Escucha, David, ya sé lo mucho que deseas proteger a Tasha. Es tu hija y la quieres. Lo comprendo totalmente. Haga lo que haga, tu amor por ella es incondicional y no ha menguado. Pero ayer me di cuenta de que cuando le hablé de lo mucho que Ollie la quiere, cuando la sometí a presión, ella vaciló. Solo un poco, pero vaciló. Voy a trabajármela desde ese ángulo.

—¿Trabajártela? Dios santo, Emma, eso, desde cierto punto de vista, suena muy cruel. Haces que parezca una criminal experimentada.

Emma resistió la tentación de mencionar correos de droga o bebés raptados.

—Los dos queremos lo mismo —le dijo en un tono tranquilo que escondía su agitación interior—. Nos dijo ayer que lo que sea que quieren va a ocurrir hoy. Necesito bajar las defensas de Tasha de alguna manera, y no quiero que tú reacciones.

—¿Estás segura de que esa es la mejor estrategia? Todavía no sabemos lo que ellos quieren, y si alteramos demasiado a Tasha, ¿no correremos el riesgo de que todo esto vaya horriblemente mal?

Emma frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso no está claro que lo único que quieren de nosotros es dinero?

—Lo dudo. No estoy seguro de que eso tenga mucho sentido —respondió David—. ¿Por qué llevarse a un hijo nuestro? No somos ricos ni famosos. Tiene que haber por ahí opciones mejores que nosotros.

—¿Y entonces qué demonios quieren? —Emma se hundió más en la bañera, helada de repente por la idea de que el dinero de Tom pudiera no ser la solución en la que ella confiaba. Observó la cara de David y no pudo obviar la idea de que él le ocultaba algo.

—A lo mejor quieren obligarnos a hacer algo. Algo de naturaleza criminal.

¿Cómo? ¿Qué podía querer decir? ¿Y si querían que David colocara una bomba que matara a tres mil personas, o que entrara en un banco y disparara contra mujeres y niños inocentes, o también contra hombres, qué más daba? ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Le pondría una pistola a un niño en la cabeza si se lo pedían, para salvar a Ollie?

Emma rompió a llorar y David se acercó y la abrazó, apretándola contra sí, sin importarle que se le estuviera empapando la camisa con el agua caliente.

—Está bien, Em. Puedo hacerlo. Sé que puedo. Pero si tú te sientes mejor intentando poner a Tasha de nuestro lado, te apoyaré.

Emma se agarró a David con fuerza. Necesitaba sentir sus brazos en torno a ella. No quería soltar todo lo que siempre habían tenido juntos, pero, por cerca que su cuerpo se encontrara, Emma podía sentir que entre los dos estaba creciendo un muro. Era como si David ya supiera lo que aquella gente le iba a pedir, y estaba más convencida que nunca de que había algo que él no le estaba contando.

La madrugada había cosechado resultados inesperados para el equipo de Tom. A las cuatro de la mañana todo el mundo había sido informado y habían acordado un plan.

El nombre de Rory había sido clave, especialmente porque iba asociado a una moto. Por desesperado que estuviera Tom por comprobar la base de datos policial para ver si alguien con ese nombre tenía antecedentes criminales, tenía recelos de meter cualquier dato en un ordenador. Si alguien de dentro de la comisaría trabajaba para aquella banda, una búsqueda del nombre Rory podría alertarlo. No podía arriesgarse.

Becky y él habían llegado a la conclusión de que necesitaban a alguien de la Unidad de Crimen Organizado, alguien con experiencia en drogas y traficantes. El comportamiento de Natasha en el tren y las sospechas de su implicación en la distribución de drogas eran el único vínculo que tenían con una banda criminal, así que Philippa había recomendado a un colega de su época como inspectora de policía, el detective Andy Hughes. Llevaba un par de años trabajando como infiltrado y acababa de volver al trabajo algo menos peligroso de detective normal. Sin barba, con el pelo rapado al uno, el cuerpo cincelado después de horas de gimnasio, resultaba irreconocible. O al menos eso era lo que él esperaba, obviamente. Solo las profundidades de sus ojos marrón oscuro dejaban traslucir alguna pista de las presiones del trabajo que había llevado a cabo durante tantos años.

Su implicación en el equipo enseguida dio sus frutos, en cuanto Tom describió a la persona que Emma había visto con Natasha.

—Creo que sé de quién se trata, señor —dijo Andy—. Estoy casi seguro de que es Rory Slater, de la zona de Cadishead. Vive en una casa grande y destartada, de la época victoriana, con su mujer, que se llama Donna, y una caterva de críos. Es un pez pequeño, solo se dedica a la distribución. No era uno de mis objetivos, pero sabía quién era. Rory estaba claramente cagado de miedo con quien manejaba los hilos. Esta banda es de las duras, siento mucho decíroslo.

—¿Cómo crees que terminó haciéndose con Natasha, entonces? —preguntó Becky.

Andy sacudió la cabeza.

—No lo sé. Yo diría que la encontró algún matado y pensó que podría resultar útil. A lo mejor creyó que su cabeza tenía un precio o algo así, y que él podría cobrarlo. Cuando vio que no lo tenía, se vio cargando con ella. A no ser que seas un completo imbécil no vas a intentar extorsionar a un padre cuando está rodeado de

policía, como hubiera estado David Joseph en aquel momento. Y hay tantos niños en casa de Rory que nadie se daría cuenta de que había uno más. La mitad de ellos ni se preocupan de algo tan prosaico como ir al colegio. Estoy seguro de que les encuentran otras ocupaciones.

Habían sentido que aquel era un gran hallazgo, pero resultaba decepcionante, aunque no sorprendente, descubrir que Rory Slater estaba al final de la cadena alimenticia dentro de la banda.

Según Emma, Rory decía que no tenía a Ollie. Pero Tom estaba desesperado por entrar en aquella casa. Tenía que estar completamente seguro de que Ollie no estaba allí, pero al mismo tiempo no podía arriesgarse a alertar a la banda organizando una redada a gran escala. Se necesitaba un acercamiento más sutil.

Iban a poner a los Slater bajo vigilancia, y Becky se dispuso a preparar la operación.

—¿Existe alguna posibilidad, Andy, de que Slater te reconociera si entraras como policía, investigando alguna cosa que tuviera que ver con alguno de los chavales? —le preguntó Tom.

—No. Ni mi madre ni mi padre me reconocían cuando estaba de infiltrado. Usaba lentillas para cambiarme el color de los ojos, de forma que haría falta alguien con un poco más de cerebro que Rory Slater, que en realidad nunca me conoció, para identificarme con el borrachuzo que coincidió un par de veces con él en el *pub*. Y nunca me oyó hablar.

—De acuerdo, organizaremos la vigilancia, pero me gustaría hacerme una idea de lo que sucede en esa casa, y necesitamos saber si Ollie está allí. Eso sin duda facilitaría las cosas. Te vamos a poner un micro, Andy, y así podremos oír lo que se dice. ¿Te parece bien?

Andy se encogió de hombros despreocupadamente y Tom supo que un encargo como ese no significaba gran cosa para él.

El equipo de vigilancia tenía identificada una hilera de tiendas frente a la casa de los Slater desde donde iban y venían furgonetas a lo largo de todo el día, así que el vehículo policial camuflado no llamaría la atención en absoluto, y para las diez de la mañana todo estaba preparado. Entonces el jardín amplio y salpicado de juguetes de la casa de Rory Slater en Cadishead estaba lleno de críos.

Desde la furgoneta, Tom observó a Andy abriendo la verja de madera que colgaba de sus goznes. Un par de niños lo miraban con curiosidad, pero había otros tres pasando de él.

—¿Está tu madre, hijo? —preguntó Andy a uno de los niños. Tom lo oía con claridad.

El niño gruñó en respuesta, sin comprometerse a nada.

—¿Tu padre?

—No, debe de andar en la casa de apuestas. No lo veremos hasta la hora de cena.

—Esa voz sonaba más joven. Y Tom vio que Andy se agachaba para estar a la altura

de uno de los niños. Se sacó una fotografía del bolsillo interior. Era una foto del chaval del tren.

—¿Este es uno de tus hermanos? —preguntó, manteniendo la voz tranquila y amistosa.

—Nunca lo he visto —fue la respuesta. Incluso desde la furgoneta Tom podía ver que el niño ni había mirado la foto. Parecía que a esos chavales se les enseñaba a mentir desde pequeños.

Una niña de unos nueve años vino dando zancadas y se paró en seco, con las manos en las caderas.

—Seas quien seas, pírate.

Andy le habló tranquilamente.

—Sé buena y ve a decirle a tu madre que quiero verla, ¿de acuerdo?

—No. No le gustan las malas noticias. Además ¿tú quién eres?

—Soy D. Hughes. —Habían acordado que no le daría importancia a su rango. No era probable que quisieran comprobar su placa.

—Ya, D. de me descojono —murmuró la niña riendo ante lo que le pareció un chiste original. Se giró y volvió a meterse en la casa, y Andy la siguió. Ya no lo podían ver, pero podían oír cada palabra.

—Bonita pancarta, chicos. Bienvenida a casa, Shell.

Se oía estrépito de fondo.

—Tranquilo, chaval, no queremos que te caigas de esa escalera.

Se oyó un gruñido de fondo y algo que sonó a «vete a la mierda», pero Tom no podía estar seguro.

—Qué mensaje tan chulo de bienvenida —dijo Andy—. ¿Quién es Shell?

—Es nuestra hermana. —La voz era de una niña pequeña.

—Cállate, idiota —rugió una voz más mayor—. Y tú, pírate ya. No deberías estar aquí sin una orden de registro.

Andy se guardó de responder, pero Tom pudo visualizar su expresión de leve desdén. Según su experiencia siempre era mejor tratar a los niños con desprecio cuando te intentaban sacar de tus casillas. La mayoría no tenían la suficiente confianza en sí mismos como para seguirte insultando si pensaban que te estabas burlando de ellos.

—¿Para quién es la vela? —preguntó Andy.

—¿De qué va todo este ruido? —La voz venía de algún lugar más allá y era bastante débil, creciendo en volumen a medida que la hablante se acercaba a Andy. Nadie contestó.

—¿Señora Slater? —preguntó Andy. Se oyó el sonido de un bebé llorando y los oyentes de la furgoneta se quedaron paralizados durante un momento—. Qué mona. ¿Cuántos tiene, unos ocho meses?

Chico listo, pensó Tom.

—Tiene nueve, aunque no es asunto tuyo —murmuró la mujer, con una voz cuyas

notas agresivas traspasaban incluso los pitidos de demasiados años dándole al cigarrillo.

—Si has venido por lo de los niños y el colegio, ya te puedes estar marchando. Hago lo que puedo, pero son doce y no tengo coche. A veces vamos andando, pero no voy muy bien de las piernas, así que tú dime lo que se supone que tengo que hacer, ¿quieres?

—Doce críos. Es un buen puñado —comentó Andy en tono de conversación normal—. ¿Son todos suyos?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada. Me preguntaba si tenía alguno en acogida, eso es todo.

—Algunos son hijos de mi hermana. A ella no le gustan mucho, así que se han venido a vivir conmigo.

Tom apuntó la necesidad de comprobar la identidad de la hermana de Donna Slater en cuanto Andy hubiera salido de la casa.

—¿Entonces qué quieres? Mi Rory volverá pronto, y a él vosotros no le gustáis demasiado, así que ya te puedes ir dando el piro.

—Tengo una sola pregunta, señora Slater —dijo Andy—. ¿Conoce a este chaval? Se hizo una breve pausa.

—Mire la foto, señora Slater —dijo—. Lo digo en serio: mírela como es debido.

—No lo reconozco —fue la única respuesta que dio después de apenas dos segundos, a los que siguió un breve ataque de tos.

No se oía ni un ruido en el salón de los Slater. Era como si los niños se hubiesen ido, o tal vez todos los niños estuvieran conteniendo el aliento para ver qué decía Donna Slater. De repente volvió a llenarse de ruido, como si hubieran apretado un botón, y Tom adivinó que se había producido una comunicación silenciosa entre la mujer y los niños.

—Gracias por su tiempo, señora Slater. Espero que tenga un feliz reencuentro con su hija cuando regrese.

—¿Cómo coño sabes eso? —fue la airada respuesta.

—Llámelo intuición, señora Slater. O quizá tenga que ver con la puta pancarta gigante que tiene colgada de la pared.

Unos minutos más tarde Tom observaba a Andy intentando abrir la verja de madera y avanzando hacia ellos. Mientras caminaba empezó a hablar.

—Al chaval lo conocen. No hay ninguna duda. Si tienes razón y ellos conocen a Natasha por el nombre de Shelley, entonces definitivamente la esperan de vuelta en casa esta noche o mañana. Yo diría que el chaval que os interesa, el del tren, estaba en su dormitorio. Vi a uno de los niños pequeños subir corriendo las escaleras ante una señal de cabeza de otro mayor, imagino que a decirle que se escondiera. Tampoco yo tenía derecho a ponerme a rebuscar. Pero no creo que el bebé estuviera allí. Los

chavales no están muy limpios, pero tampoco puede decirse que estén famélicos. No son especímenes rebosantes de salud, ya sabes, más grisáceos que rosados y relucientes, pero no estaban demasiado flacos y no vi moratones. Y todos llevaban jersey, porque en la casa hace un frío de cojones.

Andy pasó por delante de la furgoneta sin aminorar el paso ni mirarla.

—Los chavales saben lo que se hace. Ni uno de ellos miró la foto, probablemente les hayan enseñado a hacerlo así porque son demasiado pequeños para saber dominar sus emociones. Me dio la sensación de que los niños hacen piña, pero cuando oyeron que Donna bajaba las escaleras, todos se pusieron a hacer algo, como si estuvieran muy ocupados. Un par de ellos se dieron el piro. Pero ni rastro de Rory. Echaré un ojo en la casa de apuestas, a ver si anda por allí. Ya os contaré si está. Y otra cosa. Tenían una vela encendida y una foto de una niña apoyada detrás. Una niña rubia, parecía tener unos doce años. Os veo luego.

Tom dejó pasar cinco minutos y luego salió de la furgoneta, dejando al equipo de vigilancia hacer su trabajo. Necesitaba comprobar cuántos niños debería haber en esa casa, si Donna Slater tenía una hermana y, en caso de tenerla, si faltaba alguno de sus hijos.

Al otro lado de la calle, frente a la casa de los Slater, había dos hombres sentados en un sórdido pisito ubicado encima de una peluquería cutre. Los gritos agudos y persistentes de las señoras intentando hacerse oír por encima del rugido de los secadores subían desde la planta inferior, y solo la música que atronaba desde los altavoces colocados justo debajo de los tablones del suelo de la habitación de la primera planta conseguía enmascararlos parcialmente.

—Santo Dios, esta música me está taladrando la cabeza —dijo uno de los hombres—. Si tengo que escuchar un tema más de la jodida Adele, bajo y desenchufo personalmente el aparato que esté emitiendo esa puta música y lo pisoteo.

El otro tipo rio.

—Bueno, algo significa que reconozcas su música, Jim. No estoy seguro de que yo lo admitiera si fuera tú.

—Es la favorita de mi señora. En casa no me queda más remedio, pero no pensaba que tuviera que soportar ese ruido por el día también. Di que tal vez sea mejor que el ruido que hacen esas cotorras. Bla, bla, bla, no paran. ¿De dónde coño sacan tantos temas de los que hablar?

La pregunta quedó colgada sin respuesta en el aire húmedo de la triste habitación en la que se encontraban. El papel de gotelé sucio y amarillento de las paredes se estaba despegando del yeso, y la decoloración se veía intensificada por la cantidad de cigarrillos que los dos hombres se habían fumado en la semana más o menos que llevaban ahí sentados. Había un viejo sofá marrón pegado a una pared, y el relleno se salía por los reposabrazos. Una mesa de naipes plegable y un par de sillas de madera

tenían aspecto de haber sido construidas al mismo tiempo que la hilera de tiendas de la calle. Como habitación, debía de ser una de las más deprimentes que cualquiera de aquellos hombres hubieran visto en bastante tiempo.

A los dos hombres no les importaba la ausencia de elementos que aportasen comodidad, sin embargo. Habían traído sus propias sillas. Ahora mismo ambos se hallaban en máxima alerta, un estado que Jim atribuía a los acres vapores de la laca barata que parecían permear el cuarto. Estaba seguro de que aquello lo estaba colocando, pero en ese momento tenía otras cosas en la cabeza.

—¿Ese quién coño es? —preguntó, atisbando por los binoculares que había montados sobre un soporte. Con una mano apretó el gatillo de seguridad de una cámara colocada sobre un trípode. No necesitaba comprobar el visor, el teleobjetivo estaba enfocado permanentemente sobre la casa de enfrente.

—No lo sé, pero me interesa más esa furgoneta aparcada fuera de la carnicería halal. Lleva ahí cuarenta y cinco minutos, y nadie ha entrado ni salido de ella, tampoco han repartido nada. Por su posición, diría que es de vigilancia. Y diría además que vigila a los Slater.

—De puta madre. Si eso es así, ¿qué hace ese otro idiota entrando ahí directamente? Menudo hijo de puta más imbécil: lo va a joder todo si no tiene cuidado.

Jim se alejó de la ventana y las ruedas de su silla lo impulsaron hasta la mesa que tenía detrás. Agarró un paquete de cigarrillos y volvió sobre ruedas a la ventana.

Observaron durante unos minutos más hasta que el hombre salió de la casa y se fue andando por la calle.

—Ni ha mirado a la furgoneta, y está hablando. Lleva un micro. Dale un minuto o dos.

Esperaron. Finalmente la puerta de la furgoneta que estaba del lado opuesto a la casa de los Slater se abrió y de ella salió un hombre alto con vaqueros oscuros y chaqueta negra.

—¿Ese quién es?

—Dios santo. Es Tom Douglas. Es inspector jefe en el equipo de Delitos Graves. ¿Qué demonios está haciendo aquí?

Jim musitó una retahíla de maldiciones.

—Tenemos que detenerlos antes de que todo se joda. Mierda. Lo que nos faltaba. El hombre cogió el teléfono y marcó un número.

La mesa estaba cubierta con los restos de tres desayunos sin comer, y en la habitación había un tentador olor al beicon que seguía intacto sobre los platos. Cocinar era una actividad que Emma sentía que podía hacer para que su cuerpo estuviera ocupado mientras su mente daba vueltas y más vueltas. Quedarse sentada nunca había sido algo que a ella le resultara fácil, y en el pasado cualquier problema había acabado siempre en explosiones de energía. Pero no era solo eso. A diferencia de David, ella era consciente de que la conversación que mantenían en la cocina estaba siendo escuchada, y por decidida que estuviera a trabajarse a Natasha, la niña no iba a ablandarse mientras supiese que la iban a oír. Tampoco podía arrastrarla y meterla en el cuarto de baño.

Se levantó de la silla de pronto y empezó a recoger los platos.

—Ya lo hago yo, Em —dijo David—. Siento que no le hayamos hecho justicia a tu desayuno. Creo que si intento tragar algo sólido me ahogará.

—Me pregunto qué le habrán dado a Ollie para desayunar. —Fue todo lo que dijo—. Espero que comprendan lo que les gusta comer a los niños de su edad. ¿Tú qué crees, Natasha? ¿O le estarán dado cacahuets salados, o uvas enteras con pipa? —Miró a su hijastra, que esta mañana estaba pálida, esperando una respuesta. La niña tenía carácter, eso había que admitirlo: Natasha devolvió a Emma una mirada desafiante.

Emma golpeó la encimera con los platos con tanta fuerza que le sorprendió que no se quebraran. Se giró y se apoyó contra el poyo, cruzándose de brazos.

—Bueno —dijo con tanta bravuconería como fue capaz—. Nos vamos de paseo. Los tres. Coged vuestros abrigos.

—¿Qué? —Una respuesta de Natasha, por fin—. Yo no voy a ninguna parte. No eres mi madre. No puedes decirme lo que tengo que hacer.

Dicho con mucha valentía, Natasha, pensó Emma.

—Te equivocas, Natasha. Yo soy la adulta, y tú eres la niña. Puede que seas capaz de hacer algunas cosas terribles que yo no me rebajaría a hacer ni en mis sueños más salvajes... —Emma hizo caso omiso del gesto de horror de David—, pero no impedirás que yo me vaya de paseo, y tu padre viene conmigo. Si quieres espiarnos será mejor que vengas tú también, o podríamos escaparnos, ir a la ciudad y avisar a la policía.

—Em, ¿qué pasa si alguien nos llama? —preguntó David, claramente intentando entender a qué estaba jugando.

—No va a llamar nadie, ¿a que no? Llamarán a Natasha a ese móvil que nunca abandona su mano. El que imagino que entró de contrabando en casa en el bolsillo de mi forro polar.

Sin esperar respuesta Emma se marchó al recibidor y regresó con tres chaquetas polares de distintas tallas. Vio a Natasha mirando de soslayo a la roja que arrojó en su dirección.

—Póntela. Ahí fuera hace frío, y cuando necesitabas bolsillos profundos bastante pocos ascos que le hiciste, ¿verdad? Necesitamos movernos, para recuperar energía. Venga, los dos.

Emma abrió la puerta que daba al porche trasero, metió los pies en un par de botas de agua verdes y se lanzó sendero abajo, sabiendo que David la seguiría.

Esperó donde el sendero se unía al camino y, en efecto, un par de minutos después David y su hija aparecieron con paso pesado doblando la esquina, con aspecto de excursionistas reticentes de caminata dominical.

Giró sobre sus talones y echó a andar. Quería que estuvieran bien lejos de casa antes de empezar con Natasha. Los esperó al principio de un sendero que llevaba por los campos hasta un viejo camino de herradura por el que había paseado unas cuantas veces. Natasha y David la alcanzaron y los condujo por el camino.

—Solía traer a Ollie aquí cuando era muy pequeñito —dijo tranquilamente—. Solía colocarlo en una especie de mochila pero desde la que él miraba hacia el frente, para ver lo que pasaba. Le encantaba. Apuesto a que tu madre también te traía aquí cuando eras un bebé. ¿No me contaste tú eso, David? ¿Que a Caroline le encantaba dar paseos con Tasha cuando era pequeñita?

Tras una breve pausa David pareció darse cuenta de lo que estaba intentando hacer.

—Solíamos ir todos juntos los fines de semana. ¿Te acuerdas, Tasha? Y cuando tuviste tu primera bici insististe en que eras capaz de ir montada todo el camino. Te dijimos que el sendero era demasiado irregular para una bici, especialmente con ruedines, pero a ti te daba todo lo mismo, así que te tuve que empujar. Estuve semanas con dolor de espalda.

David miró a Natasha y sonrió, para mostrar que en sus palabras no había resentimiento.

—¿Te acuerdas bien de tu madre? —preguntó Emma, como si esta fuera la más normal de las familias, dando un paseo—. Ya te dije el otro día que yo la conocí, y pude ver lo mucho que tu padre la quería.

Emma no tenía ningún conocimiento de psicología infantil, pero sentía que cuanto más jugara con toda aquella idea de mamá y papá, más podría sentir Natasha una sensación de pertenencia y de compromiso con Ollie.

—Pero luego perdí el contacto con ellos cuando me fui a Australia —prosiguió—. Entonces mi exnovio murió. Eso no te lo conté, ¿verdad? Fue un desastre. Es horrible cuando se muere alguien a quien quieres, ¿verdad? Tienes que haberte sentido fatal

cuando murió tu madre. ¿Recuerdas el accidente?

El rostro de Natasha se había puesto tenso. Después de todo no era más que una niña. Una niña que había perdido a su madre en un horrible accidente y luego había sido criada por ese hombre repugnante, el tal Rory. A pesar de todo, Emma quería abrazarla. Y eso hizo.

Solo duró un segundo, pero sintió que Tasha se inclinaba para recostarse sobre ella, luego la empujaba lejos de sí y echaba a andar delante de ellos. Emma le dio un minuto y luego aceleró también, hasta que estuvo caminando a la misma altura que Natasha, con David ligeramente más atrás en el camino que se estrechaba.

—Cuando conocí a tu padre un año después de tu desaparición, era una ruina total. Echaba muchísimo de menos a tu madre, pero sobre todo te echaba de menos a ti. Durante dos años era lo único de lo que hablaba. No sabía lo que le había ocurrido a su niñita, se culpaba por no haber ido con vosotras aquella noche. El coche de tu madre derrapó, ella murió y tú desapareciste. Según tu padre, ella no era una gran conductora. Quizá perdió el control, ¿quizá fue porque tú estabas hablando con ella? ¿Se giró para mirarte y se salió de la carretera? ¿Fue eso lo que pasó, Tasha? Como ella te quería tanto, si la hubieras necesitado ella se hubiera girado, estoy segura. ¿Es por esto por lo que eres así, porque crees que fuiste tú la que provocó el accidente?

Natasha murmuró algo.

—¿Qué has dicho? —preguntó Emma.

La niña levantó una cara llena de tensión.

—No fui yo —gritó—. No fue culpa mía. —Se dio media vuelta y miró fijamente a David—. Dile que no fue culpa mía.

Por un segundo los tres se quedaron de pie inmóviles, Natasha y David con las miradas clavadas el uno y el otro, Emma observando la cara demacrada de David, en la que un nervio temblaba encima de su ceja izquierda. Tenía que romper la tensión.

—No fue culpa de nadie, Tasha. Solo intentaba comprender lo que ocurrió, cómo perdió tu madre el control del coche.

Emma alargó una mano para tocar a Natasha, pero esta se apartó. Dándole la espalda a su padre y alejándose todo lo posible de ambos, siguió caminando, con la cabeza gacha.

Emma sintió que no estaba llegando a ninguna parte. ¿Tenía que haber algo más que pudiera decir o hacer para comunicarse con Natasha? Estaba tan concentrada en buscar las palabras adecuadas que casi se lo perdió cuando la niña volvió a hablar.

—Fue culpa del hombre. Del hombre del teléfono.

Emma siguió andando, sin querer hacer nada que pudiera hacer que Natasha parara de hablar.

—Había un coche atravesado en la carretera, y mamá iba a parar. Entonces le sonó el teléfono. No pensé que fuera a cogerlo, pero lo hizo. De repente aceleró. La oí gritar al teléfono «¿Por qué no puedo parar? ¿Qué está pasando?». Luego el coche se volvió loco, empezó a dar vueltas por la carretera. Ella gritó pidiendo ayuda, le

gritó al hombre del teléfono, pero era demasiado tarde.

—¿Qué gritaba, Tasha? ¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. Me acuerdo de todo. No era un bebé, y no es el tipo de noche que se olvida fácilmente.

—¿Entonces qué fue lo que gritó?

—Solo un nombre. No sé lo que le dijo, pero ella gritó su nombre.

Emma esperó.

—Iba a parar. Si hubiera parado, no se habría muerto, ¿a que no? Pero el hombre del teléfono la asustó. Tiró el teléfono y fue superdeprisa, rodeando el coche que estaba en mitad de la carretera. Luego le gritó, pero era demasiado tarde. Fue toda culpa suya.

—¿Te acuerdas de lo que gritaba?

David se había puesto blanco.

—Claro que sí. Era un nombre, de alguien a quien no conocía, pero lo odio. Jack. Eso fue lo que gritaba. Jack.

El reducido equipo estaba sentado en el despacho de Tom, en medio de un ambiente cargado por el olor rancio de demasiados cuerpos sudorosos y demasiadas tazas de café a medio beber depositadas en cualquier superficie disponible. No habían encontrado a Rory Slater en la casa de apuestas, pero finalmente lo habían localizado y le habían puesto una sombra con la esperanza de que se pusiera en contacto con sus jefes. Su teléfono fijo estaba pinchado, pero no les estaba llegando ninguna señal de móvil proveniente de la casa. Así que por el momento lo único que podían hacer era observar y esperar.

Habían repasado todos los colegas conocidos de Slater, pero esa línea de investigación les había revelado muy poca cosa. Como decía Becky, los que habían encontrado no eran más que escoria común y corriente, pero nadie capaz de ingeniar aquello, fuera «aquello» lo que fuera.

Becky tenía la nariz pegada a la pantalla del ordenador y Tom se dio cuenta de que se había frotado los ojos cansados un par de veces. Sabía por experiencia que no había nada peor que mirar fijamente una pantalla cuando apenas habías dormido nada.

—La tengo —susurró, más para sí misma que para nadie más. A pesar de lo bajito que habló, los que quedaban en la sala se giraron hacia ella.

—Donna Slater tiene una hermana, Silvia Briggs. Dos hijas, un hijo. Una de las hijas tiene trece años y se llama Isabella. Creo que necesito hacerle una visita a la señora Briggs.

—Buen trabajo, Becky. —Tom echó una ojeada al resto de la sala—. Todos sabemos lo que está en juego aquí, así que vamos a ello. Y recordad, aunque me gustaría pensar que nadie de esta división podría estar cobrando de una banda de crimen organizado, cuando la vida de un bebé está en peligro no debemos asumir nada.

El despacho de Tom se quedó vacío y él apoyó los codos en la mesa y la barbilla en las manos. Lo que deseaba más que ninguna otra cosa era arrastrar a Rory Slater a una sala de interrogatorios y hacerle el tercer grado hasta que admitiera dónde tenían retenido a Ollie. Pero pensaba que Rory no lo sabría. Le habrían entregado el bebé a un intermediario. Rory sería parte de una pequeña célula en una organización mayor.

Tom volvió a su ordenador para comprobar el correo electrónico. Ahí no habría nada sobre Ollie Joseph, claro, pero tenía otros casos en los que pensar. Y aún debía devolver la llamada al banco suizo. Por el momento no había ninguna acción concreta

que pudiera hacer para ayudar a Ollie, y Becky tenía bastante controlado el triste caso de la niña muerta.

Hizo una pausa. Era sábado, pero entonces recordó el mensaje (llámame en cualquier momento) y sospechaba que para clientes privados con fondos suficientes el banco podría ofrecer acceso siete días a la semana.

Comprobó en su móvil el número al que había llamado la última vez y pulsó el botón de llamada.

—Buenos días. Me llamo Tom Douglas. ¿Podría hablar con el señor Charteris, por favor? —Tom esperó unos instantes mientras le pasaban.

—Señor Douglas, muy buenos días. ¿Le importa que pasemos unos controles de seguridad, por favor?

Tom esperaba poder recordar la «palabra memorable» que había enviado para poder escoger la letra tercera y la octava.

—De acuerdo, señor Douglas. Gracias por devolvernos la llamada. Como le comenté en mi mensaje, cuando se abrió la cuenta se ofrecieron los datos de un beneficiario por si se daba la circunstancia de la muerte de su hermano, y efectivamente es su nombre el que figura en la documentación. Claro que si nadie sabía que nosotros teníamos una cuenta es comprensible que no se nos informara del fallecimiento del titular. Siento mucho su pérdida.

—Gracias. ¿Decía usted que había unas irregularidades en la cuenta que me quería comentar?

—Sí. ¿Cree usted que su hermano podría haberle dado los datos de esta cuenta a alguien más aparte de usted?

Tom pensó un momento. Emma sería la más probable, pero se lo habría mencionado cuando intentó darle aquel dinero hacía tantos años. Melissa era otra opción. Llevaba unos seis meses viviendo con Jack antes de su muerte, y había movido cielo y tierra para reclamar la propiedad de parte del legado de Jack pues decía que «se lo debía». Pero si hubiera tenido acceso a estos cuatro millones, Tom no estaba seguro de que hubiera seguido intentando conseguir el resto del dinero de Jack. No tenía ni idea de dónde andaba ahora. Nunca le había dado sus datos de contacto ni la había visto en persona desde la muerte de Jack. Todas las gestiones se hacían a través de su abogado, un hombre con un traje demasiado elegante para el trabajo que estaba haciendo y de quien Tom no se fiaba ni un pelo.

—No se me ocurre nadie. ¿Por qué lo pregunta?

—Bueno, siento decirle que la cuenta está cerrada. La cantidad fue retirada hace unos meses, en septiembre para ser exactos, y transferida a una cuenta en las islas Caimán. Claro que, en estas circunstancias, puedo proporcionarle los detalles de la transferencia, pero dudo que eso le sirva de nada.

Mierda. Otro sistema bancario con legislación favorable al secreto.

Parecía que Tom tenía razón desde el principio. Quien hubiera allanado su casa en el verano debió de robarle el nombre de usuario y la contraseña de la cuenta suiza y la

había vaciado.

Estaba a punto de hacerle más preguntas al señor Charteris cuando sonó la línea telefónica interna. Pidió disculpas y preguntó si podía volverle a llamar, después colgó y respondió la otra llamada.

—Tom Douglas —dijo, con la mente en otra parte, intentando descubrir candidatos a llevarse el dinero de Jack.

—Tom, tenemos que hablar. En mi despacho, en una hora.

—Philippa, ahora mismo estoy un poco liado. ¿No puede esperar, por favor? —pidió. A veces la actitud soberbia de Philippa lo crispaba, aunque la mayor parte del tiempo aceptaba que ella era la jefa. Pero hoy tenía otras preocupaciones mayores que ofender a Philippa.

—No. No puede esperar. He recibido una llamada del jefe de operaciones de Titan. En una hora, por favor.

La llamada se cortó. ¿Qué diablos querría de él la Unidad contra el Crimen Organizado de la Región del Noroeste?

—Mierda —farfulló Tom.

Los únicos sonidos eran el canto de los pájaros, un tractor a lo lejos y el chapoteo de tres pares de botas de agua en un sendero que, de repente, se había convertido en un lodazal. Nadie había abierto la boca desde la sorprendente revelación de Natasha de que su madre había gritado el nombre de Jack, y cada uno de ellos estaba perdido en sus propios pensamientos.

Emma no sabía lo que David estaba pensando, pero podía adivinarlo. ¿Por qué habría pronunciado Caroline el nombre de otro hombre justo cuando estaba sufriendo un accidente de coche? ¿Quién era este Jack? Conforme se lo preguntaba, Emma sintió un escalofrío recorriéndole la espalda. Jack no era un nombre tan común. Pero si se trataba de su Jack, ¿por qué había llamado a Caroline? ¿Qué le había dicho?

Entendía la evidente confusión de David; ella también se sentía perpleja. El accidente de Caroline había ocurrido menos de una semana antes de la muerte de Jack y solo días antes de recibir su nota de suicidio. Aunque ella no la reconoció como tal cuando llegó. Las palabras sugerían más bien que estaba regocijándose en una especie de lástima por sí mismo, y ella se sentía tan disgustada por la manera como la había abandonado hacía tantos meses que la desestimó, considerándola una mera súplica de comprensión por todos los errores que había cometido en su vida. Y ella había decidido que de ella no iba a recibir comprensión alguna. Ya podía silbar.

Y entonces se murió, y ella supo que debería haber hecho algo al recibir aquella nota; haber llamado a Tom, o llamado a Jack para hablar del tema, lo que fuera. Su repugnancia ante cómo la había tratado no significaba que le deseara mal alguno.

Pero lo de Melissa nunca lo había entendido: una mujer que aparecía de la nada y que había compartido con Jack los últimos seis meses de su vida. Hasta ese día, Melissa constituía una pieza del puzle de su relación que se le escapaba. Su suicidio era la otra.

Emma estaba tan absorta en sus propios pensamientos que había perdido momentáneamente de vista lo que importaba aquí y ahora. Echó una mirada a Natasha, cuyos ojos revelaban un rastro de incertidumbre, y Emma sintió un destello de esperanza. Seguía sintiéndose como si alguien le hubiera metido una mano en el pecho y le hubiera arrancado el corazón rompiéndole las costillas, pero había un débil pulso de optimismo rondando el borde de su conciencia.

—¿Estás bien, Em? —preguntó David.

Lo miró, por encima de la cabeza de Natasha, y asintió.

—¿Crees que era mi Jack? —le dijo, conociendo de antemano la respuesta.

—No se me ocurre quién pudo ser si no, pero no tengo ni idea de por qué estaba llamando a Caroline.

—¿Qué relación había entre ellos?

David giró la cabeza.

—¿Qué?

Emma cerró los ojos un momento. Había construido mal la frase y debería haberse dado cuenta de que David solo oiría la palabra «relación».

—Quiero decir que de qué lo conocía ella, y cómo es que lo conocía tan bien como para que él tuviera su móvil.

Algo aplacado, David avanzó unos metros antes de contestar. Si resultaba que Caroline había estado teniendo una aventura con Jack se quedaría destrozado, y ella también.

—Ya sabes que me organizó todo el sistema de seguridad informática en la oficina, ¿no? —añadió tras unos momentos, volviéndose a girar hacia Emma.

—Claro. Así es como os conocí a Caroline y a ti, en aquellas funciones benéficas. Pero nunca pensé que Jack y ella tuvieran confianza como para intercambiar sus números de móvil.

—No, yo tampoco —murmuró David.

—¿Lo conoció primero Caroline, o fuiste tú?

—Fui yo. Fui a un seminario sobre seguridad en internet. Era el conferenciante invitado, y me impresionó. Así que unos meses más tarde, cuando tuve que renovar el sistema de la oficina, lo llamé.

Natasha había seguido andando, cabizbaja, perdida en sus propios pensamientos. Podían dejarla un rato a solas con sus preocupaciones.

—¿Y Caroline? —preguntó Emma, tanteando el terreno.

—Solía pasarse por la oficina un par de veces a la semana, a veces más. Después de que Tasha empezara el colegio, Caroline se sintió un poco perdida. No era de las que se apuntaban a grupos, no sé si me entiendes. No le gustaba ir al gimnasio ni esas cosas, y decía que pasarse el día entero en casa le daba mal rollo. Así que se iba a la ciudad, de tiendas, y luego se venía a la oficina a pasar una hora o así. Jack solía pasarse por allí cada pocos días para comprobar el trabajo que estaba llevando a cabo su equipo, pero eso fue mucho antes del accidente de Caroline. Para cuando ella murió, Jack ya había vendido la empresa y llevábamos meses sin verlo en eventos sociales. Supongo que cuando tú y él lo dejasteis ya no se lo pasaba bien en ellos. Pero no se me ocurre por qué razón tendría el móvil de Caroline.

Emma se quedó pensando.

—Si tuviera que apostar algo, diría que mientras estuvo trabajando para ti aprovechó para conseguir todos vuestros móviles. Acaparaba información. «Los datos son poder», solía decir. Así que no me sorprende que tuviera su número. Me sorprende más que la policía no fuera capaz de rastrear la llamada y dar con él.

—Sabían que había respondido a una llamada justo antes del accidente, pero me

dijeron que era de un móvil sin registrar.

Emma sacudió la cabeza. El amor de Jack por el secretismo llegaba a límites ridículos. Durante un rato, mientras hablaba con David sobre Jack, Emma se sintió temporalmente contenta de la distracción, pero no tardó mucho en volver el dolor de vacío en el pecho. Caroline y Jack estaban muertos. Se los había echado de menos, pero el dolor de perderlos no era nada en comparación con el miedo que sentía por Ollie.

Por delante Natasha de repente hundió su mano en el bolsillo de su forro polar y sacó el móvil, y se lo puso junto a la oreja. David y Emma echaron a correr al mismo tiempo.

Se giró hacia ellos, levantando una mano en clara señal de «stop», y se llevó un dedo a los labios.

—Hola, Rory —contestó, mientras se miraba los pies.

Despacio, levantó la cabeza y se quedó mirando a David y a Emma. Sus ojos se abrieron y sus pupilas se dilataron.

—Finn —dijo—. Yo...

Podían oír las notas roncadas de una voz a dos metros de donde estaban, pero no lograban entender las palabras. El tono era de furia helada.

—Finn, no les dije nada. Nunca mencioné a Rory.

David empezó a moverse hacia delante, alargando la mano para quitarle el teléfono a Tasha, pero la niña sacudió la cabeza con violencia.

—Siento no haberle dicho a Rory que me habían visto. Ya sé que tendría que haberlo hecho, así podría haber variado la ruta. Lo siento. Es que pensé que se cabrearía mucho conmigo.

La voz de Tasha se había convertido en poco más que un susurro, y sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—No, Finn, no. Lo prometo, la policía no sabe nada del bebé. No le hagas daño a Ollie, Finn.

Las últimas palabras fueron musitadas, tan bajito que el interlocutor no las habría oído siquiera. Pero salían del corazón.

Tasha escuchó durante unos minutos más, colgó y cayó las rodillas. David la sujetó, ayudándola a sentarse en la orilla derecha de la pista.

—¿Qué, Tasha? ¿Qué pasa? ¿Quién es Finn, qué quería?

Emma apenas podía contener las ganas de sacudir a la niña. Se inclinó hacia delante para agarrarla por los hombros, pero cuando vio sus ojos, negros de miedo, bajó las manos suavemente y le acarició los brazos.

—No sé lo que me harán ahora. Tenías razón. En lo que dijiste anoche. Debería haberle dicho a Rory lo de las cámaras de seguridad. Finn dice que a Rory lo está interrogando la policía.

—Bien —dijo Emma—. Tenía pinta de ser un cabrón. ¿Eso está bien, no?

—¿Qué?

Era evidente que David no tenía ni idea de lo que estaban hablando, pero tanto Emma como Natasha hicieron caso omiso de él. Ahora no era el momento de dar largas explicaciones.

—Por supuesto que no está bien. Ahora ya no se fían de mí. Eso significa que probablemente vaya a morir. Ahora todo podría ir mal, ¿no lo ves? Y todo por mi culpa.

—¿Y qué pasa con Ollie? —preguntó Emma—. ¿Qué significa esto para Ollie? Natasha volvió a negar con la cabeza.

—Lo cambia todo. No saben si es seguro seguir adelante con el trabajo. Si sale mal, estoy muerta. Finn tiene que ver qué dice el jefe. No sé quién es, es como una sombra. Creo que ni Rory sabe quién es.

—¿Cuál es el «trabajo», Tasha? —preguntó Emma—. ¿No podemos darles dinero y ya está, y que nos devuelvan a Ollie? —Pero Tasha no la estaba escuchando.

—Se suponía que todo habría terminado hoy. Vosotros habríais recuperado a Ollie y yo me iría a mi casa.

Hundió la cabeza y las lágrimas se derramaron sin obstáculo hasta las perneras de sus vaqueros.

Emma se agachó en el sendero embarrado.

—Nadie quiere que vayas a ninguna parte, Tasha. Solo queremos que vuelva Ollie. Pero a ti también te queremos. No te vamos a abandonar.

—Oh, sí que lo haréis. Puede que no penséis hacerlo, pero lo haréis.

Emma miró hacia David, cuyo rostro a la débil luz del sol presentaba unas líneas tan profundas que parecía veinte años más viejo. Se giró hacia Natasha y puso las manos sobre los hombros de la chica.

—Eso no va a ocurrir, Tasha. No pensamos dejarte marchar.

Todo el cuerpo de Natasha temblaba por la fuerza de sus lágrimas, y se tapaba los ojos con las manos.

—Claro que lo haréis. Todavía no lo entiendes, ¿verdad? Sé que queréis a Ollie, y sé que nunca me quisisteis a mí. Ni siquiera Rory me quiere a mí. Solo quiere lo que puedo hacer por él.

David se hincó de rodillas en el barro.

—No sé de qué estáis hablando Emma y tú, pero sí sé una cosa. Siempre fuiste muy amada y muy querida, Tasha. Todavía lo eres.

Natasha se separó las manos de los ojos y por un momento su expresión se endureció.

—Eso no es verdad, ¿a que no? Yo era un peón en una partida. Eso es lo que dice Rory. Es lo que he sido siempre: un peón.

La cabeza de Emma daba vueltas con todas las palabras que se habían dicho, pero por ahora lo único por lo que quería preguntar era por Ollie. Miró a David mientras atraía a su hija contra sí. Por un momento Natasha se apoyó en él, pero con un empujón repentino lo volvió a apartar.

—No lo hagas.

David reaccionó como si le hubiesen disparado, con una mezcla de emociones que Emma no supo descifrar distorsionando sus facciones.

—Al menos he hecho una cosa bien —murmuró Tasha—. Por lo menos la policía no sabe lo de Ollie. Entonces sí que estaría muerta de verdad.

—Creo que estás siendo un poco melodramática, cariño —dijo David—. Nadie va a hacerte daño mientras estés con nosotros.

Natasha lo miró.

—Yo hubiera pensado que tú, de entre todas las personas, sabrías que eso no es verdad.

Emma se alejó de los dos. Sea lo que fuera que estuviera pasando entre Natasha y su padre, no estaba contribuyendo a salvar a Ollie, y ahora mismo no tenía energías para discutir sobre ello.

Metió una mano en el bolsillo y sintió el bulto sólido que era su teléfono móvil, el objeto que ella consideraba su salvavidas. Ahora su tacto frío le quemaba los dedos, y no pudo evitar preguntarse si lo único que le ofrecía era una sentencia de muerte, para Natasha, y tal vez también para Ollie.

A Tom aquello le sobraba. Quisiera Titan lo que quisiera estaba seguro de que no era tan importante como encontrar al pequeño Ollie Joseph, y eso Philippa debería saberlo. Por irritado que estuviera, no obstante, no le quedaba más remedio que doblegarse ante sus órdenes. Aunque nunca había querido ascender más allá del rango de inspector jefe porque no le apetecía quedarse más encerrado en un despacho de lo que ya estaba, a veces deseaba tener el poder de decir no cuando le obligaban a hacer algo.

Llamó brevemente en la puerta cerrada del despacho de Philippa y la empujó antes de oír su habitual «Pase», otra fuente de irritación. A veces sonaba como si fuera la reina, y, por muy eficiente que fuera, cuando recibiera su próximo e inevitable ascenso, Tom daba por seguro de que se llenaría tanto de sí misma que ya nadie sería capaz de encontrar a la verdadera Philippa.

Su despacho era un reflejo de su personalidad, o al menos de la personalidad que le gustaba presentar. La habitación no tenía carácter, más allá de unas reproducciones sin mucho sentido colgadas de las paredes, que no comunicaban nada sobre la persona que las había escogido. De hecho, probablemente las hubieran escogido los decoradores. La mesa no tenía nada de desorden, sino una pila de tres bandejas que, a diferencia de las de Tom, no rebosaban por toda la mesa. En otras palabras, sosa, pero preparada para cumplir un objetivo.

Philippa vestía su habitual traje de chaqueta oscura con una deslumbrante blusa blanca, y cada pelo de su recta melenita castaña estaba en su sitio, cayéndole hasta justo debajo de las orejas, como si nunca creciera más ni fuera cortado. Frente a Philippa, de espaldas a la puerta, había un hombre con una chaqueta de raya diplomática que se dio la vuelta para ponerse de pie cuando entró Tom.

Adelantándose a las presentaciones de Philippa, Tom alargó la mano.

—Tom Douglas —se presentó, fijándose en que el hombre de aspecto distinguido que tenía delante daba la mano con firmeza.

—Paul Green —respondió el otro, sentándose e indicando la silla que había a su lado.

Tom se sentó y se giró hacia Philippa.

—¿Qué puedo hacer por vosotros? —preguntó.

—Tom, el señor Green quería hablarte de la posible vigilancia que has colocado sobre uno de los objetivos de Titan, un hombre conocido como... —Philippa echó un vistazo a su bloc de notas—... Rory Slater.

Antes de que Tom tuviese oportunidad de hablar, Green se giró hacia él.

—Déjame que te explique, Tom; ¿puedo llamarte Tom? —Sin esperar confirmación, prosiguió—: Llevamos vigilando a Slater una temporada. Sé que te interesa por ser la persona que ha estado reteniendo a Natasha Joseph, pero es parte de algo mucho más grande y llevamos ya unos años montando una operación para capturar a la cabeza de este grupo criminal organizado. Estamos seguros de saber quién es el gerifalte, pero echarle el guante se nos está complicando. No se ensucia las manos. Deja todo eso a sus secuaces. Slater es el último mono, pero a través de él nos estamos acercando.

Green sacó unas fotos de su maletín y las colocó sobre la mesa.

—Estas las hemos sacado esta mañana. Enviasteis a alguien a la casa de los Slater, y habéis colocado una furgoneta de vigilancia a pocos metros, en la calle. Necesito que os retiréis, Tom. Esta operación es demasiado grande para que la veamos fracasar por la investigación sobre una niña que ya ha reaparecido.

Philippa interrumpió.

—Tú y yo no hemos tenido oportunidad de hablar sobre tu interés en Slater, Tom. Por lo que deduzco, acaba de aparecer en tu radar.

—Eso es, esta misma madrugada. —Tom se giró hacia Green—. Pero ya no estamos hablando solo de una niña desaparecida. Slater está involucrado en el rapto de un bebé, señor Green.

Como Tom sabía perfectamente, la vida de un niño triunfaba sobre cualquier otra cosa, incluyendo el crimen organizado.

—Mierda —murmuró Green.

La habitación quedó en silencio por un momento.

—Llevamos con el ojo puesto sobre este grupo mucho tiempo —dijo Green—. Sabíamos que Slater formaba parte de él, y hay otro tipo implicado más arriba en la jerarquía, un tal Finbar o Finn McGuinness. Es un sicario, también un sociópata hijo de puta.

Paul Green se inclinó hacia la mesa y bebió un trago de agua antes de continuar.

—McGuinness lleva fuera de la cárcel unos ocho años (fue el conductor de un atraco a mano armada), pero, a todos los efectos, ha estado manteniéndose al margen de cualquier problema. Su mujer regenta una furgoneta-hamburguesería en Salford, que además es muy popular. Sabemos que Slater recoge las drogas que vende en la furgoneta de McGuinness, y queremos rastrear la cadena de suministro desde allí para ver de dónde procede. Finn McGuinness no es un pez gordo, pero todo el mundo le tiene terror. Nos hemos cortado de hacer nada respecto de la furgoneta hasta que no podamos agarrar al jefe, al tipo que lleva toda la operación, y creemos que nos estamos acercando.

Tom les contó lo que sabía de Slater y cómo estaba implicado en el secuestro de Ollie Joseph.

—Nada de lo que me has contado me ha sorprendido, Tom. Esta banda está muy

organizada, pero también es oportunista —prosiguió Green—. Son emprendedores. Trafican con drogas, armas de fuego, mujeres, cualquier cosa que puedan vender en la calle. Pero si surge una oportunidad, algo fuera de lo corriente, también se apuntarán.

—Y crees que ahora traman algo, ¿verdad? —preguntó Philippa.

—Sabemos que sí, aunque desconocemos exactamente qué. Tenemos un FIHEC, un infiltrado. Está trabajando para ellos, pero por el momento solo se ha hecho con un pedazo pequeño del esquema total. Va a suceder pronto. Lleva en *standby* ya un par de días.

A Tom siempre le había parecido que el acrónimo FIHEC (Fuente de Inteligencia Humana Encubierta) era un término absurdo. Le resultaba mucho más cómodo decir informante o incluso buche, pero entre las cuatro paredes de Philippa, la corrección política lo era todo.

—¿Crees que el secuestro y el trabajo que tienen entre manos están relacionados? —preguntó Philippa.

—Podría ser —respondió Tom. Informó a Paul Green de más detalles del rapto del pequeño Ollie y de que creía que el dinero probablemente no fuera el motivo.

—Un secuestro tigre —aseveró Green—. Suena bastante típico de esta banda.

—Nuestra información es que sea lo que sea que le vayan a pedir a David Joseph que haga, va a ser hoy. Luego devolverán al bebé sano y salvo, esperamos. Dado el calendario que te está dando el FIHEC, parece probable que las dos cosas estén vinculadas. ¿Qué más sabemos?

Alguien llamó a la puerta y Philippa ladró.

—Espere.

Pero la puerta se abrió y Becky asomó la cabeza por la puerta.

—Lo siento mucho, señora —se disculpó, haciendo una mueca algo nerviosa—, pero necesitamos a Tom. Hay un problemilla. Hace diez minutos la Policía de Transporte detuvo al chaval al que vimos que sonreía Natasha en el tren, también han arrestado y están interrogando a Rory Slater, porque estaba en la estación recogéndolo.

Tom oyó un lamento que provenía de Tom Green y tuvo que sentirlo por aquel hombre. Años de trabajo podían estar a punto de irse al garete. Claro que la Policía de Transporte estaba excluida de la información sobre el secuestro, de modo que creían que el objetivo aún era descubrir a quien se había llevado a Natasha.

—Me lo han comunicado inmediatamente —dijo Becky—, de forma que les he dicho que no mencionen a Natasha Joseph bajo ninguna circunstancia. Esperemos que me hayan hecho caso, o tenemos un problema.

El miedo no era nada nuevo para Natasha. Durante más de seis años había sido una realidad diaria: miedo de cabrear a Rory, miedo de que la pillaran birlando cosas, miedo de que su vida no mejorara nunca. Pero aquel nivel de miedo era completamente nuevo. Sentía náuseas. Sabía lo que le pasaba a la gente que decepcionaba a Finn. Lo había visto una vez con sus propios ojos, cuando estaba en un lugar en el que no debía de haber estado. Pero Emma y David no la querían creer. Realmente no tenían ni idea.

De todas formas, nadie hablaba con ella. Nadie sabía qué decirle, y eso lo entendía. Pero aquello no se suponía que fuera a ser así. Se suponía que a ella no le iba a importar ninguno de ellos, ni Emma, ni Ollie, y desde luego tampoco David. Había saltado ante la oportunidad de hacer aquel trabajo porque más que ninguna otra cosa quería que su padre se hiciera una idea de la vida que la habían obligado a vivir. Luego le contaron cuál sería el premio: un año más antes de tener que ir adonde Julie. Y por eso ella hubiera hecho cualquier cosa.

Casi todas las chicas que iban donde Julie tenían que pasar algún tiempo en el Foso primero (Rory decía que era para que se volvieran obedientes), para demostrarles lo que les ocurriría si intentaban escapar. Natasha le tenía terror a ese agujero en el suelo al fondo del sótano desde la primera vez que la arrojaron allí dentro. Tenía seis años, y la oscuridad se la había tragado entera.

¿Estoy muerta? Ese había sido el único pensamiento que su joven cerebro había sido capaz de formular. Aquello no se parecía a estar viva, así que tenía que ser estar muerta. Nunca antes la habían dejado sola, sin nadie con quien hablar durante días enteros. Durante horas había dado pasos, perpleja, tropezando en la oscuridad, palpando los húmedos muros de arcilla y suplicando, rogando, que alguien hablara con ella. Pero no había nadie escuchando.

El suelo y las paredes del Foso estaban helados, y un aire gélido soplaba por las hendiduras de la trampilla. Lloró y lloró, pero no vino nadie.

No sabía qué había hecho mal, por qué me habían metido allí dentro.

Luego vino un hombre con una voz que sonaba como pisadas en un camino de grava, el hombre que ahora sabía que se llamaba Finn McGuinness. Lo había oído hablar, pero no se acordaba de lo que había dicho. Excepto una cosa.

—Su madre está muerta. No nos sirve de nada. Deshazte de ella.

Había repetido aquellas palabras una y otra vez en su cabeza.

Su madre está muerta.

Eso lo comprendía, pero pasó algún tiempo antes de que entendiera el resto de lo que había dicho.

Y si no les servía para nada tantos años atrás, ahora les serviría aún menos. No podía hacerles de mula y en este trabajo la había cagado. Pero no la dejarían marchar. Nunca dejaban marchar a nadie. Eso dejaba solo dos opciones.

—No nos sirve de nada. Deshazte de ella.

O acabaría donde Julie. Igual que Izzy.

No sabía qué era peor.

Emma se agachó para sentarse sobre la hierba, sintiendo de inmediato que la humedad traspasaba la tela de sus vaqueros, pero le dio igual. Alargó el brazo y cogió suavemente la mano de Natasha.

—¿Cómo lo llevas, Tasha? —le preguntó.

Natasha no respondió. Bajó la cabeza y se miró las manos, estirándose los dedos uno por uno. Eran las manos de una niña: uñas rotas y mordidas, un poco sucias.

—¿Por qué aceptaste hacer esto, llevarte a Ollie? ¿Es esa la única razón por la que volviste a casa? ¿Por qué quieres hacernos tanto daño? Por favor, Tasha, intenta explicárnoslo y haremos todo lo que podamos por comprenderte.

Natasha lanzó una mirada taimada a David.

—Pregúntale a él.

David se puso en pie y se fue al otro lado de la pista de tierra, contemplando los campos. Desde atrás, Emma podía ver que todos y cada uno de los músculos de su cuerpo estaban tensos. Finalmente se dio la vuelta, se acercó a Natasha y se puso de rodillas.

—Tasha, quedarme en casa y no ir contigo y con tu madre esa noche fue un error brutal, del que me he arrepentido desde ese día. Fui egoísta. Debí haber ido. Hice todo lo posible por encontrarte. Pregúntale a Emma. Compruébalo en la prensa local. No sé qué más decirte. Incluso lancé la campaña de Llamamiento Natasha Joseph un año después.

Natasha lo miró, con desconfianza aún en los ojos y comenzó a musitar:

—No eres Natasha Joseph. Ella murió. Eres Shelley Slater. Shelley Slater. No Natasha Joseph. Tasha ha muerto. Su padre no la quiere. Tú eres Shelley Slater.

—¿Es eso lo que te dijeron? —preguntó David dulcemente, acariciando el pelo de su hija, apelmazado por poco lavarlo y cepillarlo, puesto que se había negado a que Emma la ayudase. Por primera vez, dejó que su padre la tocara sin estremecerse.

Natasha asintió y se sorbió los mocos.

—Yo me negaba a decirlo. No quería decir Shelley Slater, así que volvieron a tirarme al Foso. Tenía que quedarme allí hasta que lo dijera, y se pasaban el día preguntándome cómo me llamaba, y si me equivocaba me volvían a arrojar allí dentro. Hacía frío y estaba húmedo, y no me daban nada de comer. Pero a Rory le

daba miedo que lo pillaran conmigo y decía que no merecía tantas molestias. No sé cómo terminó cargando conmigo, pero decía que la había cagado y que yo era un puto fastidio.

—Nunca vas a volver allí, Tasha, te lo prometo. Puede que te decepcionara hace seis años, pero soy tu padre y tú te quedas con nosotros.

Natasha giró la cabeza rápido, su cara moteada se estaba enrojeciendo de ira.

—¿Es que no me has escuchado? No van a dejar que me quede.

—Escúchame tú a mí, Tasha —intervino Emma—. Ya sé que esto es muy difícil para ti, cariño, pero puede que yo conozca a alguien que puede ayudarnos. Es un amigo mío, y se le da muy bien arreglar problemas difíciles. ¿Qué opinas? ¿Vamos a conocerlo?

Natasha levantó la cara, surcada de lágrimas.

—¡No! —Estaba prácticamente gritándole a Emma—. No se lo cuentes a nadie más. Si alguien más lo sabe, no nos devolverán a Ollie y vendrán a por mí.

—¿Qué opciones tenemos? —preguntó Emma—. Dice Finn que el trabajo ya no se va a hacer, así que necesitamos ayuda, ¿no te parece? Solo tengo que hacer una llamada de teléfono.

Emma sabía que tenía que poner a la niña de su parte, hacerla creer que sí existía una salida para todos ellos.

—No puedes, mi teléfono está pinchado, además te pinché el tuyo.

Emma se puso en pie, limpiándose la hierba húmeda de los pantalones. Su esperanza había sido poder usar el teléfono de Natasha, pero eso evidentemente no iba a funcionar. Se giró para plantarle cara a su hijastra, y metió una mano en el bolsillo. Estaba a punto de correr un riesgo enorme y esperaba de verdad no llegar a lamentarlo.

El corazón le latía deprisa. Sentía el pulso en la nuca, palpitando contra el cuello de su chaqueta. Despacio, sacó el teléfono del bolsillo y lo sostuvo ante Natasha sobre la mano abierta.

Natasha se quedó con la boca abierta.

—¿Tienes idea de lo que pasaría si supieran que tienes un teléfono? ¿Tienes idea de lo que has hecho?

Emma guardó silencio.

—Has llamado a la policía, ¿verdad? ¿Les has contado lo de Rory? ¿Lo has hecho, a que sí? Burra estúpida.

—¿Emma?

Ignoró la pregunta que contenía la voz de su marido, girando la cabeza ligeramente para ofrecerle una sonrisa triste, y se agachó frente a Natasha.

—Necesitamos su ayuda, Tasha. Tú crees que te has metido en un lío con Finn y con Rory, pero ellos todavía tienen a Ollie. No podemos quedarnos esperando escuchar lo que ellos hayan decidido. Puede que sea demasiado tarde para Ollie. ¿Vamos a conocer a este amigo mío?

Natasha se levantó del arcén de un salto y pasó por delante de Emma dándole un empujón.

—¿Y si Finn nos descubre? ¿Cómo te crees que él y Rory se enteraron de que la policía había venido a verme? ¿Cuántos polis corruptos te crees que tienen en nómina? Cielo santo, si se lo has contado a la pasma, uno de ellos se lo ha cantado todo a Finn. Puedes apostarte la vida.

Apoyando los brazos cruzados sobre una verja de madera, Natasha bajó la cabeza y sollozó en silencio, solo el temblor de sus hombros daba pistas de sus lágrimas.

Emma se quedó mirando el teléfono que tenía en la mano.

¿Era la respuesta a todos sus problemas, o el contárselo a Tasha había sido el error más tonto de toda su vida?

—Ponme al día —le pidió Tom a Becky cuando entró en el despacho y se sentó.

Becky fue todo lo sucinta que pudo, repitiendo lo que le había contado la Policía de Transporte: que el chaval a quien Natasha le había sonreído había sido visto en otro tren, esta vez llevando su propia mochila. El policía de paisano que lo vio estaba haciendo comprobaciones de rutina en aquella línea, pero reconoció la cara del chico a partir de los datos que se habían distribuido, así que lo siguió. El chaval abandonó su mochila, igual que lo había hecho Natasha. Cuando regresó a la estación Victoria, Rory Slater lo estaba esperando, así que los detuvieron a los dos. Slater negaba cualquier implicación y culpaba a los compañeros del colegio diciendo que lo obligaron a hacerlo.

—¿Por qué lo estaba esperando Slater?

—Se lo pregunté. Dice que estaba por la zona, pero no dice qué estaba haciendo. ¿A lo mejor al chaval le pagaron por la entrega? Cuando recuperaron la mochila del chico al que se la pasó tenía dos kilos de hachís dentro, así que valía bastante pasta. Slater probablemente no se fiara de que el chaval trajera el dinero directamente a casa.

—¿Cómo crees tú que esto cambia las cosas? —preguntó Tom.

Becky sintió un resplandor cálido por que se apreciara su opinión.

—Para Slater esto no es más que una recogida normal. Pero puede haber descubierto de alguna manera que grabamos a Natasha con las cámaras de seguridad, y si no le preguntamos por ella se le van a encender las alarmas. Así que solo tienen que enseñarle a Slater y a este chico la foto de Natasha y preguntarles si la reconocen. Él dirá que no, y punto. No puede haber ninguna pista de que sabemos que Natasha ha estado viviendo con él, porque se preguntará por qué no lo detenemos.

—Mierda —murmuró Tom, tamborileando con los dedos en la mesa. Becky decidió darle un momento—. Y sabrá que solo puede haber una razón, y es que estamos enterados del secuestro.

El despacho se quedó en silencio mientras los dos pensaban sobre aquel desastre en potencia.

—De acuerdo —dijo Tom—. Necesitamos utilizar esto en nuestro beneficio. Lo más lógico sería que la Policía de Transporte enviase un equipo de registro a la casa de Slater, en busca de drogas. Podemos enviar a uno de los nuestros con ellos para colocar unos micros.

—Si se les escapa cualquier cosa sobre Natasha, tendremos que mantener a Rory

encerrado hasta que todo haya pasado, y eso va a ser difícil.

—Es peor de lo que te piensas —respondió Tom—. Nos han dicho que nos mantengamos alejados de Rory Slater, porque hay otra operación en marcha. Una importante. Necesitamos organizar el enlace entre nosotros y los tíos de Titan. No están nada contentos con esto, y no puedo culparlos.

—Joder. Eso hace que lo que tengo que decirte sea mucho más difícil —soltó Becky—. Fui a ver a Sylvia Briggs, la hermana de Donna Slater. Le pregunté por sus hijos. Ninguno de ellos vive con ella. Dice que un par de ellos están con su hermana, con Donna. Le pregunté específicamente por Isabella. Empezó a escaparse de casa con nueve años y Sylvia pasó de seguir intentando encontrarla.

—En este mundo hay gente de verdad maravillosa, ¿no?

Becky sonrió, aunque definitivamente aquello no tenía ninguna gracia. Le salvó de la necesidad de contestar el sonido del móvil personal de Tom.

Tom escuchó atento lo que le decían durante unos minutos.

—Tranquilízate, Emma, no hay necesidad de entrar en pánico —le dijo—. Pero sí que necesitamos sacaros a todos de esa casa. Puede que no sea segura, y necesitamos evaluar el nivel de la amenaza. ¿Dónde estás ahora?

El tono de voz de Tom era bajo y urgente, y Becky supo que algo iba realmente mal.

—De acuerdo. Id a casa, coged unas bolsas de la compra y mete a todo el mundo en el coche. No vayáis en el Range Rover de David porque llama demasiado la atención. Acuérdate de llevar el bolso, exactamente igual que si fueras de compras. Tiene que parecer natural. Yo organizaré algunas cosas. Llámame cuando te hayas alejado de casa y te diré adónde ir.

Hizo otra pausa.

—Ah, Emma: necesito que lleves puesto algo que sea vea bien, de un color llamativo y que no sea demasiado ajustado. Luego te lo explico. Acaba de empezar a diluviar, así que elige algo con capucha. Cuando me llames, no te pongas el teléfono junto a la oreja. Activa el altavoz y déjalo sobre las rodillas. Asegúrate de que Natasha lleve su propio móvil, tendrá GPS y si no la encuentran se pondrán nerviosos. Vale. Necesito que me repitas todas estas instrucciones.

Escuchó en silencio.

—Muy bien. Te veré en menos de una hora. Ah, y ¿Emma? Lo estás haciendo genial. En serio, genial.

Becky no había dicho nada en todo este tiempo, pero había apuntado todo lo que Tom le había pedido a Emma que hiciera, por si acaso necesitaban volver a repetir las instrucciones más adelante. Tom ahora se giró hacia ella.

—Quiero que la Policía de Transporte mantenga detenido a Rory Slater hasta que yo les diga que lo pueden dejar marchar. La familia Joseph está en peligro. Si por mí fuera, yo los llevaría a todos a un lugar seguro, pero ellos nunca lo aceptarían. En cualquier caso, Rory Slater y sus jefes piensan que van a devolverles a Natasha, no se

pueden permitir dejarla ir. Seguro que sabe mucho más de lo que es consciente que sabe. Necesitamos un plan para mantener segura a esta familia, Becky. Y tenemos unos diez minutos para decidir cuál es ese plan.

Al abrir el pestillo de la puerta del baño, Emma salió al dormitorio para descubrir allí a David esperándola.

—Emma —comenzó él.

¡Mierda! No le había contado lo de los micros, porque no había querido asustarle demasiado.

—Oh, cariño, ¿qué vamos a hacer? —le interrumpió antes de que pudiera seguir. Se movió rápidamente por la habitación y tiró de él para abrazarlo, susurrando muy bajito shhhh, en su oído.

Él la apartó de sí y la contempló con tal asombro que Emma se preguntó si volvería a fiarse de ella alguna vez. Pero no era tonto. Volvió a abrazarla con fuerza y ella dejó escapar un pequeño grito de susto, que convirtió rápidamente en el inicio de un sollozo. Sintió los labios de David contra la oreja.

—Creo que ya no te conozco —dijo las palabras en voz tan baja que no estaba segura de haberlo oído bien. Sonaba tan triste, tan solo, y ella deseaba concederle el tiempo que él se merecía para escuchar sus explicaciones. Ella le había mentado, le había ocultado cosas y ahora insistía en que hiciera lo que ella ordenaba. Esto estaba muy lejos de la relación que habían mantenido.

Lo metió en el baño y cerró la puerta, manteniendo el tono bajo.

—Lo siento, David. Todo ocurrió tan deprisa, y sabía que tú no querrías que me pusiera en contacto con la policía. Pero no podía quedarme de brazos cruzados a contemplar cómo se desarrollaban los acontecimientos.

—¿No te parece que debería haber sido una decisión compartida? —preguntó David. La pregunta era razonable.

Emma se obligó a relajar un poco los hombros. Tenía que mantener la calma.

—Probablemente. Pero para ti todo es distinto. Tiran de ti en todas direcciones. No quería estresarte aún más de lo que ya lo estás. Pero lo importante es que la cocina, nuestro dormitorio y el salón están pinchados. Pueden oír cada palabra que decimos.

David echó la cabeza hacia atrás, con el ceño fruncido.

—¿Me estás diciendo que fue Tasha quien colocó los micros?

Emma asintió.

—Tasha ha crecido con una familia de delincuentes, pobrecilla. Todo esto, el secuestro de Ollie, los micros, las drogas, sospecho que nada de ello basta para asustar a Tasha. Pero sí tiene miedo de esos dos hombres, de Finn y de Rory, así que

les mintió sobre el hecho de que aparecía en las cámaras de seguridad. Ese fue su gran error, y ahora está aterrorizada. Mira, necesitamos ponernos en marcha. Estamos perdiendo tiempo.

Se puso un dedo en los labios y abrió la puerta del baño.

Caminó rápidamente hasta la cómoda, donde sabía que guardaba un jersey largo azul pavo real que apenas se ponía porque le quedaba grande. No quería seguir viendo la confusión en los ojos de su marido ni un segundo más, y él le evitó la molestia. La puerta se cerró silenciosamente cuando él abandonó la habitación, y por un momento se dio el lujo de quedarse sentada dos minutos sobre la cama, calmando los nervios, luego se levantó y lo siguió. Hizo una pausa al llegar a la puerta.

Aunque su corazón y su alma estaban ocupados por Ollie y su seguridad. Emma sabía que iba a tener que hablar con Tom también sobre Jack. La revelación de Natasha de que era un hombre llamado Jack quien había llamado a Caroline justo antes de morir le pesaba. Se puso de puntillas para sacar la vieja caja de zapatos de lo alto de su armario. La abrió y rebuscó hasta que su mano encontró lo que estaba buscando, y sacó dos hojas de papel, las dobló cuidadosamente y se las metió en el bolso junto con el móvil.

Acto segundo, pensó mientras bajaba las escaleras, tragándose una dura bola de miedo.

La cocina estaba en silencio, se acercó a la nevera y abrió la puerta.

—Bueno —dijo con voz decidida—. Dice Tasha que hoy no va a suceder nada. Pero esperemos que Ollie esté de vuelta mañana. Tengo que creerlo. Tengo que convencerme a mí misma de que se está quedando con sus abuelos un par de días, o no podría ni respirar. Y necesitamos comer. No nos queda comida, no nos queda leche, no hay nada. No va a regresar a una casa llena de gente enferma e inútil. Necesitamos ir de compras.

David estaba mirando el interior de la nevera, donde había una botella de leche de dos litros que estaba casi llena, y las baldas estaban repletas de comida comprada el día anterior.

Emma miró a Natasha y la animó con un movimiento de cabeza.

—No puedes salir. Ya te lo he dicho, no puedes ir a ninguna parte sin mí —dijo la niña, con una voz débil y poco convincente. Sería mejor que Natasha no tuviera que volver a hablar.

—Entonces será mejor que vengas conmigo para tenerme vigilada, ¿no te parece? Iremos todos, así podrás estar segura de que no hago nada... que no guste a tus jefes.

Emma se dio cuenta de repente de que casi pronuncia el nombre de Rory, y que se había detenido justo a tiempo.

—¿David? Venga. Tú también vienes. Una excursión familiar —añadió con una risa sarcástica que terminó con otro sollozo.

David fue a coger sus llaves.

—No, vamos a ir en mi coche. Quiero conducir. Necesito conducir —dijo.

David se encogió de hombros y volvió a arrojar sus llaves sobre la mesa mientras Emma les metía prisa para salir.

En el coche el silencio se hacía opresivo, Emma se preguntó, no por primera vez, cómo era posible que el silencio pudiera variar tanto en timbre y tono. En el núcleo de aquel silencio había un agudo alarido. Su mente estaba llena de Ollie, pero no paraba de alejar aquellos pensamientos, acariciándole la cabeza mentalmente mientras lo hacía, para concentrarse en lo importante. En recuperarlo.

Podía adivinar lo que se le estaba pasando a David por la cabeza. También estaría preocupado por Ollie, pero las imágenes de la vida de Natasha a lo largo de los últimos seis años estaban cada vez más claras en su cabeza, además tenía que enfrentarse al hecho de que la propia Emma le había estado mintiendo.

Cuando empezaron a salir juntos David y ella hablaron abiertamente de los pequeños engaños con los que habían vivido en sus relaciones anteriores y acordaron que entre ellos no existiría ni un solo secreto. Hasta donde ella sabía, las cosas habían sido así. Hasta que Natasha se plantó en su cocina. A partir de ese momento, Emma había mentido sobre sus sentimientos y le había ocultado secretos a su marido.

Echó un vistazo al retrovisor para mirar a su hijastra. Tasha estaba repantingada en el asiento trasero, pálida, con los ojos torturados por imágenes de su pasado y de su futuro. Allí había una niña que necesitaba a su madre más que nunca, y Emma deseó poder convocar a Caroline allí mismo.

Emma había llamado a Tom en cuanto el coche se alejó de la casa, haciendo lo que él le había dicho, con el móvil en modo altavoz sobre la rodilla. Él le dijo que fueran a un supermercado, no al habitual sino a uno diferente, y que aparcaran en el pasillo más concurrido del aparcamiento.

David no habló hasta que no terminó la llamada.

—¿Quién era ese?

—Tom Douglas.

—¿Douglas? ¿El hermano de Jack?

—Es un amigo, David. Lo llamé porque creí que pedirían un rescate, y Tom tiene más dinero que nadie que yo conozca. El dinero de Jack. Igual todavía podemos recuperar a Ollie gracias a eso, ¿sabes?

David la miró, y su cara triste comunicaba lo poco probable que eso le parecía.

Al llegar al supermercado, Emma entró marcha atrás en un sitio demasiado justo para el coche y apagó el motor.

—Ahora esperamos.

A su alrededor los clientes empujaban carros detrás de su coche, con las cabezas agachadas por culpa de la lluvia, de la mano de niños o de las parejas, o a veces batallando solos contra un carro con las ruedas torcidas.

El teléfono de Emma seguía sobre su rodilla, y cada pocos segundos lo miraba,

hasta que finalmente vibró y, sin cogerlo, respondió la llamada y activó el altavoz.

—De acuerdo, Emma. Muy bien elegido el aparcamiento, pero necesitamos que sepas que creemos que están aquí.

Se escuchó un grito ahogado que provenía del asiento trasero. Tom prosiguió:

—Deben de haber rastreado el móvil de Natasha a través de su GPS. Hemos estado comprobando cualquier coche sospechoso con dos hombres o más que salgan del aparcamiento. Hemos pillado una de las matrículas. Están vigilando, así que tenéis que andaros todos con mucho ojo, pero no hace falta asustarse. Han entrado por vuestro pasillo, y saben dónde estáis. Hagáis lo que hagáis, no os quedéis mirando cada coche que pasa. El hecho de que aún no hayáis salido tal vez los esté confundiendo, así que ahora miraos y empezad a discutir, sobre lo que sea. Yo os aviso cuando pasen.

Aquella era una instrucción que probablemente no le resultara difícil de seguir, pensó Emma mirando la pétrea cara de David. Sabía que ya se estaba arrepintiendo de haber accedido a aquello.

Tasha se agachó más en el asiento y Emma se giró hacia David, gritándole tonterías sobre lo desordenado que estaba el jardín trasero, lo primero que se le vino a la mente que no tuviese nada que ver con Ollie. Ellos no la podían oír, pero verían sus gestos. David la miraba mudo, con una expresión de susto que ella sabía no era fingida. Se mantuvo así durante dos minutos, hasta que oyó la voz de Tom.

—Ya han pasado. Está diluviando —dijo Tom—, así que podéis ir corriendo hasta el supermercado con las capuchas o los gorros puestos. Emma y Natasha, caminad rápido hasta la puerta de atrás, donde hay una entrada al aseo de señoras. Avanzad por ese pasillo y habrá alguien esperándoos. David, tú aguanta un poco, coge un carro y vete andando hacia la puerta de atrás como si fueras a reunirte con ellas.

—¿Nos seguirán al interior del supermercado?

—Lo dudo. Solo vigilarán el coche para cuando salgáis. —Tom hizo una pausa—. ¿Estás bien?

—Sí —respondió Emma—. Te veo en unos minutos.

Desconectó el teléfono y fue a abrir su puerta. David la sujetó por el brazo.

—Emma, ¿estás segura de que estamos haciendo lo correcto? No me gusta.

Ella no tenía palabras. No estaba segura de que le gustase tampoco, pero si la detención de Rory significaba que todo el plan se había caído, no tenía ni idea de lo que le iba a pasar a Ollie. Y aquel riesgo no estaba dispuesta a asumirlo.

Le ofreció a su marido la sonrisa más confiada que pudo preparar, abrió la puerta del coche y se inclinó para liberar a Natasha de donde el seguro de niños la mantenía prisionera.

Emma y Natasha se reunieron en el pasillo que había al fondo del supermercado con una señora de edad indeterminada, podía ser desde cuarentona a sesentona, con su uniforme algo desaliñado y sus zapatos cómodos. No les sonrió, las miró con suspicacia, se presentó como señora Clayton y les informó de que el señor Douglas las estaba esperando.

Sin aguardar respuesta de Emma, la mujer echó a andar, marcando el camino, pero Natasha se mantuvo ligeramente atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó Emma.

—Creo que me ha reconocido —murmuró Natasha.

—¿De qué, de los artículos en la prensa?

—No. Creo que solía trabajar en otro supermercado cerca de donde vivíamos. Era uno de mis objetivos.

Emma le dirigió una mirada perpleja y Natasha chasqueó la lengua.

—Solía birlar cosas de allí —le explicó, como si fuera obvio.

Emma cerró los ojos un instante y cogió a Natasha de la mano.

El despacho al que las condujeron era una caja sin aire, con una ventana de cristal esmerilado cerrada con candado, cruzada de finos alambres, en lo más alto de una pared, que apenas dejaba entrar algo de luz. El hecho de que alguien fuera capaz de trabajar allí todos los días a Emma le parecía un misterio. Ella se volvería loca poco a poco.

Tom estaba de pie mirando un tablón de anuncios, y por más que Emma deseara acercarse a él y darle un abrazo, se aguantó las ganas. Sabía que crear alianzas que excluyeran a David y a Natasha a cualquier nivel podría volverlo todo más difícil.

Los ojos de Tom se encontraron por un momento con los de Emma, pero sin mostrar ninguna emoción. Ella lo comprendió.

Se dirigió a Natasha.

—Tú debes de ser Natasha. Eres una niña muy valiente, sabemos que esto no puede haber sido fácil para ti. Ven y siéntate. Vamos a charlar para ver lo que nos traemos entre manos y lo que necesitamos hacer a continuación. ¿De acuerdo?

La puerta volvió a abrirse y dejaron pasar a David.

—David —dijo Tom, alargando la mano—. Tom Douglas.

Tom organizó las sillas para que todos estuvieran en grupo alrededor de una mesa baja de café. En cuanto estuvieron sentados, empezó a hablar.

—No tenemos mucho tiempo. Cualquiera que estuviera en vuestra situación daría

una vuelta rápida por los pasillos del supermercado para comprar lo imprescindible; no estamos aquí por gusto, así que tenemos que ser rápidos. ¿Vale?

Emma y David asintieron. Natasha no parecía capaz de mirar a Tom.

—Natasha, sé que lo has pasado mal, pero si te voy a ayudar tendré que hacerte unas preguntas. ¿Estás de acuerdo? —Tom esperó una respuesta que no llegó—. Entendemos que solo has hecho lo que te mandaron hacer. Pero las cosas no han salido según el plan, ¿verdad?

Los ojos de Natasha estaban fijos en el suelo, y lo pateaba con las puntas de las zapatillas de deporte una y otra vez, con el pelo tapándole la cara: volvía a ser una niña. Pero hubo un atisbo de movimiento de negación con la cabeza.

—Sabemos algunas cosas de Rory Slater y de Finn McGuinness. Son hombres peligrosos, y tenemos que mantenerte a salvo de ellos. Pero para hacer eso, tú también vas a tener que ayudarnos.

Emma vio cómo una lágrima mojaba la rodilla de Natasha. Se dio cuenta de que tampoco a Tom se le había pasado por alto.

—Te dan miedo, ¿verdad? —le preguntó.

La respuesta fue un asentimiento leve pero definitivo.

—Bueno, pues la única manera de deshacernos de ese miedo va a ser encerrarlos a los dos, en un lugar donde no puedan volver a hacerte daño.

Un sonido que se parecía mucho a una risa desdeñosa surgió de detrás de la cortina de pelo rubio.

Tom desplazó la mirada de Emma a David, con expresión arrepentida.

—¿Sabes qué planes tienen, Natasha? Le dijiste a Emma y a tu padre que tal vez ahora se habrían desbaratado a causa de la detención de Rory Slater, pero ¿cuál era el plan?

—No lo sé. Dijeron que no iba a ser lo que David se esperaba.

—¿Por qué iba a esperar algo tu padre?

—Mira, yo solo hice lo que me ordenaron.

—¿Por qué accediste? No es un trabajo fácil para una niña tan joven como tú.

Ante eso, Natasha acercó su cara a la de Tom con rabia.

—¿Tú te crees que puedes decir que no? ¿Tú sabes lo que me podría haber ocurrido si me hubiera negado? —Se quedó con la boca abierta, su joven rostro era la imagen misma de la incredulidad. Miró hacia abajo y musitó algo.

—Perdona, Natasha, ¿qué has dicho?

Levantó de nuevo la mirada.

—He dicho que yo quería hacerlo.

La habitación se quedó en silencio.

—¿Quieres contarnos por qué? —preguntó Tom, con un tono suave y persuasivo.

—Creo que debemos avanzar, Tom. Considero que esto está alterando demasiado a Natasha. —David miraba a su hija, con las líneas de preocupación grabadas profundamente en la frente—. Tenemos que mirar hacia delante, ¿no te parece?

Natasha emitió un sonido lleno de desprecio.

Emma observó la cara de Tom. No la supo leer.

—De acuerdo. ¿Qué crees que ocurrirá si lo que fuera que planean se cancelara por culpa de lo de Slater?

—Vendrán a por mí. —La voz hablaba en tono muy bajo, pero no había vacilación alguna. No tenía ninguna duda.

—¿Y si sale adelante y tienen éxito?

Esta vez la chica hizo una pausa más larga.

—Volveré. Me arrojarán al Foso por cagarla y luego me mandarán donde Julie.

Tom lanzó una mirada interrogante a Emma y a David. Emma asintió para aclararle que comprendía al menos parte de lo que Tasha estaba diciendo, pero que ahora no era el momento de repetirlo.

—¿Tú quieres volver? —preguntó Tom.

Natasha levantó la mirada, miró a David un instante, luego a Emma, se encogió de hombros y volvió a bajar la cabeza. Pobre niña. Estaba clarísimo que sentía que no pertenecía a ninguna parte.

Emma alargó una mano hacia la de Tasha.

—No vas a ir a ninguna parte, Tasha. No van a cogerte otra vez.

Tasha se escurrió de la mano de Emma.

—¿Ah, no? ¿Y si hay que elegir entre Ollie o yo? Entonces cantarías otra canción, ¿no?

Tom miró a Emma y le dijo que no con la cabeza, y ella se dio cuenta de que él quería que se callara.

—Vamos a asegurarnos de que nadie te hace daño, Natasha. Tienes que ayudarme un poco. Empecemos por dónde has estado viviendo. Allí hay muchos más niños, ¿verdad? ¿Era divertido?

Natasha volvió a hacer un sonido de desdén.

—No.

—¿Tenías allí alguna mejor amiga?

—Izzy.

—¿Qué edad tiene Izzy?

—Igual que yo —respondió ella con voz queda. Levantó la mirada, directamente a los ojos de Tom—. ¿Está muerta?

Emma escuchó a David inspirar profundamente y cerró los ojos. Otra cosa más que no le había contado.

—¿Por qué crees que podría estar muerta? —preguntó Tom.

—Porque la metieron en el Foso hasta que cedió, y luego la mandaron a... —Natasha hizo una pausa y frunció el ceño—. Dijo que se iba a escapar, y yo le conté cosas que no debería haberle contado. Si se hubiera escapado, la hubieran cogido. Estaba esa chica que pensasteis que era yo. ¿Era Izzy?

—Me temo que no lo sé. Esa es la verdad, pero sí creemos que podría serlo.

¿Dónde piensas que podría haber ido?

—Se habría ido al bosque. Cuando se escapaba de casa de su madre solía ir allí.

—Has mencionado lo de ser enviada adonde Julie. ¿Quién es Julie?

Natasha levantó la mirada, sus ojos pasaban a toda velocidad de Tom a Emma y vuelta otra vez. Se cubrió la boca con la mano al hablar.

—No, yo nunca he dicho nada de ninguna Julie. —Empezó a respirar con rapidez y bajó la vista.

Emma no estaba segura de cuánto más podría aguantar Natasha, pero Tom la estaba llevando bien. A lo mejor era porque él también tenía una hija. Hasta que no mencionó a Julie parecía estar abriéndose a él, pero ahora volvía a mostrar un aspecto suspicaz.

—Olvidemos a Julie por el momento. Lo que me gustaría saber es cómo acabaste viviendo con Rory y Donna Slater.

Miró a David durante un largo momento, y luego volvió a dirigirse a Tom.

—Fue la noche que murió mamá. —La voz de Natasha se quebró ligeramente, y de repente sonó como la niña que era hacía seis años—. Los hombres me cogieron. Creí que iban a hacerme daño, pero uno de ellos me llevó en brazos y me arrojó al asiento trasero de un coche. —Se detuvo.

—¿Por qué no me cuentas todo lo que recuerdas de ese día? Inténtalo.

Emma observó la cara de Natasha. No estaba mirando a nadie sino que contemplaba, al parecer, una papelera que había en una esquina de la habitación. Tenía la cara contraída, como si estuviera apretando con fuerza cada uno de sus músculos. El único sonido que se oía en la estancia era el sordo zumbido de un sistema de calefacción anticuado que bombeaba aire caliente a la altura de los pies. Cuando Natasha empezó a hablar lo hizo en voz baja, poco más que un susurro, y los tres adultos que había en la habitación se inclinaron hacia delante para escucharla.

—Creo que había estado durmiendo, y me desperté porque oí hablar a mamá. Estaba conduciendo superdespacio y vi que había otro coche en la carretera. Pensé que mamá se había parado. Pero entonces empezó a ir superrápido. Subimos un pequeño montículo y luego fue como si estuviéramos de lado. Volvimos a bajar, pero estábamos derrapando por toda la carretera, como si no pudiera conducir en línea recta, y subimos a toda pastilla un montículo y el coche se dio la vuelta. Estaba del revés. Mamá gritó un nombre —miró a Emma—, como ya te he contado, pero eso fue todo.

Tom lanzó una mirada inquisitiva a Emma, pero ella negó con la cabeza. Tendría que contárselo, pero a no ser que Natasha dijera algo ahora, podía esperar.

—¿Te acuerdas de lo que sucedió después?

—De repente apareció un montón de gente. Parecía como si salieran de los setos, y vinieron corriendo hacia mí. Yo chillaba porque parecía que caminaban de cabeza. Lloraba por mamá. Entonces alguien me sacó de mi silla.

Emma se arriesgó a mirar a David. Su cara estaba pálida, y deseó poder alargar un

brazo y cogerle de la mano, pero Natasha estaba sentada entre los dos. Todo lo que la niña había dicho probaba más allá de toda duda que Caroline no había muerto en un accidente. Era algo que estaba planeado, y Tasha no se había marchado por su propio pie, como siempre habían creído. David tenía que estar rompiéndose por dentro escuchando aquello.

—¿Recuerdas alguna cosa más? —preguntó Tom.

—La verdad es que no. Estaban todos gritando y maldiciendo entre ellos. Solo recuerdo una cosa que escuché. Alguien dijo: «¿Qué vamos a hacer con la puta cría?». Era la primera vez que me llamaban así.

De algún modo Emma sabía que no iba a ser la última.

Emma vio que Tom miraba su reloj. Sabía que había poco tiempo, pero empezaba a parecer preocupado.

—Natasha, nos has sido de mucha ayuda, pero tengo que hablar con tu padre y con Emma un momento. No es que esté ocultándote ningún secreto, pero es mejor que haya cosas que no sepas por si acaso Rory o Finn vuelven a ponerse en contacto contigo. ¿Te parece bien?

Natasha se mordió el labio superior y se giró para mirar con preocupación a Emma.

—Tom, no estoy segura de que Tasha deba estar sola. ¿Puedo ir con ella? —preguntó Emma.

—No hace falta. Becky está ahí mismo. Ella la cuidará. Dame un segundo.

Tom consultó un *postit* que había sobre el teléfono de la mesa y pulsó un número. Mientras hablaba, Emma se dirigió a Natasha.

—Estarás bien con Becky, Tasha. Todos estamos pendientes de ti, te lo prometo.

Los ojos de Natasha se llenaron de lágrimas por un segundo antes de que apartase la mirada y respirara profundamente algunas veces. Emma miró a Tom. Estaba observando a Natasha y sacudió la cabeza muy ligeramente como si la tristeza de aquella niña se le estuviera clavando en el corazón a él también.

El momento se aligeró con la entrada de Becky, que empujó la puerta y lanzó su sonrisa tranquila a todos los presentes, con una expresión que era la mezcla perfecta entre preocupación por las circunstancias en las que se encontraban y la relajada confianza en que todo iría bien. Se llevó a Natasha al pasillo ofreciéndole pedir algo de beber, y la habitación quedó en silencio cuando se cerró la puerta.

Tom volvió a ponerse en modo acción.

—Bueno. Esto es lo que vamos a hacer. Emma, cuando nos vayamos de aquí, tú te vienes conmigo. Becky y tú os vais a intercambiar las chaquetas, y ella va a volver con David y con Natasha.

Emma sintió que los ojos se le anegaban de lágrimas y echó la cabeza hacia atrás, para no derramarlas. Sabía que si se abandonaba empezaría a sollozar y perdería el poco control que aún mantenía sobre sí misma. Cuando por fin habló, podían escucharse los tonos rotos de su voz.

—Me dijiste que me ayudarías, Tom. ¿Qué derecho tienes a separarme de mi familia, justo ahora? ¿Y si descubren que se trata de Becky y no de mí y todo se va al garete?

—Necesitamos a alguien en tu casa, Emma, solo durante tres o cuatro horas. Nada más.

—¿Por qué? —preguntó, con los labios apretados.

Tom la estaba mirando fijamente a los ojos.

—Necesitamos evaluar los riesgos. Si por mí fuera os llevaba a los tres a un lugar seguro ahora mismo e iniciaba las negociaciones para recuperar sano y salvo a tu bebé. Pero estoy dejando que Natasha y David se vayan a casa porque creemos que lo mejor para Ollie es que parezca que estás accediendo a los deseos de la banda. Becky diseñará el mejor plan para manteneros a todos a salvo.

Emma sabía cuándo tenía perdida una batalla. Ya se sentía aislada: sin Ollie, sin David y, para su sorpresa, otro pensamiento apareció en su mente: sin Tasha.

—Becky también necesita hablar con Natasha, para asegurarse de que ahora está en nuestro bando, no en el de ellos. No tenemos tiempo de cerciorarnos de eso sentados aquí en esta oficina, y no podemos arriesgarnos a estar equivocados.

La propia Emma tampoco estaba segura. La motivación de Tasha para ir allí había sido el miedo, pero no estaba claro si la chica se sentiría más a salvo ayudándolos o cediendo a los deseos de sus jefes. Por lo menos comprendía las reglas de la banda, y en el centro de todo aquello Emma estaba segura de que había algo que se le escapaba. Había algo que Tasha estaba intentando contarle pero que no podía. Ojalá supiera qué era.

—¿Me necesitas ya, Tom? Sé que se nos acaba el tiempo, pero quiero ser yo la que le explique a Tasha por qué no vuelvo con ellos. No quiero que piense que otra persona más la ha abandonado.

Emma se percató por el rabillo del ojo de que David fruncía el ceño, pero estaba concentrada en Tom, esperando que estuviera de acuerdo.

Tom asintió. *Gracias a Dios.*

—Segunda puerta a la derecha, Emma. Nos vamos de aquí en cinco minutos.

Emma se puso en pie y, para su sorpresa, Tom la acompañó a la puerta. La mantuvo abierta y se metió un poco en el pasillo.

—¿Estás bien? —le preguntó—. Necesito un momento contigo también. Luego te lo explico.

Emma no tenía ni idea de a qué se refería, pero asintió y echó a andar por el pasillo, sabiendo que Tom la estaba mirando, asegurándose de que llegaba a salvo a la sala donde la esperaban Becky y Tasha.

Tom sintió que por fin se había hecho un esquema general. Caroline y Natasha, o tal vez solo Caroline, se convirtieron, por alguna razón, en objetivos. El coche que según Tasha estaba atravesado en la carretera ya había desaparecido cuando llegó allí la policía, y los hombres (que daba la impresión de que serían los mismos que esta vez) estaban escondidos detrás de los setos. Podría haber sido un secuestro de un coche

cualquiera que salió mal, pero Tom creía que no.

Entonces Caroline murió y la banda se encontró con un problema. Fuera un rescate u otra cosa lo que anduvieran buscando, una vez que se produjo una muerte y que había policía husmeando por todas partes, hubo que cancelarlo. Y se quedaron con Natasha, que lo había visto todo. No era ningún bebé, de modo que habría sido capaz de contarle a la policía exactamente lo que había pasado.

Era difícil discernir lo que sentía David Joseph acerca de todo aquello. Sin duda se le veía pálido y demacrado, y en sus ojos había algo oscuro, como si estuviera reviviendo en su cabeza cada segundo de aquel accidente, pero Tom todavía no había decidido qué opinaba de él. Probablemente no era el mejor momento para conocerlo, dado todo lo que había ocurrido en los últimos días, pero su instinto le estaba diciendo que había algo bullendo bajo la superficie, algún miedo que iba más allá de lo evidente. Era consciente del atractivo de aquel hombre: altura media, constitución delgada, pelo rubio algo revuelto y unos rasgos agradables, delicados, pero aún tenía que decidir si su encanto provenía de algún lugar más profundo que de lo físico.

¿Se merece a alguien como Emma? Respiró hondo y exhaló despacio. Aquello no era asunto suyo.

Tom se volvió a sentar y se inclinó hacia delante.

—Hay otra razón por la que Becky va a volver contigo, David. Hay otro trabajo que tiene que hacer, contigo. ¿Sabes lo que es un secuestro tigre?

—Sí, raptan a una persona para hacer que otra haga algo por ellos, algo ilegal. ¿Es eso?

—Exacto. Tú diriges una empresa de cajas de seguridad, Joseph and Son, ¿verdad?

David asintió.

—Ese es el objetivo más probable, y quiero que le cuentes a Becky cómo podrían estar planeando entrar y qué es lo más probable que anden buscando.

Tom estaba bastante convencido de que ese no era el primer secuestro tigre dirigido contra Joseph and Son, pero no pensó que fuera acertado compartir aquella idea en ese momento.

—Eso no puede ser —dijo David, con más esperanza que convicción, a ojos de Tom—. No pueden entrar, a no ser que fueren la entrada. Es imposible. E incluso si entrasen, no sabrían lo que hay en ninguna de las cajas. Tienen que estar buscando otra cosa.

A pesar de que aquel tenía toda la pinta de ser el objetivo más claro de la banda, David parecía ansioso por rechazarlo como posibilidad.

—No estamos descartando nada. Pero, brevemente, ¿por qué piensas que es imposible?

—Es el mejor sistema de seguridad disponible en el mercado. Está todo controlado por ordenador, todas las puertas tienen cerraduras con temporizador. Ni siquiera yo puedo entrar.

—¿Cuánto hace que tienes instalado este sistema de seguridad? —preguntó Tom.

—Unos nueve años, pero el *software* se actualiza con regularidad. La empresa que hace el trabajo es la antigua empresa de tu hermano Jack. Fue él quien lo supervisaba todo hasta que la vendió. Te prometo que es tecnología punta de última generación. Esa lección la aprendí hace años.

David levantó la mirada ante su propia estupidez.

—¿Qué quieres decir?

—Al principio de asumir el control de la empresa de mi padre, me invitaron a un seminario sobre seguridad informática. Lo daba Jack. Yo no lo conocía de nada, pero me resultó de veras inspirador, también muy persuasivo. Pero decidí que nos saldría demasiado caro. ¡Hace falta ser tonto!

—Continúa —lo animó Tom.

—Un par de meses después de ir a aquel seminario, nos *hackearon*. Entré en la oficina una mañana y había un archivo en mitad de mi pantalla. No era un *e-mail*, sino un archivo de documento, como si yo mismo lo hubiera guardado allí. Lo abrí, y dentro encontré una lista de los veinte primeros clientes, con sus nombres, direcciones, números de pasaporte, y también los números de sus cajas de seguridad. Al final había un mensaje diciendo que me habían *hackeado*; informarían a mis clientes a no ser que les soltase una pasta. El mensaje me decía que apuntara los datos de la cuenta bancaria en la que tenía que ingresar el dinero, porque a los cinco minutos de abrir el mensaje este desaparecería. Y así fue. No tenía sentido ir a la policía. No tenía tiempo, y las pruebas desaparecieron una vez que la pantalla se quedó en blanco.

Tom sintió que se le cerraba la garganta.

—¿Te acuerdas del nombre de la cuenta bancaria?

—No tenía nombre. Solo un número. Bueno, eso no es del todo verdad; creo que había un par de letras, pero sobre todo números.

—¿Sigues teniendo el número?

David dio un pequeño resoplido con los labios apretados.

—No. Quise quemarlo. Lo guardé durante un tiempo, por si acaso aparecía la oportunidad de usarlo, pero al final lo rompí. Y luego me fui directamente a Jack y me compré el mejor sistema de seguridad del mundo.

Tom sabía que debería hacerle más preguntas, pero no podía. Y en realidad no le hacía falta.

Acurrucada en la esquina del coche, con las piernas subidas al asiento y los brazos apretados fuerte alrededor del cuerpo, Emma parecía incapaz de sostenerse.

La voz de Becky llegó por la radio del coche.

—Todos a salvo —dijo—. David fue al coche y lo condujo a un lateral del supermercado como si Emma y Natasha lo estuvieran esperando allí para no mojarse. Nos metimos dentro, dejando que David guardara la compra en el maletero. Los vigilantes habrán tenido una visión fugaz del jersey azul de Emma, y me subí la capucha, de forma que no tendrían ni idea de que era yo.

—Gracias, Becky. Manténme al día. Voy a dejar instalada a Emma, luego te llamo para ver cómo vamos. Recuérdale a David lo de las escuchas en la cocina y en el dormitorio, pero creo que es seguro desactivar la del comedor para que tengáis algún sitio donde hablar. Según Emma esa habitación casi no la usan, así que nadie esperará que de ahí salga ningún sonido. Tienes que conseguir que David actúe un poco al llegar a casa. Debes decirte a ti «Por qué no te echas un rato», o algo así, para que nadie espere oír tu voz. Luego muévete un poco por el dormitorio para que sepan que estás allí. ¿Te parece bien? —Sin problema, jefe.

Tom puso fin a la llamada y se dirigió a Emma.

—Todo va bien, Emma. Becky sabe lo que hay que hacer, y luego te devolveremos a tu familia. Por ahora voy a trasladarte a mi casa.

Tom condujo en silencio hasta que entró en el camino de su casa. Llevó a Emma deprisa dentro, bajo lo que había pasado de lluvia torrencial a una llovizna fría. Emma siguió a Tom hasta la cocina y se sentó en un taburete alto a un lado de la isla central, sin apenas mirar alrededor.

—¿Tienes frío? —le preguntó Tom. En cuanto abandonaron el supermercado, Emma había empezado a temblar. No parecía haber parado desde ese momento. Pero Tom no estaba seguro de si temblaba a causa del miedo o de la ansiedad.

—Estoy bien. —Emma miró a Tom—. Es que cada vez que tengo frío, o calor, o estoy mojada, o tengo hambre, solo pienso en Ollie. ¿Estará calentito? ¿Le habrán dado de comer?

—Lo sé. Tiene que ser espantoso. Pero es importante que tú también te mantengas en funcionamiento. Así que, ¿qué puedo ofrecerte de beber? —preguntó Tom encendiendo la cafetera. Necesitaba un *espresso* doble, dada su falta de sueño durante las últimas cuarenta y ocho horas.

—¿Sería posible tomarme un *gin-tonic*, qué opinas? La verdad es que lo necesito.

Tom rebuscó en un armario, seguro de tener ginebra, pero con más dudas sobre la tónica. Finalmente encontró una botella escondida al fondo. Oyó que Emma se sorbía la nariz calladamente y supo que estaba llorando en silencio. Cuando habló, su voz salió desigual, rota.

—He odiado a Natasha, ¿sabes? Con cada aliento de mi cuerpo he deseado matarla. Pero cuanto más sé sobre su pasado y el futuro que ella espera, más me preocupo por ella. ¿Es una ridiculez? Se llevó a mi bebé: pero ahora también quiero luchar por Tasha. No quiero que vuelva a esa vida. No dejaré que ocurra.

—Nosotros tampoco dejaremos que ocurra. Cogemos a la gente que se la llevó, a todos y cada uno de ellos. Solo desearía que supiéramos algo más, y por eso es que quiero hablar contigo. Quiero que intentes recordar cada detalle de tus conversaciones con Natasha y de lo que escuchaste cuando ella estaba hablando con Rory Slater.

Tom le entregó a Emma su bebida y la miró a la cara. Se estaba mordiendo el labio inferior y no lo miraba del todo a los ojos. Acercó otro taburete.

—¿Qué? —le preguntó—. Sea lo que sea, cuéntamelo.

Emma esperó, como si estuviera buscando las palabras adecuadas.

—No sé qué relevancia podría tener, pero, según Tasha, Caroline gritó el nombre de una persona antes de estrellar el coche. David y yo hemos hablado sobre ello, y, por lo que sabemos, Caroline solo conocía a una persona que tuviera ese nombre. No lo comprendo, y David tampoco, pero el nombre que gritó fue Jack.

Tom sintió que su cuerpo se sobresaltaba. Jack llevaba unos días tan presente en su mente por la tarjeta de memoria, el banco suizo, la lista de nombres y fechas, por no hablar de lo que David le acababa de contar. Pero de alguna manera aquello había parecido meramente un ejercicio intelectual. El hecho de que Caroline Joseph hubiera gritado el nombre de Jack cuando el coche empezaba a dar vueltas de campana fue una inyección de adrenalina en el interior de Tom. Podría ser algún otro Jack, pero ¿qué probabilidades había de que Caroline conociera a otro Jack, uno del que su marido nunca hubiera oído hablar?

Apenas escuchaba a Emma mientras le explicaba de qué conocía Caroline a su hermano, pero recordó que el nombre de David Joseph había aparecido cuando Leo le habló de los clientes de Jack.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Emma.

Tenía que volver a concentrarse en Natasha y en Ollie.

—Estoy intentando pensar en lo fiable que puede resultar la memoria de una niña de seis años. Yo no recuerdo gran cosa de cuando tenía seis años, ¿y tú?

—No, pero también te digo que desde entonces han pasado más de treinta años... Cuando tienes trece, no han pasado tantos. Además fue una noche traumática para ella.

—Creo que su memoria parece bastante precisa cuando dice que parecía que los hombres estaban caminando sobre sus propias cabezas. Sabemos que el coche estaba

del revés, así es como estaba cuando llegaron los servicios de emergencia.

—Cuando Tasha nos estaba contando la historia, dijo algo más. Dijo que se acordaba de que Caroline preguntó «¿Qué está pasando?» a quien estuviera al otro lado del teléfono. Puede que se equivoque, está claro, pero si Caroline sonaba asustada es muy posible que Natasha lo recuerde bien.

Una imagen había empezado a formarse en la cabeza de Tom cuando Natasha le contó lo de los hombres, y esto hacía que la imagen tuviera un aspecto mucho peor. No le gustaba la forma que estaba adoptando en absoluto.

Tom instaló a Emma en el comedor, ya con su copa, para poder hacer algunas llamadas. Quería hablar con ella y sacarle hasta la última gota de información que Natasha hubiera compartido con ella, pero por ahora Emma le dijo que estaba bien con su cuaderno y su lápiz. Intentaría revivir cada momento y apuntarlo todo.

Una llamada de la sala de incidencias le informó de que se había permitido volver a casa a Rory Slater, puesto que no había prueba alguna de que tuviera nada que ver con las drogas que llevaba uno de sus chavales. La policía registró la casa de los Slater y no encontró nada; tampoco es que esperasen encontrarlo. Se habrían deshecho de cualquier cosa que pudiera ser interesante en el momento en que vieron que Rory y Rick no regresaban a casa desde la estación de tren. Pero aquello les había dado la oportunidad de poner micros en la casa, y Tom rezaba por que surgiera algo, algo que les diera una pista de dónde estaba Ollie.

Becky también le había pedido al agente Nic Havers que regresara a casa de Silvia Briggs y consiguiera una muestra de su ADN. Por más que lo mandaran a analizar a toda prisa, el resultado no llegaría hasta dentro de veinticuatro horas, y entonces podrían saber definitivamente si el cadáver que encontraron en el bosque era el de Isabella, también conocida como Izzy, Briggs. Veinticuatro horas, si tenían suerte. Si la identificación resultaba positiva, habría que interrogar a los Slater, porque Izzy estaba viviendo con ellos, y si para entonces no hubieran encontrado a Ollie todo se complicaría muchísimo más.

Aquel caso era tan complejo y tan problemático que Tom deseó que Jack estuviera allí para dibujarle un diagrama de flujos. Su hermano en esos días nunca andaba lejos de sus pensamientos.

Cuando regresó al salón, Emma estaba recostada en el sofá, con los ojos cerrados, agarrando entre las manos unos papeles. Pero no eran los papeles del cuaderno. Abrió los ojos y miró a Tom.

—Al hablar de Jack me acordé. Tengo algo que enseñarte. Son las dos cartas que recibí de Jack. La carta en la que me dejaba, y la otra, cuando me pidió perdón justo antes de morir. Las he traído para que las veas.

Tom se quedó parado. No sabía si quería leer aquellas cartas o no. Bastante tenía en la cabeza como para nublarlo todo aún más con recuerdos de Jack. Emma puso las

cartas sobre la mesita baja.

—Las imprimí. Sabía que las borraría de mi ordenador en cuanto las abriera y tuviera tiempo de leerlas, así que fue lo primero que hice.

—¿Me estás diciendo que puso fin a vuestra relación por *e-mail*?

—Bueno, por correo técnicamente no. *Hackeó* mi ordenador.

—¿Y qué fue lo que hizo exactamente?

—Ya sabes que Jack pasaba mucho de formalidades como el *e-mail*. Y si recuerdas, odiaba bastante usar el teléfono.

Tom lo recordaba, en efecto. Cuando a Jack no le quedaba más remedio que usar el teléfono, ya fuera móvil o fijo, solía sostenerlo con una mano y rascarse la coronilla con la otra, como si estuviera completamente perplejo. A Tom y a Emma siempre les había hecho gracia esa manía suya.

—Si quería mandarme un mensaje —dijo Emma—, solía escribir algo y luego *hackear* mi ordenador, entrar en mi escritorio y dejármelo en todo el centro, para que no se me pudiera escapar. Le gustaba hacerme saber que había estado por allí y que podía mirar lo que quisiera en mi ordenador. Le hacía gracia...

Tom se quedó en silencio un momento.

—¿Le contaste a David esto alguna vez?

Emma pareció desconcertada.

—Sabía que Jack me había dejado por *mail*, más o menos, pero si te refieres a lo de *hackearme* el ordenador, creo que no. ¿Por qué?

—No importa.

Tom no quería dar voz a sus sospechas, ni siquiera delante de Emma.

Cogió las cartas y echó un vistazo a la primera. Se dio cuenta inmediatamente de que esto era algo que tenía que hacer en privado y estaba intentando encontrar la manera de excusarse sin parecer grosero cuando Emma cogió su cuaderno y pronunció la palabra «Ve», sin emitir sonido. No hizo falta que se lo dijera dos veces.

Querida Emma:

Este correo me resulta muy difícil de escribir, pero no creo que fuera capaz de mantener esta conversación cara a cara.

A lo largo de los últimos meses, siento que nos hemos ido separando. Tal vez haya sido porque yo ya no trabajaba a jornada completa y disponía de tanto tiempo libre, pero pasar juntos las 24 horas del día, los 7 días de la semana, me demostró que tenemos poco que decirnos el uno al otro. Fue solo cuando te marchaste a pasar una breve temporada con tu familia cuando caí en la cuenta de lo liberado que me sentía por tu ausencia. Y ahora que estoy lejos de ti, en Londres, se hace aún más evidente.

Lo siento si suena cruel. No es mi intención, y lo hemos pasado de maravilla juntos en el pasado. Pero nuestro futuro no es como pareja.

Tengo que decirte esto ahora, porque sin duda te enterarás. He conocido a otra

persona. Es una mujer que tiene los mismos valores que yo, que disfruta de la vida en libertad que tengo yo ahora y que no está siempre buscando la siguiente causa justa por la que luchar. Quiere divertirse tanto como yo, y pensando en eso nos marchamos mañana a Mónaco, donde mi plan es comprarme una casa bajo el sol.

Espero que puedas encontrar dentro de ti la fuerza para perdonarme por el dolor que sin duda te causo, pero creo que necesitas a un hombre más serio que yo.

He puesto la escritura de nuestra casa a tu nombre, te la puedes quedar, sin problema. También he quitado mi nombre de nuestras cuentas bancarias comunes, y tienes plena libertad para hacer uso de las considerables sumas que contienen. Como sabes, tengo fondos en otros lugares y si ves que necesitas cualquier cosa, por favor, no dudes en ponerte en contacto conmigo.

Con afecto siempre,

Jack

Tom leyó la carta otra vez. No se podía creer que Jack le hubiera hecho aquello a Emma. No era para nada propio de él. Habría sido mucho más normal en él que terminara la relación provocando una bronca monumental, de forma que al final pareciera que no era culpa suya.

Tom abrió la otra nota doblada y vio un mensaje mucho más corto.

Mi querida Em:

Siento que aquella carta de hace tantos meses te hiciera daño. Te merecías algo mejor. Eres, y siempre has sido, maravillosa.

He cometido muchos errores en mi vida, y la hora de la verdad por fin ha llegado. La decisión que he tomado va a causarle dolor a mucha gente, especialmente a mi familia, pero tienen a Tom. Es la única manera de escapar de una existencia insoportable. Siento que haya llegado a esto, pero es el momento para mí de dejar esta vida. Esta vez el adiós es para siempre.

Por favor, perdóname por todos mis defectos, y encuentra tu propia felicidad. Si hay alguien que se la merezca, eres tú.

Jack

Tom sintió que la garganta se le cerraba. ¿Qué podría haberle pasado a su hermano para hacerle sentir que la vida no merecía ser vivida?

Becky había conseguido completar dos de las tareas que le habían asignado, pero la tercera le estaba costando. Natasha se había encerrado otra vez en su habitación y se negaba a dirigirle la palabra. Por lo menos la había convencido de dejar su móvil en el piso de abajo, de forma que sabía que la niña no estaba poniéndose en contacto con ninguno de esos cabrones, ni compartiendo información. Se ocuparía de eso más tarde. Primero, necesitaba informar a Tom.

Contestó al mensaje de radio inmediatamente.

—Tom, por aquí va todo bien. He hecho una evaluación de riesgos, y la situación no es ideal. Hay diversos puntos de entrada posibles abajo: la puerta principal, la puerta de atrás, los ventanales del salón y del comedor, y luego hay una zona de cocina-sala de estar enorme en la parte de atrás de la casa donde no solo está la puerta trasera, sino también unas puertas de cristal que dan al jardín.

—Mierda, con eso será difícil protegerlos. ¿Podemos meter ahí a un equipo?

Becky odiaba darle a Tom malas noticias. Quería resolver problemas, no crearlos. Pero no tenía ideas que pudieran funcionar.

—Ya sé que comprobamos que no los estuvieran vigilando, pero esta gente parece lista y no me gustaría correr riesgos. No hay manera de entrar por detrás, todos los caminos conducen por un lateral de la casa hacia la parte delantera. Con algo de tiempo podríamos hacer algo para meter a más polis aquí dentro, pero crear un punto de entrada al jardín a través de un seto tan espeso y de los arbustos armaría ruido por la noche.

—¿Tú qué recomendarías, Becky?

—Creo que Natasha no está segura, y creo que lo sabe. Si todo falla van a culparla a ella, y ya sabemos lo que le ocurrirá entonces. Si funciona, ellos esperarán que regrese, no pueden permitirse dejarla aquí. Si lo que queremos es proteger a la niña, lo que sugiero es que tengamos un equipo de respuesta armada preparado en las cercanías. Muy cerca.

Tom accedió a poner ese equipo en marcha y organizó las comunicaciones con Becky, y ella pasó a relatarle sus conversaciones con David Joseph.

—Seré todo lo breve que pueda. La cámara acorazada y todas las oficinas de Joseph and Son están bajo tierra. El acceso al edificio es a través de una entrada compartida: hay mucha gente que conoce el código, pero con eso solo pueden llegar hasta el recibidor. Hay un teclado para introducir el código de entrada a Joseph and Son, pero tiene un sistema de apertura retardada y no puede abrirse fuera de las horas

de oficina.

—¿Está seguro de eso, Becky?

—Eso dice. Habría que preguntarle a la gente que se lo instaló para tener garantías totales. En todo caso, cada caja de seguridad tiene dos llaves, una que custodia el dueño, y otra que custodia Joseph and Son. Las llaves de la compañía se guardan en una sala protegida por un candado biométrico que solo pueden abrir las huellas digitales de cuatro personas. David es una de ellas, por supuesto. Hay otro candado biométrico para la zona principal de la cámara acorazada. Y eso es todo.

Becky esperaba que no se le hubiese escapado nada. David Joseph había hablado y hablado de que era imposible, dando vueltas por la habitación, con las manos en los bolsillos, repitiendo una y otra vez que no podía hacerse.

—¿Y qué hay del contenido de las cajas? ¿Sabe lo que tienen? —preguntó Tom.

—Dice que no tiene ni idea. Los dueños sacan su caja de la cámara y se meten con ella en una sala privada para introducir en ella lo que quieran. También hay cajas fuertes normales, sin cajas dentro, de otros tamaños más grandes. Según David, un ataque al tontún sería una completa pérdida de tiempo. Piensa que la mayoría de las cajas contienen documentos personales, testamentos, escrituras de propiedades, hasta cartas de amor. Pero dice que es irrelevante, porque nadie puede entrar. Sea lo que sea lo que vaya a pasar, dice que está convencido de que no tiene nada que ver con la cámara acorazada.

—Oigo un «pero» en tus palabras, Becky. ¿Qué estás pensando?

Becky sabía que se jugaba el cuello; Tom, no obstante, la comprendería, incluso aunque resultase estar equivocada.

—No lo creo, Tom. Sabe que es la cámara acorazada. Pero no sabe que sabemos que lo sabe.

No había nada en su conversación con Becky que a Tom le pareciera que mereciera compartir con Emma. Estaba claro que no quería que supiera que su casa era un lugar vulnerable. Pero mientras volvía al cuarto de estar, decidió que sí había una cosa que le tenía que preguntar, porque por más que intentara olvidarlas con todas sus fuerzas, las palabras de Jack seguían dando vueltas en su cabeza. «Existencia insoportable».

—¿Estás bien? —le preguntó ella cuando volvió a la habitación.

—Estoy bien, pero necesito preguntarte qué te parecería que hablara con un profesional sobre la última carta de Jack, para ver si es posible comprender su estado psicológico cuando la escribió.

Emma se reclinó, apoyando la cabeza contra el respaldo del sofá.

—Haz lo que quieras, Tom. ¿Te refieres a un psiquiatra?

—No, a un lingüista forense. Estudian el uso del lenguaje, analizan las palabras y la estructura de las frases, para intentar captar el sentido subyacente.

Emma se encogió de hombros.

—Es cosa tuya. Pero es un puro ejercicio intelectual, porque en cualquier caso, él no va a dejar de estar muerto.

Tenía razón, por supuesto. Pero estaba averiguando también otras cosas sobre su hermano, y le estaba costando darle sentido a todo.

—Gracias, Emma. Te lo agradezco, y te alegrará saber además que Becky casi ha terminado en tu casa, solo quiere hablar con Natasha y luego podremos volver con ellos. ¿Cómo va esa lista?

—No sé si hay algo que pueda ser útil. Tasha habló del tipo de trabajos que tenía que hacer y de los castigos que recibía. No estoy segura de que sirva de nada, Tom, pero seguiré hasta que Becky esté lista, a ver si se me ocurre alguna cosa más.

—Muy bien —dijo Tom—. Voy a ver qué me cuentan algunas personas. Me quedaré en mi despacho, pero en cuanto tenga alguna noticia te cuento. ¿Te parece bien?

Emma asintió distraída. Él estaba seguro de que prefería estar sola.

Su despacho en realidad era una amplia zona que salía del recibidor en la parte delantera de la casa. Tenía una pequeña chimenea y resultaba sorprendentemente acogedor incluso en lo más crudo del invierno. Tomó asiento, con las cartas aún en la mano, se las quedó mirando un rato más, y luego las empujó al fondo de su escritorio.

Quería devolverle a Becky la llamada, pero sabía que ella lo llamaría cuando hubiera alguna novedad. Miró el reloj.

—Qué cojones —murmuró.

Sabía que tenía que hacerlo. Volvió a recuperar las cartas, cogió el teléfono y se puso de pie, caminando hacia la ventana mientras marcaba el número. Miró hacia fuera, a la noche oscura y lúgubre, a la llovizna que creaba un fulgor alrededor de las luces amarillas de las farolas y reflejos en las aceras húmedas. ¿Cómo podía Jack no haberse dado cuenta de que, por deprimente que fuera el panorama, siempre quedaba la esperanza de que el día siguiente fuera más luminoso?

Respondieron al teléfono al cuarto tono.

—¿Clara? Soy Tom Douglas. ¿Me preguntaba si podías hacerme un favor?

Tom le explicó lo de la nota de suicidio de Jack, y ella le sugirió que la forma más rápida de recibirla sería que Tom le sacara una foto con el móvil.

—¿Tienes alguna otra muestra de su escritura? Algo con la que la pueda comparar.

—Lamentablemente, lo que tengo es una carta en la que pone fin a una larga relación con su prometida. ¿Eso te sirve?

—Perfecto. Puedo hacerte un informe preliminar muy deprisa —dijo Clara—. Será superficial, solo una primera impresión. Me temo que un análisis en profundidad tendrá que esperar.

—Una respuesta inicial me vendría genial. Si necesito más, evidentemente te pagaré por tu tiempo.

—Preocupémonos de eso más adelante. Mándamelas ya. Les echaré un vistazo y

te llamo con lo que tenga.

Le dio las gracias a Clara, colgó, y con el dorso de la mano procuró alisar un poco las arrugas que había en la carta. Sacó rápidamente una foto de cada una y, al reenviárselas a Clara, sintió que la tensión en los hombros se aligeraba un poco.

Volvió a mirar el reloj. El tiempo parecía haberse detenido. Entró en la cocina y se hizo otro café. Pensando que debería ir a ver si Emma quería algo de cenar, se dio cuenta de que apenas había comido nada desde hacía horas. La noche anterior cuando llegó a casa ya era demasiado tarde, y en todo caso había tenido demasiadas ganas de estar alrededor del cuerpo de Leo.

—Mierda —murmuró, cayendo en la cuenta con una punzada de culpa que no había llamado a Leo desde que la abandonara el día anterior en mitad de la noche.

Cogió su móvil personal.

—Hola —dijo—. Siento no haber llamado, pero la cosa se ha transformado en una locura.

—¿Dónde estás ahora? ¿Estás en casa?

Tom hizo una pausa, no estaba seguro de qué decir.

—¿Te he hecho una pregunta difícil, Tom?

—Lo siento, Leo, estoy en casa, pero no voy a poder verte esta noche. En este momento no te lo puedo explicar. Es un poco lioso, pero te lo contaré cuando todo se arregle.

Su móvil de trabajo empezó a sonar.

—Vaya tela. Lo siento mucho, te tengo que dejar, tengo otra llamada.

Estaba a punto de decirle que la quería, también de decirle que la llamaría al día siguiente, pero ella ya había colgado.

Encogiéndose de hombros, respondió a la llamada entrante.

—Qué rápida, Clara. Pensé que te harían falta horas.

—Para hacer un análisis detallado, sí. Pero son cartas cortas y hay observaciones inmediatas que sí puedo hacer. Esto es un análisis de cinco minutos. ¿Estás preparado?

—Dispara —dijo Tom, casi deseando no haber puesto en marcha aquel proceso.

—Lo primero que tengo que decir es que, si bien resultan una lectura interesante desde un punto de vista profesional, tiene que haber sido desgarrador recibirlas.

—No podría estar más de acuerdo.

—¿Tengo razón en pensar que murió inmediatamente después de enviar la segunda nota? —preguntó Clara.

—La envió el día antes de morir. Por eso Emma se quedó tan impactada, pensaba que tendría que haber hecho algo.

—Bueno, pues dile a Emma que deje de castigarse. Me sorprendería muchísimo que esto fuera una nota de suicidio, Tom.

Tom frunció el ceño. ¿Qué diablos querría decir? A él le había parecido bastante claro.

—Los dos sabemos que hay dos tipos de suicidas, los que tienen intención de morir y los que están lanzando un grito de socorro y de alguna manera todo se complica. Tu hermano murió en un accidente, ¿verdad?

—Eso es. El barco fue un siniestro total, quedó roto en pedazos.

—Eso a mí no me suena a un grito de socorro que sale mal; no es como tomar pastillas y esperar que alguien llegue a tiempo. Si su intención era que el accidente tuviera lugar, entonces es que tenía intención de morir.

—Eso diría yo, sí —respondió Tom, preguntándose adónde conducía aquello.

—Bueno, pues entonces estoy aún más convencida de que esto no era una nota de suicidio.

Clara había captado por completo su atención.

—¿Cómo puedes saberlo?

—En general, la gente que realmente ha decidido acabar con su propia vida suele haber dejado de relacionarse con el mundo exterior. Están aislados psicológicamente de los demás. Han tomado una decisión, y la muerte, a sus ojos, es la única opción. No sería típico de una persona que de verdad ha decidido matarse mostrar conciencia del dolor que va a causarle a los demás; esto viene de un hombre que no parece lo bastante introspectivo. Le preocupan Emma y su familia.

Tom se quedó callado. Eso era una buena noticia, ¿no? ¿Por qué no se sentía como si lo fuera?

—Estás segura de esto, ¿no?

—Yo diría que Jack estaba a punto de hacer algo, pero en el momento de la escritura, y este es el aspecto crucial, no creo que tuviera intención de matarse. Evidentemente eso pudo cambiar, y pudo tener un momento de irracionalidad un día después. Pero los suicidas reales, a diferencia de aquellos que esperan que los detengan en el último momento, tienden a matarse inmediatamente después de escribir la nota. Su intención es que la nota se encuentre tras su muerte porque no quieren que los detengan.

—Gracias, Clara —dijo en voz baja—. Te debo una.

—Bueno, antes de irte, tal vez te interese saber que la otra carta, la carta en la que pone fin a su relación con Emma, puede haber provenido de Jack, pero estoy prácticamente convencida de que no la escribió él.

El pensamiento de Tom había estado vagando, tenía la mente invadida por imágenes duras, saturadas de color, de los últimos momentos de la vida de Jack. Captó las últimas palabras.

—Perdona, ¿qué has dicho? —preguntó.

—Sospecho que esta carta la escribió una mujer. Podría ser que la nueva mujer a la que menciona le dijera lo que tenía que escribir, pero estoy segura de que no son sus palabras.

—¿Por qué dices eso?

—Pues para empezar por todos esos pronombres personales y relaciones sociales.

Pero hay otras pistas: las mujeres tienden a trasladar información usando fórmulas negativas, como «no creo» o «nuestro futuro no es como pareja». Dan evasivas, ya sabes, usan fórmulas educadas, para suavizar la información: «tal vez», o «lo siento si tal cosa»; y también se refieren más a procesos cognitivos y emocionales: pienso, siento, espero. Estaría encantada de darte una lectura pormenorizada si quieres, pero tendría que esperar.

—No, Clara, no es problema, de verdad. Necesito pensar en todo esto.

Cuando Tom colgó, agradeciéndole a Clara haber respondido tan deprisa, no podía apartar sus pensamientos de la carta que Emma había asumido que era una nota de suicidio.

Siempre había creído que la muerte de Jack había sido un accidente, pero dado todo lo que estaba conociendo o deduciendo sobre su hermano, ahora tenía que aceptar la posibilidad de que a Jack lo hubieran asesinado.

Becky corrió por el recibidor, maldiciendo entre dientes. Solo había entrado un momento en la cocina por un vaso de agua y ahora, por el pinganillo, le estaban mandando un mensaje. No podía responder hasta que no saliera de allí, para alejarse del micro.

—Agente Robinson —contestó sin aliento, cerrando la puerta del salón.

—Sí, agente, hemos oído una cosa por uno de los micros de la casa de los Slater. Donna Slater recibió una llamada hace unos minutos. Era de un móvil, de forma que solo escuchamos bien su lado de la conversación, pero la mujer al otro lado estaba gritando y hemos hecho una limpieza rápida y conseguido sacar parte de su lado de la conversación.

Becky sintió un subidón renovado de energía. No se hubieran puesto en contacto con ella si no fuera nada.

—La llamada es de otra mujer, a quien Donna llama Julie. Vamos a unir las piezas lo mejor que podamos y luego te lo enviaremos, pero pensamos que querrías los titulares ya.

Becky tamborileó con el pie en el suelo con impaciencia.

—La mujer llamada Julie estaba hablando de un bebé, diciendo algo sobre que no dormía. Decía, o más bien chillaba, que nadie le había contado nunca que tener un bebé fuera tan difícil. Donna le contestó: «Bueno, siempre es difícil con el primero saber qué hacer cuando lloran». Así que asumimos que Julie acababa de tener un bebé y le pedía consejo a alguien que parece haber tenido alrededor de diez.

—Y...

—Y entonces Donna dijo: «Dale una galleta». La verdad es que yo nunca he tenido un bebé, pero hasta donde yo sé, a un recién nacido no se le dan galletas.

La sangre fluía a toda velocidad de repente por el cuerpo de Becky. Una mujer acababa de «tener» un hijo, pero este bebé no era un recién nacido, y se referían a él, a un niño. Era demasiada coincidencia. Tenía que ser Ollie.

Había estado bien por parte de Tom dejar sola a Emma, pero por más que hubiera ansiado la soledad en las últimas veinticuatro horas, había una diferencia enorme entre acurrucarse en una butaca en la habitación de Ollie, donde podía sentir a su hijo a su alrededor en todas las cosas, y sentarse en una habitación en la que nunca había estado, rodeada de las posesiones de otra persona. Se sentía perdida, sola, aunque

Tom estuviera nada más que al otro lado de una puerta.

Se secó las nuevas lágrimas, enfadada consigo misma. No quería pensar en su propio dolor. Quería concentrar en Ollie todos sus pensamientos, que supiera cuánto lo echaba de menos y lo quería.

Y ahora todo este lío de Jack y su relación con Caroline la estaba confundiendo. ¿Cómo pudo saber que algo estaba a punto de suceder? ¿Por qué sentía como si el pasado y el presente de alguna manera estuvieran colisionando?

A Emma le había costado mucho tiempo admitir que nunca amaría a nadie como había amado a Jack. Ese subidón de excitación cuando volvía a casa después de pasar fuera un día o dos; la pasión con la que lo había amado; los momentos de júbilo cuando él la agarraba de forma impulsiva, la ponía en pie y bailaba como un loco con ella por la habitación, hasta que las carcajadas los obligaban a caer de cualquier manera en la butaca más cercana: eran momentos que jamás se repetirían.

Jack le había hecho un daño tan profundo, y lo que más deseaba con David era un tipo de amor más tranquilo. Sentía que, hasta aquella semana, lo habían tenido. Ahora los dos habían visto un lado del otro que no sabían que existía. David nunca habría esperado de ella que se escabullera en mitad de la noche para seguir a Natasha, y ella hubiera esperado de él que fuera más activo, que mostrara más energía. Parecía dispuesto a quedarse sentado, a dejar que todo siguiera su curso y a fingir que todo iba a terminar bien.

¿Volverían alguna vez a ser la pareja que habían sido?

Pero no tenía más tiempo para pensar en ello, porque, cuando Tom irrumpió en la habitación, había un gesto de excitación animando su rostro cansado.

—Acaba de llamarme Becky —dijo.

Emma se puso de pie, sabiendo que iban a ser buenas noticias.

—¿Te acuerdas de que Natasha mencionó a una persona llamada Julie? Bueno, pues creemos que Julie podría ser la persona que tiene a Ollie.

Emma cerró los ojos y tragó saliva.

—Pero no sabemos quién es, ¿así que cómo la localizamos? —preguntó.

Había una sola respuesta.

—Le preguntaremos a Natasha.

Natasha estaba tumbada en la cama, mirando fijamente el techo, cuyas sombras profundas se aclaraban en un amplio círculo producido por la lámpara de su mesilla de noche. No le gustaba la oscuridad, nunca le había gustado, desde aquella noche en la que, solo por un momento, todo se había vuelto negro cuando el coche de su madre empezó a dar vueltas y vueltas, con su cabeza chocando contra el techo del coche y sus piernas balanceándose adelante y atrás. Lo siguiente que recordaba era cómo la habían sacado de allí a rastras, chillando. Uno de los hombres la había sacudido hasta hacerla callar. Parecía como si todo el mundo hablara en susurros urgentes, en voz

baja. El que la sacudió era el que tenía la voz más profunda de todos ellos. Sonaba como si le doliera la garganta o tuviera tos, porque los bordes de sus palabras rascaban. No recordaba lo que había dicho. Excepto por aquella única cosa: la frase que llevaba dando vueltas en su cabeza desde ese día.

—Su madre está muerta. Ya no nos sirve para nada. Deshaceos de ella.

Luego la había empujado contra el hombre que olía mal, el hombre que ahora sabía que era Rory, y él la había arrojado al asiento trasero de un coche.

Pensaba que iba a morir, y durante mucho tiempo deseó en efecto haber muerto, porque cuando la sacaron del coche la tiraron al Foso, para esconderla, para que no hiciera ruido. Todavía podía sentir la peste de aquel cuarto, el frío y la humedad que la habían dejado tiritando. Le dijeron que tenía que permanecer allí dentro hasta que estuviera a salvo, pero no sabía lo que eso significaba. Ahora, en cambio, sí lo sabía. Tenía que quedarse allí dentro hasta que creyera que era Shelley Slater, y no Natasha Joseph. Tenía que olvidar el pasado. Había acabado. Punto final.

Y ahora allí estaba, de vuelta en un pasado que se suponía que había dejado atrás. ¿Era Natasha Joseph, o Shelley Slater? Ya no lo sabía. ¿Y qué había del futuro? No podía quedarse ahí. No la dejarían.

Se sentía sola, como si la hubieran abandonado en medio de un desierto gigantesco sin señales de vida en ninguna dirección. Era un poco como una peli que había visto con los niños pequeños en casa.

Probablemente fuera mejor para todos que ella estuviera muerta. A lo mejor la respuesta era esa. A lo mejor así era como se había sentido Izzy.

Su cuerpo se puso tenso al oír un suave golpe en la puerta. ¿Qué quería, otra vez? Pero no era David.

—Soy Becky. Necesito hablar contigo, Tasha. ¿Puedo pasar? —La voz de Becky era un susurro urgente.

Natasha miró cómo bajaba la manija de la puerta, sintiéndose segura gracias a que nadie podría acceder con la cómoda que había empujado hasta situarla detrás de la puerta.

—No puedo gritar, porque podrían oírme por el micro del dormitorio de tu padre, pero es sobre Ollie. Creemos que sabemos dónde está y necesitamos tu ayuda.

Natasha se levantó de la cama. Se sentía entumecida. Lo sentía por Ollie. No quería que le pasara nada, pero si la policía daba con él por su culpa, Rory o Finn vendrían a por ella.

Utilizó todas sus fuerzas para apartar la cómoda de la puerta y dejó pasar a Becky.

Becky entró y se sentó en la cama, dando unos golpecitos en la colcha a su lado. Le agradó y le sorprendió bastante que Natasha se sentara.

—Ya sabes lo importante que es esto, ¿verdad? —le preguntó Becky, girándose hacia Natasha y apretando las manos de la niña con las suyas—. No debes decirle a nadie que lo sabemos, ¿lo entiendes, a que sí?

¿Aquella gente pensaba que ella era imbécil?

—Tom dice que mencionaste a una persona que se llama Julie. ¿Qué sabes de ella?

A Natasha se le secó la boca. Nunca había conocido a Julie, pero lo sabía todo de ella, lo que hacía y cómo gestionaba a sus chicas.

Natasha sacudió la cabeza. De verdad que no quería que aquello estuviera sucediendo.

—Venga, Tasha. Ollie necesita tu ayuda. Tienes que decidir de qué lado estás. Ya sé que esto es difícil. Rory Slater y el resto de esa banda te dan terror, y es normal que así sea. Pero no podemos protegerte a no ser que nos fiemos de ti. O eres una de ellos, o no. ¿Qué va a ser?

Natasha sintió que sus últimas gotas de resistencia se disolvían. Estaba cansada. Llevaba toda la vida asustada: asustada de hacer algo mal en casa, asustada de que la pillaran robando cosas, asustada de ser Shelley Slater cuando sabía que era Tasha Joseph. Ahora su mayor miedo era que Finn viniera a por ella.

Ellos creían entenderlo, pero no lo hacían. No lo sabían todo, y cuando lo supieran, comprenderían por qué lo había hecho: pero no había un sitio para ella allí, ni en ninguna parte. No tenía ni idea de qué hacer, pero de repente lo más fácil le pareció simplemente hacer lo que ellos querían. No tenía ni idea de qué iba a pasar con ella, pero lo que sí sabía era que desde que se había ido, había echado de menos a Ollie. Echaba de menos cómo decía su nombre y cómo intentaba abrazarle la pierna; echaba de menos simplemente saber que él estaba ahí. Quería que estuviera a salvo. Y la única forma de asegurarse de eso era ayudándolos, a ellos, a la pasma, a su padre, a esa gente a la que le habían enseñado a odiar. Pero Ollie era inocente. Tal vez fuera el único que lo era, pero por Ollie era por quien iba a luchar ahora.

—No sé dónde vive Julie —dijo en voz baja—. Si eso es lo que esperas que te diga, de verdad que no lo sé. Pero tiene dos casas. Oí a Rory decirle eso a Donna. Tiene chicas que trabajan para ella, algunas en la calle, y las jóvenes como yo en una de las casas. No en la que vive. No sé nada más.

Becky pareció decepcionada, pero le apretó la mano.

—Vale, pero si se te ocurre alguna cosa, dímelo. ¿Quieres bajar?

Natasha negó con la cabeza y Becky se giró hacia las escaleras.

Había otra cosa que Natasha sabía, algo que tal vez fuera útil. Ya estaba metida hasta el cuello. ¿Qué diferencia había?

—Becky, Julie tiene una furgoneta de hamburguesas. Es allí donde Rory recoge el hachís. —Sintió un mínimo pinchazo de algo parecido al orgullo cuando Becky se dio la vuelta y le regaló una sonrisa gigante.

—Eso es fantástico, Tasha. Estupendo. Bien hecho. Ven conmigo. Hablaremos con Tom ahora, y puede que quiera preguntarte un par de cosas más. ¿De acuerdo?

En ese momento David subió a toda prisa las escaleras blandiendo el móvil de Natasha. Estaba sonando. Sin decir palabra, se lo puso a Natasha en la mano y ella de inmediato sintió náuseas. No quería hablar con nadie. Ni ahora ni nunca. Pero tenía

que hacerlo.

—Hola —susurró, mirando de David a Becky mientras escuchaba. Colgó el teléfono y se dirigió a Becky, ignorando a su padre. Sabía que si hablaba su voz se rasgaría y se rompería, tragó saliva, intentando detener el proceso. Lo que Rory le había pedido no se podía hacer, y ella, Natasha, pagaría las consecuencias por no contárselo. Bien podría estar ya muerta.

—¿Qué, Tasha? —Becky le estaba preguntando, y Natasha se dio cuenta de que no era por primera vez.

—Al final la cosa va a ser esta noche. Quieren hablar con David en diez minutos, pero quieren que Emma esté aquí también.

Tom justo estaba considerando si poner ya en marcha el intercambio de Becky por Emma cuando sonó su radio.

—¿Becky? ¿Qué pasa?

Rápidamente puso a Tom al día de todo lo que Natasha le había contado, incluyendo el contenido de la llamada de Rory Slater.

—Buen trabajo —dijo Tom—. Si Natasha tiene razón y Julie es la mujer de la furgoneta de hamburguesas, estoy bastante seguro de que Paul Green, de Titan, me contó que uno de los matones de la banda tiene una esposa que lleva una furgoneta de hamburguesas. Y me suena que no es lo único que hace. Me pondré en contacto con Titan y les preguntaré si tienen la dirección del marido de Julie, Finn McGuinness. Luego mandaré allí a un equipo de incógnito. Necesitamos estar seguros de que el bebé se encuentra allí antes de entrar.

Tom volvió deprisa al salón. Emma se levantó de un salto del asiento, identificando claramente a partir de los tonos urgentes de Tom que algo estaba pasando.

—No tenemos tiempo de meter a Emma de nuevo en la casa antes de que llamen. Becky, vas a tener que darle instrucciones a David. Les va a tener que decir que Emma está vomitando. Tiene que insistir en que le digan lo que hay que hacer, y él lo tiene que escribir.

Emma estaba de pie al lado de Tom, con cara de querer arrancarle la radio de las manos y gritar «¿Qué? ¡Cuéntame!». Tom levantó la mano y la agarró del hombro.

—Tienes que decirle que ponga el teléfono en modo altavoz. Puede poner la excusa de que necesita tener las manos libres para poder anotar las instrucciones. Tú deja tu radio abierta, cancela las llamadas entrantes y recuerda no hacer ningún ruido o el micro de la cocina te delatará. Pero yo quiero oír qué piden.

Tom colgó e inmediatamente consultó su lista de contactos buscando el número de Paul Green.

La cara de Emma era una mezcla de esperanza y miedo, pero no tenía tiempo de explicárselo todo aún.

El oficial de Titan respondió de inmediato al teléfono.

—Tom, ¿se están calentando las cosas por tu lado?

—Efectivamente, y que tú sepas eso me da a entender que lo mismo está pasando en el tuyo. Necesitamos que nos des la dirección de Finn McGuinness. ¿Puedes hacer que alguien se la pase por radio a la inspectora Robinson, por favor? —Tom esperó mientras Paul trasladaba sus instrucciones—. ¿Qué tienes tú de nuevo?

—Nuestro CHIS dice que va a pasar esta noche, pero sigue sin saber decírnos lo que es.

—¿Y entonces cuál es el papel de vuestro informador en todo esto?

—No te lo puedo decir por el momento. Lo siento, ya sabes cómo son estas cosas. Pero es posible que pueda contarte algo más adelante.

—De acuerdo, estamos aquí esperando, confío en una línea abierta para oír sus demandas. Te vuelvo a llamar en cuanto sepa algo más.

Tom colgó, y estaba a punto de contárselo todo a Emma, que lo miraba ansiosa, cuando en su radio vio otra llamada de Becky.

No habló nadie, pero se oía un teléfono sonando de fondo. Luego una voz.

—Aquí David Joseph. ¿Qué queréis y dónde coño está mi hijo?

Emma estaba clavada en el sitio. ¿Qué estaba pasando? Tom no había tenido ni un momento para hablar con ella desde que regresó a la habitación, pero no paraba de asentir, tenso, en su dirección, suponía que para tranquilizarla, aunque no estaba funcionando. Sin embargo, no lo podía interrumpir, porque había subido el volumen de la radio y se oía hablar a David.

—Decidme lo que tengo que hacer. Acabemos con esto para que pueda recuperar a mi familia.

La voz de David era pura tensión.

Hubo silencio por un momento, luego volvió a hablar.

—No tenéis ningún derecho a decirme eso. ¿Queréis mi ayuda, no es cierto?

Emma vio un gesto de perplejidad en el rostro de Tom.

—No, no está aquí. Está vomitando, si queréis saber la verdad. No es capaz de digerir nada, ni siquiera agua. Vosotros decídmelo a mí y yo se lo diré a ella.

Hubo una pausa.

—No. No pienso ir a por ella. Tenéis que contármelo a mí —dijo David, consiguiendo de alguna manera introducir varios días de ira contenida en la palabra «pienso»—. Vosotros solo decidme lo que tengo que hacer.

Silencio. Emma se preguntó si se habría pasado con su órdago. *¿Por qué no ha puesto el maldito teléfono en modo altavoz?*

—¿Podemos no empezar con eso? Ya os lo he dicho: haré lo que me pidáis. Haré cualquier cosa para recuperar a mi hijo.

Hubo un silencio aún más largo.

—Sabéis que eso no es verdad —dijo David en voz baja.

Entonces el silencio se alargó y se alargó. La llamada debía de haber terminado.

Tom apagó la radio.

—Becky me llamará desde la otra habitación en un momento. No entiendo exactamente qué ha pasado ahí, pero hay otra buena noticia. No quiero que eches las campanas al vuelo todavía, pero creemos saber dónde vive Julie. Necesitamos estar seguros de que Ollie está ahí antes de revelar nuestra identidad y entrar a saco, pero si tenemos razón, podríamos recuperarlo muy pronto.

La radio de Tom chisporroteó.

—Sí, Becky, ¿qué diablos ha pasado? ¿Por qué no puso el teléfono en modo

altavoz?

Tom se sentía frustrado con David Joseph. Habría sido mucho mejor haber podido oír los dos lados de la conversación.

—Me temo que dice que se olvidó, Tom. No paré de hacerle señas, pero pasó de mí.

—¿Le preguntaste qué le dijeron? Algunas de sus respuestas eran un poco raras.

Tom había empezado a dar zancadas arriba y abajo.

—Dice que quieren que tanto David como Emma estén junto al teléfono otra vez dentro de una hora para recibir las últimas instrucciones. Intenté repasar las preguntas palabra por palabra, pero David parecía muy estresado y no quería presionarle demasiado.

—Vale. ¿Se ha puesto en contacto el equipo de respuesta armada? ¿Están en posición? —Hizo una pausa—. Excelente. Ya sabes lo que hacer. Coge el Range Rover, como si fueras a ponerlo gasolina. Ya sabes dónde y cuándo. Te veo en unos quince minutos. Bien hecho, Becky.

La cara blanca de Emma era como la de un fantasma a la luz de lámpara del salón, las sombras alrededor de los ojos negras como el alquitrán, y Tom sintió una sacudida de culpa. Debía de estar desesperada por saber lo que estaba ocurriendo.

—Van a volver a llamar dentro de una hora y quieren que estés allí. Lo que tienes que comprender es que no hemos podido meter en la casa ningún apoyo para vosotros, así que cuando manden a David a hacer lo que sea que le vayan a pedir, tú te vas a quedar sola en la casa con Natasha. Vas a estar expuesta, y eso no me gusta.

—Limitémonos a hacer lo que nos piden. Por favor, Tom. Has dicho que sabías dónde estaba Ollie: ¿no puedes recuperarlo ya, y así no importará quién esté dónde?

—Tenemos a un equipo comprobando la información sobre Ollie. Pero puede que tarden un rato. No puedes irrumpir en una casa llena de criminales, Emma, y además, si no está ahí, la habremos cagado. Mira, esto es lo que va a pasar.

Tom le explicó a Emma rápidamente el plan para volver a meterla en la casa.

—De camino, puedes repasar conmigo tus notas, y yo te diré cómo mantenerte a salvo cuando estés sola. Pero debes hacer lo que te digo, Emma. Estos hombres no juegan limpio.

Ni Tom ni Emma hablaron durante unos momentos mientras el coche se alejaba de su casa a gran velocidad. Ella estaba sentada muy erguida en su asiento, ligeramente inclinada hacia delante, como si quisiera que el automóvil fuera más rápido por la fuerza de su voluntad.

Estaban a punto de reunirse con un agente que les traía una radio y habían acordado verse con Becky en una gasolinera a unos diez minutos de casa de Emma. Se intercambiarían las chaquetas otra vez en el servicio de señoras, por si acaso hubieran seguido a Becky. Seguía lloviendo, así que tenían la excusa perfecta para

escondese debajo de las capuchas.

—¿Por qué crees que me quieren a mí allí, Tom?

—No lo sé. No tiene sentido hacer especulaciones. Probablemente quieran confirmación de que todo está saliendo como ellos esperan que salga.

Para mantener la mente de Emma activa y evitar que se pusiera a pensar en todos los escenarios posibles, Tom le pidió que leyera las notas que había escrito, animándola a darle más información mientras hablaba. Expresó su opinión solo una vez.

—Santo cielo, pobre niña —dijo cuando Emma le contó cómo la habían arrojado al foso hasta que aceptó que era Shelley Slater.

Tom vio en la distancia las luces de la gasolinera.

—En cuanto llegues a casa, asegúrate de que tienes el móvil completamente cargado, el australiano que has estado usando. Ponlo en silencio, quítale la vibración, y déjalo completamente apagado a no ser que lo necesites. Dáselo a David cuando se vaya a hacer lo que sea que le pidan. No podemos darle un micro, es lo primero que comprobarían. Lo mismo pasa con el teléfono, pero si tiene que reunirse con ellos, dile que lo apague y lo esconda en el coche.

Sintió cómo Emma se estremecía de pensarlo. Pero tenía que hacerla entender.

—Mientras, recuerda poner tu móvil en modo altavoz cuando me llames. Yo podré escuchar cada palabra que digas. Pondré mi lado en silencio para que no puedan oírme a mí. El GPS está encendido, así que podremos localizar a quien tenga el teléfono. No saben nada de tu móvil australiano, así que ellos no pueden localizarte a ti, pero nosotros sí. David debería llevarlo consigo cuando vaya a hacer lo que le pidan, pero tiene que tener mucho cuidado con cuándo lo usa. Si tiene que reunirse con la banda por cualquier razón, tiene que llevarlo apagado. Tendrán detectores de señal, así que asegúrate de que lo entiende.

Tom le explicó a Emma rápidamente cómo utilizar la radio, que podía tener con ella en casa.

—Esta es tu cuerda de salvamento, Emma. Una vez que David se haya marchado, enciértrate bajo llave con Tasha en un dormitorio del piso de arriba. Pon algo pesado detrás de la puerta. Si escuchas cualquier ruido que te inquiete, aprieta ese botón rojo. Te pasará directamente con el equipo de apoyo, y estarán a menos de tres minutos de distancia, así que no te preocupes.

Tom condujo hasta la entrada de la gasolinera y salió para acompañar a Emma a la tienda. Sus movimientos le parecieron espasmódicos, y le pasó un brazo informalmente por los hombros, intentando traspasarle parte de su fuerza. Al fondo de la tienda, Emma se fue hacia los lavabos y desapareció de la vista. Tom compró una revista y unas pastillas de menta y volvió al coche, mirando el reloj, con aspecto de ser, a ojos de cualquiera, un hombre deseando que su mujer se diera prisa.

Había una llamada que tenía que hacer.

—Philippa, aquí Tom.

—Tom, ¿cómo va? La inspectora Robinson me ha puesto al día sobre Ollie. ¿Dónde estás ahora?

Tom le contó lo que la banda le había pedido.

—Maldita sea, Tom, la familia queda bastante expuesta.

Tom contempló la gasolinera vacía y la llovizna que llevaba horas sin dejar de caer. Sabía que dejarlas en la casa era un riesgo, pero si Emma hacía exactamente lo que le había dicho, tenía que salir bien. Si los sacaba a todos e intentaba abrir negociaciones con la banda, no pensaba que volvieran a ver nunca más al pequeño Ollie.

—Mantenme informada, Tom. No me gusta, pero ya veo que tenías muy pocas opciones.

Natasha estaba sentada al borde de la cama, con los pies colgando a unos centímetros del suelo y las manos debajo de los muslos para que no le temblaran. Becky se había ido y Emma estaba regresando, venía para descubrir lo que la banda tenía planeado para todos ellos. Estaba completamente sola en la casa con David por primera vez desde que se había llevado a Ollie.

Un pensamiento se estaba abriendo paso en su mente, por más que intentara mantenerlo a raya. *¿Qué habría pasado si no me hubiera llevado a Ollie? ¿Y si les hubiera desobedecido?*

Era una idea estúpida. Hubieran mandado a Finn a por ella. La única manera de quedarse con los Joseph hubiera sido si toda la familia se ocultara bajo una falsa identidad, y Natasha no creía que Inglaterra fuera un país lo bastante grande como para esconderse de alguien como Finn McGuinness.

Pero había otra persona que tendría que cargar con parte de la culpa.

David.

Aquella era su oportunidad, una oportunidad para conseguir que le diera explicaciones, ahora que eran las únicas personas en la casa. Le daba miedo conocer la verdad; puede que Rory le hubiera mentado durante todos esos años y ella hubiera odiado a David sin motivo, pero tenía que saberlo. Se levantó de la cama y bajó silenciosamente las escaleras, con los puños apretados y los brazos rectos, pegados al cuerpo.

Su padre estaba en la sala de estar, de pie de espaldas a la puerta, los brazos sobre la repisa de la chimenea, inclinado hacia delante, con la cabeza gacha. Natasha se paró en silencio detrás de él, intentando reunir el coraje para hablar. Seguramente hizo algún sonido, porque David se giró enseguida.

—Cielos, Tasha, me has dado un susto de muerte. ¿Qué haces ahí de pie? Ven y siéntate.

Natasha no se movió. David frunció el ceño.

—¿Vas a volver a negarte a dirigirme la palabra, en serio? Yo diría que ya hemos pasado esa fase, ¿no?

—Necesito preguntarte una cosa, David.

—Pregúntame lo que quieras, pero ven y siéntate.

Natasha no se movió.

—Quiero saber por qué lo hiciste.

—¿Por qué hice qué?

—Tú sabes qué.

—Tasha, cariño, de verdad que no sé de qué estás hablando.

Tragó un nudo que sentía en la garganta, le costaba decir las palabras en voz alta.

—¿Fue porque no me querías? ¿O no querías a mamá? ¿A cuál de las dos?

David no podía mirarla a los ojos.

Realmente no necesitaba preguntar nada más. Su cara contaba toda la historia.

Lo único que quería saber era por qué.

En la gasolinera todo había salido según el plan. Becky le había devuelto las llaves y se habían intercambiado las chaquetas. Emma salió a toda prisa, limpiándose la cara con toallitas de papel y dejando que se le cayera la capucha. Si estaban mirando, le verían la cara. Había llenado el depósito, pagado y ahora ya iba de camino a casa. No tenía ni idea de lo que le traerían las próximas horas, pero con cada célula de su cuerpo ansiaba que le devolvieran a Ollie.

Se sentía segura en la carretera principal, pero en cuanto se metió en los caminos le vino a la cabeza lo vulnerable que era. Los limpiaparabrisas oscilaban rítmicamente a un lado y al otro, y los faros reflejaban los pequeños alfileres de luz plateada de la lluvia fina. Tras una curva, llegó a un tramo recto. Nada por delante.

De repente una luz cegadora le estalló en los ojos. Un reflejo en el retrovisor. Había un coche detrás de ella.

—Mierda.

Sin llevarse el teléfono a la oreja, Emma apretó un botón para hacer una llamada, y otro para poner el móvil en modo altavoz.

—Tom —dijo—. ¿Me oyes?

—Sí, te oigo. Alto y claro. ¿Estás bien?

—No. Hay alguien detrás de mí en el camino. ¿Qué debo hacer?

—No te preocupes, Emma. Es uno de los nuestros. En el siguiente cruce, girará a la izquierda cuando tú gires a la derecha, y otro coche le tomará el relevo desde ese punto. Estás a salvo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Lo siento, no sabía si iban a llegar a tiempo. No quería prometerte algo y no poder cumplirlo. Solo quiero asegurarme de que vuelves a casa sana y salva.

Como Tom había dicho, el coche que iba detrás de ella se marchó en el siguiente cruce, y unos momentos después vio nuevas luces en el retrovisor y rezó porque este fuera otro coche de la policía. Tenía delante las verjas de su casa y sintió cómo sus músculos se relajaban de alivio.

Entró por el camino de su casa, contenta de haber llegado, pero temiendo las horas que quedaban por delante. Se apoyó por un momento en el reposacabezas.

La adrenalina de la última media hora se diluyó de su cuerpo, y con ella la última gota de energía. Se sentía como una anciana cuando salió del coche y se abrió paso

silenciosamente en la casa. El recibidor estaba a oscuras. Nadie se había molestado en encender las luces.

La puerta de la sala de estar estaba entreabierta, y Emma podía ver a David allí de pie, sin acercarse a ella a toda prisa como hubiera esperado. No la había visto. Estaba observando a su hija, con una expresión horrorizada en la cara.

Emma estaba a punto de irrumpir y preguntar qué había pasado cuando oyó hablar a Tasha.

—Cuéntamelo —le dijo. Emma pudo oír el tono de vibrante dolor en la voz de la niña.

—No sé a qué te refieres. De verdad.

—Eres un mentiroso. Cuéntame lo que pasó. Háblame de esa noche de hace seis años.

Emma dio un paso atrás. No sabía lo que estaba pasando, pero era algo entre ellos dos.

—No sé cuántas veces tengo que decirte que siento mucho no haber ido con vosotras.

—Venga, por favor —dijo Natasha—. No empieces otra vez con eso. Tú nunca te planteaste ir con nosotras, ¿a que no? Porque entonces no hubiera funcionado, ¿verdad?

Desde las sombras del oscuro recibidor, Emma observó a su marido. Tragaba saliva, y vio cómo su nuez ascendía y descendía.

—¿Qué sabes, Natasha, o qué es lo que crees saber?

—¿No podrías decir la verdad, por una vez en tu triste vida? —dijo ella, con la dureza de la decepción en la voz—. ¿Cuál era el plan?

—Tasha, paremos esto ya. De todo eso hace seis años, y ya has vuelto con nosotros. Recuperemos a Ollie también y miremos al futuro.

—Eso estaría genial, ¿verdad? Olvidemos los últimos seis años. Yo nunca me olvidaré de los últimos seis años, David. Tú solo cuéntamelo. ¿Por qué había que secuestrarnos a mamá y a mí? ¿Por qué era esa la única solución?

—No fue así, Tasha. Se suponía que a vosotras no os iba a pasar nada, te lo prometo.

Emma ahogó un grito. ¿De qué estaba hablando?

—¿Y entonces qué se suponía que iba a pasar? ¿Mamá lo sabía?

David se dio media vuelta, y Emma supo de algún modo que no quería que Tasha le viera la cara.

—Por supuesto que tu madre no lo sabía. Nunca hubiera accedido, y no era una gran actriz. Tenía que ser real para que la policía la creyera después. Se suponía que todo iba a terminar muy deprisa. Iban a llevaros a tu madre y a ti a un lugar seguro. Solo durante una hora o dos. Nunca os hubiera puesto en peligro. No ibais a sufrir ningún daño.

—¿Qué? —En la voz de Natasha había un punto de incredulidad.

Ay, David, ¿qué hiciste? Emma no quería oír nada más, pero no podía alejarse de allí.

—¿Cómo iba yo a saber que tu madre estrellaría el coche? No sé por qué te raptaron. Eso no me lo esperaba.

—¿Qué te pensabas que iban a hacer? Yo tenía seis años, no era un bebé. Podría haberle contado a la policía lo que había pasado. Podría incluso haber reconocido caras.

David se quedó en silencio.

—Así que entonces me decían la verdad —dijo Natasha en voz baja.

—Lo siento tanto, Tasha. En aquel momento me pareció la mejor forma de salir del paso. Debía dinero. Se lo debía a una gente..., una gente brutal.

—Sí, curiosamente yo conozco a esa gente. He vivido con ellos durante seis años, ¿te acuerdas?

—Sabía que en una de las cajas fuertes había diamantes, y sabía en cuál de ellas. Pero si se hubieran limitado a entrar y robarlos, yo me habría visto implicado. Así que el plan era que fingieran raptaros, pero no era real.

—Hubiera sido real para mamá y para mí, sin embargo, ¿no es verdad?

—Sí, pero no por mucho tiempo. Iba a ayudarlos a entrar en la cámara acorazada para que pudieran robar los diamantes. Así saldaba mi deuda, y os liberaban a tu madre y a ti. La policía sabía que solo lo había hecho por estar amenazado. No se habría hecho daño a nadie. Ese era el plan.

—Así que cuando todo salió mal, si sabías que me tenían a mí, ¿por qué no fuiste a la policía?

—Es que no lo sabía. Te lo prometo. El tío al que le debía ese dinero desapareció, y yo nunca supe su nombre. Solíamos reunirnos para jugar a las cartas. Aposté demasiado, no paraba de pensar que me cambiaría la suerte. El único vínculo era él.

Emma oyó una risa aguda que surgía de la garganta de Natasha: un cruce entre eso y un sollozo.

—De verdad que eres tonto, eh. Todos habrían participado en la jugada, todos aquellos hombres con los que jugabas a las cartas. Aposto a que fingían no conocerse, ¿a que sí? Te la jugaron desde el principio: otro imbécil que no sabe aferrarse a su dinero. ¿Y entonces cómo pagaste la puta deuda cuando el robo no salió?

Él cerró los ojos y habló en voz tan baja que Emma apenas lo oía.

—El seguro de vida de tu madre.

Emma escuchó una inhalación profunda que se convirtió en un sollozo. Había tenido suficiente.

Abrió la puerta de un empujón y se acercó a Natasha, rodeándola con los brazos, apretándola fuerte. Sintió que por un momento Tasha se relajaba contra su cuerpo.

—Emma —dijo David, mirándolas de hito en hito, preguntándose, evidentemente, cuánto había oído.

Lo único en lo que Emma podía pensar era en el duelo de su marido cuando lo conoció; hablaba sin parar de lo mucho que había querido a su familia, de cómo, si hubiera podido volver a empezar, hubiera hecho las cosas de otra manera. A lo mejor era más que duelo. O a lo mejor era otro sentimiento completamente diferente.

Culpa.

Becky se sentía aliviada de estar en lo que a ella le parecía un mundo normal, con gente a la que sabía manejar, como la chusma de Manchester. Por lo menos a ellos solía saber interpretarlos, saber en qué estaban pensando. Las últimas horas habían sido difíciles, por decir algo. Sentía que David estaba bloqueando sus esfuerzos, aunque diera la impresión de intentar ser útil.

Natasha era otra cosa, claro. Estaba muy confusa, lo cual era comprensible, pero también había cometido un delito muy grave. Y además la habían criado entrenándola para robar, mentir, llevar drogas..., de forma que ¿era una criminal o una víctima? Becky era capaz de gestionar adecuadamente ambas categorías, pero cuando las dos se mezclaban en la misma persona, se sentía confusa. Para ella, la dicotomía era sencilla. Las acciones estaban bien o estaban mal.

Tom siempre le había dicho que pocas cosas eran negras o blancas, y que algunas veces gente buena hacía cosas malas. Para Becky, la vida era más sencilla cuando los buenos se portaban bien, y los malos eran los cabrones asquerosos que ella esperaba que fueran.

—Estás muy callada —dijo Tom, mientras conducía por las calles oscuras y húmedas de los suburbios de Manchester.

—Lo siento, pensaba que lo habíamos tratado todo.

—Sí, pero eso normalmente no te deja muda.

Becky giró la cabeza despacio y enarcó las cejas. Vio la media sonrisa en la cara de Tom.

—Vamos, Becky, ¿qué te pasa?

Se quedó en silencio un momento más.

—Sabes cuando David estaba al teléfono con el mierda que fuera que llamó, que no sabemos quién es porque no lo pudimos oír. Bueno, pues él me veía perfectamente hacerle señas para que pusiera el móvil en modo altavoz. De hecho, intenté acercarme para hacerlo yo misma, pero él se apartó. ¿Por qué haría eso?

—¿Crees que está implicado?

—No lo sé, Tom, pero espero y rezo por que no.

Tom aparcó el coche junto al de Becky.

—Yo lo mismo. —Dejó el motor en marcha y se giró hacia Becky—. Bueno, tenemos un grupo de respuesta armada preparado cerca de la casa de la familia Joseph, y otro en Salford, en el domicilio de Finn McGuinness. Asumimos que Julie habrá llevado allí al bebé, y no a la otra casa, que sin duda estará llena de mujeres

preguntonas y de clientes. ¿Podrías ir para allá y esperar que demos la señal para que entres a por el bebé? Con algo de suerte tendremos a Ollie sano y salvo en su casa antes de que haya oportunidad de que pase nada.

Becky observó la cara tensa de Tom. Sabía lo difícil que le estaba resultando todo aquello y le daban ganas de inclinarse hacia él y darle un beso en la mejilla. Hizo una pausa y miró hacia otro lado.

—Ya estoy en ello, jefe —dijo, abriendo la puerta y corriendo bajo la lluvia hacia la protección de su propio coche.

Tom observó cómo se iba el coche de Becky. Quería sentirse confiado de que para cuando llegara a Salford, habrían encontrado al pequeño Ollie, pero sabía que no debía ser demasiado optimista. En cuanto Ollie estuviera a salvo, Tom quería paralizar el encargo, fuese lo que fuese, pero no estaba seguro del lugar en que esa decisión dejaría al equipo de Titan. Para ellos sería mejor que el plan de la banda siguiera adelante, para que Titan pudiera atraparlos con las manos en la masa, por fin, después de tantos años de esfuerzo.

Tom no había tenido tiempo de procesar la información que le había llegado desde todos los frentes en las últimas horas, y deseaba tener tiempo para poder pensar en Jack: en las cartas, en las cuentas bancarias y en la costumbre de su hermano de *hackear* los ordenadores de los demás para dejarles mensajes. La vida de Jack se estaba revelando, y era una imagen que a Tom no le estaba gustando nada. Su muerte, en cambio, estaba más confusa que nunca. ¿Accidente, suicidio, asesinato?

¿Lo sabría algún día?

Necesitaba dejar de pensar en Jack, pero a cada paso de aquella investigación parecía aparecer de improviso, y, más que nada, lo que le preocupaba era la llamada que Jack le había hecho a Caroline. ¿Cómo demonios había sabido lo que iba a suceder?

Tom llevaba un tiempo sospechando que el rapto de Natasha Joseph hacía seis años no había sido un accidente. Sin embargo, no era capaz de creer que la muerte de Caroline hubiera respondido a un plan, nadie podía planificar un accidente de tráfico en la carretera con tanta precisión que el resultado de muerte fuera una certeza, así que ¿cuál era plan?, ¿qué se llevaran a Caroline, a Natasha, a ambas? ¿Fue aquello también un secuestro tigre?

¿Y Jack lo había sabido? Desde luego eso parecía, pero ¿cómo?

Becky tenía razón en una cosa. El comportamiento de David Joseph al teléfono sugería que ocultaba algo. Tom estaba seguro de que él era la clave de todo. Quería sacudir a ese hombre para que soltara la verdad, pero en ese momento David Joseph estaba fuera de su alcance.

Tom metió la marcha bruscamente. No podía hacer mucho más que observar, y esperar.

El salón de los Joseph estaba en silencio. Desde que Emma había aparecido en la habitación, nadie había hablado, y era casi como si ninguno de ellos se hubiera atrevido, porque cuando lo hicieran se abrirían las compuertas que contenían la riada. David observaba con ansiedad a su mujer y ella le devolvía la mirada, con la expresión en blanco.

Natasha estaba aliviada de que Emma hubiera vuelto a casa. No podía evitar sentir un rápido subidón de placer porque Emma hubiera oído al menos parte de la confesión de David, pero ella aún no había terminado con su padre.

Se liberó del abrazo de Emma pero se quedó a su lado. David todavía miraba solo a Emma, sin duda intentando discernir lo que estaba pensando.

—Tengo una pregunta más para ti, papá —dijo Natasha, intentando meter en esa palabra tanto asco como pudiera—. ¿Por qué no me recuperaste cuando tuviste la oportunidad?

El cuerpo de David pareció congelarse. Sus ojos no se movieron, las manos permanecieron colgando a los lados. Era como una estatua. El único sonido era el tictac del gran reloj de pared del recibidor. Natasha aguardó, medio esperando que Emma interrumpiese y le dijera que estaba diciendo ridiculeces. Pero no lo hizo.

Finalmente David habló:

—Nunca tuve la oportunidad de recuperarte. ¿Por qué ibas a pensar eso?

Natasha sintió que la ira se abría paso de nuevo hasta la superficie. Realmente era patético.

—Me pusieron la cinta, David. Ya sabes, esa en la que te decían que me podías recuperar si hacías algo por ellos. ¿Te acuerdas? Y tú dijiste que no.

Nunca olvidaría el momento en el que Rory le había puesto la cinta. Estaba cabreado porque David se había negado a acceder a sus planes.

—No te quiere —le había susurrado Rory, merodeando por la habitación, cercandando su cuerpo, poniendo la cinta una y otra vez, como si fuera culpa de ella—. Interrumpirías su pequeña vida feliz, así que dice que nos podemos quedar nosotros contigo. —Luego Rory le había dado una fuerte colleja—. Eres inútil. Una puta inutilidad.

—Por el amor de Dios, Natasha, la cosa no fue así.

David le estaba suplicando, pero ella sentía náuseas. ¿Cómo se le podía ocurrir que algún día aquello se podría perdonar?

—Entonces, ¿cómo fue la cosa? —preguntó—. ¿Eso de que te ofrezcan

devolverte a tu hija después de cuatro años? ¿Cómo te sentiste al decir «No, gracias»?

Emma volvió a cogerla de la mano, y Natasha se la agarró, intentando no recordar lo que pasó después.

—No tenía forma de saber que realmente te tenían en su poder. No hubo tiempo de que ellos me presentaran pruebas.

—Te mandaron una puta foto, ¿qué más querías?

Y después de la foto Natasha se volvió a convertir en un riesgo. ¿Y si David se la había enseñado a la policía? ¿Si se hubiera comportado como un padre normal? Podrían haber mostrado la foto por ahí, podrían haberla visto en la calle, o la podría haber descubierto cualquiera de los trabajadores sociales que pasaban por la casa, con más frecuencia de la que a Rory le hubiera gustado. Así que hubo que mantenerla oculta, y Rory la había arrojado al Foso solo porque podía hacerlo, porque el plan había fracasado y no tenía a nadie más a quien reprochárselo.

David seguía intentando poner excusas. Su voz sonaba débil, quejosa. Ese tono también se lo hubieran quitado a golpes, si le hubiesen criado como la habían criado a ella.

—Podría haber sido una niña que se parecía un poco a ti. No lo sabía. Si hubiera sabido que eras tú, habría sido diferente.

—Te pidieron que hicieras una llamada. Eso era todo. Una chorrada de llamadita a un tipo que estaba fardando ante el mundo entero del montón de dinero que tenía en tu cámara acorazada y que estaba a punto de llevárselo todo. ¿Yo no merecía que corrieras ese riesgo?

Tasha realmente no quería oír más mentiras tuyas. Y pensar que se había preguntado, durante un breve tiempo, si todo lo que le habían contado sería falso: si Rory y Finn habrían falseado la grabación, si tal vez podría ser feliz en aquella casa. Menuda opción, aun si la tuviera. Vivir allí, con David, o regresar y aceptar el castigo.

A Natasha le picaban los ojos. *Menudas opciones.*

La mirada de Emma no podía apartarse de Natasha. Qué terrible para la niña oír aquello, saber que su propio padre estaba dispuesto a dejarla sufrir, aunque solo fuera durante un par de horas, para resolver sus propios problemas. Ella sería capaz de morir antes de hacerle a Ollie algo así. No tenía palabras.

David parecía más preocupado por la reacción de Emma que por la de su hija.

—Fue un error, Emma.

Explícale eso a tu hija, el pensamiento palpitaba en su mente. *Díselo a Tasha, no a mí.* Pero sabía que no lo haría. Quería que Emma estuviera de su parte, que lo apoyara, que lo comprendiera, como había hecho siempre.

—¿Por qué no hiciste mayores esfuerzos para ponerte en contacto con estos hombres, en hacer lo que fuera que quisieran de ti para recuperar a Tasha? ¿O

contarle a la policía toda esta triste historia?

Emma conocía la respuesta, por supuesto. No tenía agallas. Le preocupaba más lo que le pudiera suceder a él si fuera a la policía que lo que le estaba pasando a su hija. Él esperaría que, de alguna manera, todo se solucionara sin que él tuviera que hacer nada en absoluto.

Los recuerdos de las horas que habían pasado hablando sobre la pérdida de Caroline y de Natasha pintaban imágenes muy vívidas en su cabeza, y se dio cuenta de que a David le resultaba fácil lidiar con la muerte de Caroline. Siempre era parte de la conversación, pero lo que más le pesaba era la pérdida de Natasha. ¿Era por el dolor, por la culpa, o podría en realidad tratarse de miedo? ¿Miedo a que en algún momento del futuro, un momento que él no pudiera controlar, todo regresaría a él para morderlo? Tasha y todo lo que le había ocurrido era el problema que nunca desaparecería, por más que lo ignorara, porque yacía siempre agazapado en un resquicio de su conciencia. Y entonces, hacía dos años, en efecto había regresado, y él no había hecho nada al respecto.

David se estaba pasando los dedos por el pelo otra vez, y una acción que antes le resultaba entrañable de repente la irritaba más allá de toda medida.

—Nunca fui capaz de ponerme en contacto con ellos —dijo—. Siempre eran ellos los que se ponían en contacto conmigo. Lo intenté todo. Pensé que cuando las cosas se calmaran después del accidente y la policía dejara de atosigarme, a mí y a mis amigos, a mi familia, la cosa se reactivaría y me devolverían a Tasha, pero tres semanas más tarde el cliente sacó sus diamantes. Tenía un comprador.

—¿Y tú no hiciste nada? —Emma podía oír la repugnancia en su propia voz.

—¿Qué podría haber hecho? —preguntó David, con una expresión de perplejidad auténtica en la cara.

—Podrías haber hablado con la policía.

—¿Y qué, decirles lo que había hecho?

Emma no podía creerse el gesto de horror en la cara de David, como si aquella sugerencia fuera completamente ridícula.

—Sí, por supuesto que tendrías que haberlo hecho. ¿Y qué posible razón podías tener para no contárselo a la policía cuando tuviste la oportunidad hace dos años de recuperar a Tasha?

—Haces que todo parezca blanco o negro, y no lo era. Cualquiera podría haberse inventado una historia para decir que tenían a Tasha. Y yo hubiera ido a la policía, pero me dijeron que te harían daño a ti si lo hacía, Em. Y estabas embarazada de Ollie. No podía perder a mi segunda familia.

—¿De forma que vendiste a la primera para proteger al segundo, no? —preguntó Natasha, haciendo que sonara como una decisión razonable.

—Si hubiera ido a la policía, hubiera tenido que explicar lo que ocurrió hace seis años. Me hubieran encerrado, tenéis que entenderlo.

De repente, Emma sintió como si una ráfaga de aire helado hubiera entrado en la

habitación, y un hormigueo de frío y de miedo le recorrió la piel de todo el cuerpo.

—¿Y Ollie? ¿Esto también es culpa tuya, David? ¿Has dejado que se lleven a mi bebé para salvarte de alguna nueva estupidez?

Sintió que Natasha lanzaba un grito ahogado.

—No.

Pero Emma clavaba los ojos en David. Pensaba que podía leer la respuesta en su gesto paralizado de espanto, pero tal vez no lo conocía en absoluto.

El silencio momentáneo se quebró en pedazos cuando sonó el móvil de Natasha.

David y Emma se apresuraron hacia la cocina ante la insistencia de Natasha. Pensaba que el micro que estaba allí plantado podría recoger sus voces, y entraron, interpretando sus papeles, aunque Emma no deseaba nada más que agarrar a David del cuello y zarandearlo hasta que se lo contara todo. Se abrazó la cintura, intentando controlar la sensación de náusea instalada en lo más profundo de su ser. Así, tuviera o no David que ver con el rapto de Ollie, si él no hubiera echado aquella pelota a rodar hacía seis años, nada de esto estaría sucediendo ahora.

Cogió unos cuantos platos y los entrechocó y abrió el grifo para que sus oyentes supieran que estaban allí. No era capaz de dirigirle la palabra a David.

Natasha los siguió y entró en la cocina un minuto después.

—David, están al teléfono. Quieren hablar contigo. En modo altavoz.

Natasha puso el teléfono sobre la mesa y una voz distorsionada reverberó por toda la habitación.

—Apunta esto. A las dos treinta de la madrugada conducirás hasta Joseph and Son. En el porche trasero encontrarás una bolsa de deporte. Llévatela. Entra en el *hall* del edificio principal por la puerta de atrás. Ya conoces el código. A las tres una meterás el siguiente código en el teclado de seguridad de la puerta de Joseph and Son: uno, cinco, seis, tres, nueve, siete, cuatro. Esto te dará acceso a la cámara acorazada. Ya hemos solucionado el problema de los candados con temporizador. Mantén la puerta abierta con un tope. Si se cierra, el temporizador se pondrá en marcha de nuevo y no podrás salir.

David escribía frenéticamente. Emma tomaba sus propios apuntes: no podían permitirse ningún error.

—Abre la puerta de la sala de llaves y coge la llave de la caja 2909. Vacía el contenido en los sacos que encontrarás en la bolsa y métela en el coche. Tienes exactamente cincuenta y ocho minutos para hacerlo antes de que el sistema de seguridad realice el chequeo automático de quiebre de la seguridad. Tienes que haber salido del edificio y haber cerrado la puerta en ese tiempo. Si no, te cogerá la policía y no volverás a ver a tu hijo. ¿Lo has comprendido?

David levantó la mirada hacia Emma y ella asintió. Podía recordarle los detalles y repararlos juntos. Tenían tiempo.

—Llamaremos a este móvil a las cuatro y diez, momento en el que habrás de estar de vuelta en el coche. Te diremos dónde tienes que ir para hacer la entrega. Lleva ropa negra, de la cabeza a los pies. En la cámara acorazada no habrá luz.

Emma miró a su marido y sintió una momentánea empatía. La idea de entrar en ese lugar a solas, bajo las calles de Manchester, en un edificio que llevaba años allí y que escondía quién sabe qué secretos era suficiente para hacer palidecer al más fuerte de los hombres.

—¿Has entendido todo?

—Sí —contestó David.

—¿Y tú, Emma? —dijo la voz.

—No. ¿Cuándo recupero a mi bebé?

—Cuando el trabajo esté hecho. Natasha vuelve con nosotros y el bebé vuelve con vosotros. Te haremos saber dónde puedes encontrarlo una vez que la niña haya sido devuelta. Él estará a salvo.

Emma volvió su mirada horrorizada hacia Natasha. Siempre había dicho que tendría que volver, pero Emma nunca había pensado que ese momento llegaría.

El hombre estaba hablando otra vez.

—¿Estás escuchando, Emma?

—Sí —respondió en voz baja, con la mirada aún clavada en la cara de Natasha.

—Bien, porque no va a ser David quien haga este trabajo. Vas a ser tú. Tú eres la que va a entrar en la cámara acorazada si quieres volver a ver a tu hijo.

Y la comunicación se cortó.

Había sido más fácil de lo que Becky imaginaba localizar la casa en la que creían que podía estar retenido Ollie. El equipo de Titan había confirmado que la mujer de Finn McGuinness gestionaba la furgoneta de hamburguesas, y la pareja de apariencia respetable tenía una casa en una zona sorprendentemente próspera de Salford, en una calle de hermosas casas amplias. Eso era en sí mismo un alivio, porque una operación encubierta en una calle en la que las viviendas estuvieran apretujadas, con vecinos a un par de metros los unos de los otros, era una pesadilla.

A Becky la habían condenado a meterse en su coche, aparcado en la calle más allá del cordón exterior colocado por el equipo armado, y tamborileaba nerviosa con los dedos en el volante. McGuinness era el matón de una banda criminal, de forma que la probabilidad de encontrar un arma de fuego en su casa era muy alta. Desafortunadamente, eso significaba que Becky no podía irrumpir en la casa sin más y exigir que le entregaran a Ollie. El comandante del grupo armado era ahora el responsable de organizar la operación y de tomar todas las decisiones, lo que significaba que por el momento Becky estaba de sobra. Lo único que podía hacer era esperar a que le dieran luz verde: el momento en que podría ir a rescatar a Ollie.

Estaba demasiado lejos para ver qué estaba pasando, y, en cualquier caso, apenas veía nada por el parabrisas, porque los goterones de lluvia se unían para crear ríos plateados que corrían cristal abajo. No podía llamar la atención poniendo en marcha los limpiaparabrisas, así que escudriñaba por la ventanilla lateral las siluetas negras de los árboles que flanqueaban la estrecha calle sin salida, escondiendo las caras propiedades construidas bien apartadas de la carretera.

No parecía correcto que una de aquellas hermosas casas perteneciera a Finn McGuinness, y Becky pensaba en todas las vidas que se habían ido al traste a causa de las drogas y de Dios sabe qué más cosas que habían sufragado ese estilo de vida. Había visto fotografías de McGuinness. No era como ella esperaba. Curiosamente, tenía aspecto de director de una sucursal bancaria, un hombre que no aparentaba estar fuera de lugar en aquella calle de clase media. Aparte de lo que parecía un ceño perpetuamente fruncido por la preocupación, su rostro carecía de todo rasgo memorable. El pelo corto y canoso, bien cuidado, escaseaba en la frente, pero no había rastro alguno que revelara la vida criminal que se decía que había llevado. Ni siquiera era un hombre muy alto, medía uno setenta y siete, y en todas las fotos lo había visto con abrigo elegante y moderna corbata roja. Un hombre de negocios de la cabeza a los pies.

Pero incluso en una imagen estática de dos dimensiones, eran los ojos los que lo decían todo. Nada podía disimular la mirada negra, plana y penetrante que, Becky estaba segura, convertiría tus piernas en gelatina si te la dirigía, cosa que estaría lejos de ser una sensación agradable. Deseaba no estar a punto de descubrir eso por sí misma esa noche, rezaba por ello.

Estaba encendida una luz en el dormitorio de arriba, e indicaba que alguien podría estar en casa, pero por el momento nadie había visto movimiento alguno ni había oído ningún ruido. Sabía que el equipo estaba colocándose en sus posiciones, pero era una operación delicada, con demasiados factores desconocidos para gusto de Becky.

Un chaparrón repentino limpió el parabrisas, creando por un momento una sábana de agua perfecta que mejoraba la imagen que se veía a través del cristal. Escudriñando la vista distorsionada, Becky observó a un miembro del equipo acercarse con cautela a la casa, poco más que una oscura sombra, manteniéndose pegada a la pared. Estaban colocando los micrófonos. Necesitaban oír a Ollie o a Julie. Si se equivocaban ahí, Ollie podría no salir de aquella con vida.

Emma se encerró en el baño. No podía dejar que ni Natasha ni David supieran cómo se sentía ante la idea de tener que llevar a cabo el robo, pero el gesto de horror en la cara de Natasha lo decía todo. Esto no se lo había esperado. La expresión de alivio de David porque no fuera a ser él la repugnaba.

¿Era este el hombre con el que se había casado? Las imágenes de su vida en común pasaban por la cabeza, esos momentos en los que posiblemente hubiera malinterpretado las acciones de su marido. Siempre había pensado que su incapacidad para enfrentarse a las duras realidades de la vida se debía a su naturaleza optimista. Ahora estaba segura de que se trataba de esconderse de la verdad. En aquel momento se estaría convenciendo a sí mismo de que estaba bien que Emma hiciera eso. Habría elaborado una lista de razones para justificar que era mejor que Emma bajara a aquella cámara oscura y silenciosa. De esa manera no hacía falta que se sintiera culpable por ello.

Pensara lo que pensase, ella no iba a darle la satisfacción de saber lo aterrada que estaba.

Había visitado la empresa de David en las horas de luz, cuando la media docena de personas que trabajaban allí estaban presentes. Incluso en esas ocasiones le había parecido que el lugar tenía algo de siniestro. Hacía meses que no iba, desde aquella vez que se presentó para presumir de hijo ante los colegas de David poco después de que el niño naciera, y estaba intentando visualizar el lugar, fijar un plano en su cabeza.

La entrada de clientes se hallaba en la calle principal, pero a ella le habían dicho que entrara por detrás, por un acceso que desconocía. No importaba, porque todo, las oficinas, la recepción, las cajas de seguridad, estaba en las entrañas de la tierra, bajo

las calles de Manchester.

Había un largo tramo de escaleras estrechas que conducían a una pequeña zona de recepción, con apenas espacio para un par de guardias de seguridad y un banco de monitores de circuito cerrado de televisión detrás de un mostrador. Una puerta conducía desde allí a la sala de llaves.

Luego había más escaleras que descendían a los espacios de suelo de baldosa de abajo. El despacho de David estaba en esa parte del edificio; siempre decía que se sentía un poco como un topo, todo el día enterrado bajo el suelo. En invierno, entre semana, nunca veía la luz del sol. No había ventanas: estaban a demasiada profundidad.

Había habido un momento durante su última visita en el que la habían dejado a solas mientras David iba a responder una llamada de teléfono. Emma recordaba haber tenido la misma sensación que tuvo una vez en Londres, en una estación de metro desierta. El silencio tenía una cualidad de muerte, y también la sensación de que te observaban las hordas de personas que habían pasado por allí antes.

Luego David había vuelto y le había enseñado las salas individuales que salían de ese cavernoso espacio central, cada una repleta de hileras y más hileras de cajas de seguridad. Había una diminuta sala de visionado a la que los clientes podían llevar sus cajas para examinar su contenido, para añadir o retirar lo que fuera que guardaran allí. Ahí yacía, como un ataúd de madera pulida, a un lado de la sala: un lugar donde guardar tus secretos.

La cámara acorazada era como la madriguera de un conejo: salas y más salas escondidas a la vuelta de esquinas, abriéndose en espacios inesperados. Sabía que durante la guerra lo habían usado como refugio antiaéreo, y Emma se imaginaba a la gente apretujada contra las paredes, escuchando las explosiones mientras el Blitz de Manchester destrozaba el Palace Theatre, a solo unos pocos centenares de metros.

Se estremeció. No era un lugar que quisiera visitar a solas, incluso con las luces encendidas. No tenía ni idea de cómo se manejaría en la oscuridad. Pero era por Ollie. Por Ollie haría cualquier cosa.

Se apoyó en un lado de la bañera, sabiendo que iba a tener que llamar a Tom, pero no era capaz de decidir cuánto contarle. ¿Debería contarle lo de David, el trato que había hecho hacía seis años? ¿Influiría en lo que pudiera pasar ahora? Pensaba que no, pero podía estar equivocada. El caso es que no quería contárselo: sentía vergüenza.

Pero no podía arrepentirse de David. Sin él Ollie no existiría, e incluso aunque David no estuviera dispuesto a luchar a muerte por su mujer y ocupar su lugar en las cámaras acorazadas que tan bien conocía, estaba absolutamente convencida de que ella sí lucharía hasta el último aliento por su bebé.

Utilizando el teléfono australiano, apretó el botón de llamada.

—¿Qué está pasando, Em?

Tom escuchó a Emma repetir las instrucciones y le contó todo lo que había descubierto desde que llegó a casa.

La revelación de Emma sobre David desgraciadamente no resultó en realidad una sorpresa para Tom; desde luego explicaba algunas de sus acciones, así como la actitud de Natasha.

—¿Crees que él podría tener algo que ver con lo que está sucediendo ahora, Emma?

Tenía que preguntárselo, aunque la idea ni se le hubiese pasado a Emma por la cabeza.

—Creo que no —respondió ella, sin rastro de escándalo ante tal sugerencia—. Parecía auténticamente horrorizado por que yo pudiera pensar eso, como si fuera una idea totalmente ridícula.

Oyó que la voz de Emma se quebraba, y se preguntó cuánto más sería capaz de resistir.

—No tienes por qué hacer esto, Emma. Podemos hacer otro intercambio; otra persona podría entrar en la cámara en tu lugar.

—Eso no va a ocurrir, Tom. Caminaré sobre brasas por mi hijo si tengo que hacerlo. Si otra persona lo hace y lo hace mal, nunca me lo perdonaría a mí misma. Y además, necesitan mi huella dactilar en los candados.

—Mierda, me había olvidado de los candados biométricos. ¿Por qué tienen tus huellas en el archivo?

Emma le explicó que había sido una precaución que habían tomado una vez que David había estado enfermo. La banda debió de *hackear* el sistema para liberar el temporizador, así que seguramente localizaron sus huellas en esa misma operación.

—Existe la posibilidad de que ni siquiera tengas que hacer esto —dijo Tom—. Si encontramos a Ollie antes del plazo, ese será el final de tu papel en este asunto.

Escuchó una oración murmurada y le concedió a Emma un momento.

—¿Estás bien? —preguntó al fin.

—No pasa nada. No voy a fastidiarla —dijo en voz baja.

—Lo sé. Habrá alguien contigo a cada paso del camino, Em. Tú solo recuerda que estamos cubriéndote las espaldas.

—Todo listo, jefe —dijo Finn, mirando al hombre más joven y más alto que él que se calentaba frente a la chimenea.

—¿Estás seguro? —le preguntó el hombre al que Finn llamaba «jefe».

—Sí, eso creo. La mujer no la va a cagar. No me fiaba de que el mamarracho del marido lo hiciera bien, pero ella es un poco más sólida. El tiempo es un problema. Si no sale, sonará la alarma y estaremos jodidos, o más bien lo estará ella. Pero dudo de que ella vaya a dejar que pase eso.

—¿El *hacker* está sobre aviso?

—Sí, está seguro de que puede paralizar la alarma para que ella pueda salir, pero no ha tenido manera de comprobarlo. Probablemente tenga una ventana de un par de minutos para liberar el cierre automático de las puertas antes de que llegue la policía.

—¿Y el comprador? ¿Lo has analizado?

El jefe se apartó del fuego, frotándose por un momento la trasera de los pantalones con ambas manos. Cogió un vaso de líquido transparente de la mesa. Un par de cubitos de hielo se mecían en la superficie, tintineando contra el borde.

—Todo lo que pude. Nos ha enseñado el dinero, así que sabemos que lo tiene. De eso es de todo lo que podemos estar seguros.

—Es hora de deshacernos de Rory, Finn.

—Sí, es un puto riesgo. Para este trabajo lo necesitamos, pero después de eso... A esos chavales no los ha manejado bien. A Rick y a Shelley los han pillado las cámaras de seguridad, y luego está la otra, Izzy.

—¿Estamos seguros de que es ella?

El jefe se bebió el líquido de un trago. Finn sabía que tenía que ser agua; el jefe nunca bebía antes de un trabajo.

—Al noventa por ciento. Según la información que manejamos, llevaba la ropa correcta, el camisón que le dio Julie. Y además creen que iba de keta hasta arriba. Lo que suena bien. La podría haber pillado donde Julie.

—Bueno, por lo menos está muerta. Una menos de la que preocuparnos.

El jefe parecía satisfecho, y el trabajo de Finn consistía en mantenerlo así.

—Shelley no le debería haber cantado toda la historia. Si Izzy no estuviera ya muerta... —No hacía falta que Finn dijera nada más—. Hablando de Shelley, tenemos un par de horas antes de la entrega. Voy a sacarla de allí. Con el bebé lo hizo bien, pero ha cometido algunos errores estúpidos y tiene que pagar por ellos. Casi jode toda la operación, y no podemos fiarnos más de ella.

Shelley Slater estaba a punto de descubrir lo que le ocurría a la gente que se cruzaba en el camino de Finn McGuinness. Todavía no había terminado de decidir lo que haría con ella, lo severo que sería el castigo. Pero Julie no querría que le dejara marcas. Decía que con Shelley podían ganar una fortuna.

—Nos vemos aquí de nuevo en una hora, entonces, cuando hayas solucionado lo de la chica —dijo el jefe.

Finn asintió, se puso los guantes de cuero y salió por la puerta.

Cuando Tom llegó a la sala de control de Salford West, encontró un ambiente de tensión contenida. Había agentes sentados ante ordenadores, llevando a cabo sus tareas en silencio y con eficiencia. A pesar de la calma aparente, Tom sabía que cada una de las personas de aquella sala estarían sintiendo el estómago revuelto ante la carga de responsabilidad.

Una serie de monitores a lo largo de una pared mostraban tres operaciones simultáneas, y el comandante táctico del grupo armado daba instrucciones al equipo operativo, ya sobre el terreno en casa de Finn y Julie McGuinness. Pero por ahora nadie había oído el sonido de ningún bebé.

Estaban montando dos pantallas para controlar la actividad en las cercanías de Joseph and Son. Había un equipo preparado por si Emma encontraba cualquier tipo de problema.

Tres pantallas más mostraban imágenes de una localización que Tom no reconoció. Paul Green las observaba con mucha concentración, y Tom se dio cuenta de que estas debían de tener que ver con la operación de Titan.

—¿Dónde estamos? —preguntó Tom, dirigiéndose a Paul Green y señalando las pantallas.

—En un cementerio cerca de la M60. Han escogido bien. No hay cámaras de seguridad de circuito cerrado, pero sí varias rutas de salida rápidas. Es donde creemos que se producirá la entrega del botín al comprador, y se dice que al jefe le gusta estar allí. Por lo visto no se fía ni de Dios.

—A Emma no le han dicho dónde tiene que ir una vez que salga de la cámara acorazada, así que imagino que es vuestro informador quien os ha dado esta localización.

—Sí, ha sido él. Espero por Dios que no me haya estado tomando el pelo con esto. Pero creo que no.

Tom sintió la súbita y extrema necesidad de saber más. No era solo por Emma, aunque su prioridad eran ella y Ollie, pero esto estaba tan relacionado con los acontecimientos de hacía seis años, y quería desesperadamente conocer el papel de Jack en aquello. Era evidente que sabía algo de la noche que murió Caroline, y había sido Jack quien instaló el sistema de seguridad en Joseph and Son. Además, su compañía había sido la elegida porque el sistema había sido *hackeado* por alguien que dejaba mensajes en los escritorios de los ordenadores de los demás.

En la mente de Tom ya no cabía ninguna duda de dónde había salido el dinero de

la cuenta secreta, y ahora vacía, de su hermano. El vínculo entre las fuentes de su fortuna y sus clientes era demasiado fuerte. Había estado *hackeando* los sistemas informáticos de la gente y luego vendiéndoles sus servicios, y Tom sabía perfectamente cómo habría sido Jack capaz de justificar eso.

—Si yo fui capaz de hacerlo, también lo podría haber hecho otro.

Tom podía escucharle decir eso en aquel mismo momento. Pero Jack no tenía por qué hacer trampas. Podría haberlo hecho legítimamente, señalando las debilidades de sus sistemas.

La voz de Jack le llenó la cabeza de nuevo.

—Nunca se habrían fiado de mí de esa manera. Hubieran pensando que era un cabrón escurridizo, y se hubieran ido con otra empresa. No seas tarado, Tom.

Pero eso no lo ayudaba a comprender cómo había sabido Jack que Caroline y Natasha iban a ser raptadas. Ni por qué, habiendo avisado a Caroline, había abandonado el país el día después. Unas horas más tarde, estaba muerto.

Demasiadas coincidencias, y a Tom las coincidencias no le gustaban. ¿Mataron a Jack? ¿Lo asesinaron por su papel en todo aquello, por haber avisado a Caroline Joseph?

Paul Green interrumpió sus ensoñaciones.

—Tom, tenemos como media hora antes de que Emma salga de su casa. ¿Tienes cinco minutos para que te cuente lo que sabemos sobre la banda?

Tom se acercó a una pizarra blanca en la que se mostraba toda información que pudiera ayudar a su investigación.

—¿Sabemos cómo planea la banda esquivar el sistema de seguridad para meter a Emma en la cámara acorazada? Según David Joseph no cabe ningún error en el sistema, pero evidentemente eso no puede ser así. Entiendo que lo han *hackeado*.

Paul Green asintió.

—Estoy de acuerdo. Emma no podrá entrar a menos que hayan roto la seguridad como mínimo de la puerta principal, pero sería una inmensa tontería entrar en la cámara sin saber lo que estás buscando, así que también deben de saber exactamente lo que hay en la caja.

—¿Crees que esta banda criminal organizada cuenta con su propio *hacker*? —preguntó Tom.

—No, creo que habrán reclutado a uno. La red oscura es responsable de muchas cosas hoy en día: un paraíso para los *hackers*, con más puestos de trabajo que gente para ocuparlos. Pero este es un trabajo muy especializado. Habrán necesitado a alguien excepcional, y me imagino que lo han encontrado, a él o a ella.

—¿De modo que vuestro informador no es el *hacker*?

—No, no lo es.

Tom sentía una vaga ansiedad. Sabía que el equipo de Titan lo manejaría bien, pero si se descubría al informador, sus horas estarían contadas.

—Pensaba que querías saber algo más sobre este grupo. Ya sabes de alguno que

está al final de la cadena alimenticia: Rory Slater. Hay muchos más como él. Conocemos al menos a otros dos matones, y es Finn McGuinness el más activo, y también sabemos de las diversas actividades empresariales de Julie McGuinness. Estamos dispuestos a ir a por ellos en cuanto cojamos al tipo principal.

Paul señalaba imágenes de cada una de las personas a medida que iba mencionándolas.

—No logramos con mucha frecuencia conseguir fotos del jefe. Vive bastante recluido y se le dan excepcionalmente bien los disfraces. Pero esta la conseguimos sacar cuando pasaba por el arco de seguridad en el aeropuerto de Manchester.

Paul Green señaló una imagen de un tipo alto con un abrigo oscuro: elegante, con estilo, con buena caída de sus anchos hombros. Tom observó la cara del hombre y avanzó despacio hacia la pizarra blanca hasta estar a centímetros de ella.

—Dios mío —murmuró. No era lo que esperaba, pero de alguna manera no le sorprendió. Era como otra pieza del rompecabezas, pero no tenía ni idea de dónde encajarla.

—¿Lo conoces? —preguntó Paul Green—. Se llama Guy Bentley.

—Puede que ahora se llame así —respondió Tom—, pero solía ser Ethan Bentley. Su padre era el propietario del hotel Bentley's.

—Efectivamente, así es. Y era el más corrupto de los corruptos, hasta que falleció cuando se incendió su hotel, muchos creen que de mano de Guy, aunque nunca se ha podido probar. Proporcionaba a sus clientes chicas, chicos, drogas, lo que quisieran. Pero Guy ha sido mucho más listo. Tiene un perfil tan bajo que apenas existe. ¿Cómo diablos conoces a alguien como Guy Bentley?

—Conocía a mi hermano Jack.

Green clavó los ojos en Tom.

—¿Es este el mismo hermano que instaló el sistema de seguridad en Joseph and Son? Murió hace unos años, ¿no?

Tom asintió, incapaz de articular palabra. Porque la suma de todo aquello daba una imagen muy fea, y si sus sumas eran correctas, existían muchas posibilidades de que la persona responsable de la muerte de Jack fuera la misma persona cuyo rostro estaba mirando en ese mismo momento en la pizarra.

—Hago esto por Ollie. Hago esto por Ollie.

Emma repetía esas palabras una y otra vez en su cabeza mientras conducía, dando un rápido sorbo a una botella de agua que se había traído. Tenía la boca completamente seca, pero la piel fría y pegajosa.

Casi había llegado.

Así hubiera odiado cada segundo de aquello, había repasado con David el plan una y otra vez, asegurándose de comprender todo lo que tenía que hacer. Le había dado la radio de la policía, enseñándole a usarla para llamar si necesitaba ayuda, diciéndole que se asegurase de mantenerse a salvo a sí mismo y a Natasha. Pero la verdad es que no estaba segura de que la estuviera escuchando.

Soltó el volante primero con una mano y luego con la otra, limpiándose las palmas húmedas en el par de viejos pantalones cargo negros que se había puesto. Llevaba el teléfono al fondo de uno de los bolsillos, con el modo altavoz activado. En el asiento del copiloto había una linterna de cabeza, con una batería nueva cargada del todo.

Emma llevó el Range Rover por un estrecho callejón que conducía a la puerta de atrás del edificio bajo el cual se hallaba la cámara acorazada de Joseph and Son, y lo aparcó en la zona de carga y descarga del taller de confección textil contiguo.

En las calles de esa parte de Manchester reinaba un silencio sepulcral, aunque sabía que a menos de un kilómetro habría mucha actividad, cuando las discotecas se vaciasen y la gente emprendiera el camino de vuelta a casa.

No había ninguna luz en el callejón.

—Ya estoy aquí —susurró, alargando la mano para abrir la puerta del coche.

Salió al asfalto mojado, con los pies metidos en unas zapatillas de deporte oscuras que no hacían ruido alguno. Cerró la puerta tan suavemente como pudo, pero el débil clic parecía crear eco en aquellos muros de ladrillo, tan pegados a ambos lados del callejón que se sintió encerrada, atrapada. Las pilas de tela amontonada en la zona de carga y descarga desprendían olor a ropa húmeda, empapada por la lluvia torrencial del fin de semana, pero peor aún era la peste a grasa rancia que salía de la tienda de kebabs abierta veinticuatro horas en la calle principal.

Si hablaba, Tom y su equipo la oirían a través del teléfono. Pero una vez que estuviera fuera del coche, él ya no podría contestarle, a no ser que fuera una verdadera emergencia. Cualquier cosa que dijera Emma en voz alta tenía que sonar como si estuviera hablando consigo misma. Tom no sabía si la banda podría estar

captando el sonido de alguna manera.

El hombre al otro lado del teléfono le había dado instrucciones para que llevara también el teléfono de Natasha, y Emma sabía que podían encenderlo de forma remota si querían oír cualquier palabra que pronunciase. Y por supuesto podían rastrear su paradero en cualquier momento a través del GPS.

El edificio que tenía delante llevaba allí más de cien años, y en su día estuvo en el corazón de la industria textil. Ahora alojaba una serie de instituciones, desde compañías de seguros hasta despachos de abogados, pero solo Joseph and Son estaba bajo tierra.

Al acercarse despacio a la entrada colectiva Emma echó un vistazo alrededor, girando la cintura para mirar primero en una dirección y luego en otra. Estaba segura de que Tom había dicho que podrían verla desde el momento en que abandonara la casa hasta que entrara en la cámara, pero eso, de alguna manera, no le servía de nada. Un hueco profundo y oscuro conducía hasta la puerta, y la entrada era como una cueva en la que no penetraba ni una pizca de luz.

Se colocó la linterna de cabeza y la encendió.

Una abertura a su derecha conducía a unas escaleras que descendían hacia el cuarto de calderas. Se esforzó por no mirar en aquella dirección, sabiendo que la luz de la linterna no alcanzaría el fondo, y no podría saber si había algo, o alguien allí, observándola. Miró hacia abajo. En la esquina estaba la bolsa de deporte, como le habían asegurado.

Para entrar en el vestíbulo del edificio tenía que marcar una contraseña en el teclado que había a la derecha de la puerta. Esa era la parte fácil. Unos pocos clics y estaba dentro, junto a la puerta de seguridad principal de Joseph and Son.

—De acuerdo —murmuró, como para sí—. Ya estoy en posición y preparada para entrar.

Sacó el teléfono de Natasha del bolsillo para mirar la hora.

Decía que eran las 03:00.

Los últimos sesenta segundos se alargaban, cada segundo parecía más largo que el anterior. ¿Cambiaría alguna vez la hora? ¿Deseaba que cambiara? Estaba a punto de sacar el otro teléfono para comprobarlo cuando el dígito del minuto cambió.

03:01.

Introdujo despacio el número de siete cifras que le habían dado y escuchó un clic tranquilizador. Empujó la puerta y entró en el oscuro pasadizo.

—No habrá luz —le había dicho David—. Están asociadas a un temporizador, por si acaso alguien las deja encendidas al final del día. Con tu linterna probablemente te apañes a oscuras.

Para él era fácil decirlo. Él no era el que estaba allí parado con solo una puerta de acero separándole de una escalera que conducía en dirección descendente hacia el abismo. El haz de luz de la linterna de cabeza atravesaba la oscuridad solo unos pocos metros. Más allá solo un silencio como de pez. Ladeó la cabeza y ahogó un

grito.

¿Eso qué es?

Su estrecho haz de luz había levantado un reflejo de la puerta interior de aluminio, haciendo destellar una luz de vuelta contra ella. Había creído sin ninguna duda que había otra persona allí de pie, iluminando su cara con su propia linterna. Se acercó a la puerta, y el acabado de espejo de las barras verticales la cegó por un momento. Nunca nada le había parecido a Emma tan semejante a una jaula, una jaula que contenía una amenaza mayor que cualquier animal salvaje. Era la amenaza de lo desconocido. ¿Qué más podría haber más allá de esa verja? ¿Y si había alguien allí, esperándola?

Empujó la puerta de acero y comenzó el descenso hacia el negro vacío a sus pies.

A pesar de la falta de cualquier actividad visible, los monitores de las tres operaciones estaban siendo cuidadosamente escrutados bajo la débil luz de la sala de control. Tenían las luces bajas para darle más definición a las imágenes nocturnas, pero Tom no podía apartar la mirada del monitor en la puerta trasera de Joseph and Son. No creía que pudiera apartar la mirada hasta que Emma no reapareciera dentro de cincuenta y cuatro minutos.

Mientras miraba la pantalla, algo se movió. Era difícil de percibir, pero estaba seguro de haber visto una sombra.

—Paul, ¿tienes un momento? —dijo con la voz entrecortada por el tono de urgencia que lo llevaba a acercarse más a la pantalla. Habló con el operador mientras se acercaba—. ¿Podrías volver a poner los últimos treinta segundos?

Paul vino desde el otro lado de la sala y los dos hombres miraron fijamente la pantalla.

—¿Lo ves? Ahí. —Tom se inclinó y señaló la pantalla.

—Otra vez, Luke —dijo con voz calmada Paul al operador. Volvieron a pasar la sección.

—Tienes razón, Tom. ¿Qué quieres hacer al respecto?

Pero los dos hombres sabían que no había nada que pudieran hacer al respecto, más allá de alertar al equipo de guardia.

No podían hablar con Emma sin poner en riesgo toda la operación, pero Tom no tenía ninguna duda de que alguien la acababa de seguir al interior de la cámara acorazada.

Un violento golpe de viento lanzó gotas de lluvia del árbol cuyas ramas colgaban sobre la ventana del dormitorio de Natasha. El suave sonido de su salpicar era el único ruido en la casa silenciosa. Ya no soportaba más estar en la misma habitación que David. ¿Cómo pudo creer que no sufrirían daños ella y su madre, secuestradas y encerradas, aunque solo fuera por unas pocas horas? Durante años había esperado que Rory le estuviera mintiendo sobre el accidente, pero aquella noche se había visto obligada a escuchar a David ofreciendo excusas y había tenido que aceptar que todo lo que le habían contado era verdad.

Natasha recordaba a su madre. Recordaba el olor de su perfume, algo delicado y floral, y era tan dulce, tan tímida comparada con la gente con la que Natasha había tenido que vivir después. Recordaba su primer día de colegio, cuando su madre había hecho esfuerzos por no llorar. Y luego al final de cada día la esperaba a las puertas del colegio, pero no de pie en los corrillos con las otras madres y padres, sino observando la puerta con ansiedad hasta que Natasha salía, momento en que se ponía a dar saltitos, saludando a Natasha como una loca como si no se hubieran visto desde hacía meses. Solía decir que la echaba de menos cada momento del día y que contaba las horas hasta que Natasha volvía a casa.

De alguna manera, ella sabía que si su madre no hubiera muerto, sino que esa noche hubiera sido raptada, nunca se habría recuperado. Su madre probablemente hubiera acabado como aquella mujer que vivía en la calle de Rory y Donna. Llevaba veinte años sin salir de casa, todo por algo que le había sucedido, aunque nadie sabía lo que era. Algunos de los chicos le gastaban bromas para conseguir que abriera la puerta, pero ella se limitaba a mirar por la ventana, con su cara triste y redonda.

¿Cómo pudo David no saber el daño que causaría?

Natasha se miró en el espejo, y las lágrimas relucientes que le caían por las mejillas hacían juego con los goterones de agua que corrían por los cristales. Durante una temporada esperó que Rory le hubiera contando un montón de mentiras, o al menos que David le diera una explicación con la que ella pudiera vivir. Incluso se había permitido a sí misma preguntarse cómo sería quedarse allí, con David, Emma y Ollie cuando lo recuperaran.

Pero era solo un sueño infantil. No estaba segura de lo que le ocurriría a su padre y a Emma ahora, y era todo por culpa de ella. Les había arruinado la vida a todos, de la misma manera que David se la había arruinado a ella.

Sabía que no la dejarían quedarse, incluso aunque la quisieran allí, lo que no era

cierto. No se le ocurría por qué habrían de luchar por ella, por una niña que era la mejor carterista de Manchester, experta ladrona de móviles, porteadora de drogas y secuestradora de niños. *¿En serio?*

Pensó en lo que habría de pasar después. La policía rescataría a Ollie, y entonces todos (Rory, Finn, el jefe) sabrían que los había traicionado. Sabrían que, o bien Emma, o bien David, habían llamado a la policía, y que ella no los había detenido. La culparían a ella. Incluso si decía que no supo nada, no la creerían. Y en cualquier caso, le sacarían la verdad a golpes. Y después podía haber un solo resultado.

Natasha se levantó de la cama y se fue a la cómoda. Cogió una bolsa cuyo aspecto le había gustado cuando Emma le compró ropa y empezó a meter cosas dentro. Paró. Eso sería robar, y la odiarían todavía más.

Se quitó despacio toda la ropa, la dobló, y la colocó en los cajones. Al fondo del armario estaba la bolsa con la ropa con la que había venido, y se la puso, prenda por prenda, sintiendo por primera vez la textura de la tela barata, oliendo la peste de los años y viendo las marcas oscuras donde los otros niños que habían llevado esa ropa se habían manchado de comida.

Estaba preparada. Ahora solo tenía que esperar.

Emma volvió a limpiarse las manos húmedas en los pantalones y sacó el índice de la mano derecha por segunda vez. La máquina había rechazado su huella. Si esta vez no funcionaba, estaba bastante segura de que solo le quedaría una oportunidad más antes de que la huella fuera invalidada y ella quedara atrapada en la sala de llaves.

Colocó el dedo en la pantalla, esperando el pitido y la luz verde. Tardó un momento, pero volvió a iluminarse la luz roja.

Mierda. Si no podía entrar fracasaría, y estaba perdiendo demasiado tiempo. Pero tenía muchísimo calor.

Se limpió la frente pegajosa con el dorso de la mano, sintiendo lo que parecía una corriente de aire frío sobre la espalda, pero pasó en un segundo. Se giró a toda velocidad y la luz de su linterna de cabeza iluminó la pequeña sala de espera tras de sí. Nada. Debía de haberlo imaginado. Debió de ser un frío hormigueo de miedo.

Volvió a enfrentarse a la puerta, sabiendo que le quedaba una oportunidad. Limpiarse el dedo no había funcionado. Recordó que también había un indicador térmico, y sus manos estaban tan calientes y sudadas que probablemente no se pudieran ni leer. Se metió el dedo en la boca para mojarlo, y luego lo agitó sobre su cabeza, esperando que el calor corporal se dispararía del dedo al secarse la saliva.

Sin darle tiempo a que las perlas de sudor se formasen de nuevo, colocó el dedo sobre la pantalla. Mientras esperaba, sentía que la humedad se filtraba por toda su piel.

Biip. La luz verde, un clic sordo y espeso, y la puerta se abrió de golpe.

—Gracias a Dios —murmuró lo bastante alto como para que los oyentes se percatasen.

Movió la cabeza de un lado a otro para iluminar una hilera detrás de otra de ganchos, cada uno con una llave con su propia etiqueta. Tardó solo unos segundos en encontrar la correcta.

—Dos, nueve, cero, nueve —musitó, sacando la llave del gancho. Se giró para abandonar la sala.

La sala de llaves le había dado una falsa sensación de seguridad. De pie en medio de aquel espacio cerrado, si se giraba podía ver las cuatro esquinas de la estancia. Pero ahora estaba en la entrada a la cámara, y pensar en lo que yacía más allá la llenaba de un terror helado: la extensión, la miríada de salitas adyacentes, las profundas oscuridades en las que su linterna no podía penetrar, las esquinas en torno a las cuales no podía ver. Su cuerpo empezó a temblar, aunque todavía no había

traspasado ni el umbral de la puerta.

Una vez más tuvo que usar su huella dactilar para lograr acceso. La puerta se abrió con un clic al primer intento. Se quedó quieta, temerosa del momento en que tendría que entrar en la cámara principal, un enorme espacio abierto.

Venga, Emma. Esto es por Ollie. No podía permitirse perder el tiempo. Empujó la puerta con suavidad y se deslizó sobre sus goznes bien engrasados. Sabía que esa puerta se quedaba abierta durante el día, y la abrió de par en par, con pavor ante la idea de que pudiera cerrarse, dejándola atrapada allí dentro.

Dio un paso hacia el espacio negro, girando la cabeza para intentar ver las sombrías esquinas de la habitación. A la derecha había varias salas individuales sin puerta, con cajas anchas y finas por los lados y por detrás; doscientas por cada lado, un centenar por la pared de atrás, con una profundidad de diez de arriba abajo.

A su izquierda había más salas que salían de la cámara principal, y en una esquina estaba la sala de visionado, la única con puerta cerrada. Emma giró el cuerpo para iluminarla con la linterna de cabeza, sintiéndose extrañamente atraída por aquella sala, con una compulsión de comprobar que estuviera vacía casi más fuerte que su necesidad de acabar con la tarea.

Estaba perdiendo tiempo. Se recolocó la pesada bolsa de deporte más arriba sobre el hombro, con miedo de moverse por si el débil ruido de sus pisadas enmascaraba otros sonidos en aquel espacio gigantesco. Las esquinas de cada una de las salas de los lados parecían remotas, escondiendo secretos entre las sombras.

Tenía que ponerse manos a la obra ya.

La sala en la que estaba situada la caja 2909 era la más alejada de la puerta. Era una sala amplia con cajas más grandes. A un lado estaban algunas de las últimas cajas fuertes de cuerpo entero, muchas sin usar, algunas con las puertas entreabiertas, revelando que estaban vacías como bocas asustadas, cada una de ellas guardando potencialmente una amenaza invisible.

Colocó la bolsa en el suelo y se agachó para examinar el contenido. Dentro había varios sacos de cáñamo bien enrollados unos con otros alrededor de algo sólido: un destornillador y, debajo de eso, una taladradora. David le había advertido de que la probabilidad de que la banda tuviera la llave del dueño de la caja en cuestión era remota. Le había explicado el proceso de taladrar la segunda cerradura, pero ella no tenía experiencia alguna en usar una taladradora, y muy poco tiempo.

Se había olvidado de hablar.

—Tengo que usar la maldita taladradora —susurró, como si estuviera hablando consigo misma.

¿Qué fue eso?

Estaba segura de que había oído un ruido, que provenía de detrás de ella, desde alguna zona de la cámara. Era un clic, como si un botón se hubiera enganchado en una de las puertas metálicas.

Emma se giró, moviendo la cabeza de lado a lado para ver algo entre las negras

sombras a su espalda. Nada.

La extraña quietud que recordaba de su visita anterior descendió como una manta, aplastando el silencio. Miró las puertas abiertas de las gigantescas cajas fuertes al otro lado de la sala y se dio cuenta de que iba a tener que ponerse de espaldas a todas ellas, con los oídos dominados por el zumbido de la taladradora, ciega y sorda a todo lo que hubiera detrás.

Con el corazón golpeando contra su fina camiseta, se volvió hacia la caja fuerte y colocó la punta de la taladradora contra la parte alta del cilindro del candado y empezó a taladrar. La punta se resbaló y cayó con estrépito contra la parte delantera de la caja de acero.

—Mierda.

Puso la taladradora de nuevo en posición, y empezó de nuevo. Una vez más se resbaló contra el metal. Emma ahogó un sollozo. No era capaz de hacer aquello. Era demasiado difícil.

De repente se quedó quieta. En el silencio inesperado, cuando separó el dedo del gatillo de la taladradora, volvió a escuchar un ruido. Esta vez sabía que no se estaba equivocando.

Estaba de espaldas a la sala. Si se giraba, tendría que girar la cabeza haciendo círculos para revelar todas las esquinas de aquel gran espacio negro. Su corazón latía con fuerza, pero en ese segundo de indecisión, oyó un ruido de zapatillas sobre el suelo de cemento, sintió el movimiento en el aire de un cuerpo que saltaba hacia ella y la apretaba con fuerza contra la pared de cajas de metal y una mano enguantada que serpenteaba hasta su boca y la tapaba, ahogando el chillido que estaba intentando escapar.

Tom estaba muy quieto, escuchando cada sonido que hacía Emma. Podía oír su miedo, saborearlo incluso, y sentir que su propia boca se secaba con cada obstáculo que tenía que superar. Había estado muy tentado de devolverle el sonido a su micro y gritarle «¡Sal de ahí!». Pero quienquiera que estuviera con ella en la cámara ya estaba allí, y ella tendría que zafarse de él para escapar.

Hacía unos segundos que había dejado de taladrar, y Tom había oído que contenía el aliento, y luego lo que parecía un chillido ahogado.

La habitación se había quedado en silencio. Paul Green se giró para mirar a Tom. No habló, porque sabía que esa decisión le correspondía a Tom.

Tom se dirigió al comandante táctico del grupo armado.

—Emma tiene problemas y vamos a tener que meter a alguien dentro para ayudarla. Eso hará que estalle toda la operación y quede al descubierto. Sé que es una decisión que tenéis que tomar vosotros, pero os urgiría a sacar a ese bebé de la casa de los McGuinness lo más rápido que podáis.

Tom cogió su radio.

—Nic, vas a tener que entrar detrás de Emma. No tenemos ni idea de lo que está pasando allí abajo, pero hay alguien en la cámara con ella. No sé de qué manera podrás enfrentarte a esto de forma discreta, pero haz lo que puedas.

Paul Green levantó la mano de repente.

—Espera —dijo Tom urgentemente a Nic.

Por los altavoces se oyó otro sonido. El de la taladradora.

—Para —dijo Tom.

Esperó. Le daría dos minutos para escuchar la voz de Emma. Si no la oía, Nic tendría que entrar.

David Joseph estaba sentado a solas en su cocina, con los brazos cruzados sobre la mesa, la cabeza gacha, apoyada sobre un puño cerrado. No podía creerse que Tasha hubiera sabido durante todo ese tiempo lo que él había hecho. Y ahora también Emma lo sabía. La expresión de su cara lo había asustado, una combinación de perplejidad y repugnancia. Pero no habían tenido oportunidad de hablar de ello antes de que ella tuviera que marcharse a descender hasta su cámara acorazada y cumplir las órdenes de la banda para poder recuperar a Ollie.

Ahora Tasha no era capaz de soportar ni permanecer en la misma habitación que David: estaba encerrada arriba, en su dormitorio. Comprendía lo dolida que estaba, pero iba a tener que hacerle entender, y también a Emma, que en aquel momento todo lo que había hecho le había parecido la mejor solución. Cuando le debías dinero a gente como aquella banda, no podías desentenderte sin más. Hubiera tenido que vender la casa o el negocio, y Caroline hubiera pasado meses triste. El rapto solo hubiera supuesto unas pocas horas difíciles si todo hubiera salido según el plan.

Sabía que estaba inventándose excusas para disculparse. Desde el mismo día que ocurrió sabía que había hecho algo terrible, tan espantoso que no cabía ninguna excusa. Lo único que le cabía esperar era que tanto Tasha como Emma comprendieran lo arrepentido que estaba.

Por un momento pensó en Emma, tan sola en las profundidades debajo de Manchester. Él había llegado a sentir afecto por el silencio tan especial de la cámara acorazada, pero se acordaba de bajar allí de niño con su padre y odiarlo. El único sonido era el zumbido suave de las luces fluorescentes, y se sintió desconectado del mundo de arriba. Emma lo odiaría también, pero él no podía haber ido en su lugar. Hubiera fracasado, cometido algún error, hubiera hecho que todo saliera mal. Emma era sólida, práctica, fiable. Todo lo que él no era.

Ahora sentía un tipo de desconexión diferente. La cocina no daba la misma sensación de silencio sofocante, se oía el golpeteo de la lluvia sobre el tejado, el viento que movía las hojas de los árboles fuera, pero se sentía aislado. Quería arreglar las cosas, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Antes de abandonar la casa, Emma le había dicho que debía colocar una barricada y encerrarse con Tasha en un dormitorio, llevando consigo la radio de la policía, para mantenerse a salvo. Pero eso no iba a suceder. Estaba perfectamente a salvo en su propia cocina, y Tasha no le iba a dejar entrar en su dormitorio, en cualquier caso. La verdad era que no soportaba ver el odio en su mirada, así que era mejor que la dejara

a solas un rato, para darle tiempo a comprender todo lo que le había contado.

No había peligro por parte de esa banda. Emma haría lo que tenía que hacer, les llevaría el contenido de la caja fuerte, y entonces Ollie volvería. Eso era lo único que le interesaba a aquella gente.

Un pensamiento estaba intentando colarse en la cabeza de David, y él lo echó a un lado. Pero no quería desaparecer. Le habían dicho que Tasha tenía que regresar, que solo entonces le dirían a Emma dónde encontrar a Ollie. Pero eso no iba a ocurrir. ¿Cómo iba a dejar marchar a Tasha ahora? ¿Se suponía que iba a tener que elegir entre sus hijos? ¿Esperaría Emma que él eligiera a Ollie, si llegara ese caso?

Tal vez debiera intentar hablar otra vez con Tasha, convencerla de que no tenía ninguna intención de dejarla marchar, por malo que hubiera sido lo que había hecho. No era realmente cuestión de si sería capaz de perdonar a Tasha por la agonía que les había hecho pasar. Era más bien cuestión de si ella sería capaz de perdonarlo a él por los años de dolor a los que se había sometido por su culpa.

Toda esa introspección no le estaba llevando a ninguna parte, así que se despezó, despegó la cabeza de los brazos y se incorporó.

La conciencia de otro ruido, más allá del tictac del reloj y de los sonidos del viento y la lluvia fuera, le sobrevino despacio. Era un golpeteo rítmico cada par de segundos. David se dio cuenta de que era el ruido de la verja lateral, dando golpes empujada por el viento. Pero ellos la habían cerrado estando allí Becky.

Se puso en pie y recorrió toda la habitación hasta la ventana del fregadero, que daba al jardín lateral. La luz de la ventana iluminaba el camino y consiguió atisbar la sombra de la alta verja lateral, oscilando de un lado a otro.

La verdad es que debería salir y cerrarla, pero a pesar de su reciente confianza en su propia seguridad, vaciló.

La decisión dejó de estar en sus manos cuando una explosión de sonido quebró el silencio de la cocina, el estrépito brutal de una bota con suela de acero pateando el cristal de la puerta de atrás.

David se giró, lanzándose a por la radio de la policía que estaba sobre la encimera. Pero llegó tarde. Dos hombres irrumpieron en la habitación, vestidos de negro de la cabeza a los pies, con pasamontañas tapándoles la cara. Un hombre del tamaño de una montaña, con una camiseta negra, dio un portazo con lo que quedaba de la puerta y entró embistiendo, gritando palabras que David no consiguió entender, con los sentidos sobrecargados de ruido y de imágenes. Los bíceps espesamente tatuados del hombre vibraban al tensar y relajar los puños, que apretaban una barra de hierro.

Detrás, más despacio, venía un hombre más delgado con un rifle semiautomático.

—Señor Joseph —dijo el delgado con una voz que le raspaba la garganta—, vengo a por la chica. ¿Dónde está?

David no contestó. Tenía la lengua pegada al cielo de la boca, y no conseguía recuperar el aliento.

El hombre giró el rifle hasta apuntar a David.

—Te he hecho una pregunta.

David tragó saliva.

—No está aquí. La hemos llevado a un lugar seguro.

El hombre rio.

—Estás mintiendo. ¿No me digas que de pronto te han salido cojones, Joseph?

Se dirigió al hombre de los músculos.

—Tráela.

El grandullón se encaminó hacia la puerta que daba al recibidor, con la barra de hierro bien apretada en la mano izquierda.

—Espera —dijo el hombre del rifle.

Cruzó la cocina hacia la encimera y David sintió que la cabeza se le llenaba de sangre y se tuvo que agarrar a la mesa para apoyarse cuando el hombre cogió la radio de la policía.

—Estúpido hijo de puta —le dijo, agitando la radio frente a David, con una voz que era poco más que un silbido—. ¿Qué parte de «nada de policía» no fuiste capaz de comprender? ¿Fuiste tú o fue tu mujer?

David no dijo nada, y el hombre rio. Una carcajada profunda y desagradable.

—No, tú no tendrías las agallas, ¿a que no?

El hombre habló con el tío de los músculos, aunque sus ojos negros nunca abandonaron la cara de David.

—Tráeme a la chica. Y no seas suave con ella. Nos ha defraudado. —Señaló a David con el cañón del rifle—. Luego te dejo a este mierda durante cinco minutos para que le saques todo lo que sabe.

Incluso debajo del pasamontañas, David podía adivinar que el grandullón sonreía.

Pero no pensaba entregarle a Tasha. Aunque en el pasado hubiera hecho lo que fuera, David no podía dejarla con aquellos hombres.

Voló por la cocina, cerró de un portazo la puerta al recibidor y se plantó delante.

—No os la vais a llevar. Es mi hija y se queda conmigo.

El hombre lanzó una risotada como un ladrido.

—¿No es un pelín tarde para pensar en proteger a tu hija, Joseph? Y además ya no es tuya, es nuestra. Es una de los nuestros. Nos ha defraudado, pero aceptará el castigo. Ahora muévete de una puta vez antes de que te hagas daño.

El grandullón observaba a su jefe, esperando que le hiciera un gesto. No tardó en hacerlo.

David supo tiempo antes de que el primer golpe le diera en todo el centro del estómago que esa batalla no la podría ganar. Pero tal vez cuando Tasha se diera cuenta de lo mucho que había luchado por ella, finalmente se daría cuenta de cuánto la quería.

Se lanzó a por el hombre musculoso blandiendo el puño, pero era como golpear una pared. Luego sintió el segundo golpe en la sien, y se derrumbó de rodillas. Lo

levantaron en volandas y lo apoyaron contra la puerta. El grandullón se pasó la barra de hierro a la mano derecha y llegó el tercer golpe, desde abajo, debajo de la barbilla, destrozándole la mandíbula. Sintió que el cuarto le desintegraba el pómulo.

David no llegó a sentir el quinto golpe.

El corazón de Emma latía con todas sus fuerzas. ¿Qué estaba pasando? ¿Quién era esa persona? ¿Por qué estaba ese hombre con ella en la cámara acorazada? Alfileres de miedo le pinchaban cada centímetro de la piel mientras el cuerpo del hombre la apretaba con fuerza contra la pared de frío acero. Por la fuerza de sus brazos y por el pecho ancho y sólido que se apretaba contra su espalda sabía que era un hombre. Le mantenía inmóviles los muslos con los suyos, y tenía los brazos atrapados contra el cuerpo. No podía moverse. Casi no podía respirar.

A lo mejor algún vagabundo la había seguido desde la calle al entrar en el edificio. Había dejado las puertas abiertas, según las instrucciones que le habían dado. *Me va a violar.* Inspiró por la nariz, oliendo la mano que le cubría la boca. No olía a cuerpo rancio, solo a hombre limpio.

Con la mano izquierda aún tapándole con fuerza la boca, agarró la taladradora y se la quitó con la derecha, apretando el gatillo.

Me va a matar.

No podía ver lo que estaba haciendo, solo podía oír la taladradora, tan cerca de su cabeza.

Escuchó romperse la primera junta del candado. *¿Qué está haciendo?*

Muy suavemente contra el oído sintió, más que oyó, las palabras: eran mero aliento con forma, y supo que ningún micro de ninguna clase las registraría.

—Esto sería muchísimo más fácil si pudiera soltarte.

Las palabras tenían tan poca sustancia o forma que no podía estar segura de que fuera eso lo que había dicho.

Poco a poco fue relajando su peso contra ella para que ella pudiera moverse un poco más. Giró ligeramente la cabeza, y él llevó la suya a reposar a su lado sobre la reluciente superficie de las cajas cerradas. Su linterna de cabeza se había movido hacia arriba, de modo que no lo iluminaba directamente, pero había suficiente luz reflejada como para ver que el hombre llevaba una máscara cubriéndole la cabeza y la cara. No había más que un corte horizontal donde debía estar la boca y dos aberturas para los ojos: unos ojos que la miraban fijamente, y que eran de un hipnótico azul eléctrico.

Apenas ahogó un grito cuando la pétrea expresión le comunicó su mensaje: *Estoy aquí para ayudarte.*

Finalmente la soltó del todo, pero sin dejar de mirarla, esperando a ver su reacción.

Movió la cabeza despacio de un lado a otro, devolviéndole la mirada. Quería gritar, chillar, pegar a ese hombre con los últimos restos de fuerza de su cuerpo. Pero estaba aquí por Ollie.

Bajó la mirada hacia la taladradora que tenía en la mano y señaló el teléfono que ella llevaba en el bolsillo.

—Habla —articuló sin ruido.

—Putá taladradora estúpida —murmuró, percatándose de una débil sonrisa bajo la abertura y la máscara, e imaginando por un momento el alivio que Tom estaría sintiendo al oírla tras aquel breve silencio.

Hacer el taladro fue cuestión de apenas unos minutos en manos más expertas, y finalmente el último tornillo se partió. Con un giro del destornillador, el candado se abrió. Había funcionado.

—Bingo —murmuró Emma, representando su papel. Sus ojos seguían cada movimiento del hombre, su corazón seguía martilleándole en el pecho.

Insertó la otra llave, y la puerta se abrió de golpe. Era una de las cajas mayores, sin contenedores de separación dentro. Volviendo a bajar la linterna sobre la frente, observó el espacio interior y esta vez no hizo nada por disimular su asombro.

—Oro —dijo, a medida que sus ojos iban asimilando las filas y filas de barras apiladas, centelleando su fulgor dorado a la luz de la linterna.

Cada barra tenía unos ocho centímetros de largo por cuatro de ancho. Alargó la mano para coger una. Para ser una cosa tan pequeña era realmente muy pesada, y con la lámpara pudo ver las palabras impresas en el metal.

1 KILO

No tenía ni idea de cuántas barras habría, pero estaba segura de que podía haber más de cien.

Los pálidos ojos observaban la cara de Emma mirando con asombro las profundidades de la caja. Luego movió la cabeza y le devolvió la mirada, amusgando los ojos para expresar una pregunta.

Él bajó la cabeza hacia la suya y ella sintió más que oyó las palabras.

—Ahora no. —Señaló su reloj. Solo quedaban veinte minutos para mover todo esto. ¿Cómo podrían haber creído que sería posible?

Se inclinó y cogió un saco, abriéndolo debajo del borde de la caja, y le hizo a ella un gesto con la cabeza. Emma metió las manos y empezó a coger las barras de oro de una en una. Él le dio un codazo y le comunicó con mímica una acción de pala. Le parecía un sacrilegio hacer eso con algo tan bello, pero no había más remedio. Se inclinó hacia el interior de la caja con los dos brazos y barrió las barras hacia delante, dejando que cayeran en el saco.

Se llenó un saco y fueron a por otro. Tardaron cinco minutos en vaciar la caja, y él se fue al suelo, moviendo los sacos de un lado a otro, levantándolos,

examinándolos. Se puso en pie y le pasó dos de ellos a Emma. Eran considerablemente pesados, pero ella vio que en otros sacos había puesto más oro.

—Llévalos a la puerta, por fuera del candado con temporizador —le articuló contra la oreja, y sus labios rozaron su piel.

Ella se apoyó en él un momento, con la boca pegada a su oreja.

—Gracias —susurró, apoyando la cabeza por un instante contra la de él. Luego se giró y echó a correr lo más deprisa que pudo hacia la puerta. Subir las escaleras era doloroso; tenía que haber al menos veinte kilos en cada saco, pero lo consiguió. Amontonó los pesados sacos arriba y volvió a bajar a por otros dos, cruzándose con él, que venía en la otra dirección. Y así siguieron. Casi se había agotado el tiempo. Le quedaban cuatro minutos. Corrió escaleras abajo a por los últimos dos sacos, cruzándose una vez más en las escaleras, cargando él con tres sacos, los tres más pesados que los suyos, escaleras arriba. Sus ojos se encontraron y ella sonrió: parecía que por primera vez desde hacía días. Pero no había tiempo para pararse. Ya le daría las gracias como era debido cuando todo hubiera acabado.

Emma agarró los últimos dos sacos y llegó a trompicones a lo alto de la escalera, rendidas casi sus últimas fuerzas.

—Casi estamos —murmuró, dirigiéndose a nadie en particular, porque ya le daba igual si Rory o sus jefes la oían.

Prácticamente arrojó los sacos por la puerta, se giró y la cerró de golpe. Le quedaba un minuto.

Se apoyó contra la puerta en el pasillo negro y miró a su alrededor. Nada.

Avanzó hasta que el pasillo se doblaba e iluminó la oscuridad con su linterna.

Allí no había nadie. Se había ido, se había derretido de nuevo en la noche.

Un gran suspiro de alivio recorrió la sala de control al escuchar a Emma cerrar el candado temporizador. Pareció sucederse un breve momento de inactividad, y Tom se la imaginó apoyándose contra la pared para recuperar el aliento. Pensaba que tal vez llevaría unos diez kilos en cada mano, y sonaba que hubiera hecho tres viajes por las escaleras. Dado el precio de mercado de las barras de kilo en ese momento, eso equivaldría a alrededor de millón y medio de libras en oro.

—Vamos, Emma —dijo en voz muy baja. Tenía menos de diez minutos para meter los sacos en el maletero y prepararse para la llamada.

Oyó sus gruñidos de esfuerzo al levantar las bolsas, y el ruido sordo cada vez que arrojaba una de ellas al maletero. Parecía estar tardando más de lo que esperaba, y el tiempo empezaba a ser crítico.

Tom oyó la otra llamada y se la imaginó sacándose el teléfono del bolsillo.

Solo podía escuchar el lado de Emma de la conversación.

—No, no estoy en el puto coche, tienes toda la razón. Acabo de cargar con unas diez bolsas de cosas para vosotros, y no ha sido fácil.

Tom frunció el ceño. Le parecía algo exagerado.

Se le ocurrió una idea. Había estado tan concentrado en escuchar a Emma subiendo las bolsas por la escalera que había dejado de mirar la pantalla mientras fuera evidente que ella estaba fuera de foco.

—¿Puedes rebobinar el vídeo unos tres minutos antes de que cerrara el candado temporizador, por favor?

El operador obedeció.

Tenía razón. Una figura oscura se había escabullido por la puerta y había doblado la esquina, de vuelta a la noche.

Estaba observando tan atentamente la pantalla que casi se pierde lo que Emma estaba diciendo, pero le alertó su tono de voz.

—¿Qué quieres decir? —gemía ella con desesperación—. No te entiendo. He hecho todo lo que me habéis pedido.

Y entonces empezó a llorar. Sollozos profundos, desgarradores, con una palabra que salía entre toses con cada aliento.

—No. No.

Tom no sabía lo que estaba ocurriendo, pero no podían esperar más. Se dirigió al comandante táctico.

—Sacad a ese niño de allí ahora. No sé lo que está pasando, pero estamos ya

fuera de tiempo.

La atención de Tom estaba concentrada en las imágenes que el equipo de acción encubierta les enviaba a la sala de control desde la casa de Julie McGuinness. Estaban dentro.

Oyó ruido de pisadas corriendo. La radio de Becky estaba encendida, y podía oír su respiración mientras entraba en la casa. La oyó preguntar algo, y luego sus pisadas subiendo las escaleras a todo correr.

—Vamos, Becky —dijo Tom en voz baja.

—¿Qué? —la oyó decir—. ¿Estás seguro? ¡Mierda! Tom: no está aquí. Ollie no está aquí. Y Julie está inconsciente.

—¡Joder! —maldijo Tom, golpeando la mesa con las palmas de las manos.

—Tom, ¿estás ahí? —Emma gritaba a través de las lágrimas, usando el nombre de Tom. Ni siquiera intentaba ocultar con quién hablaba, cosa que lo decía todo.

Desactivó el modo silencio en su teléfono.

—¿Qué ha pasado, Emma?

—¿Tienes a Ollie, Tom?

Tom cerró los ojos.

—¡Tom! —chilló ella—. ¿Lo tenéis sí o no?

—Emma, lo siento muchísimo. No estaba donde pensábamos que estaría. Estamos intentando averiguar adónde lo han trasladado.

—¡No!

Tom sintió su desesperación en esa sola sílaba, pero no tenía nada que darle.

De repente oyó el ruido de una puerta de coche cerrándose de golpe, y segundos después el rugido de un motor.

—¡Emma! —gritó. No hubo respuesta.

A través de la radio oyó la voz de Nic Havers.

—Señor, se ha marchado en el coche. Y va muy rápido. Demasiado rápido. La estamos siguiendo. ¿Qué quiere que hagamos?

—Quedaos pegados a ella por el momento. Ahora te vuelvo a llamar, Nic.

Tom volvió a coger el teléfono.

—¡Emma! —gritó de nuevo. Sin respuesta.

¿Cómo podían saberlo? Tom le había dicho que no habría peligro. ¿Cómo lo sabían?

El ruido de sus propios pensamientos apaleaba el cerebro ya exhausto de Emma.

—Tienes nuestro oro, pero nosotros tenemos a tu hijo —había dicho la voz—. Te dijimos nada de policía. Y nos mentiste, Emma. Eso no nos gusta.

Les había chillado por el teléfono, pero había dado lo mismo.

Ay, Ollie, lo siento tanto.

—Tienes que perder a la policía, y hacerlo ya. ¿Qué te han dado? ¿Un micro, una radio? ¿Un teléfono? Aléjate con el coche y tíralo por la ventana. Te estaremos observando. Quitátelos de encima y entonces te diremos qué hacer a continuación. Si la cagas, puedes dar por muerto a tu hijo.

A Emma no le importaba la policía, le daba igual que cogieran a esos hombres o no. Lo que quería era tener de nuevo a su niño con ella, y esta vez pensaba hacer exactamente lo que le pidieran. Pisó el acelerador a fondo.

Tranquilízate, Emma. Sabía que si conducía demasiado deprisa la policía de tráfico la obligaría a parar, y con un maletero lleno de oro, ese sería el final de todo. Pero tenía que deshacerse de sus perseguidores.

El teléfono, el teléfono. Bajó la ventanilla y arrojó su móvil australiano por la ventana. Echó un vistazo al retrovisor. Detrás tenía una moto, conduciendo por el centro de la calzada para que nadie la pudiera adelantar. Aceleró y la moto frenó un poco para bloquear cualquier persecución. Sabía quién la seguía, y que estaba evitando que los detectives la persiguieran.

Esperó, deseando, rezando por oír una llamada en el móvil de Tasha del hombre con la voz rasgada.

—Señor, la estamos perdiendo. —Era Nic Havers otra vez—. Hay una moto en mitad de la calzada, va despacio, pero no podemos adelantarla a no ser que encendamos la sirena. Debe de ser uno de ellos.

Rory Slater, pensó Tom.

—Y, señor, que sepa que ha tirado algo por la ventana. Parece un teléfono.

Qué mierda. De alguna manera habían averiguado que la policía estaba metida. ¿Cómo podía ser?

—Voy a llamar a David Joseph —le dijo Tom a Paul Green—. A lo mejor Natasha pensó que había cometido un error al ayudarnos y decidió contactar con ellos. No sé cómo pueden haberlo averiguado de otra manera. Hablaré con David a ver qué le puede sonsacar a la niña.

Le pidió a un operario que le pusiera en contacto con el número del domicilio de los Joseph. No hubo respuesta.

—Prueba con la radio —dijo. Era imprescindible hablar con David.

No hubo respuesta.

—Manda al equipo a la casa de los Joseph —ordenó—. La banda sabe que estamos detrás de ellos, así que no tenemos nada que perder. Este silencio no me gusta.

—Tom. —Paul Green se había acercado y estaba en pie junto a él—. Según mi CHIS, todo avanza según lo previsto. Puede que sean conscientes de que sabemos lo de Ollie y lo del robo, pero a Emma no le han dicho en ningún momento dónde era el lugar de la entrega, de forma que mientras no la sigan no hay razón para cambiarlo.

Por lo que sabe el CHIS, el punto de entrega es el mismo. Si cambia, nos lo hará saber.

Tom asintió dándole las gracias por la información y volvió a coger la radio.

—Nic, tiene que parecer que estás intentando adelantar a la moto, pero no lo intentes demasiado. Haz como si procurases perseguirla, pero piérdela. Creemos que sabemos adónde va. Si saben que aún la estás siguiendo, cambiarán la localización de la entrega y ella quedará en una situación muy vulnerable.

La atención de Tom volvió a las cámaras, al lugar donde esperaba con devoción que seguiría prevista la entrega. El cementerio estaba oscuro, desierto, No había nada que ver.

Le llegó una llamada por la radio.

—Señor Douglas, estamos ya en la casa de los Joseph. Han destrozado la puerta de atrás de una patada. Hemos encontrado a David Joseph en el suelo de la cocina. Está muy mal, señor. Hemos llamado a una ambulancia, pero la paliza ha sido brutal.

Mierda. Aquello iba de mal en peor.

—¿Qué pasa con Natasha? ¿Está bien?

—Un momento, señor. —Tom oyó al policía hablar con otra persona—. Hemos registrado la casa y los jardines a fondo, señor. No hay ni rastro de la niña. Se la han llevado.

En la casa de los McGuinness hacía un calor sofocante. Becky se secó la cara con un pañuelo de papel arrugado. ¿Cómo podían haberse equivocado tanto? La entrada en la casa había ido absolutamente según lo previsto. Antes de entrar habían esperado todo el tiempo que el equipo de control creyó sensato. Y ahora no tenían nada. No tenían una puta mierda.

Julie McGuinness estaba tumbada bocarriba en el centro de la cama, completamente vestida. Inconsciente. En la mesilla de noche había un bote de plástico de Temazepam y una botella de litro de Bombay Sapphire azul.

—Qué putada —Becky escupió con rabia las palabras a la radio—. Ha tomado pastillas para dormir. No tengo ni idea de cuántas. Hay un frasco medio vacío, pero se las ha tomado con ginebra. No parece un intento de suicidio, sigue habiendo bastante cantidad en el frasco. Yo diría que no ha llevado bien convivir con un bebé que lloraba por su madre. Necesitamos traer a un paramédico, y ver si la podemos despertar.

Desde la sala de control oyó que estaban de acuerdo y que lo mandaban ya de camino.

Contempló el cuerpo que yacía sobre la cama. ¿Cómo sería estar casada con un matón como McGuinness? La misma Julie no era ningún angelito, por supuesto, y manejaba su parte del negocio desde una dirección diferente, al parecer con niñas que podían tener apenas trece años. *¿Sería Julie así ya antes de conocer a McGuinness?*, se preguntó Becky. *¿O eso es lo que te pasa cuando te lías con un tipo como él?*

La mujer que yacía sobre la cama tenía una melena que le llegaba a los hombros, demasiado oscura para ser natural, y su piel tenía el tono anaranjado del moreno artificial. En reposo, su boca se curvaba con amargura en los extremos y la sombra de ojos espesa y oscura estaba corrida, colándose en las arrugas alrededor de los ojos. Becky imaginó que cuando Julie McGuinness tenía un buen día podría ser bastante resultona, delgada y de pechos grandes. Pero era todo un artificio. Había en ella algo deprimente, como si aquel cuerpo sobre la cama fuera persona triste y real tras el glamur y la riqueza que la vida que había escogido le había proporcionado.

—¿Tiene un minuto, jefa? Tal ve quiera echarle un ojo a esto.

Becky se giró hacia la voz que venía del umbral de la puerta. Un joven agente, con un chaleco antibalas que le hacía parecer un hombretón, sosteniendo un arma semiautomática descargada cruzada delante del pecho por seguridad, le indicaba una habitación al otro lado del rellano; Becky lo siguió hacia un gran cuarto de baño con

una bañera *jacuzzi* de esquina y una enorme ducha a ras de suelo. En medio había un cambiador de plástico y un paquete de pañales con la foto de un bebé en edad de gatear. El policía cogió uno de los pañales y se lo tendió a Becky.

—No sé cuánto sabrá de pañales, jefa, pero nosotros tenemos una recién nacida en casa y estos le darían dos vueltas al cuerpo.

Becky asintió y se acercó al cubo de la basura. Dentro había varias bolsas de pañales. Ollie había estado allí.

Así que dónde demonios estaba ahora.

Estúpida, era una estúpida. ¿Por qué siempre tenía que pensar que era ella la que más sabía? ¿Por qué no había aceptado las exigencias, como había querido David que hicieran?

Acordarse de David trajo todo de nuevo a su mente. ¿Cómo pudo hacerle eso a Caroline y a Tasha? Y ahora, por culpa de sus insensatas acciones de hacía seis años, ella había perdido a su pequeño. Levantó ambas manos y golpeó el volante.

¿Dónde está Ollie? ¿Por qué no lo ha encontrado Tom?

—Ollie, tesoro, voy a por ti, te lo prometo —dijo en voz alta, esperando que algún canal de comunicación telepática aún por descubrir estuviera funcionando entre ella y su bebé.

Emma intentó no pensar en lo que había sucedido en la cámara acorazada. Empaquetó los pensamientos, las preguntas, y las empujó al fondo de su cerebro. Ya habría tiempo de desmontarlo y analizarlo más adelante. Por ahora, solo había que pensar en Ollie.

El hombre la había vuelto a llamar al móvil de Tasha, y ella había seguido sus indicaciones. Ya tenía delante la salida de la autopista.

No tenía ni idea de lo que iba a suceder. ¿Estaba a punto de encontrarse con los hombres que se habían llevado a su hijo? ¿Los hombres que se habían llevado a Natasha y la habían retenido todos aquellos años? ¿Los hombres a los que les parecía normal mandar a una niña a sisar en tiendas, a robarle a la gente, a pasar drogas, a tantas y tantas cosas? De todo corazón deseaba tener un rifle automático para soltar una retahíla de balas y cargárselos a todos. Por un momento sintió que pasar la vida en prisión merecía la pena con tal de liberar al mundo de escoria como esta.

Cogió la tercera salida de la rotonda y siguió adelante. No había luz, la oscuridad se cernía como un oscuro terciopelo a su alrededor, el haz amarillo de sus faros la cortaba, y los faros traseros dejaban en su estela una mancha roja sobre la superficie mojada.

La sala de control estaba en silencio, mientras las imágenes de la pantalla mostraban que algo estaba pasando en el cementerio vacío. Había empezado como un zumbido sordo cuyo volumen iba subiendo según el vehículo entraba en el plano. Salieron tres hombres de una furgoneta con los pasamontañas levantados, con los rostros a la vista.

—Gracias a Dios —dijo Paul Green en voz baja—. Está ahí. El jefe de todo.

Tom sintió un momento de empatía con Paul. Ese era el momento en el que habían previsto entrar y arrestar a Guy Bentley, al que habían dedicado tanto tiempo. Pero con Ollie aún en paradero desconocido, era un riesgo que no podían asumir.

Tom observó la pantalla, y aunque hacía más de veinte años desde la última vez que lo había visto, hubiera reconocido a Guy Bentley en cualquier lugar. La madurez había mejorado su aspecto, y lo que en un chaval flacucho de diecisiete años había parecido un gesto de arrogancia ahora se había ampliado y le daba pinta de tipo distinguido. Su nariz aguileña y sus labios gruesos le otorgaban la apariencia de un *playboy* adinerado, e incluso con la cámara de visión nocturna era fácil advertir la confianza en sí mismo que desprendía.

Finn McGuinness llevaba un arma. El gesto de su boca era una raya adusta y sus ojos estaban alerta. Hizo un giro de 360 grados y con la mirada parecía penetrar los arbustos circundantes.

El tercer hombre era un tipo a quien Tom no reconoció. Casi esperaba ver a Rory Slater, pero probablemente esto le quedara muy arriba en el escalafón. El hombre tenía una actitud similar a la de McGuinness, pero era mucho más grande, con los hombros y el torso de un luchador.

No habían hablado, pero McGuinness consultó su reloj.

—Cinco minutos —fue todo lo que dijo, y su voz fue recogida por el equipo que había instalado allí la gente de Titan.

Paul Green habló por radio, para mantener informado a su equipo. Pero seguía sin haber rastro de Ollie Joseph. Si detenían a Bentley ahora, tal vez no volvieran a verlo nunca más. Estos no eran hombres que se rindiesen ante un interrogatorio.

Tom sabía que Emma estaba llegando incluso antes de que el equipo de escucha del cementerio recogiera el ruido de su coche.

Lo supo porque tres manos se levantaron para bajarse los pasamontañas y taparse las caras.

Emma giró por la última curva.

Ahí estaban. Había tres, todos con máscaras con agujeros para los ojos y la boca. Justo igual que el que había visto hacía un rato.

Los hombres estaban en fila detrás de una furgoneta, con las piernas separadas, los brazos de dos de ellos firmes a los lados, el tercero aferrado a un arma que debía de ser una especie de rifle de cañón corto. Un nuevo estremecimiento de terror recorrió el cuerpo de Emma. Sintió una opresión en el pecho y empezó a respirar deprisa. Se mareó, pero luchó contra ello.

¿Debía salir del coche o quedarse dentro? No lo sabía. Resistiendo la tentación de apretar el pedal de aceleración y embestirlos a todos, empotrarlos bien fuerte con la furgoneta, detuvo el coche a unos cuatro metros. El hombre le indicó que saliera del vehículo con el cañón de su arma.

Sin estar del todo segura de que sus piernas fueran a sostenerla en pie, Emma abrió la puerta y salió. El más alto de los tres se le acercó, haciéndole una seña a uno de sus secuaces, un hombre de hombros anchísimos, para que se metiera en el Range Rover y lo acercara más a la furgoneta.

—Señora Joseph, ¿o puedo llamarla Emma? —preguntó en una voz sin apenas rastro de ningún acento. Le habló como si acabaran de conocerse en una fiesta.

—Llámeme lo que quiera —contestó ella—. He hecho lo que me han pedido. Ahora devuélvanme a mi hijo.

Las últimas palabras salieron entre sollozos.

—Por supuesto. Somos hombres de palabra, Emma. Pero no deberías haber hablado con la policía. Sabemos que fuiste tú.

A Emma no le gustó cómo sonó aquello. ¿Cómo podrían haber descubierto que fue ella?

El hombre del rifle se acercó y sacó de su bolsillo un artefacto que Emma no reconoció. Lo encendió y leyó la pantalla. Levantó una mano.

—¿Dónde está el teléfono? —preguntó con el tono grueso y rasgado inmediatamente reconocible como el del hombre con quien había hablado por teléfono.

Emma no hubiera creído que fuera posible estar más asustada, pero un escalofrío de terror le recorrió el cuerpo.

—¿Qué teléfono? —preguntó. Había tirado aquel maldito aparato por la ventana, ¿a qué diablos se referían?

—No vacile, señora. ¿Dónde está el puto teléfono?

Emma se quedó paralizada. Él levantó el arma de modo que apuntara hacia el cielo, se echó la cinta al hombro y se acercó a Emma, alargando las manos y recorriéndole el cuerpo con ellas, parándose en las nalgas. Ella se estremeció. Él se rio.

Pasó una mano innecesariamente por la cara interna de sus muslos, lo más alto que pudo, quedándose ahí, acariciándola con el pulgar. Emma se quedó tan quieta como pudo, aunque la piel se le erizaba del asco.

—Deja de hacer el gilipollas, Finn —dijo el jefe sin rencor—. Guárdatelo para después.

La mano se movió hacia el exterior de sus muslos y se detuvo en un bolsillo.

—Este teléfono —dijo, quitándole el móvil de Tasha.

¿Por qué no se había dado cuenta de que se referían a ese? Estaba demasiado aterrorizada para pensar con claridad.

—Este ya no lo vas a necesitar más —le dijo, metiéndoselo en su propio bolsillo.

El hombre junto al Range Rover asintió y Emma imaginó que habría comprobado que en su coche tampoco había teléfonos ni micros. Entró de un salto, lo llevó más cerca de la furgoneta y abrió las puertas.

—Mierda —oyó que decía.

¿Habría hecho ella algo mal? La inundó el pánico. ¿Qué podía ser?

—Vigíla —le pidió el jefe al hombre llamado Finn mientras se acercaba al Range Rover.

Escudriñó el maletero, donde estaban apiladas las barras de oro, y luego la miró a ella.

—Tráela aquí —ordenó.

No quería que Finn la volviera a tocar, así que fue por su propio pie.

—¿Cómo coño conseguiste subir todo esto por las escaleras tú sola, señorita? —preguntó el jefe, y los tonos interrogativos de su voz apenas tapaban su sospecha.

—¿No era eso lo que tenía que hacer? —Emma podía oír el temblor de su propia voz.

—No te me pongas listilla, Emma. Pensábamos que solo serías capaz de sacar la mitad. ¿Cómo lo hiciste?

Finn la agarró por la coleta y tiró hacia atrás de forma que su garganta quedara expuesta. Iba a morir si no les daba la respuesta correcta.

—Pues haciendo un esfuerzo del carajo, ni más ni menos. La adrenalina puede hacer milagros en el cuerpo, ¿sabes?

El jefe indicó con la cabeza que trasladaran el oro del coche a la furgoneta, y Finn le soltó el pelo.

Observó al hombre grande arrojar los sacos en el maletero de la furgoneta como si pesaran poco más que un saco de patatas.

Trasladó el último.

—¿Qué pasa con Ollie? ¿Dónde está mi hijo?

Vio al hombre que evidentemente era el jefe intercambiar un gesto de la cabeza con Finn, la rata que llevaba el arma.

—Métete en el coche —dijo Finn, caminando hasta la puerta del pasajero del Range Rover. Arrojó su arma al tipo de los hombros anchos, luego sacó un revólver del bolsillo y le apuntó a la cabeza.

—Conduce. Yo te llevo donde tu hijo. Haz cualquier estupidez y habrá muerto antes de que lleguemos.

Una vez más la sala de control se quedó en silencio. Los únicos sonidos procedían de las radios y los monitores. El equipo de audio había recogido cada una de aquellas espantosas palabras.

Tom no podía creerse lo que estaba viendo. McGuinness se estaba metiendo en el coche con Emma. Ella estaría pensando en Ollie, confiando en que Finn la estuviera llevando con su hijo.

El comandante táctico del grupo de respuesta armada estaba dando órdenes, comunicando a su equipo que McGuinness se estaba moviendo y posiblemente se encaminara a su casa. Se dirigió a Tom y a Paul Green.

—Creo que todos sabemos cómo va a terminar esto para Emma Joseph. Vamos a tener que ir a por McGuinness. ¿Alguien opina lo contrario?

Todos estaban de acuerdo.

Había coches de la policía secreta cubriendo todas las salidas del cementerio, y Tom oyó a Titan reasignar a algunos de los agentes para que siguieran a McGuinness, que probablemente creyera que Ollie seguía con Julie. Pero por si acaso tuviera otros planes con Emma, no podían perderlo de vista.

Tom se puso en contacto con Becky por radio.

—Tienes como mucho diez minutos para averiguar dónde está Ollie, y luego desaparece, Becky. McGuinness podría estar yendo hacia allá. Haz que Julie hable. Finn tiene a Emma consigo, y va armado.

Oyó a Becky murmurar una palabrota; su compañera comprendía a la perfección lo que eso podía significar.

Ahora en la sala se había creado una atmósfera tensa, mientras se ponían en marcha planes para seguir de forma encubierta a Finn McGuinness. Cualquier señal de que lo estaban siguiendo podía ser catastrófica para Emma.

Tom quería estar allí, asegurarse de que Emma estaba a salvo. Se obligó a ser racional. Si ella no fuese Emma, ¿qué haría? Estaría ahí, en la sala de control, al frente de la situación.

La atención de Tom se desvió a uno de los monitores. En el cementerio, los dos hombres que quedaban estaban de pie junto a la furgoneta.

—¿Y ahora qué? —le preguntó a Paul Green—. ¿Por qué siguen ahí?

—Están esperando a nuestro informante. Es el comprador.

—¿Ya sabíais entonces que se trataba de oro?

Green negó con la cabeza.

—No estábamos seguros. Nuestro informante no quería decirnos lo que estaba comprando; tenía demasiado miedo de que un poli corrupto se lo filtrara a Bentley. Pero nuestro equipo cibernético dio con un tipo en la web profunda que había intercambiado un montón de *bitcoin* adquiridos ilegalmente por oro robado; es una mercancía con la que se comercia mucho en la web profunda. Había hablado en un foro sobre el mejor sitio donde guardarlo, y se hizo mención de las cajas de seguridad.

—¿Y vuestro informante?

—Otro frecuentador de la web oscura. Estoy prácticamente convencido de que se trata de una venganza personal contra Guy (o Ethan) Bentley. Nos contó que este estaba organizando un golpe, y que él, el informante, iba a comprar la mercancía.

—Entonces, ¿cómo sabía Bentley el nombre del tipo que estaba almacenando el oro? Lo habría necesitado para que el *hacker* localizase el número de su caja.

—Debido al hermano que tenías, hubiera imaginado que un *hacker* medio decente es capaz de dar con el menor detalle de la identidad de una persona a partir de una información inicial casi nula. Hubiera perseguido el hilo de sus comentarios, los sitios visitados, ese tipo de cosas, hasta averiguar de quién se trataba.

—¿Qué está haciendo el comprador ahora?

Greenladeó la cabeza.

—Mira en el tercer monitor. Está ahí. Esperando.

Tom siguió el dedo con el que Paul Green señalaba la pantalla. Un hombre alto con una beisbolera negra estaba de pie entre las sombras, fuera de la vista de Bentley y su guardaespaldas. Apenas podía ver una cabeza afeitada y lo que parecía una perilla.

—Está al otro lado del cementerio. Espera, está sacando el teléfono.

Según el hombre que veían en la pantalla se llevaba el teléfono a la oreja, levantó la otra mano y se frotó la coronilla.

Tom oyó que Paul hablaba con él, haciéndole preguntas. El otro levantó la mano y se frotó la cabeza otra vez.

Tom se quedó mirando el monitor un momento más.

—Paul, ¿te importa pasarme con tu informador, por favor?

Paul Green frunció el ceño.

—¿Para qué?

—¿Le podrías preguntar si está dispuesto a hablar conmigo?

Green se encogió de hombros.

—Blake, tengo aquí a otro policía, el jefe de detectives Tom Douglas, al que le gustaría decirte algo, si es posible.

Tom se hubiera reído ante el seudónimo Blake, si no se sintiera tan enfermo, tan maltratado, tan engañado y, al mismo tiempo, tan eufórico.

Green le pasó el teléfono y por un momento Tom no pudo hablar.

—Me imagino que del susto te has quedado mudo, hermanito —dijo una voz que

Tom conocía muy bien, y que no había esperado volver a escuchar en toda su vida—.
Aún llevas el sombrero blanco, ya veo, aún sigues arreglando el mundo.

Tom por fin encontró las palabras.

—¿Qué coño está pasando, Jack? ¿Qué has hecho?

En Tom se mezclaban sentimientos de ira, alivio y júbilo mientras escuchaba la voz de su hermano. Lo que más deseaba era estar en aquel cementerio: quería darle a Jack un puñetazo en la cara, tirarlo al suelo, y luego levantarlo y abrazarlo lo más fuerte que pudiera.

—¿Por qué estás metido en esto, Jack?

—Siempre he estado metido en esto. Creí que eso ya lo habrías deducido.

Tom, en efecto, lo había deducido, aunque prefiriese no admitirlo ni ante sí mismo. En lo que no había caído era en que Jack no estaba trabajando solo. Ahora, no obstante, era evidente. Guy estaba con él en esto. Todos aquellos días con sus noches, los dos encerrados en la habitación de Jack, con Tom desterrado. Probablemente se la jugaran juntos al padre de Guy. O bien lo hicieron así o bien lo hizo Jack y Guy lo averiguó. Ahora no importaba gran cosa. Después de aquello, probablemente fuera Guy quien escogiera los objetivos, y Jack quien los *hackeara*.

—*Hackear* es una cosa, pero raptar es otra distinta.

—No seas imbécil, Tom. No tuve nada que ver con el rapto de Natasha Joseph hace seis años. Mi papel se limitaba a *hackear* el sistema, y cuando me enteré de lo que tramaba Guy intenté pararlo.

—Puede que no estuvieras involucrado en el secuestro de Natasha, pero sí estabas implicado en la planificación de un gran robo. Eso vale, ¿no? ¿Cuándo empezaste a jugar en la liga de los mayores, entonces? —preguntó Tom, dejando que la boca se le llenara de sarcasmo para esconder su malestar.

—Cuando Guy decidió que yo era indispensable y mandó a su banda de guerreros a cerciorarse de que yo hacía lo que me mandaban. Me metí donde no hacía pie. Lo que empezó como una especie de trastada se puso serio, y Guy no estaba dispuesto a dejarme marchar.

—Eres un mierda, Jack. Has causado mucho dolor a tantísima gente.

El carrusel de emociones dio otra vuelta y se detuvo en otra posición.

Por un momento se hizo un silencio. Cuando Jack volvió a hablar, lo hizo en voz baja, controlando el tono.

—Creí que tanto Caroline como Natasha estaban muertas. Era capaz de asumir las estafas, más o menos, pero había gente que estaba empezando a sufrir, y de eso no podía formar parte. Tenía que encontrar una salida. Si yo no hubiera muerto Guy me habría mandado a Finn McGuinness, y si me hubiera limitado a desaparecer habría ido a por ti o a por Emma, o incluso a por Lucy, para hacerme salir de las

alcantarillas. He estado esperando la oportunidad de joderlo, y ha llegado la hora de la venganza. ¿Por qué si no lo habría arriesgado todo por estar aquí ahora?

A Tom no se le ocurría qué decir, pero no quería que Jack se marchara, no quería perder el contacto con él.

—En todo caso —dijo Jack—. Por mucho que me apetezca debatir contigo sobre las elecciones que he hecho en mi vida, parece que nuestro problema es otro. Dice Green que Guy tiene al bebé de Emma. Nunca me hubiera imaginado que probaría con ese truco otra vez.

—Ollie era la única carta que le quedaba por jugar. Le ofreció a David devolver a Natasha a cambio de su ayuda hace algún tiempo. Se negó a darle bola.

—Siempre fue un gilipollas.

—Gilipollas o no gilipollas, el caso es que le han dado una buena paliza, y Natasha ha desaparecido. Se la deben de haber llevado cuando le metieron la tunda a David. Y han descubierto que Emma nos ha estado ayudando. Está dentro de un coche con McGuinness ahora mismo.

—Mierda.

Una sola palabra, pero a Tom le comunicó todo un caudal de emociones.

Tom quería colgar. Quería decirle a su hermano que se fuera al infierno. Quería quedarse sentado a escuchar su voz. De verdad no sabía lo que quería ni lo que sentía. Lo único que sabía seguro, no obstante, era que Jack conocía a esta banda mejor que cualquiera, y que Emma necesitaba ayuda.

—¿Cómo supiste que esto iba a suceder, Jack? Lo que planeaba Guy.

—Porque lo he estado vigilando. He seguido cada uno de sus movimientos en la red oscura durante seis años, esperando la oportunidad de acabar con él. Imaginé quién era su objetivo, y cuando se puso a buscar comprador, hice una oferta.

Una vívida imagen de Jack, sentado en un cuarto solitario y a oscuras, en alguna remota parte del planeta, pegado a la pantalla de un ordenador, mientras esperaba para llevar a cabo su venganza, pasó como un fogonazo por la mente de Tom. La empujó con fuerza fuera de su pensamiento.

—Tú conoces a estos hijos de puta. Eras uno de ellos —dijo Tom.

—Eso es innecesario, hermanito. Aunque, por supuesto, tienes razón.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—Voy a conseguirte algo de tiempo. Y tú, Tom, tienes que mantener a Emma a salvo.

La línea se cortó.

Tom colgó el teléfono y cerró los ojos durante un instante. ¿Qué acababa de pasar? Casi no se lo podía creer.

—¿Quieres explicarme de qué ha ido todo eso? —Paul Green estaba observando a Tom con mucho cuidado.

—La verdad es que no. Evidentemente en algún momento voy a tener que hacerlo, pero por ahora limitémonos a encontrar al niño, poner a Emma a salvo y detener a Guy Bentley. Vuestro hombre, Blake...

—¿Te refieres a tu hermano Jack, el que se suponía que estaba muerto?

—... va a conseguirnos algo de tiempo.

—¿Sabías que estaba vivo? —preguntó Green.

—Claro que no. ¿Y tú?

Tom sabía lo estúpida que era aquella pregunta. Como si a Tom le hubieran dejado dirigir esa operación de haber tenido la más mínima idea. Por fortuna, les interrumpió el sonido de un teléfono que recogía uno de los aparatos de escucha instalados en el cementerio.

—Espera —dijo Green—. Tenemos que oír esto.

Era el móvil de Guy Bentley. Contestó sin contemplaciones.

—Qué pasa —respondió.

Se hizo una pausa mientras hablaba su interlocutor.

—¿Qué quieres decir con que has retrasado el pago? ¿Por qué motivo?

No podían oír lo que decía Jack.

—Escúchame, cabrón, acordamos una hora y un lugar. Nosotros estamos aquí. ¿Tú dónde coño estás?

Otro momento de silencio de Guy.

—Eso es una gilipollez. Ella solo era el correo. Por supuesto que nadie la ha seguido. Nos hubieran detenido ya, ¿no?

Guy daba zancadas arriba y abajo del camino, y su voz subía o bajaba de volumen dependiendo del lado al que estuviera mirando.

—Ya sé que podrías dejar colgando este negocio. Pero no lo vas a hacer, ¿a que no? Y sí, si insistes, mi gorila del rifle lo pondrá en el suelo y se pondrá de pie encima, si crees que es absolutamente necesario. Te veo en una hora.

Guy colgó y se quedó allí plantado, las manos en la cintura, mirando a su alrededor.

Se dirigió al otro hombre.

—No me pienso quedar aquí parado congelándome los huevos durante otra hora. Además, se hace demasiado tarde para este lugar. Necesitamos encontrar otro sitio. Le daremos la nueva localización cuando nos vuelva a llamar. No vamos a hacer todo lo que él quiera.

Green se giró hacia Tom e hizo un gesto que era una queja silenciosa. Dondequiera que decidieran ir ahora, no tendrían oportunidad de organizar ninguna vigilancia. Habían ganado tiempo, pero habían perdido todas las demás ventajas.

Tom luchaba por eliminar de su mente la imagen de Jack con la cabeza rapada y la perilla, pero le estaba costando. Si no hubiera sido por la postura de su hermano y el gesto característico de frotarse la coronilla al contestar al teléfono, Tom creía que podría haberse cruzado con Jack en la calle sin reconocerlo. Ya no llevaba aquella coleta larga y desgreñada, ni las mejillas sin afeitar, con barba de varios días. Solo sus ojos deslumbrantes, azul clarito, lo hubieran delatado.

Jack les había conseguido una hora extra para encontrar a Ollie y rescatar a Emma, y necesitaban apurar cada segundo.

Llamó a Becky por radio.

—Estamos sacando a Julie de la casa ahora —dijo Becky, resoplando—. Estoy intentando hacerla caminar, que se despierte. Necesitamos estar fuera de aquí antes de que llegue McGuinness. Pero creo que estamos haciendo progresos. Está murmurando algo.

Tom podía oír sus gemidos de fondo. Oyó la voz de la agente.

—Venga, Julie. ¿Dónde está ese bebé tan mono que estabas cuidando?

Oyó unas palabras pastosas, y luego a Becky contener el aliento.

—Di eso otra vez, Julie —dijo, con una voz dura y exigente—. Mierda y mucha más mierda.

Tom esperó.

—Tom, dice que le dio a Ollie una pastilla porque no paraba de llorar. Las pastillas son Temazepam. Le he preguntado que cuántas y solo sacude la cabeza. Espera, que está diciendo otra cosa.

Hubo una pausa y Tom pudo deducir del sonido ambiente que habían salido de la casa, claramente intentando llevar a Julie a rastras o a cuestras en los pocos minutos que quedaban antes de que regresara su marido.

—Dice que el bebé se lo ha llevado Mel. Le hemos preguntado quién es Mel y adónde se lo ha llevado, pero no suelta prenda. Ahora está vomitando, pero no para de desvanecerse. No recuerdo a nadie llamado Mel en la lista que nos pasó Titan, así que no tengo ni idea. La vamos a meter por detrás en una de las furgonetas y nos piramos de aquí. El equipo de respuesta armada se está colocando en posición, escondiéndose entre las sombras. Me han dicho que espere en mi coche bien lejos de la acción hasta que McGuinness haya vuelto y Emma esté a salvo.

—De acuerdo, Becky. Sigue así. Rastreamos a Mel desde aquí y te mantendremos informada. En cuanto hayas terminado ahí, necesito que vayas a la

casa de los Joseph. Algo le ha pasado a Natasha. No sé qué, pero tenemos que encontrar a esa pobre chavala. Nadie sabe dónde está, y no queremos a otra chica muerta sobre la espalda.

Oyó un lamento por parte de Becky, pero no tuvo tiempo de decirle nada más porque Paul Green estaba otra vez al teléfono y Tom volvió a oír el nombre de Blake. Debían de estar acordando el punto de entrega del dinero. Tom le hizo una señal de que quería hablar con Jack, y cuando Paul terminó le pasó el teléfono.

—Jack, ¿en serio vas a entregar el dinero a cambio del oro?

—No, a no ser que no me quede más remedio. No me puedo arriesgar a que Guy me reconozca. Si sabe que estoy vivo no descansará, ni siquiera desde prisión. Cree que estoy muerto, y eso tiene que seguir así.

—Pero ¿tienes el dinero?

—Tenía una cuenta secreta, que vacié hace unos meses. Así que sí, lo tengo.

Tom casi no podía creerse lo que estaba oyendo.

—¿Fuiste tú quien vació la cuenta? ¿La de Suiza? Creí que habían sido ellos los que la habían encontrado.

—Ah, encontraste la tarjeta SD entonces. Esperaba que no lo hicieras.

Como el candado que habían roto con la taladradora, las piezas iban cayendo en su sitio en la cabeza de Tom, y supo que pronto podría girar la llave y comprenderlo todo. Estaba muy cerca.

—Olvida eso ahora. Quiero que pienses con mucho cuidado, Jack. Necesito que recuerdes si alguna vez has oído el hombre de Mel.

Tom oyó que su hermano contenía el aliento al otro lado del teléfono.

—Deja a Mel fuera de esto, Tom. Nada de esto ha sido culpa suya. —En su voz había algo duro, protector.

—¿Quién es? No me la juegues, tío. Tiene a Ollie.

—Dios santo —murmuró Jack—. ¿Para qué coño habrá hecho eso?

—¿Quién es? Dímelo y punto, coño, que Julie le ha dado a Ollie una pastilla para dormir para que parase de llorar.

—Esto cada vez se pone peor. Julie siempre fue una imbécil, pero tú sabes quién es Mel. Te la presenté, dos veces, y te cayó fatal. Mel, ya sabes, Melissa.

—Me cago en la puta. ¿Tu amante? ¿La tía por la que dejaste a Emma es parte de esta banda? Me dejas sin palabras, Jack.

Se preguntaba si alguna vez había conocido a este hombre.

—¿Sigues sin pillarlo, eh, hermanito? Da igual. Puedo localizar a Mel. Consígueme aquí a alguien con un portátil y una señal de *wifi*. Green sabe dónde estoy. Cuanto más rápido me lo hagas llegar, antes localizaré a Ollie.

Sin más explicaciones, Jack colgó.

Tardaron solo cinco minutos en proporcionarle un portátil a Jack, y solo un par de

minutos más tarde el móvil de Tom indicó que tenía un mensaje. Había recibido una dirección de Melissa en su correo personal. Parecía que Jack no había perdido facultades.

Tom cogió su portátil. Tenía la basura habitual en la bandeja de entrada, pero en cuanto vio el nombre de BLAKE supo cuál tenía que abrir. Y ahí estaba la dirección, y un mensaje.

Mel es la amante de Guy, siempre lo ha sido, así que ten cuidado. No es peligrosa, pero los matones de Guy sí que lo son, y andan por ahí. Lo mejor que puedes hacer es llevar a Emma. Mel probablemente no le entregue el bebé a alguien a quien no reconozca, y sabrá quién es Emma.

Mel ha visto a Guy hacer cosas terribles, pero matar a un bebé será una línea roja para ella. Apuesto a que por eso fue por lo que se llevó a Ollie. Pero solo es una apuesta. Debe de tener un plan, porque Guy la matará cuando lo descubra. Buena suerte, hermanito.

Tom echó un vistazo al comandante táctico del grupo armado. Estaba observando el monitor donde se veía la casa de los McGuinness en Salford, en calma, esperando, no se veía ni un alma. Pero ahí estaban, escondidos entre las sombras, vigilando, anticipando el momento en que pudieran acabar con McGuinness. Apenas alcanzaba a ver el coche de Becky, aparcado en la calle, fuera del alcance de cualquier tiroteo.

El momento en que Emma se metió en el coche con McGuinness, el equipo de la sala de control había aceptado que la devolución que se planeaba de Ollie no iba a suceder nunca. La banda no había intentado esconder la identidad de Finn. Incluso habían usado su nombre, y ahora, según el equipo que iba siguiendo al Range Rover, la estaba llevando a su casa. Tom sabía que el destino de Emma había sido decidido mucho antes de su llegada al cementerio.

Dentro del Range Rover la sensación era de claustrofobia. El aire parecía muerto, y Emma creía poder oler su propio miedo. No tenía ni idea de dónde estaban, pero no podía dejar de pensar en Ollie, en recuperarlo, en abrazarlo muy fuerte.

Finn solo le había dirigido la palabra una vez durante el viaje.

—¿Me dice el jefe que tú solías ser la chica de Jack Douglas? —Lanzó una carcajada divertida—. Todo lo que viene, va, ¿eh? Una lástima que muriera.

Emma frunció el ceño. Él sonrió ante su expresión y se inclinó hacia ella. Podía oler en su aliento humo de tabaco.

—Se me negó el placer de matarlo con mis propias manos —dijo, con la cara a pocos centímetros de la suya.

Ella se apartó asqueada, y él volvió a reírse. ¿Qué quería decir? ¿De qué conocía a Jack? Pero en ese momento no podía permitirse concederle a Jack ningún espacio mental. Iba a por Ollie. Respiraba cada vez más deprisa y menos profundamente a medida que su excitación iba en aumento. No debía de quedar mucho.

Habían dejado atrás la autopista; siguiendo las instrucciones de Finn, Emma giró por una ancha avenida con casas bien separadas de las aceras.

—Ahí delante gira a la izquierda, y luego es la tercera entrada a la derecha. Veamos si Julie ha mantenido a salvo a tu bebé. Tendrás que rezar porque no se haya cogido un pedo y el pobre infeliz no se le haya caído de cabeza. —Soltó una risita, pero Emma ya no le estaba escuchando.

¿Julie? Ese era el nombre de la mujer que Tom creía que tenía a Ollie. Pero ya le había dicho que no lo habían encontrado. ¿Qué haría Finn si llegaba a casa y descubría que Ollie no estaba allí? Emma no tenía ni idea, pero sintió que la emoción de recuperar a Ollie se desintegraba, estallando en diminutos fragmentos.

Todo esto, todo lo que había hecho, había sido para nada. Quería aullar, llenar la noche con sus gritos de agonía. ¿Debía advertírsele, decirle que la policía ya había dado con Julie y que sabían que Ollie no estaba ahí?

Y entonces, de la nada, cayó en la cuenta de cómo iba a terminar todo. Ya conocía el nombre de Finn. Estaba a punto de entrar en su casa. El jefe le había dicho a Finn que «se lo reservara para más tarde».

No iba a dejarla escapar.

¿Cómo podía haber sido tan imbécil? ¿Era este su castigo por involucrar a la policía?

Era demasiado tarde para pensar en qué otra cosa hacer, así que giró el volante, entró por la estrecha entrada de la casa que le indicó Finn y apagó el motor.

Tenía que ponerle de su parte, hacer que se diera cuenta de que ya no estaba trabajando con la policía, hacer algo que lo llevara a confiar en ella.

—Finn —comenzó.

—Cierra el pico y sal del coche.

Le hundió la punta de la pistola en el muslo como para recordarle su presencia y luego se la metió en el bolsillo. Antes de que Emma pudiera protestar, él abrió su puerta y se dispuso a salir.

Emma sabía que tenía que decirle algo antes de que entraran en la casa. Sentía que fuera estaría más segura. Tiró de la manilla para abrir la puerta, preparada para escapar corriendo detrás de él por el camino a la casa.

—Finn —le gritó—, tengo que contarte una cosa.

Su única esperanza era poder razonar con él, hacer que le devolviera a Ollie a cambio de su colaboración con la policía.

Él se giró hacia ella, llevándose la mano rápidamente al bolsillo de la chaqueta.

De repente la noche se rompió en dos. El sonido estalló por todas partes, y Emma sintió que unos brazos fuertes iban a por ella y la sujetaban, y dos figuras negras emergían de detrás de un seto y la arrastraban al suelo.

Todo pasó en cuestión de segundos. Para cuando estaban ayudando a Emma a ponerse de nuevo en pie, había cuatro hombres alrededor de McGuinness, que ya tenía las manos esposadas a la espalda.

Se dio media vuelta y vio a Becky Robinson corriendo hacia ella por la carretera.

—¿Estás bien, Emma? —le preguntó, pasándole un brazo con cariño por la cintura.

Emma sintió que se le doblaban las piernas. Habían pasado demasiadas cosas, y por un espantoso momento creyó que no sería capaz de soportar nada más. Sintió que Becky la agarraba más fuerte.

—Escucha, Emma: Tom cree que sabe dónde está Ollie. Necesito que te vayas con este policía. —Becky le señaló a un hombre de mediana edad en quien Emma ni se había fijado—. Tom se reunirá allí contigo. Yo tengo que estar en otra parte, pero ¿estás segura de que te encuentras bien?

Emma apenas había registrado nada de lo que Becky había dicho más allá de la primera frase, y asintió vagamente, con un solo pensamiento en la cabeza.

Ollie.

Obligó a sus piernas a recuperar las fuerzas, se irguió y respiró hondo.

Ya voy, tesoro.

Tom telefoneó desde la sala de control. Tenía que llegar a casa de Melissa, justo en el borde de su jurisdicción. Su viaje iba a ser más largo que el de Emma, pero a aquella hora de la mañana no podía arriesgarse a cruzar por el centro de la ciudad.

No les quedaba mucho tiempo. Jack les había conseguido una hora, pero ya casi había pasado media.

La casa de Melissa estaba en lo alto de una colina, amplia, aislada, rodeada de páramos desolados y vacíos. Parecía un establo reconvertido, con gigantescas láminas de cristal en lugar de las puertas arqueadas originales del establo. De las ventanas sin cortinas salía la luz, pero Tom seguía demasiado lejos como para ver las profundidades de la estancia.

Giró con el coche hacia un camino de granja que estaba parcialmente escondido de la carretera por una espesura de serbales. Volvió andando al camino y comprendió de inmediato por qué la amante de Guy Bentley vivía en ese lugar. Las vistas se extendían a lo largo de kilómetros a la redonda, hasta el pueblo más cercano. De noche ningún coche podría aproximarse sin que lo delataran los faros, y cuando Guy viniera de visita sin duda querría que sus secuaces hicieran turnos de vigilancia. El camino desembocaba en casa de Melissa, y un sendero estrecho, de piedras, continuaba hacia el páramo más allá de la casa. A Tom no le quedaba otra que esperar que nadie hubiera estado vigilando la carretera esa noche.

Le llegó una llamada por radio.

—Tom, aquí Paul Green. Me temo que tenemos un problema. Bentley está jugando duro. Le ha dicho a Blake, o sea a Jack, que no le gusta el nuevo lugar de encuentro. Tiene uno mejor. Es un cobertizo para vacas, en desuso, a unos quinientos metros de casa de Melissa.

—Mierda —murmuró. Sería imprudente por parte de Guy invitar a su comprador a casa de Melissa, pero el que hubiera escogido una localización tan cercana indicaba que lo más probable es que planease visitar también a su amante—. ¿En cuánto tiempo? —preguntó Tom, con una actitud tranquila que enmascaraba sus verdaderos sentimientos.

—No lo sabemos, pero sospecho que viene en su propio coche. El oro estará en la furgoneta. Podría andar ya a mitad de camino cuando llamó a Jack. Tienes que aguantar ahí hasta que lleguemos.

—Gracias, Paul. ¿A qué distancia estáis?

—A unos veinte minutos, pero vamos a tener que aproximarnos con precaución. Hemos visto imágenes satélite de la zona y no podemos irrumpir sin más; habrán huido antes de que lleguemos. Hay un helicóptero de camino, también una ambulancia. La local se presentará antes que nosotros, pero espera que lleguen las armas, Tom.

Tom puso fin a la llamada. Veía faros que se acercaban y echó a correr cruzando

la carretera para esconderse detrás de los árboles.

Treinta segundos más tarde un coche entró por el camino y aparcó detrás del de Tom. Emma salió de un salto del coche de la policía secreta, casi antes de que se detuviera.

—¿Es aquí, Tom? —gritó corriendo hacia él.

—Silencio, Emma. Ya sé que quieres entrar corriendo, pero seamos sensatos. Déjame que lo compruebe primero.

Tom sabía que no iba a esperar al equipo de respuesta armada. Si le habían administrado drogas a Ollie, cada segundo contaba. Pero necesitaba asegurarse de que Melissa estuviera sola.

—Siento lo de antes, Tom. Tenía que hacer lo que me pedían, pero ya sé que fue una estupidez —dijo Emma.

—No tienes nada por lo que disculparte, solo me alegro de que estés bien. Ya hablaremos de eso después. Pero sí hay un par de cosas que tienes que saber, y una cosa que necesito preguntarte.

Emma lo miró con gesto receloso.

—¿Qué pasó en la cámara acorazada, Emma?

Los ojos de Emma rompieron el contacto con los suyos, y él supo que tenía razón.

—¿Quién estaba ahí contigo?

—Da lo mismo. Vayamos a por Ollie y ya está.

—¿Era Jack, verdad?

Observó cómo Emma cerró los ojos con fuerza, como si estuviera a punto de perder el control sobre sí misma.

—Ahora no, Tom. No puedo permitirme pensar en eso. Déjame ir a por Ollie. Por favor.

Tom sabía que ella tenía razón. Aquello podía esperar. Se planteó contarle lo que le había pasado a David, o que Natasha había desaparecido, pero decidió no hacerlo por el momento. Lo habían puesto al tanto de camino, y seguía sin haber ni rastro de la chica.

Pero sí había una cosa que tenía que decirle a Emma.

—Que sepas que Mel, la mujer que tiene a Ollie, es Melissa.

No hacía falta que añadiera nada más.

—No me importa quién sea con tal de que me devuelva a mi bebé. ¿Qué estamos esperando?

—Vuelve al coche, Emma. Voy a comprobarlo. —Tom se inclinó hacia el conductor. Necesitaba que el hombre vigilara a Emma—. Manténganse fuera de la vista por ahora, y cuide de la señora Joseph. Lo avisaré por radio cuando sea seguro para ella entrar. —Se dirigió a Emma, deseando que lo comprendiera—: Hazlo, Emma.

Emma abrió la puerta y se sentó de lado en el asiento, con los pies fuera del coche, preparada para moverse en segundos. El conductor levantó un brazo y apagó

la luz interior del coche.

Tom avanzó por el camino. No tenía ni idea de si Guy sabía que Ollie estaba con Melissa. Pero iba a tener que sacar al niño antes de que llegara Guy.

Avanzó por el lateral de la casa, sin pisar la entrada de adoquines. No había coches a la vista, pero bordeó la casa para comprobar posibles entradas y salidas, sin saber si necesitaría una escapatoria. No se oía ningún ruido del interior de la casa, y se metió más profundamente en la espesura, más allá del alcance de la luz que salía de la gran ventana en arco, esperando poder escudriñar el interior sin ser visto.

Había llegado demasiado tarde. Mientras recorría la parte de atrás de la casa no había podido vigilar la carretera, y de repente un par de potentes faros inundaron el camino. Tom se agachó detrás de un seto mientras un Aston Martin Vanquish color rojo oscuro aparcaba sobre los adoquines.

Un hombre salió, con una mano hundida en el bolsillo del abrigo y la otra sosteniendo un teléfono contra la oreja.

Guy Bentley.

—Espera ahí —oyó Tom que decía—. El comprador debería reunirse contigo en treinta minutos, pero para entonces yo habré regresado. Estoy en casa de Mel recogiendo unas cosas. Pero ¿dónde coño está Finn, sabes algo de él?

Hubo una pausa.

—Qué cabrón hijo de puta. Será mejor que no se esté tirando a la Joseph. Le dije que las encerrara, a ella y a la niña, y que dejara el jugueteo para más tarde. Sigue llamándolo.

Guy presionó con furia la pantalla de su móvil y se dirigió hacia la casa. En ese momento Tom sintió un movimiento a su derecha y una cara pálida se hizo visible a la luz de la farola de la entrada.

Emma.

¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Cómo se había zafado del conductor?

No tuvo tiempo de pensar. No podía dejar que Guy la viese. Salió de detrás del arbusto, golpeándose contra las hojas para hacerlas sonar. Guy se giró hacia él, y su mano fue automáticamente al bolsillo de su abrigo.

Pistola.

Entonces la cara de Guy cambió. Lo sabía. Sabía que lo habían pillado, pero no tenía ni idea de cómo ni por qué. Y Tom estaba seguro de que no se rendiría sin pelear. Tendría una ruta para escapar de allí preparada, un plan. Y en ese momento, lo único que se interponía entre Guy y la libertad era Tom.

—Vaya, vaya, pero si es Tom Douglas. Qué agradable sorpresa, Tom. ¿Cómo te va?

—Ethan —respondió Tom, viendo poco más que una versión adulta del chaval que solía pasar el rato en la habitación de su hermano. Pero ni por un segundo dudó de que ese hombre era mucho más peligroso y carecía por completo de moral.

—¿Ethan? —respondió Guy riendo—. Hace años que nadie me llama así. Tu

hermano me bautizó *Posh Guy* todos esos años atrás y me gustó tanto que me lo quedé. Claro que lo de *Posh* lo abandoné. Tiene connotaciones feas. ¿Te gustaría entrar? Esta es la casa de mi novia, pero me imagino que eso lo sabrás, ¿no?, siendo como eres un poli tan listo. Claro que la conoces ya, de cuando fingía ser la amante de tu hermano.

Tom podía ver a Emma por encima del hombro de Guy, pero no podía hacerle ninguna señal, y esperaba que tuviera la sensatez de mantenerse invisible.

Guy le indicó el camino a la casa con la mano izquierda, dejando la derecha aún en el bolsillo. Llegaron hasta el porche.

—Párate ahí, Tom. —La voz de Guy se había endurecido en comparación con el amistoso tono utilizado antes—. Date la vuelta.

Tom se giró despacio.

Guy le estaba sonriendo, pero tenía la mirada dura.

—La radio, por favor, también los móviles. Me sorprendería que solo tuvieras uno, así que a no ser que me entregues los dos, voy a tener que registrarte. Si no te importa, preferiría no hacerlo.

Tom se tomó su tiempo. Cualquier retraso en ese momento era bueno.

—Bueno, hermanito pequeño de Jack. ¿Qué voy a hacer contigo? —dijo Guy en tono coloquial mientras sacaba una pistola del abrigo y apuntaba con ella a Tom.

Guy indicó con la pistola que era Tom quien debía ir primero. Había una puerta a la izquierda del recibidor, y la luz salía por los bordes. Tom la abrió.

Sentada sobre una cómoda butaca frente a una potente chimenea había una joven con un niño en brazos. Ollie.

—Guy —dijo, tragándose visiblemente su propio miedo—. No te esperaba.

—Es evidente —contestó—. ¿Qué coño haces tú con el niño, Mel?

Tom pudo oír la sorpresa y la ira en la voz de Guy, y Mel volvió a concentrar su mirada en la chimenea para que este no pudiera ver el pánico que Tom había vislumbrado en sus ojos.

Mel habló sin mirar a Guy, pero su tono desafiante no resultaba tan convincente, debido al temblor de su voz.

—Julie me contó que no pensabas devolver al niño. Estaba borracha, así que me lo llevé. No pensaba dejárselo a Finn. Es un malvado hijo de puta.

—¿Saliste de casa?

Tom identificó la incredulidad en la voz de Guy.

—Era de noche. Nadie me vio. Solo Julie, y ella ya ha visto las filigranas de las que su marido es capaz.

Tom no tenía ni idea de qué iba todo aquello, pero se quedó en silencio.

—Eres una puta imbécil, Mel. —El tono relajado de Guy resultaba de algún modo más amenazante que si hubiera gritado—. Pensé que habrías aprendido la lección hace seis años. Este es Tom, el hermano de Jack, y es de la pasma. Pero me imagino que eso tú ya lo sabías, ¿no? ¿Cuánto va a tardar en llegar la caballería, Tom?

Tom se encogió de hombros. No pensaba desvelar nada, pero esa situación aún tenía el potencial de acabar muy muy mal.

—No importa, mis hombres me lo dirán cuando estén cerca. ¿Por qué te pusiste en contacto con Tom, Mel?

Guy ahora estaba apuntando a Mel con su pistola, y ella aún abrazaba a Ollie con fuerza contra el pecho. Pero observaba algo más allá de Guy, en la puerta. Tom siguió su mirada, y cerró los ojos por un momento, presa del terror.

—Déjala en paz, Guy. Fui yo quien le dije a Tom dónde encontrarla.

Guy se giró al oír aquella voz, apuntando con la pistola al hombre parado en el umbral de la puerta.

—Hola, hermanito —dijo Jack, mirando a Tom con una sonrisa triste.

—Jack Douglas —susurró Guy, entrecerrando los ojos hasta que no eran más que

hendiduras. Agitó la pistola para indicar que Jack debía ponerse junto a Tom, pero Jack no se movió del sitio—. Quién lo hubiera pensado. ¿Así que has vuelto a ver a Mel? Me imagino que le debes una.

Guy miró a su querida con una mueca de desprecio.

—Nada de aquello fue culpa de Mel —dijo Jack—. A ella también la engañé.

—Eso es una puta chorrada, Jack. Después de jodernos aquel golpe nunca te nos hubieras escapado sin la ayuda de Mel. Pero sufrió por ella, ¿verdad, cariño?

Tom miró a Mel, que seguía mirando el fuego. Por más que quisiera arrebatárselo a Ollie y echar a correr hacia la puerta, sabía que no funcionaría. No con Guy agitando ese arma.

—Ahora nunca sale de casa, ¿lo sabes, Jack? —dijo Guy—. No sale desde el día que te ayudó a escapar. Enséñale a Jack lo que te hizo.

Guy mantenía su tono cordial. Mel no giró la cabeza.

—No quiero obligarte a hacerlo, Mel. Enséñaselo a Jack.

Mel giró la cabeza despacio, de forma que el lado izquierdo de su cara se hizo visible. Desde justo debajo del ojo izquierdo hasta la barbilla tenía la piel surcada por una cicatriz zigzagueante, de color marrón rosáceo, que le tiraba del ojo y dejaba expuesto el párpado inferior, húmedo y rosado.

—Qué hijo de puta —dijo Jack.

—No fueron más que un par de puñetazos. Finn se lo cosió.

Tom sabía sin necesidad de preguntar que cualquier punto se lo hubieran dado sin el alivio de la anestesia, y por un momento sintió el dolor de Mel cuando la aguja le penetró en la piel. No estaba libre de culpa, pero aquello era puro salvajismo.

—Yo me ocuparé de Mel más adelante. Por ahora, sois solo vosotros dos. —El tono de Guy había cambiado.

—¿Por qué no escapar mientras puedas, Guy? —preguntó Jack, sin moverse del sitio.

Guy no le hizo caso, levantó el arma y apuntó a Tom.

Para desolación de este, Jack dio un paso, se colocó delante de él y empezó a avanzar hacia Guy, deteniéndose solo al encontrarse con él cara a cara.

Guy sonrió y apretó el cañón de su pistola contra la sien de Jack.

—Te olvidas de que yo ya estoy muerto —dijo Jack, clavando la mirada en los ojos de Guy—. No puedes matar a un hombre muerto.

El sonido del disparo cortando el aire silencioso de la madrugada mandó a los primeros pájaros del día, que esperaban a cantar su melódico coro del amanecer, revoloteando de vuelta a los árboles desnudos. Y Emma lo sintió como si una hoja afilada de cuchillo le penetrara el corazón.

Salió de los arbustos donde estaba escondida desde que Tom entrara en la casa y echó a correr por el camino hacia la casa. Su mente estaba concentrada en una sola

cosa: Ollie.

Sus piernas golpearon el suelo, recorridas por extraños dolores porque la tensión en sus miembros luchaba y perdía la batalla por agarrotarlos. Con la cabeza gacha, gritó de dolor pero siguió corriendo, cojeando, arrastrando una pierna con el gemelo duro y retorcido, hasta la negra puerta del remoto cobertizo. Abrió la puerta y se obligó a avanzar hacia la silenciosa sala que quedaba a la izquierda, la única en la que había luz.

Con una mano apretando el flato que sentía en el costado izquierdo, se lanzó al otro lado del umbral.

Para Emma fue como si toda la habitación hubiera quedado en sombras, y la única luz irradiaba desde Ollie, que había empezado a llorar, despertado sin duda por el disparo. Apenas se percató de los dos hombres tendidos en el suelo en un charco de sangre. Solo tenía ojos para su pequeño, y para la mujer que sostenía a Ollie con un solo brazo, blandiendo una pistola en la otra mano, con el cañón oscilando de un lado a otro por sus propios temblores.

—¡No le hagas daño a mi niño! —chilló—. Dispárame a mí, pero no le hagas daño a mi bebé, por favor.

Miró de frente a la mujer y ahogó un grito. ¿Qué le había pasado a su pobre cara? Pero la mujer tenía a Ollie, y en ese momento eso era lo único que importaba.

—Dame la pistola, Melissa.

Tom. Gracias a Dios.

Sin decir una palabra de protesta, Melissa le dio la vuelta a la pistola y se la entregó a Tom. Con las dos manos libres, aferró a Ollie con fuerza por última vez y se puso en pie para entregárselo a Emma.

—Es precioso, Emma. Siento mucho todo lo que ha pasado. —Se volvió a sentar como si sus piernas ya no la sostuvieran, con una expresión aturdida.

Pero Emma apenas la oía. Ollie había parado de llorar al oír la voz de su madre, y ella lo apretó fuerte contra sí. Tan fuerte que Ollie emitió un pequeño «ay» de protesta, y entonces se echó a llorar y a reír al mismo tiempo. Lo alejó y lo levantó para poder ver su piel suave, sus mofletitos gordos y su pelo fino. Ollie alargó una mano hacia las lágrimas de Emma y las rozó con los dedos.

—Mamamá... —dijo suavemente, y en su cara se extendió una enorme sonrisa.

Volvió a abrazar con fuerza a Ollie y miró en dirección a Tom, que estaba levantando un cuerpo del suelo, haciéndolo rodar para que quedara bocarriba. Debajo del cuerpo, cubierto de sangre, estaba Jack. Sin el pelo desgredado y las mejillas sin afeitar, tenía un aspecto muy diferente, pero al tiempo muy familiar.

Emma no podía respirar, convencida de que se había sacrificado por Ollie.

Entonces Tom alargó una mano y los ojos de Jack se abrieron, mirando primero a su hermano y luego a Emma y a Ollie, buscando su mirada, asegurándose de que estaba bien.

Tomó la mano que se le ofrecía y Tom tiró de él y lo ayudó a ponerse en pie.

—Santo cielo, Guy es más pesado de lo que parece —murmuró.

—Nunca jamás vuelvas a hacer una puta estupidez como esta, Jack. De no haber sido por Mel ahora mismo estarías muerto. ¿Qué estabas intentando hacer, por el amor de Dios?

—Olvidas, Tom, que como le dije a Guy, yo ya estoy muerto. Nos hubiera matado a los dos. Casi me mata al caerse encima de mí. Pero al menos si me hubiera disparado tú habrías tenido un segundo o dos para acabar con él.

Tom suspiró y negó con la cabeza.

—Más tarde, Jack. Tenemos que resolver lo de Ollie. Melissa: Julie dijo que le había dado una pastilla para dormir. ¿Sabes algo de eso?

Emma se giró de inmediato para clavar los ojos en la mujer, con el cuerpo rígido de tensión. Melissa parecía embobada, con la mirada fija en el cadáver de Guy y la sombra de una sonrisa en los labios. Habló sin levantar la cabeza.

—Está bien. Se la dio justo antes de que yo llegara. Probablemente estuviera llorando porque tenía sed; ni se le ocurriría darle algo de beber. Tenía la boca seca, y la pastilla se le había pegado debajo de la lengua, donde Julie se la había metido. Se la saqué, y limpié el residuo que pudiera quedar con un pañuelo de papel. Luego le di un montón de agua. Ha estado durmiendo, pero ahora está bien.

Mel seguía mirando el cuerpo de Guy como en trance.

—Gracias —fue lo único que a Emma se le ocurrió decir.

—Así todo, creo que debemos trasladar a Ollie a un médico —dijo Tom—. Voy a llevarme a Emma fuera y dejarla con un agente que pueda cuidar de los dos hasta que llegue la ambulancia.

Se oían sirenas cercanas, y el zumbido constante de un helicóptero sobrevolando la zona.

Tom se giró hacia Jack y Melissa.

—No quiero dejaros solos a vosotros dos, pero mi prioridad es Ollie. Tardaré dos minutos. Quedaos aquí, los dos.

Emma se fue caminando hacia la puerta, abrazando a Ollie con fuerza. Pero tenía los ojos puestos en Jack, penetrándolo, intentando leer lo que tuviera en mente, intentando demostrarle lo que había en la suya, y en su corazón.

—Jack —dijo en voz baja.

La mirada de él se suavizó al tiempo que sacudía casi imperceptiblemente la cabeza y le hacía un gesto con la barbilla como diciéndole que se marchara. Tenía que irse, por Ollie, pero había todavía tanto que decir.

Cuando Tom cerró la puerta detrás de ella, Emma se sintió segura de que había perdido a Jack por tercera vez en su vida, y esta vez era la más triste de todas.

A Tom no le hacía ninguna gracia abandonar la escena de un asesinato, pero lo primero era Ollie, y además necesitaba tiempo para pensar. Le pasó un brazo por los hombros a Emma y la condujo hacia la puerta principal, recogiendo de camino su radio y sus teléfonos. Un policía sin aliento estaba a medio camino de la casa, doblado por la cintura.

—Lo siento, señor —dijo el agente—. Me dijo que necesitaba hacer un pis, así que no era cuestión de seguirla. La he estado buscando por todas partes.

Tom le dirigió una mirada de reproche a Emma, pero lo cierto es que no podía culparla. Le metió prisa hacia la verja exterior, mirando ansioso a su alrededor, buscando la ambulancia que les habían prometido.

—Has estado asombrosa, Emma —le dijo, mientras sus ojos vigilaban el sendero—. ¿Estás bien?

—Ahora sí. ¿Qué pasó?

—Jack se hizo el héroe, el muy imbécil. Guy tenía una pistola apuntando a su cabeza, pero Melissa tenía otra pistola escondida en la butaca. Fue ella la que disparó a Guy. Él se cayó sobre Jack y por un momento creí que habían disparado al mismo tiempo. Pensé que Jack también estaba muerto.

Y esa había sido una sensación extraña. Un hermano al que ya creía muerto, muriendo de nuevo. ¿Cómo podía sentirse semejante dolor dos veces por la misma persona?

—Melissa nunca fue amante de Jack, ¿verdad? —preguntó Emma.

—No lo creo. Siempre perteneció a Guy, y actuó de perro guardián, viviendo con Jack para cerciorarse de que cumplía las exigencias cada vez mayores de Guy. Me imagino que se encariñó con él y lo ayudó a escapar.

Tom observó la cara de Emma, preguntándose si eso hacía que todo lo sucedido le pareciera mejor o peor. Ella tenía los ojos clavados en Ollie, casi maravillada. El niño se había acurrucado contra ella, y ella estaba intentando envolverlo aún más fuerte con los brazos. Tom se quitó el abrigo y se lo echó a ambos por encima, aliviado al ver una luz azul que se acercaba.

—¿Tú sabías lo que Jack estaba haciendo, Em? —le preguntó—. No te estoy acusando de nada, solo es que me pregunto cómo llegó a meterse tan hasta el fondo.

Emma se quedó en silencio un momento, como decidiendo lo que tenía que decir.

—Yo sabía lo de su trabajo como *hacker*. Pero en los meses anteriores a separarnos parecía estar luchando contra algo, yo no sabía contra qué. Estaba

enfadado todo el tiempo, consigo mismo, no conmigo. Supongo que era por las cosas que Guy le estaba obligando a hacer. No es una mala persona, Tom. Cometió errores de jovencito y se metió demasiado.

En ese momento, Tom deseó estar en otra parte. Jack acababa de intentar salvar la vida de Tom, probablemente había salvado la de Ollie, y había puesto en peligro su propia vida para encerrar a Guy Bentley.

Pero era un criminal. Y Tom era policía.

—Bueno, cuando todo esto quede atado tendremos que ver qué pasa, pero Jack cometió delitos y yo no puedo fingir que no lo hizo.

La conversación sobre los crímenes ocurridos recordó a Tom que Emma todavía no sabía lo que le había pasado a David. Empujó los pensamientos sobre Jack al fondo de su mente.

—Lo siento mucho, Em, pero tengo malas noticias. Después de que tú te fueras de casa irrumpieron allí y David resultó gravemente herido. Lo han llevado al hospital.

Observó la cara perpleja de Emma.

—¿Cómo está de mal? —preguntó ella.

—Mal —contestó Tom.

—Ay, Dios mío. Pobre David. No le hicieron daño a Tasha, ¿verdad?

—Cuando nuestros hombres llegaron allí registraron la casa, pero no había ni rastro de ella. Lo siento mucho, Emma. Deben de habérsela llevado.

Después de todo lo que Natasha había hecho, Tom hubiera pensado que habría una sensación de alivio porque ya no estuviera, pero con una sola mirada al gesto afligido de Emma, supo que ella no se sentía así.

—Está en problemas, Tom. Deben de haberse dado cuenta de que Tasha sabía que yo había avisado a la policía. No tengo ni idea de lo que le harán. Encuéntramelas. ¿Por favor? No quiero que le pase nada.

—La estamos buscando. No nos daremos por vencidos con ella.

Tom le hizo una seña al agente para que se llevara a Emma y a Ollie mientras la ambulancia aparcaba en la entrada de la casa.

Emma frotó su nariz contra la coronilla de Ollie y asintió vagamente, liberándose del abrigo de Tom. Resultaba evidente que lo único que le preocupaba era abrazar muy fuerte a su niño, y apartar de su mente todos los demás horrores.

Tom se giró de vuelta a la casa. Debería sentirse eufórico. Habían salvado a Ollie, Guy Bentley estaba muerto y Finn McGuinness detenido, y a él lo iba a seguir muy pronto el resto de la banda. Pero tenía que arrestar a otras dos personas, y no le apetecía nada.

Tom se quedó en el umbral de la puerta de la casa de Melissa y observó cómo se marchaba la ambulancia. Sabía que no hacía más que retrasar lo inevitable,

procrastinar, como diría Leo. Pero lo cierto es que tenía que llamar a Becky.

—Ollie está a salvo, Becky —oyó que la inspectora aullaba de alegría—. Y Guy Bentley está muerto. Esas son mis buenas noticias. Ahora dime que habéis encontrado a Natasha.

La voz de Becky viró del júbilo a la tristeza al responder a su pregunta.

—Ni rastro, Tom. Lo siento.

Tom sintió una furia helada al pensar en lo que podría estar sufriendo ahora esta niña. Debería haberla protegido mejor de lo que lo había hecho.

—Organízalo para que alguien detenga al hijoputa ese de Rory Slater, y también a su mujer, ya puestos. Asegúrate de que registran la casa de arriba abajo. Emma me habló de un lugar que hay debajo del sótano que llaman el Foso. Si se han llevado a Natasha, ahí es donde la habrán metido, pobre chica.

—Estoy en ello —fue todo lo que dijo.

Tom colgó y decidió que había una persona más con la que debía hablar.

—Paul, ¿cómo estás de lejos? Hay un par de detenciones que hay que hacer y no tengo el cuajo de ponerme con ninguna de las dos.

—Entendido. Tú límitate a mantenerlos ahí. El equipo armado debería de reunirse contigo en cualquier momento. Yo tardaré unos diez minutos.

Tom añadió la noticia de Guy y oyó un hurra elevarse del coche en el que viajaba Paul Green. Era una buena noche para Titan.

Con un peso en el corazón, Tom abrió la puerta del salón y pasó por encima del cuerpo inerte de Guy.

Mel había vuelto la cara hacia el fuego.

—Mel, ¿dónde está Jack?

—En el baño —contestó Mel, sin girarse—. Limpiándose la sangre, me parece.

Tom cruzó la habitación y se sentó frente a la mujer que le había salvado la vida a Jack.

—Gracias por lo que has hecho esta noche. Me resulta incómodo decirte esto, pero hay más agentes en camino, y van a tener que detenerte por haber disparado a Guy. El caso es que yo no entiendo por qué lo hiciste.

Tom vio una pequeña sonrisa triste en el lado sin cicatriz de la cara de Mel.

—Ya has visto lo que Guy me hizo por ayudar a Jack. ¿Qué crees que me hubiera hecho si te hubiera entregado al niño? —Tom no encontró palabras que no sonaran a tópico—. Yo no tenía planeado matar a Guy, tenía la pistola por Finn. No podía dejar que matara a un bebé. A Finn no se le hubiera movido un pelo, pero supe que vendría a por Ollie en cuanto hablara con Julie, y yo estaba preparada para él.

—¿Cómo supiste que yo venía? —le preguntó Tom, consciente de que Mel no había mostrado sorpresa alguna al verlo, solo la mostró al ver a Guy.

—Cuando Jack me localizó y te dijo dónde vivía, me llamó a mí. Asumió un riesgo enorme, ¿sabes? No podía estar seguro de que yo no se lo fuera a decir a Guy. Pero Jack me dijo que lo único que le importaba era conseguir que el niño de Emma

volviera con ella. No sabía quién llegaría antes, si tú o Finn. Pero a Guy no lo esperaba.

—Salvaste al niño, me salvaste a mí, y salvaste a Jack. Estoy seguro de que los tribunales lo comprenderán y serán compasivos.

Mel rio.

—Yo quiero ir a prisión, Tom, ¿te lo puedes creer? En una cárcel de mujeres me sentiré relativamente segura. Aquí fuera, Finn se asegurará de que yo sufra, incluso aunque lo encierren en Strangeways de por vida, cosa que deberían hacer. Pero no estoy libre de culpa.

Tom escuchó a Mel hablar de su vida con Guy y de los errores que había cometido. Pero estaba hablando demasiado, y Tom sabía por qué. Echó un vistazo a su espalda, hacia la puerta.

—Jack no está en el baño, ¿verdad, Mel?

Giró la cara hacia él fingiendo una expresión de inocencia con la que no hubiera engañado a nadie.

—¿De quién estás hablando, Tom? Aquí solo estamos tú y yo. Nunca ha habido nadie más aquí.

Natasha iba avanzando penosamente por la estrecha pista, con la cabeza gacha para esconder sus lágrimas. No había nadie de quién esconderlas, pero le habían enseñado a no llorar y le avergonzaban los sollozos que amenazaban con ahogarla. No tenía ni idea de adónde lo conducían, pero todos los caminos se dirigían a alguna parte, ¿verdad?

No había sido difícil escabullirse y salir de la casa. Solo había tenido que esperar el momento adecuado. David estaba en la cocina sintiendo lástima de sí mismo, preguntándose si la policía algún día descubriría lo que había hecho.

—No hace falta que le contemos a nadie nada de esto, ¿verdad, Natasha? Fue un error. Un error estúpido.

Iba pisando las huellas dejadas por los tractores, con las zapatillas empapadas y cubiertas de barro. La lluvia había calado su vieja parka y sentía gotas heladas recorriéndole la espalda, pero seguía teniendo mucho que andar. Sabía adónde iba, pero no llegaría antes de que amaneciera. Tendría que encontrar un sitio donde esconderse durante el día. La estarían buscando, Finn y Rory. Pero no porque la quisieran.

Ese era el tema, en realidad. Nadie la quería. David no había querido recuperarla cuando tuvo la oportunidad, y aunque los de Rory iban a insistir en que volviera a casa —o al menos lo que había hecho las veces de casa durante los últimos seis años—, no era porque la quisieran a ella. Solo querían demostrarle que no había escapatoria, y querían el buen dinero que les podría conseguir. Sabía demasiado: todos los timos, las rutas de los trenes, los nombres de los traficantes de teléfonos robados.

Aquello le había parecido un trabajo fácil. Lo único que tenía que hacer era negarse a hablar con nadie, no contarle nada a nadie, y luego encontrar el mejor momento para salir de la casa con el niño, llamar a Rory, y luego volver a la casa y ver sufrir a su padre durante unas cuantas horas hasta que el trabajo estuviera hecho, y al final marcharse otra vez.

Sabía que David y Emma estarían furiosos con ella y pensaba que tal vez le dieran unas cuantas bofetadas cuando les dijera que Ollie no estaba, solo para hacerla hablar. Pero a eso estaba acostumbrada. Lo que no se esperaba es sentir lo que había sentido al ver lo mucho que Emma quería a Ollie. Durante un rato pensó incluso que tal vez, solo tal vez, algo así podría tocarle a ella.

Odiaba a David, por supuesto, pero Emma había sido amable con ella. Y ella,

¿qué había hecho a cambio? Le había robado a su bebé. Eso había hecho.

Natasha soltó un aullido de desolación que llevaba días formándose en su interior, y que se desvaneció en la noche sin ser oído por nadie.

Y ahora había hecho otra cosa por la que la odiarían. Por más que hubiera dejado toda la ropa bonita que Emma le había comprado, había una cosa que necesitaba y que se había tenido que llevar.

Dinero.

No precisaba mucho porque podía robar cosas para comer. Pero tal vez necesitara algo suelto, y era muy mala carterista. Lo había intentado de pequeña, pero el tipo la había agarrado por la nuca y la había sacudido, así que se había limitado a birlar cosas de las tiendas. El problema era que Emma se había llevado el bolso, y la cartera de David estaba en el bolsillo de su chaqueta, con él, en la cocina.

Eso la había dejado con una sola opción, a la que odiaba tener que recurrir. Empujó el pensamiento de lo que había hecho al fondo de su mente. La odiaban en cualquier caso, así que daba lo mismo.

El lugar al que se dirigía estaba lleno de chicos como ella, chicos a los que nadie quería, o que se habían visto obligados a huir de algo más espantoso que vivir en la calle. Se dirigía a los túneles que hay debajo de la ciudad de Manchester, una enorme red de espacios construidos hacía más de un siglo. Pensaba que podría estar segura allí, pero tendría que recorrer kilómetros, siempre de noche, por carreteras secundarias y senderos. Natasha no sabía ni dónde estaba, pero había visto algunas señales cuando salieron de compras, así que tenía la idea de que Stockport era la ciudad grande más cercana. Si pudiera encontrar el camino hasta allí, probablemente consiguiera que alguien la ayudara durante algunos días hasta llegar a Manchester.

Su mente no paraba de repasarlo todo. ¿Había tomado la decisión correcta? ¿Debería haberse quedado?

La cosa era que, si siguiera allí, viviendo con su padre y con Emma, no creía que Finn y su padre liberaran a Ollie hasta que no la recuperaran a ella. David y Emma iban a tener que elegir. O ella, u Ollie. Y no había discusión posible, ¿no? Mejor marcharse ahora que escuchar sus excusas cuando le explicaran que no la querían. Pero si se marchaba, si desaparecía para siempre, no habría razón para que Finn se quedara a Ollie.

Pero tal vez debería haberse quedado, quedarse para que Emma dispusiera de algún poder de negociación, quedarse y sacrificarse para que Emma pudiera recuperar a Ollie. Le dio una patada a un terrón de tierra húmeda que tenía delante. No podía ni hacer eso bien.

Se frotó las lágrimas con las palmas de las manos y levantó la cara hacia la lluvia. Todo su cuerpo temblaba con la fuerza de su infelicidad y de su sensación de pérdida.

Becky Robinson se mantenía fuera de la cocina de los Joseph. Estaba repleta de

técnicos forenses, y no había nada que ver, más allá de la sangre, claro. Emma estaba en el hospital con Ollie, donde les estaban haciendo un reconocimiento, y las noticias eran buenas. No parecía haber ningún efecto permanente de los restos de somnífero que pudiera haber tragado.

Becky no sabía si Emma había ido a ver a su marido o no. Realmente no se le podía reprochar que no fuera, tras saber lo que David había hecho años atrás. Todo lo que había sucedido desde ese momento, a Natasha, a Caroline y ahora a Ollie y a Emma, era resultado directo de sus acciones de hacía seis años.

Jumbo y su equipo habían terminado con todas las habitaciones menos con la cocina, de forma que Becky tenía libertad para recorrer la casa. Fue al dormitorio de Natasha. La cama estaba hecha, y la habitación ordenada; un tipo de orden que normalmente uno no asocia con niñas de trece años, o por lo menos no si eres más o menos como había sido Becky.

Abrió los cajones. Dentro había ropa en buen estado, perfecta para una niña como Natasha, bien doblada, como si alguien se hubiera preocupado por dejarla bien. Pensó en lo que Natasha llevaba puesto cuando la conoció por primera vez. Se acordó del jersey rojo con el hilo suelto y lo buscó por la habitación. No estaba.

¿Dónde estás, Tasha?

No estaba en casa de Rory Slater. Estaba vacía. Todos los niños habían sido trasladados a hogares de acogida, y el matrimonio Slater estaba en chirona.

El equipo había registrado la casa y no había encontrado nada. Es decir, nada excepto por la espantosa cámara debajo del sótano. Era poco más que un agujero en el suelo con muros de tierra. Húmedo y frío, apestaba a miedo.

Becky se estremeció y se marchó al dormitorio de Ollie. Vio el rastro del equipo de huellas, pero no habían movido nada, y su mirada se vio atraída por un juguete, colocado en mitad de la alfombra. Se agachó para recogerlo, pero no era un juguete, era una hucha en forma de mariquita. La sacudió, pero no hizo ruido. Estaba vacía.

Al ir a ponerla sobre la cómoda se percató de un pequeño trozo de papel, que se asomaba de la ranura. Becky lo sacó con cuidado. Lo desdobló y lo puso a la luz para leerlo.

—Oh, Dios mío —murmuró, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Sabía que iba a tener que llamar a Tom, pero tuvo que parar un momento. No pensaba que fuera a ser capaz de decir las palabras en voz alta.

Para Ollie Joseph

Te debo £ 7,63

Firmado: Natasha (tu hermana)

Perdón x

Día seis

Era mediodía antes de que Tom pudiera llegar a casa. No recordaba cuánto tiempo hacía desde que había dormido o comido algo que no fuera una chocolatina o una bolsa de patatas.

Mel había intentado no desviarse del cuento de que no había nadie más en su casa, pero Tom no podía consentirlo. Jack no había estado directamente involucrado en la muerte de Guy, pero no tenía sentido mentir. Paul Green sabía quién era Jack, y aunque no había cometido ningún delito, sino que se había limitado a actuar como informante y no había llegado a comprar el oro, sus delitos del pasado sin duda saldrían a la luz. El hecho de que hubiera ayudado al equipo de Titan a capturar a Guy actuaría en su favor, y Tom tenía la sensación de que Jack se hubiera enfrentado felizmente a las consecuencias judiciales. Pero no era de la policía de quien Jack se escondía.

Las palabras de Mel, justo antes de que se la llevaran en el coche de policía, volvieron a su mente.

—Jack te quiere, Tom. Siempre te llamaba Sombrero Blanco; decía que tenías más honor en el dedo meñique del que él tenía en todo su cuerpo. Todo lo que hizo hace seis años lo hizo por las personas a las que quería, y ahora que Guy está muerto los únicos que saben que Jack está vivo son unos pocos policías, tú, yo y Emma. Así es como tiene que ser. Sea lo que sea lo que Finn me tiene preparado, incluso desde su celda de prisión, lo de Jack será diez veces peor, y posiblemente también para quien tenga cerca. Debe permanecer muerto.

Tom había sido incapaz de encontrar palabras. Su garganta estaba completamente cerrada, y no era el momento de perder el control.

Abrió la puerta de su casa y por una vez el placer de volver al hogar lo eludió. Sabía que debería hacerse algo de comer y luego irse directo a la cama, pero no podía. Estaba inquieto, y deseaba por encima de todo que Leo estuviera ahí. Se estaría preguntando qué estaba pasando, pero aunque tenía la sensación de que hacía semanas que no la veía, para Leo solo hubieran sido un par de días de silencio.

Entró en la cocina y encendió el hervidor de agua.

Mientras hervía, enchufó su portátil para que se fuera cargando y volvió a la encimera.

Oyó un pitido. Se quedó parado, inmóvil, de espaldas al ordenador. Solo una persona que él conociera sabía hacer eso. Contuvo el aliento, sin saber lo que estaba esperando, y después se giró despacio.

En medio de su pantalla había una carpeta, cuyo título era «Sombrero Blanco».

Tom cogió una silla, se sentó, e hizo clic en el icono. La carpeta contenía un solo documento.

Perdona por marcharme de forma tan abrupta. Sé que no hace falta que te explique.

Te he decepcionado, ya lo sé. También decepcioné a Emma y ahora ella va a tener que enfrentarse no solo con lo que yo fui, sino también con lo que es David.

La amaba. Todavía la amo.

No cambies nunca, Tom. Eres el héroe de la familia. Te estaré vigilando desde lejos, pero tú no sabrás que estoy ahí.

El dinero que te dejé es dinero ganado limpiamente, que no cunda el pánico. Sé que lo usarás con sensatez. Pero no quería que descubrieras la tarjeta de memoria. Intenté recuperarla, pero no la encontré. Siento haberte dejado aquel desorden, hermanito, pero tenía que parecer real. Tu casita de Cheshire es estupenda, por cierto, especialmente la cocina.

Mis ganancias ilícitas serán ahora distribuidas adecuadamente, no hace falta que conozcas los detalles.

Olvida que me viste. Mi muerte fue mi propia decisión.

Sombrero Negro

Tom leyó la nota y la releyó hasta que los ojos se le nublaron, aunque sería difícil decir si fue por las lágrimas o por la fatiga. Supo en cuanto tocó el teclado que la nota desaparecería de su pantalla y de su ordenador, de la misma manera que sabía que Jack nunca volvería a contactar con él de esa manera. Era su último vínculo con su hermano, tal vez el último de su vida, y no se sentía capaz de soltarlo.

¿De verdad tenía que seguir muerto? ¿No había ninguna otra opción?

Hoy había encontrado y perdido a su hermano, y sus emociones estaban demasiado enmarañadas como para ordenarlas.

Por fin se reclinó en el asiento y pulsó la barra espaciadora. La imagen desapareció, como sabía que pasaría. Se quedó mirando la pantalla en blanco durante un momento, luego se levantó de la silla y volvió a la encimera a encender nuevamente el hervidor. Mientras vertía el agua caliente en una taza, echó un vistazo al teléfono. La luz de los mensajes parpadeaba. Debería llamar a Leo, ponerla al corriente de lo que estaba pasando, pensó al apretar el botón de reproducción. La necesitaba ahora más que nunca. Era la única persona que podía darle el consuelo y el amor que ansiaba de repente.

Como si respondiera a sus pensamientos, oyó la voz de Leo en el contestador.

—Tom, soy Leo. —Eso casi le hizo sonreír; como si él pudiera no reconocer su voz—. Te llamo para decirte que me voy a ir de viaje unos días. Es evidente que tú

estás muy ocupado, así que he pensado que voy a aprovechar la oportunidad para tener algo de tiempo para mí misma. Ya te llamaré cuando regrese.

Tom se apoyó contra la pared y se quedó mirando al techo. El instinto de Leo de retirarse no le resultaba nuevo, pero por primera vez en meses tenía que preguntarse qué estaba haciendo con una persona que no podía prometerle estar ahí cuando él necesitaba su apoyo.

Recordaba la pasión, la diversión, pero sobre todo el inconfundible amor presente en la relación entre Jack y Emma, antes de que su hermano se viera obligado a ponerle fin. Incluso ese día lo había visto relucir en los ojos de Emma cuando creyó que habían disparado a Jack, después de todo por lo que había pasado.

¿Había tenido él eso con alguna mujer?

Ahora mismo, quería que alguien lo abrazara fuerte para aliviar el dolor de su pérdida. Pero eso no iba a suceder.

Un mes después

Mirando por la ventana de la cocina, Emma se percató de cómo estaban creciendo hojas nuevas en las plantas y en los árboles. Habían pasado tantas cosas que no se había dado cuenta de que la primavera había llegado y se estaba haciendo bien presente en todas partes. Hacía un día luminoso y claro, pero se descubrió deseando que el cielo estuviera oscuro, y que viera un par de ojos reflejados en la ventana, pertenecientes a una niña de pie a su espalda. Cada vez que se giraba esperaba ver a una cría de pelo rubio y desgreñado con una trenca que le quedaba grande. La hubiera recibido con los brazos abiertos.

Realmente debería vender aquella casa y mudarse, lo sabía. Pero permanecía allí por Natasha. Era el único lugar que la niña conocía, y abandonarlo le arrebataría a su hijastra un lugar al que volver, si algún día quería hacerlo. No podía soportar la idea de que la vida de Natasha terminara como lo había hecho la de Izzy. Tom había confirmado que la chica que habían encontrado en el bosque era, en efecto, Izzy. Parecía bastante seguro de que había intentado suicidarse con una dosis enorme de ketamina, robada de casa de Julie. Por lo visto las chicas usaban ketamina habitualmente para intentar anestesiarse un poco antes de la llegada de los hombres. Aunque habían cerrado el antro de Julie, sin duda se abrirían otros locales para rellenar el hueco en el mercado, y el pensar en que Natasha pudiera acabar allí a Emma le revolvía el estómago.

En los primeros días después del feliz regreso de Ollie las emociones de Emma habían oscilado entre el júbilo irreprimible porque su niño estuviera a salvo y la preocupación, por Tasha y por David. Estuvo sentada junto a la cama de su marido en el hospital durante tres días, sujetándole la mano, pensando en los momentos felices que habían vivido juntos en los últimos años, preguntándose qué les depararía el futuro a los dos. Pero él nunca volvió a hablarle. Sus lesiones eran demasiado graves, y murió al final del tercer día. Esperaba que se hubiese podido enterar de que Ollie estaba a salvo; ella se lo había susurrado al oído una y otra vez, rezando porque David pudiera oírla. También le había mentado sobre Tasha, contándole que estaba bien, y en casa.

Sin embargo, Emma era realista, y sabía que, de haber seguido David con vida, nunca hubiera vuelto a pasar en su cama ni una sola noche. El hecho de que

simplemente pudiera plantearse someter a su mujer y a su hija a un infierno terrorífico para sacarse a sí mismo de un agujero no paraba de golpearla, como un puñetazo en la cara. Nunca se hubiera sentido segura con él, y nunca hubiera permitido que Ollie se quedara a su cuidado. Lamentaba que hubiera muerto, pero su vida con él había acabado en el minuto mismo que se enteró de lo que había hecho.

A Emma le estaba resultando muy difícil dejar a Ollie fuera de su vista. Se sentaba a su lado mientras dormía y tuvo que reprimirse a la hora de trasladar su cuna a su dormitorio. Solo porque se sintiera invadida por el miedo cada vez que oía pisadas en la pista de gravilla por fuera de su casa, eso no significaba que tuviera que hacer que su niño se sintiera así.

De Tom había derivado mucha fuerza, aunque sabía que estaba luchando con la conciencia de que Jack estaba vivo, en algún lugar. Lo mismo que ella.

—Siento que debería renunciar a mi trabajo y salir a buscarlo, Em —le dijo un día, sentado a la mesa de su cocina—. Pero eso no es lo que él quiere, eso lo sé.

Parecía muy triste desde aquellos días espantosos. Sabía que tenía una novia; la mencionó brevemente cuando ella estuvo en su casa. Pero cuando le preguntó a Tom si le gustaría traerla un día a su casa, él le dijo «Por ahora no», y ella no había sido capaz de sonsacarle nada más.

Todas las noches Emma se iba a dormir pensando en Jack y en lo que podría haber sido. Volvía a revivir el momento en que la había tocado, la sensación de su cuerpo apretado contra el suyo en la cámara acorazada. Se sentía aterrada, y sin embargo de él se irradiaba un calor que de alguna manera había contactado con ella a cierto nivel. Incluso antes de caer en la cuenta de quién era, sintió que la electricidad recorría su cuerpo. Luego había visto sus ojos, y de nuevo estaba perdida.

Las noches las tenía ocupadas, comprobando que Ollie estuviera bien y soñando con Jack. Pero había otra cosa que Ollie y ella hacían, y que seguirían haciendo el tiempo que hiciera falta.

Todas las mañanas cuando bajaban las escaleras, Emma le decía unas palabras al retrato, que seguía colgado en el recibidor.

—No me voy a rendir, Caroline —le decía.

Luego, la mayor parte de los días de la semana, Emma y Ollie se metían en el coche y se iban a Manchester o a Stockport, cambiando las horas y los lugares con tanta frecuencia como podían.

A continuación Emma encontraba el sitio más concurrido y colocaba una caja de plástico del revés sobre la acera junto al carrito de Ollie, y se subía encima. La gente siempre se giraba a mirarla, y entonces es cuando se ponía a gritar.

—¡Tasha! ¡Natasha Joseph! Vuelve a casa, Tasha.

Y Ollie se sumaba.

—Tassa —gritaba.

Escogía lugares llenos de gente haciendo compras, pensando que los ladronzuelos, el tipo de gente que Tasha tal vez conociera, estarían por ahí birlando

carteras, afanando móviles. Paraba a cada niño que estaba en la calle cuando debería estar en el colegio, y les enseñaba la foto de Natasha. Llevaba sándwiches recién hechos y pasteles para darle a los sin techo: lo único que tenían que hacer a cambio era llevarse la foto de Natasha y enseñársela a cuanta más gente mejor. Imprimió miles de carteles, y se los entregaba a puñados a quienquiera que pareciera estar viviendo la misma vida que Natasha, o el nombre por el que se la conociera ahora, pidiéndoles que encontraran a la niña de la foto y le entregaran el póster.

Lo más frecuente era que la gente se deshiciera de los pósteres en cuanto Emma se iba, a veces en una papelera, pero normalmente los tiraban al suelo con indiferencia. No pasaba nada, porque en el póster había algo más que una foto de Natasha. Había una foto de Ollie sonriendo con un mensaje en un bocadillo de texto, y cuantos más carteles hubiera revoloteando por los callejones ventosos, pegándose contra muros grasientos, tirados por las calles polvorientas, mayores posibilidades había de que llegara de alguna manera a su objetivo y la niña leyera el mensaje.

*Natasha Joseph, por favor, vuelve a casa con tu familia.
Tu hermanito te echa de menos.*

Agradecimientos

Como con todos los libros que he escrito, la ayuda y los consejos ofrecidos tan gustosamente por tanta gente han supuesto una gran diferencia, y no puedo agradecerse los a todos lo suficiente.

Conté con un nuevo asesor en los aspectos procedimentales de este libro, Mark Gray, que me ayudó a conducirme por algunas secciones muy complicadas, retirándose solo cuando me perdía en zonas confidenciales. Su respuesta a cada duda era tan detallada que mi mente con frecuencia daba con senderos nuevos, y sinceramente no hubiera podido escribir *Como una extraña* sin él. Claro que hubo ocasiones en que tuve que prescindir de la eficiencia de la vida real que la policía hubiera empleado, y permitir que cierta creatividad personal se colara en los procedimientos, en aras de incrementar la tensión. Así que todos los errores son completamente míos. Pero gracias, Mark, has sido una verdadera inspiración.

En *Como una extraña* aparece un nuevo tipo de especialista, el lingüista forense. Me gustaría agradecerle a mi buena amiga la doctora Isabel Picornell por inspirarme con el tipo de investigaciones que pudieran requerir de sus singulares conocimientos. Me ha llenado de ideas para historias futuras, y fue muy rigurosa en su comprobación de mis palabras en las secciones relevantes de *Como una extraña*. ¿Quién habría sabido que la forma de escribir de una mujer era diferente de la de un hombre?

Como siempre, ha habido personas que me ofrecieron pequeñas perlas de información sobre todo tipo de cosas, desde las cuentas bancarias en Suiza a cómo funcionan los centros de almacenaje de contenedores. No utilicé necesariamente toda esta información, pero gracias a Nick, Patrick, Alan y Sheila por ofrecerme su ayuda.

Mis primeros lectores, como siempre, han estado fantásticos, dándome opiniones y sugerencias excelentes, a veces a lo largo de todo el proceso de escritura. Gracias Kath, Judith, Ann, John, Ruth, Barry y Andria.

Me costaría mantener la cabeza fuera del agua sin mis dos excelentes asistentes virtuales, Ceri Chaudhry y Alexandra Amor. ¿Quién hubiera pensado que asistentes virtuales sitas en Hertfordshire y Canadá funcionarían tan bien? Pero las dos, con su propio y personal estilo, han resuelto los problemas cotidianos de ser una autora publicada de forma independiente, y no sé lo que haría sin ellas.

Alan Carpenter, mi diseñador y sufridor durante tanto tiempo, ha creado otra portada maravillosa más, y esta vez no hubo que cambiar el diseño varias veces. Gracias a la gran fotografía de Rick, y a la fantástica modelo que tuvimos en Alicia (una chica feliz y sonriente, y muy buena actriz) supimos que teníamos la portada que

queríamos casi inmediatamente, y Alan la convirtió en algo que realmente esperamos que llame la atención.

Algunos nuevos miembros del equipo han ayudado con *Como una extraña*, y le tengo que dar las gracias en particular a Lucy Ramsey por mostrarse tan entusiasta a la hora de promocionar el libro. Helen Hart y su equipo de Silver Wood Books hicieron un trabajo increíble preparando en un plazo tan limitado los ejemplares de tapa blanda para la prepublicación.

Finalmente, como siempre, no puedo darle gracias lo suficiente a mi agente, Lizzy Kremer, la mejor que hay. Ha sido una maravillosa fuente de apoyo y de guía, como lo ha sido el resto del equipo en David Higham Associates, especialmente Laura y Harriet. No sé cuántas veces Lizzy y Harriet leyeron el manuscrito de *Como una extraña*, pero su ayuda y su dirección, junto con las aportaciones de los editores Clare Bowron, Lizzie Dipple y David Watson han hecho que este sea un libro mucho mejor de lo que habría sido sin ellos.

Ha sido de verdad un extraordinario esfuerzo de equipo, y me siento afortunada de estar rodeada del mejor grupo de profesionales, amigos y familiares que hay.

Notas

[1] En el Reino Unido, la *British Transport Police* (BTP) es un cuerpo policial especial que se ocupa de la seguridad de los transportes ferroviarios. (N. de la T.) <<